Aviso legal

Revista

Título: *Cuadernos Americanos,* julio-agosto de 1959 núm: 4 vol: CV

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
https://cialc.unam.mx
En caso de un uso distinto contactar a: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es

Usted es libre de:
- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:
- Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es
En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

4

CUADERNOS

AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 23-34-68

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHÁVEZ

AÑO XVIII

4

JULIO - AGOSTO
1959

ÍNDICE
Pág. 3

Fíjese en el hombre
que los fuma!

Le invitamos a probar

Lord's

El cigarro más fino que se fabrica en cualquier país... ¡A cualquier precio!

Los Tabacos Más Finos y Más Caros del Mundo
Estuche Protect-o-Pack
La Ultima Palabra en Filtros
Boquilla Blanca · Tamaño Señorial

$3.00
cajetilla

De lo que gusta a un hombre...
Lord's da más!

El estuche Protect-o-Pack pone fin
al mal trato de los cigarros

Vea a Mike Hammer, el explosivo personaje de Mickey Spillane, en los canales 4 y 7 de televisión, todos los martes de 21.30 a las 22 hs.

Antes
Cochinilla del Nopal.

Ahora
Lithomex.

Siempre México.

OFICINAS:
JOSE MA. MARROQUI NO.1 (6o. PISO)
TEL. 21-98-48
CABLE: PIGMEXSA APARTADO. 2515
MEXICO 1. D.F.

PLANTA INDUSTRIAL:
IA. AV. ISLETA Y CARRANZA
TELS. 2-25-26 Y 2-33-09
APDO. 552
TAMPICO, TAM.

...FUNDAMENTAL

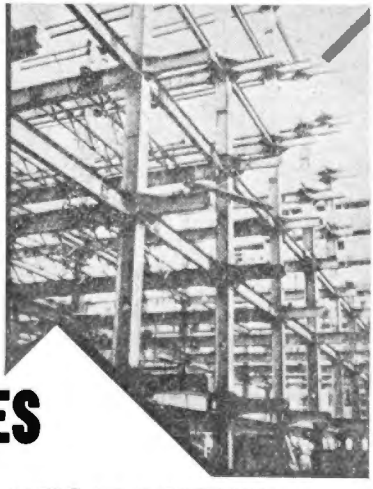
en cualquier estructura metálica

Edificio propiedad del:
Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas,
Proyecto y Dirección:
Arq. Felix Sánchez B.
Ing. Rafael Cortina.
Arq. Raúl Izquierdo.

Estructura Metálica fabricada por:

PRODUCTOS DE HIERRO Y ALAMBRE, S. A.

CON



PERFILES ESTRUCTURALES

DE LA

CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

OFICINAS DE VENTAS:
BALDERAS No. 68
APDO. 1336
MEXICO 1, D. F.

FABRICA:
CALZADA ADOLFO PRIETO
AL ORIENTE
MONTERREY, N. L.

BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA

UNA GIGANTESCA BIOGRAFIA DE LA HUMANIDAD

La BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, más que una Historia Universal al uso, es una gigantesca biografía; la primera y única biografía de la Humanidad escrita hasta la fecha.

Un núcleo de sabios, impresionante por el número y por su jerarquía en las más diversas ramas del conocimiento, han aportado su ciencia para la realización de esta obra. En ella, la claridad de exposición y la singular maestría de sus autores, hacen que el lector asista a una maravillosa proyección en la que se hace visible la estupenda aventura humana, desde la aparición del hombre sobre la Tierra, hasta nuestros días.

El largo camino recorrido aparece íntegro ante los ojos del lector en una visión que deslumbra por su inmensidad, que apasiona por su dramatismo y que asombra por la fabulosa capacidad de creación del Hombre.

● TITULOS PUBLICADOS ●

LA TIERRA ANTES DE LA HISTORIA
LA TIERRA Y LA EVOLUCION HUMANA
LOS GERMANOS
LA CIVILIZACION BIZANTINA
CARLOMAGNO Y EL IMPERIO CAROLINGIO
EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORIGENES DEL ESPIRITU CIENTIFICO
DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS
LAS INSTITUCIONES DEL IMPERIO BIZANTINO
EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y LOS COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA
VIDA Y MUERTE DE BIZANCIO
LA CIVILIZACION EGEA
LA ROMA IMPERIAL Y EL URBANISMO EN LA ANTIGUEDAD
ISRAEL, DESDE LOS ORIGENES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO VIII a. de C.
EL ARTE DE LA EDAD MEDIA Y LA CIVILIZACION FRANCESA
LAS CIENCIAS DE LA VIDA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII
LA CIUDAD GRIEGA
EL IRAN ANTIGUO (ELAM Y PERSIA) Y LA CIVILIZACION IRANIA
LA INDIA ANTIGUA Y SU CIVILIZACION
ORIGENES DE LA ECONOMIA OCCIDENTAL. ECLIPSE Y DESPERTAR DE LA VIDA URBANA (SIGLOS IV-XI)
LUIS XIV Y EUROPA
EL LENGUAJE (INTRODUCCION LINGUISTICA A LA HISTORIA)
LOS HITITAS
LOS CELTAS Y LA EXPANSION CELTICA HASTA LA EPOCA DE LA TENE
LOS CELTAS DESDE LA EPOCA DE LA TENE Y LA CIVILIZACION CELTICA
EL MUNDO ROMANO
LA SOCIEDAD FEUDAL. LA FORMACION DE LOS LAZOS DE DEPENDENCIA
LA FORMACION DEL IDEAL MODERNO EN EL ARTE DE OCCIDENTE
LA ERA ROMANTICA. EL ROMANTICISMO EN LA LITERATURA EUROPEA
LA ERA ROMANTICA. LAS ARTES PLASTICAS
LA ERA ROMANTICA. LA MUSICA

ENVIE HOY MISMO ESTE CUPON

EDITORIAL GONZALEZ PORTO Apdo. 140-Bis México, D. F.

Sírvanse remitirme el folleto descriptivo de la BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, dándome a conocer sus condiciones de pago

Nombre _____

Domicilio _____

Localidad _____

Estado _____

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

DISTRIBUIDORA EXCLUSIVA

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA 10 • AVENIDA 5 DE MAYO 31-C APDO. 140-BIS - MEXICO, D. F.

AYUDE A LA INDUSTRIA...

La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza Núm. 35

Apartado 353 México, D. F.

●

(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio Núm. 601-II-7399).

. Si usted dispone de RON BATEY, lo demás es lo de menos, porque BATEY es el RON PERFECTO!

Súmelo a otros ingredientes en su "coctel" favorito; agréguele solamente agua natural o soda, o su refresco predilecto . ¡no importa! Usted, de todas maneras, obtiene una bebida excelente, porque lo demás es lo de menos . . . ¡lo que importa es RON BATEY!

Vea y escuche "La Hora Batey con Paco Malgesto" todos los Jueves a las 22:00 horas por XEW-TV Canal 2

BANCO NACIONAL
DE
COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA

FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: 244.999,121.58

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICADAS AL MANEJO DE DICHOS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en Oficio No. 601-11-15572).

BANCO NACIONAL
DE
CREDITO AGRICOLA,
S. A.

MOTOLINIA Núm. 11
MEXICO 1, D. F.

UNA INSTITUCION AL
SERVICIO DE LOS
AGRICULTORES

BANCO NACIONAL DE CREDITO EJIDAL, S. A. DE C. V.

Uruguay Núm. 56

México 1, D. F.

• Se fundó en 1936. Funciona de acuerdo con la Ley de Crédito Agrícola del 30 de diciembre de 1955. Forma parte del Sistema Nacional de Crédito Agrícola y tiene las características de Empresa Descentralizada de Participación estatal.

• Fomenta la producción agrícola ejidal concediendo el crédito y la asesoría técnica necesarias para elevar el nivel de vida del ejidatario.

●

CONSEJO DE ADMINISTRACION. **Presidente:** Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame. **Vicepresidente:** Sr. Prof. Roberto Barrios. **Consejeros Propietarios:** Sres. Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Lic. Emigdio Martínez Adame, Lic. Ricardo J. Zevada, Lic. Roberto Amorós, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Mariano López Mateos y Lic. José Sáenz Arroyo. **Consejeros Suplentes:** Sres. Ing. Jesús Patiño Navarrete, Manuel García Santibáñez, Lic. Fernando Rosenbluth, Ing. Ernesto Reza Rivera, Ing. Emilio Gutiérrez Roldán y Prof. Enrique Beltrán. **Secretario:** Sr. Lic. Rodolfo García Bravo y Olivera. **Comisarios Propietarios:** Sres. Lic. Rafael Urrutia Millán y Lic. Enrique Landa Berriozábal. **Comisarios Suplentes:** Sres. Lic. Mario Salas Villagómez y Lic. Eduardo Claisse.

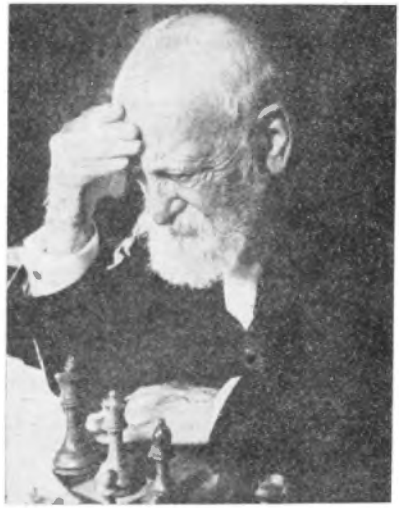
Director Gerente: Lic. Ricardo Torres Gaitán.

Sub-Gerente: Ing. Enrique Marcué Pardiñas.

AL INVERTIR

tome el camino

F. I. R. M E.



Invierta pensando en su futuro

Desde hoy usted debe procurarse una vida tranquila para su vejez; y no con el valor actual del dinero sino con el que pueda tener el dinero en el futuro.

Coloque su dinero en FIRME y participe en las ganancias de importantes empresas mexicanas.

Solicite informes a:
FONDO DE INVERSIONES RENTABLES MEXICANAS, S. A.

Venustiano Carranza 54, México, D. F. Tel. 10-43-53

CHICAGO

LOS ANGELES

LA HABANA

SAN ANTONIO

por **MEXICANA**

Volar por **MEXICANA** en lujosos SUPER DC-6 con Radar es una maravillosa experiencia en comodidad y rapidez ★★★ Sin escalas a Chicago y Los Angeles. A La Habana directo o con escala en Mérida. A San Antonio vía Monterrey.

Servicios de Primera Clase y Turista en todos los vuelos. Además, a San Antonio Servicio Económico con las tarifas más bajas en la historia.

Reservaciones con su Agente de Viajes o

MEXICANA DE AVIACION

Afiliada de **PAN AMERICAN**

AV. JUAREZ Y BALDERAS TEL. 18-12-60

En los servicios de lujo deliciosas comidas supervisadas por el mundialmente famoso Pump Room de Chicago.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

Obras publicadas:

MECANIZACION DE LA AGRICULTURA MEXICANA
por
Luis Yáñez Pérez,
con la colaboración de Edmundo Moyo Porras. (Agotado).

LOS DISTRITOS DE RIEGO DEL NOROESTE
por
Jacques Chonchol.

LOS BOSQUES DE MEXICO
Relato de un despilfarro y una injusticia,
por
Manuel Hinojosa Ortiz.

ASPECTOS DE LA INDUSTRIA TEXTIL DEL ALGODON EN MEXICO
por
Javier Barajas Manzano.

Precios:

MEXICO	ESPAÑA Y AMERICA	OTROS PAISES
$20.00	2.00 Dls.	2.25 Dls.

En prensa: "DIAGNOSTICO REGIONAL"
Por Fernando Zamora y un grupo de técnicos.
Obra indispensable para el conocimiento de la realidad nacional.

●

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"
AV. COYOACAN 1035 Apartado Postal 965
México 12, D. F. Tel. 23-34-68 México 1, D. F.

el **DAUPHINE** es el carro más seguro del mundo

¿Cual de los dos frena mejor?

ADQUIERALO EN:

AUTOS EUROPEOS DEL NOROESTE, S. A.
Ave. Miguel Alemán No. 33 Ote.
MAZATLAN, SIN.

AUTOS EUROPEOS DEL BAJIO, S. A.
Corregidora No. 6,
CELAYA, GTO.

AUTOMOVILES FRANCESES, S. A.
Ave. Faustino Ceballos No. 152
GUADALAJARA, JAL.

CIA. MERCANTIL DEL ISTMO
Heroes de Chapultepec
OAXACA, OAX.

AUTOMOTRIZ FARRERA, S. A.
Av. Central 238
TUXTLA GUTIERREZ, CHIS.

AUTOMOTRIZ DEL SOCONUSCO, S. A.
Calle Central Oriente 28
Tapachula, Chis.

DIST. SONORENSE DE AUTOS FRANCESES, S. A.
Miguel Alemán 242
Cd. Obregón, Son.
Tel. 10-42

AUTOMOTRIZ TORRE, S. A.
Edificio Torre
MERIDA, YUCATAN.

AUTOS LAGUNA, S. A.
Av. Juárez 323 Pte.
TORREON, COAH.

MOTORES MODERNOS, S. A.
Morelos No. 639 Ote.
MONTERREY, N. L.

AUTOS FRANCIA, S. A.
Av. Cuauhtémoc No. 393
México, D. F.

¡ EL MEJOR SERVICIO DE REFACCIONES Y TALLERES, ATENDIDO POR EXPERTOS RENAULT !

¡SIEMPRE TENDRA UD. AUTOMOVIL!...

SI,

PREVISOR Y

MODERNO

ADQUIERE UNA POLIZA

EN

¿ Piensa, Ud. Viajar a Europa?

SI ES ASI, ESTA OFERTA LE INTERESA.

AUTOS FRANCIA, S. A., representante Renault, le vende un automóvil NUEVO, modelo 1959, marca RENAULT, de 4 ó de 6 plazas, con garantía de recompra, a base de una depreciación fija por meses de uso, pagándole aquí, en México, en dólares.

Por menos, bastante menos, que el flete de su propio automóvil

Al comprar uno de nuestros automóviles usted pagará:

"Ultramar" 4 plazas	Dls.	880.00
"Dauphine" 4 plazas	,,	1.025.00
"Fregate" 6 plazas	,,	1.600.00
"Fregate" 6 plazas, automático....	,,	1.785.00
"Domaine" 6 plazas, guayín	,,	1.625.00

Más Dls. 50.00 de la documentación internacional.

Los precios anteriores comprenden la entrega en París, pero si usted lo desea en España, Italia, Inglaterra, etc., podemos situárselo, siendo a su cargo el transporte.

PERO EN REALIDAD ESTE PAGO ES MAS BIEN UN DEPOSITO, PORQUE...

AUTOS FRANCIA, S. A. al terminar su viaje le recompra su automóvil con la siguiente depreciación:

	1 mes	2 meses	3 meses	4 meses
Renault 4 plazas...	Dls. 175.00	225.00	275.00	310.00
Renault 6 plazas...	Dls. 520.00	570.00	630.00	690.00
Guayín DOMAINE .	Dls. 595.00	645.00	695.00	755.00

Por cada mes adicional, Dls. 35.00 y $60.00 respectivamente. Usted entrega el automóvil en París y cobra en dólares su importe en México.

ANTES DE TOMAR CUALQUIER DECISION VEA Y MANEJE ESTOS AUTOMOVILES EN MEXICO Y ADEMAS PIDA INFORMES A SUS AMIGOS QUE YA USARON ESTE SERVICIO.

AUTOS FRANCIA, S. A.

Av. Cuauhtémoc 393 (esquina Baja California).
Teléfono 25-35-72 México, D. F.

CONSORCIO PARA PROMOCIONES INDUSTRIALES, C. A.

Organización venezolana que se encarga de promover empresas industriales.

Suministra ayuda técnica. Proporciona organización administrativa. Mediante los Bancos y Financieras asociados al Consorcio, realiza la colocación de los valores industriales de las empresas que promueve.

●

Apartado 6847, Caracas, Venezuela.

Las instituciones financieras de la construcción,

BANCO DE LA CONSTRUCCION, C. A.

Y

FINANCIERA DE LA CONSTRUCCION, S. A. (FINACO)

contribuyen al desarrollo de esta importante industria y en general de las otras actividades económicas del país.

●

CENTRO PROFESIONAL DEL ESTE
CARACAS - VENEZUELA

seguridad
comodidad
y
economía
✓Modernos y nuevos coches de primera clase con asientos numerados, sin cobro adicional.
✓Servicios pullman a los mas bellos lugares Turisticos del pais!
N DE M
FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

LA CERVEZA

●

BEBIDA IDEAL PARA EL DESCANSO

Nada más natural y justo que gozar del merecido descanso y, para gozarlo, nada hay comparable a una cerveza mexicana, que es la mejor del mundo. Disfrute como es debido de su descanso después de la diaria tarea con esta bebida sana y pura, de muy bajo contenido alcohólico, de agradabilísimo sabor, que lo reconforta y reanima, por estar elaborada con materias de alto valor nutritivo.

Para compensar los esfuerzos diarios acompañe su descanso con una cerveza mexicana.

●

ASOCIACION NACIONAL DE FABRICANTES DE CERVEZA

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. Universidad 975
México 12, D. F.

Apartado Postal 25975
Teléfono 24-89-33

El héroe de las mil caras
—Psicoanálisis del mito—
por
JOSEPH CAMPBELL
(Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis. 372 pp., 24 láminas)

Ensayos de economía poskeynesiana
por
J. ROBINSON
(Economía. 356 pp.)

Historia del pensamiento socialista
por
G. D. H. COLE
(Tomo III: La Segunda Internacional, 4889-1914. 480 pp.)

Gobierno y administración municipal
—La experiencia de los Estados Unidos—
por
AUSTIN F. MACDONALD
(Administración pública, Empastado. 686 pp.)

James Joyce
por
HARRY LEVIN
(Breviario No. 144. Empastado, papel Biblio, 224 pp.)

Cultura y personalidad
por
RALPH LINTON
(Breviario No. 145. Empastado, papel Biblia. 160 pp.)

La estructura del valor
—Fundamentos de la axiología científica—
por
R. S. HARTMAN
(Publicaciones de Dianoia. 336 pp.)

El Capital
—Crítica de la economía política—
por
CARLOS MARX
(Obras maestras de la economía. 2a. edición. 3 volúmenes empastados en tela, 2,291 pp. Papel Biblia).

Muerte y transfiguración de Martín Fierro
—Ensayo de interpretación de la vida argentina—
por
E. MARTINEZ ESTRADA
(Tierra firme. 2a. edición revisada y aumentada. 2 vols. 920 pp.)

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XVIII VOL. CV

4

JULIO - AGOSTO
1959

MÉXICO, 1º DE JULIO DE 1959

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA

Manuel MÁRQUEZ

Manuel MARTÍNEZ BÁEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHÁVEZ

Se prohibe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MÉXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS
No. 4 Julio-Agosto de 1959 Vol. CV

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

Págs.

Jesús Silva Herzog. La Reforma Agraria en México 7
Vicente Sáenz. Latinoamérica en el proceso actual del mundo 42
Franco, el dictador implacable: Dos cartas elocuentes 61

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ezequiel Martínez Estrada. Helen Keller 71
Emilio Sosa López. Mito y Literatura 86
Jerónimo Mallo. La invasión del anglicismo en la lengua española de América 115

PRESENCIA DEL PASADO

Miguel León-Portilla. Quetzalcóatl. Espiritualismo del México antiguo 127
José Uriel García. Sumas para la historia del Cusco. II 140
Alfredo L. Palacios. Civilización y barbarie 162

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Alfonso Armas A. Una carta inédita de Unamuno 205
Carmen Iglesias. El "Esperpento" en la obra de Valle-Inclán. II 212

Págs.

ANDRZEF KIJOWSKI. Los problemas de la independencia en la literatura polaca 234
O. BIHALJI-MERIN. El nuevo arte pictórico yugoslavo 247
MARTÍN LUIS GUZMÁN. Islas Marías 253
MAX AUB. Vernet, 1940 269

LIBROS Y REVISTAS

Por *Mauricio de la Selva* 279

●

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Frente a la pág.

La Ciudadela de Sesa-Huaman. Fotografía tomada de un grabado de fines del siglo XVIII. De la Colección "Los Pequeños Grandes Libros", por Francisco A. Loaiza. Cusco 144
Portada incaica. Paucartambo. Cusco 145
Marko Celebonovic: Autorretrato, óleo. 248
Milan Konjovic: Techos, óleo . . . . . „
Gabrijel Stupica: El autorretrato con la hija, óleo . . „
Miljenko Stancić: El niño muerto, óleo . . . . . „
Marij Pregelj: Lavanderas, óleo . . . . . „
Krsto Hegedusić: Patio, óleo . . . . . „
Ivan Generalić: El entierro de Stef Halacek, óleo . . . . „
Lazar Vuljaklija: Composición, óleo 249

Nuestro Tiempo

LA REFORMA AGRARIA EN MÉXICO*

Por *Jesús SILVA HERZOG*

Antecedentes

La concentración de la propiedad territorial en México comenzó inmediatamente después de la Conquista con las donaciones concedidas por el emperador Carlos V a Hernán Cortés. Al finalizar la época colonial en los comienzos del siglo XIX, la Iglesia por una parte y los españoles y criollos por la otra, eran dueños de casi todas las tierras de la Nueva España. Algunos grupos indígenas poseían en usufructo pequeñas heredades en común, sin que ello fuera bastante para librarlos de la miseria embrutecedora que soportaban desde hacía tres largos siglos.

La lucha por la Independencia de México se inició en septiembre de 1810. Su iniciador, Miguel Hidalgo y Costilla, abolió la esclavitud semanas más tarde por medio de un bando expedido en la población de Valladolid, hoy Morelia. Este documento debe recordarse porque fue quizás el primero de tal índole registrado en toda América. El mismo Hidalgo tuvo desde muy luego preocupaciones relacionadas con el problema de la tierra, según se desprende de otro bando publicado en Guadalajara el 5 de diciembre del año precitado. Pero quien tuvo visión más amplia sobre la necesidad de transformar la organización agraria fue José María Morelos y Pavón, continuador de Hidalgo en la lucha por la libertad. Morelos ordenó a los jefes militares a sus órdenes que debían inutilizarse todas las haciendas grandes, cuyas tierras laborables pasaran de dos leguas "porque el beneficio de la agricultura consiste en que muchos se dediquen con separación a beneficiar un corto terreno que puedan asistir con su trabajo e industria, y no en que un solo particular tenga mucha extensión de tierras infructíferas, esclavizando a millares de gentes para que cultiven por fuerza en la

* Esquema del libro *El Agrarismo Mexicano y la Reforma Agraria,* que publicará en breve el Fondo de Cultura Económica.

clase de gañanes o esclavos, cuando pueden hacerlo como propietarios de un terreno limitado, con libertad y beneficio suyo y del pueblo". Y las ideas del gran visionario, de igual manera que la realidad, influyeron en el pensamiento de los patriotas al consumarse la Independencia el 27 de septiembre de 1821. Desde entonces no cesó el interés de los mexicanos más progresistas por resolver el gravísimo problema de la concentración territorial. Tampoco desde entonces, a través de todo el siglo pasado y durante los dos primeros lustros del presente, pudieron evitarse las frecuentes rebeliones de campesinos reclamando con las armas en la mano un pedazo de tierra para su sustento y el de sus mujeres y sus hijos. Estos movimientos de rebeldía fueron aplastados a sangre y fuego por la incomprensión de los gobiernos.

Entre las rebeliones de campesinos que reclamaban la tierra y mejores condiciones de vida, cabe citar la de Eleuterio Quiroz, quien al frente de mil indios tomó la pequeña población de Río Verde en el mes de marzo de 1849. Quiroz fue vencido por las fuerzas del gobierno y fusilado al finalizar septiembre del mismo año. Otro caso que conviene registrar es el de los campesinos Francisco Islas y Manuel Orozco que se sublevaron para exigir la entrega de terrenos laborales a los quinientos labriegos que les siguieron en su aventura. También fueron derrotados y los dos cabecillas aprehendidos; mas en esta ocasión el Presidente Benito Juárez les perdonó la vida. Por último, y sólo estamos ejemplificando, el movimiento agrarista de rebeldía más serio durante el gobierno porfirista fue el de la tribu Yaqui, en el Estado de Sonora. Puede decirse que no obstante la superioridad de las fuerzas federales en número y elementos, al mando de generales experimentados, los aguerridos yaquis nunca fueron completamente vencidos. Después de una derrota se reorganizaban pasado cierto tiempo y volvían a la lucha.

En el campo de las ideas la inconformidad con el acaparamiento de la tierra por el clero y unos cuantos centenares de grandes hacendados, se pueden mencionar durante el período de 1821 a 1857, a Tadeo Ortiz, José María Luis Mora, Mariano Otero, Isidoro Olvera, Ignacio Vallarta, José María Castillo Velasco y Ponciano Arriaga. Del voto particular de este último leído en una de las sesiones del Congreso Extraordinario Constituyente de 1856-1857, es necesario recoger aquí alguno de sus párrafos, porque en ellos se pinta fielmente la realidad imperan-

te en el campo mexicano en los comienzos de la segunda mitad del siglo XIX. El ilustre patriota y precursor de la reforma agraria dijo lo siguiente:

> "Mientras que pocos individuos están en posesión de inmensos e incultos terrenos, que podrían dar subsistencia para muchos millones de hombres, un pueblo numeroso, crecida mayoría de ciudadanos, gime en la más horrenda pobreza, sin propiedad, sin hogar, sin industria, ni trabajo.
>
> "Ese pueblo no puede ser libre, ni republicano, y mucho menos venturoso, por más que cien constituciones y millares de leyes proclamen derechos abstractos, teorías bellísimas, pero impracticables, en consecuencia del absurdo sistema económico de la sociedad.
>
> "Poseedores de tierras hay en la República Mexicana, que en fincas de campo ó haciendas rústicas, ocupan (si se puede llamar ocupación lo que es inmaterial y puramente imaginario) una superficie de tierra mayor que la que tienen nuestros Estados soberanos, y aun más dilatada que la que alcanzan alguna ó algunas naciones de Europa.
>
> "En esta grande extensión territorial, mucha parte de la cual está ociosa, desierta y abandonada, reclamando los brazos y el trabajo del hombre, se ven diseminados cuatro o cinco millones de mexicanos, que sin más industria que la agrícola, careciendo de materia prima y de todos los elementos para ejercerla, no teniendo a donde ni cómo emigrar con esperanza de otra honesta fortuna, ó se hacen perezosos y holgazanes, cuando no se lanzan al camino del robo y de la perdición, ó necesariamente viven bajo el yugo del monopolista, que ó los condena a la miseria, ó les impone condiciones ecsorbitantes".

Las opiniones de Ponciano Arriaga, tan brillantemente expuestas en su voto particular no fueron aprobadas por la mayoría de sus compañeros congresistas y por lo mismo no fue posible que se sintetizaran en un artículo de la nueva Constitución. Pero el 25 de junio de 1856 dio el Gobierno de la República un paso trascendental: la expedición de la ley de desamortización de las propiedades rústicas y urbanas de la Iglesia. Dicha ley no pretendía despojar al clero de sus cuantiosos capitales, sino provocar la circulación de ellos, al obligarlo a vender sus bienes raíces a particulares, de conformidad con determinadas normas y condiciones. El clero quedaba en libertad de em-

plear su dinero en empresas agrícolas, industriales o mercantiles. La Iglesia, inconforme y rebelde, provocó una sangrienta guerra que duró tres años. Pío IX lanzó terribles anatemas contra el gobierno de México en pleno Consistorio. Después, el 12 de julio de 1859, ante la actitud combativa de la Iglesia, el Presidente Benito Juárez, por medio de un decreto expedido en la ciudad de Veracruz, nacionalizó todas las propiedades eclesiásticas.

Desgraciadamente, el resultado final de las leyes de desamortización y de nacionalización fue contrario a los propósitos del legislador que esperaba fomentar por medio de ellas la pequeña propiedad. Ocurrió lo inesperado: las fincas urbanas las adquirieron acaudalados rentistas y las rústicas pasaron a manos de los grandes terratenientes, ensanchando aún más sus dominios. El problema de la tenencia de la tierra en México, se agravó más todavía.

Por otra parte, el artículo 27 de la nueva y flamante Constitución no sólo prohibió a las corporaciones religiosas poseer bienes raíces, sino también a las civiles, es decir, a los pueblos de labriegos que habían recibido dotaciones de tierras para explotarlas comunalmente desde la época colonial. De suerte que se parcelaron buen número de terrenos comunales, creándose minifundios de propiedad particular, y como el indígena no estaba preparado para ser propietario individual, bien pronto su parcela fue enajenada a los poseedores de ranchos y haciendas.

De igual manera que de 1821 a 1857, no faltaron en el resto del siglo XIX y comienzos del XX, quienes preocupados por la concentración de la propiedad rural plantearán el problema en artículos periodísticos, folletos, libros y documentos políticos. Se vienen a la memoria los nombres de Justo Sierra, Francisco Pimentel, Wistano Luis Orozco y Andrés Molina Enríquez. Sobre todo hay que recordar el Programa del Partido Liberal, que firmaron el 1º de julio de 1906 Ricardo y Enrique Flores Magón, Juan y Manuel Sarabia, Antonio I. Villarreal, Librado Rivera y Rosalío Bustamente.

Justo Sierra publicó en el periódico *El Federalista* el 4 de enero de 1876, un artículo en el cual sostuvo que el único medio para la colonización del país, consistía en expropiar la tierra necesaria por causa de utilidad pública y sin previa indemnización; y Wistano Luis Orozco, 19 años más tarde, en un libro notable por la erudición y el espíritu profundamente humano

que enaltece sus páginas, censura la corrupción de los gobernantes, la codicia e ineptitud de los hacendados, y se pronuncia con energía a favor de la pequeña propiedad.

De los cincuenta y dos artículos del Programa del Partido Liberal, en párrafo anterior mencionado, vamos a tomar únicamente los cuatro que siguen:

> "34.—Los dueños de tierras están obligados a hacer productivas todas las que posean; cualquier extensión de terreno que el poseedor deje improductiva la recobrará el Estado y la empleará conforme a los artículos siguientes:
>
> "35.—A los mexicanos residentes en el extranjero que lo soliciten los repatriará el gobierno pagándoles los gastos de viaje y les proporcionará tierras para su cultivo.
>
> "36.—El Estado dará tierras a quien quiera que lo solicite, sin más condición que dedicarlas a la producción agrícola, y no venderlas. Se fijará la extensión máxima de terreno que el Estado pueda ceder a una persona.
>
> "37.—Para que este beneficio no sólo aproveche a los pocos que tengan elementos para el cultivo de tierras, sino también a los pobres que carezcan de estos elementos, el Estado creará o fomentará un banco agrícola que hará a los agricultores pobres préstamos con poco rédito y redimibles a plazos".

Además, en este interesante documento político, sus autores abordan todos los problemas fundamentales del país; proponen quizá por vez primera en México el establecimiento de la jornada de ocho horas y de un salario mínimo para los trabajadores del campo y de las ciudades. Muchas de las ideas contenidas en el Programa que nos ocupa, sirvieron más tarde de inspiración a los legisladores de 1917.

Ahora bien, conviene retroceder un poco para completar este resumen de los antecedentes de la Reforma Agraria Mexicana. A partir de 1875 se expidieron varias leyes de colonización y de baldíos, cuyos resultados fueron verdaderamente catastróficos. Unas compañías llamadas deslindadoras, gozaron del favor oficial, y cometieron abusos sin cuento, despojando de sus tierras a numerosos agricultores. Al finalizar el siglo XIX, cincuenta individuos, todos ellos poseedores de grandes fortunas, habían acaparado más del 20% de la superficie total de la Nación, adueñándose de algo más de cuarenta millones de hectáreas.

Para tener idea de la enorme extensión de las haciendas mexicanas al finalizar el segundo lustro del presente siglo, se incluye un cuadro que hemos tomado de *El Aspecto Agrario de la Revolución Mexicana,* por Fernando González Roa, distinguido jurista e investigador de los problemas de México:

Estado	*Nombre de la finca*	*Extensión en Ha.*
Chihuahua	La Santísima	118,878
„	Lagunita de Dosal	158,123
„	San José Babícora	63,201
„	Bachimba	50,000
Coahuila	Los Jardines	49,861
„	Santa Teresa	60,899
„	San Gregorio	69,346
„	Santa Margarita	81,185
„	San Blas	395,767
México	La Gavia	132,620
Michoacán	San Antonio de las Huertas	58,487
Sonora	Cocospera	51,528
Tamaulipas	El Sacramento	41,825
Zacatecas	Malpaso	63,786
„	San José del Maguey	69,086

Quince haciendas arrojaban un total de 1.464,592 hectáreas, o sea, un promedio de algo menos de 100,000 hectáreas por hacienda. Además, hay que citar la hacienda de La Angostura en el Estado de San Luis Potosí, dentro de cuyos linderos se levantaban dos estaciones del ferrocarril a Tampico: San Bartolo y Las Tablas. Para ir de la finca principal a uno de los ranchos de la misma hacienda, por ejemplo al Granjenal, era menester caminar a caballo alrededor de veinte kilómetros, y habría otros ranchos aún más lejanos los unos de los otros dentro del perímetro de aquella propiedad. La hacienda de Cedros, en el Estado de Zacatecas, tenía 754,650 hectáreas.

Pero la crítica más severa que puede hacerse a la política agraria del régimen porfirista, estriba en la entrega de considerables extensiones territoriales a individuos y empresas extranjeras en la frontera norte de la Nación, poniendo así en peligro la integridad del territorio.

Sabido es que muchas y muy serias dificultades entre los gobiernos de México y de los Estados Unidos tuvieron su origen en las reclamaciones agrarias del Departamento de Estado, por la expropiación de tierras que fue menester llevar a cabo en cumplimiento de las promesas de la Revolución. Entre las referidas entregas de inmensos terrenos, señalemos los casos siguientes: a la Compañía Richardson, 222,000 Ha. en la región meridional del Río Yaqui, y otra parte en el Norte hasta completar 300,000; a la Colorado River Land Co., 325,364 Ha. en el Distrito Norte de la Baja California; a The Palomas Land Co., en Chihuahua, 776,938 Ha., a L. Bocker 35,000; a E. P. Fuller 230,000; a H. G. Barret 105,702; a The Chihuahua Timber Land Co. 125,000; y otra muestra de tan graves errores es el latifundio Green con sus 260,000 Ha., expropiado apenas hace unos cuantos meses.

Por otra parte, según el libro *Estadísticas Sociales del Porfiriato,* publicado por la Dirección General de Estadística, el número de habitantes de México en 1910 era de 15.160,369, de los cuales el 78.42% no sabía leer ni escribir. El censo que en ese año se levantó hace la siguiente clasificación tratándose de la población agrícola: 830 hacendados; 410,345 agricultores y 3.123,975 jornaleros del campo. En la misma obra que citamos se proporciona el dato del número de haciendas y de ranchos, por supuesto en el mismo año: 8,431 haciendas y 48,633 ranchos. A este propósito se ocurren unas cuantas observaciones.

La cifra relativa a los jornaleros del campo, no puede servir para calcular con exactitud matemática el número de familias campesinas, porque en algunas de ellas trabajaban y trabajan el padre y los hijos mayores, clasificados todos como jornaleros; pero sí es útil para estimar el número de personas que dependían del salario rural y que cabe estimar en ..... 12.000,000, o sea, aproximadamente el 80% de la población. Hay que añadir, con apoyo en la misma publicación, que el 96.9% de los jefes de familia rural no eran dueños de un solo palmo de tierra.

Si comparamos el número de hacendados con el de haciendas, se ve claramente que muchos hacendados se clasificaron como agricultores y que bajo este rubro figuran además propietarios de ranchos medianos y pequeños dueños de huertas próximas a las poblaciones, individuos usufructuarios de tierras

comunales medieros y personal de confianza de los terratenientes tales como administradores, mayordomos, caporales y monteros; en fin, gente que de alguna manera vivía del campo y que ocupaba una posición superior a la de los peones. La clasificación de ranchos y haciendas, es muy probable que haya dependido por una parte de la opinión o del capricho de los propietarios, y por la otra, de la extensión de la clase de tierras o de las costumbres establecidas en las diferentes regiones del país.

Bueno es agregar que el salario del jornalero fluctuaba entre 18 y 30 centavos diarios en 1910, cantidad notoriamente insuficiente para llenar las necesidades más elementales de la familia campesina. El jornal del peón había permanecido estacionario durante un siglo, mientras los artículos de primera necesidad, se habían elevado en alrededor de doscientos por ciento.

El conjunto de datos que anteceden dan idea del problema de la tenencia de la tierra en México, de igual manera que de la pobreza en que yacía la mayor parte de la población.

La Revolución y el Problema Agrario

El programa de la Revolución en su primera etapa fue el Plan de San Luis Potosí, de 5 de octubre de 1910. En este Plan, Francisco I. Madero, invitaba al pueblo a levantarse en armas para derrocar al gobierno del general Porfirio Díaz. Este documento es predominantemente político. Lo que importa, según su caudillo, es el sufragio efectivo y la no reelección. Sin embargo, en el párrafo tercero del Artículo 3º se dice lo que a continuación se copia:

> "Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, por acuerdo de la Secretaría de Fomento, o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en caso de que esos te-

> rrenos hayan pasado a tercera persona antes de la promulgación de este Plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo".

Y no por el sufragio efectivo y la no reelección, sino por la promesa contenida en el párrafo transcrito, millares de campesinos tomaron las armas y se lanzaron al torbellino de la Revolución. Triunfante el movimiento revolucionario después de algo más de 6 meses de lucha, por medio de una transacción con el régimen porfirista, Francisco León de la Barra se hizo cargo, provisionalmente, del Poder Ejecutivo de la Nación para convocar a elecciones de los poderes federales. El triunfo correspondió a Madero, quien gozaba de enorme popularidad en todo el país. El 6 de noviembre de 1911 ocupó la silla presidencial. Pero como no hiciera nada efectivo para acceder a la demanda de tierras del campesino, Emiliano Zapata, que había combatido a su lado, volvió sus armas contra el régimen maderista el 25 del mismo mes, proclamando su famoso Plan de Ayala. Es un plan agrarista con un contenido mucho más radical que el de San Luis Potosí.

Los autores del Plan de Ayala consideraban que Madero había traicionado los principios de la Revolución y que trataba de acallar por medio de la fuerza bruta a los pueblos que exigían el cumplimiento del Plan de San Luis. Añadían que Madero había impuesto a Pino Suárez como Vicepresidente y a varios de los gobernadores de los Estados en contra de los principios que proclamara. Decían también que había pactado con los "científicos", con los hacendados y caciques de toda laya. Por último aseguraban que Madero era inepto para gobernar y le llamaban nada menos que traidor a la patria. Lógicamente lo desconocían como jefe de la Revolución y como Presidente de México. Al desconocerlo en cuanto a las primeras funciones mencionadas, nombraban en su lugar al general Pascual Orozco, el militar entonces más prestigiado del maderismo. Agregaban que si Orozco no aceptaba la designación hecha en su favor, lo substituiría en el mando el general Emiliano Zapata.

Lo más importante del documento político que estamos comentando, se halla en las adiciones al Plan de San Luis. Son de tal manera importantes para conocer la trayectoria ideológica de la Revolución en su aspecto social, que es necesario transcribir íntegramente los artículos que las contienen:

"6º—Como parte adicional del plan que invocamos, hacemos constar: que los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la justicia venal, entrarán en posesión de esos bienes inmuebles desde luego, los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos, correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados por la mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance con las armas en la mano la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derecho a ello lo deducirán ante los tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la Revolución.

"7º—En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la Industria o a la Agricultura, por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas; por esta causa se expropiarán previa indemnización, de la tercera parte de esos monopolios a los poderosos propietarios de ellos, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México, obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos.

"8º—Los hacendados, científicos o caciques que se opongan directa o indirectamente al presente Plan, se nacionalizarán sus bienes y las dos terceras partes que a ellos les correspondan, se destinarán para indemnizaciones de guerra, pensiones de viudas y huérfanos de las víctimas que sucumban en la lucha del presente Plan.

"9º—Para ejecutar los procedimientos respecto a los bienes antes mencionados, se aplicarán leyes de desamortización y nacionalización según convenga, pues de norma y ejemplo pueden servirnos las puestas en vigor por el inmortal Juárez a los bienes eclesiásticos, que escarmentaron a los déspotas y conservadores que en todo tiempo han pretendido imponernos el yugo ignominioso de la opresión y el retroceso".

En el 7º, se establece el principio de la previa indemnización, lo que hubiera hecho impracticable su cumplimiento por la imposibilidad de disponer de los recursos necesarios. En cuanto al artículo 8º, se ocurre esta sencilla pregunta: ¿Quién hubiera comprado esas tierras nacionalizadas para que el producto de su venta se destinara a indemnizaciones de guerra y

para pensiones de viudas y huérfanos? No se olvide que los autores del famoso Plan, aspiraban a que se aplicara en toda la Nación. Por último, el artículo 9º, es poco preciso y a nuestro juicio irrealizable, porque los problemas y el momento histórico eran distintos al momento histórico y a los problemas que trataron de resolver las leyes de 25 de junio de 1856 y 12 de julio de 1859.

El Plan de Ayala, según noticias fidedignas, fue escrito por Otilio Montaño y Emiliano Zapata. El primero un profesor pueblerino de primeras letras y, el segundo un campesino que sabía leer y escribir y las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética. Pero tanto el campesino como el profesor, habían sufrido en propia carne las arbitrariedades de los terratenientes y la injusticia de los jueces y de los tribunales. Por eso el Plan de Ayala, no obstante sus deficiencias técnicas, sintetizó durante dos lustros las aspiraciones justas del proletariado de los campos. Además, el éxito histórico del documento firmado en Villa de Ayala, se explica por el tesón y la lealtad con que fue defendido por el general Zapata y sus compañeros, quienes sin escatimar sacrificio alguno, jamás traicionaron su bandera.

Muy a menudo se oye decir que el lema de los zapatistas que sintetizaba sus aspiraciones supremas fue tierra y libertad. Esto no es históricamente cierto. Las palabras finales del Plan de Ayala son: libertad, justicia y ley.

Meses después, a fines de marzo de 1912, Pascual Orozco también volvía sus armas contra el gobierno de Francisco I. Madero. Orozco se adueñó en unas cuantas horas de todo el Estado de Chihuahua con el apoyo de las autoridades locales y de un ejército de 10,000 hombres. Lógicamente, el por aquellos días famoso guerrillero, proclamó su plan revolucionario. El Plan Orozquista, después de largos y pedestres considerandos contiene un programa radical y bien redactado que abarca los problemas fundamentales de la Nación. Se advierte en su articulado la influencia del Plan y Programa del Partido Liberal de 1906.

El artículo 35 del Plan de Pascual Orozco, dice lo que sigue:

> "35.—Siendo el problema agrario en la República el que exige más atinada y violenta solución, la Revolución garantiza que desde luego se procederá a resolverlo, bajo las bases generales siguientes:

"I.—Reconocimiento de la propiedad a los poseedores pacíficos por más de veinte años.

"II.—Revalidación y perfeccionamiento de todos los títulos legales.

"III.—Reivindicación de los terrenos arrebatados por despojo.

"IV.—Repartición de todas las tierras baldías y nacionalizadas en toda la República.

"V.—Expropiación por causa de utilidad pública, previo avalúo, a los grandes terratenientes que no cultiven habitualmente toda su propiedad; y las tierras así expropiadas se repartirán para fomentar la agricultura intensiva.

"VI.—A fin de no gravar el Erario, ni echar mano de las reservas del Tesoro, ni mucho menos aumentar con empréstitos en el extranjero la deuda exterior de la Nación, el Gobierno hará una emisión especial de bonos agrícolas para pagar con ellos los terrenos expropiados, y pagará a los tenedores el interés del 4 por ciento anual hasta su amortización. Esta se hará cada 10 años con el producto del pago de las mismas tierras repartidas con el que se formará un fondo especial destinado a dicha amortización.

"VII.—Se dictará un Ley Orgánica Reglamentaria sobre la materia".

Salta a la vista que las normas fijadas para resolver la cuestión de la tierra en este Plan, superan en mucho a las ideas contenidas en el Plan de Ayala, tanto por su mejor redacción y claridad, cuanto porque se señalan caminos mucho más prácticos y sensatos.

Sin embargo, mientras el Plan de Ayala ha tenido y tiene una incuestionable significación histórica, el Plan Orozquista ha sido completamente olvidado. Por otra parte, en aquel hubo continuidad de acción y de pensamiento y en éste no sólo no hubo continuidad de pensamiento y de acción, sino que fue traicionado por sus propios autores, cuando llevados por su odio a Madero, echaron por la borda los principios por los cuales habían empuñado las armas y se sumaron al régimen espúrio de Victoriano Huerta, el soldado desleal y sanguinario.

Madero tuvo que luchar contra sus enemigos levantados en armas y sus adversarios políticos durante los quince meses y medio de su gobierno. Pero el hecho de haber fundado la Comisión Nacional Agraria y la Comisión Agraria Ejecutiva indi-

can su preocupación por la cuestión de la tierra. Esto se confirma con la parte relativa de sus informes al Congreso de la Unión. Es cierto que no hizo nada práctico y que sus ideas sobre la materia estaban lejos de ser atinadas; mas es cierto también que no sólo era muy difícil, sino imposible, atender con eficacia el problema de la transformación de la propiedad territorial en México en medio de la guerra civil, cuando lo fundamental consistía en el restablecimiento de la paz y en la propia existencia del gobierno.

En el curso del gobierno de Madero, a causa en buena medida de la lucha entre fuerzas federales y zapatistas, el problema de la tierra atrajo la atención de distinguidos publicistas y de algunos diputados al Congreso de la Unión. Entre los primeros cabe citar el folleto del licenciado Toribio Esquivel Obregón, titulado *El Problema Agrario en México,* en el cual critica con severidad a los grandes hacendados por su codicia y falta de patriotismo y, entre los segundos merece mención especial el discurso de Luis Cabrera pronunciado en la Cámara de Diputados sobre la reconstitución de los ejidos. En ese discurso, ya histórico, Cabrera aboga por el reparto de tierras a los pueblos de labriegos y pinta con maestría la explotación de que era víctima la masa anónima del proletariado rural.

El general Victoriano Huerta, con la ayuda y complicidad del Embajador de los Estados Unidos, como lo saben todos los que tienen nociones elementales de historia contemporánea de México, se adueñó del poder y mandó asesinar a don Francisco I. Madero y a don José María Pino Suárez. El gobernador del Estado de Coahuila, Venustiano Carranza, se levantó en armas contra el usurpador, y así comenzó lo que puede denominarse la etapa constitucionalista de la Revolución Mexicana. El Plan de Guadalupe, obra personal de Don Venustiano, tuvo inicialmente por único objeto derribar a Huerta de la Presidencia para restablecer el orden constitucional. Pero como siempre sucede en tales casos, poco a poco, al calor de la contienda, el propósito inicial fue superado por ideas y aspiraciones de mayor alcance. Bien pronto en las filas revolucionarias ya no se hablaba únicamente de vencer al huertismo, sino de profundos cambios institucionales.

Lucio Blanco, uno de los firmantes del Plan de Guadalupe, el 30 de agosto de 1913 distribuyó en la hacienda de Los Borregos cercana a Matamoros, pequeñas parcelas entre los peones de la hacienda citada. Por supuesto que tal reparto no

se apoyaba en ninguna ley vigente, sino en la justicia que creía y sentía representar el general revolucionario. Según nuestra noticia, algo semejante hizo por aquellos meses en el sur de Tamaulipas Alberto Carrera Torres, otro de los caudillos de aquella etapa de la Revolución.

Bueno es hacer notar, que no son pocos los que han afirmado que el señor Carranza nunca tuvo sensibilidad revolucionaria; que por el hecho de haber sido senador de la República en la época del general Díaz y gozar de una situación económica desahogada, jamás comprendió las necesidades y anhelos de las grandes masas de la población. Esto no es verdad; lo cierto es lo contrario. Carranza fue un auténtico revolucionario que tuvo ideas muy claras sobre los problemas fundamentales del país; fue un patriota, un hombre enérgico y sereno, un ciudadano austero con preocupaciones de carácter social. El discurso que pronunció en el local del Ayuntamiento de la ciudad de Hermosillo el 24 de septiembre de 1913, cuando todavía estaba lejano el triunfo de las fuerzas constitucionalistas, es de primera importancia para conocer el pensamiento del Primer Jefe. Dicho discurso causó sorpresa entre quienes lo escucharon, tanto por la precisión como por el radicalismo de sus conceptos. De tal documento se transcribe lo que más nos interesa:

> "Ya es tiempo de no hacer falsas promesas al pueblo y de que haya en la historia siquiera un hombre que no engañe y que no ofrezca maravillas, haciéndole la doble ofensa al pueblo mexicano de juzgar que necesita promesas halagüeñas para aprestarse a la lucha armada en defensa de sus derechos. Por esto, señores, el Plan de Guadalupe no encierra ninguna utopía, ninguna cosa irrealizable, ni promesas bastardas hechas con la intención de no cumplirlas. El Plan de Guadalupe es un llamado patriótico a todas las clases sociales, sin ofertas y sin demandas al mejor postor. Pero sepa el pueblo de México que, terminada la lucha armada a que convoca el plan de Guadalupe, TENDRA QUE PRINCIPIAR FORMIDABLE Y MAJESTUOSA LA LUCHA SOCIAL: LA LUCHA DE CLASES, QUERAMOS O NO QUERAMOS NOSOTROS MISMOS Y OPONGANSE LAS FUERZAS QUE SE OPONGAN, LAS NUEVAS IDEAS SOCIALES TENDRAN QUE IMPONERSE EN NUESTRAS MASAS; y no es sólo repartir las tierras y las riquezas naturales, no es el SUFRAGIO EFECTIVO, no es abrir más escuelas, no es igualar y repartir las riquezas nacionales; es algo más grande y más sagrado; es establecer la justicia, es buscar la igualdad,

es la desaparición de los poderosos, para establecer el equilibrio de la economía nacional.

"El pueblo ha vivido ficticiamente, famélico y desgraciado, con un puñado de leyes que en nada le favorecen. Tendremos que removerlo todo. Crear una nueva constitución cuya acción benéfica sobre las masas, nada, ni nadie, pueda evitar.

"Nos faltan leyes que favorezcan al campesino y al obrero; pero éstas serán promulgadas por ellos mismos, puesto que ellos serán los que triunfen en esta lucha reivindicadora y social".

Así pensaba en septiembre de 1913 el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Y de conformidad con sus ideas y propósitos, expidió en la ciudad de Veracruz el 12 de diciembre de 1914, un decreto anunciando la expedición de leyes revolucionarias en materia de propiedad, de trabajo, de hacienda pública y de relaciones familiares. Unas cuantas semanas después, el 6 de enero de 1915, se publicó la ley que fue el punto de partida de la Reforma Agraria mexicana.

La Reforma Agraria

La ley de 6 de enero de 1915, fue redactada por el licenciado Luis Cabrera en buena parte, conforme a las ideas que había expresado en su célebre discurso sobre la reconstitución de los ejidos de los pueblos, en la Cámara de Diputados en los primeros días del mes de diciembre de 1912. Esta ley, marca el principio de lo que se ha convenido en llamar la Reforma Agraria mexicana. El mérito de Cabrera es indiscutible, mas es indiscutible también el mérito del señor Carranza por haber aprobado el proyecto, transformarlo en ley con su firma y asumir la consiguiente responsabilidad.

La celebérrima ley consta de nueve considerandos y doce artículos de enorme interés y trascendencia. Para nosotros la trascendencia y el interés estriban no sólo en la justificación del movimiento revolucionario, sino en el criterio que se sustenta respecto a que todos los pueblos sin tierras, las hayan o no tenido, tienen derecho a tenerlas para satisfacer sus necesidades. En otras palabras, el principio de que todos los individuos por el hecho de existir, tienen derecho a que la sociedad les proporcione los medios de subsistencia, por supuesto siempre que realicen funciones productivas.

La ley considera, que una de las causas más generales del malestar y descontento de la población agrícola del país, ha sido el despojo de los terrenos que a los pueblos les fueron concedidos en la época colonial. Estos despojos —agrega— se realizaron no sólo por medio de enajenaciones llevadas a efecto por las autoridades políticas, sino también por composiciones o ventas concertadas por las Secretarías de Fomento y Hacienda, o a pretexto de deslindes, para favorecer a los denunciantes de excedencias o demasías al servicio de las Compañías Deslindadoras; todo esto, con la frecuente complicidad de los jefes políticos y de los gobernadores de los Estados. "En consecuencia —se dice textualmente— no ha quedado a la gran masa de la población de los campos, otro recurso para proporcionarse lo necesario a su vida, que alquilar a vil precio su trabajo a los poderosos terratenientes, trayendo esto, como resultado inevitable, el estado de miseria, abyección y esclavitud de hecho, en que esa enorme cantidad de trabajadores ha vivido y vive todavía". Lógicamente en la exposición de motivos, concluye el legislador que para establecer la paz en la República y organizar la sociedad mexicana de conformidad con uno de los postulados básicos de la Revolución, es necesario restituir a numerosos pueblos los ejidos de que fueron despojados, a la vez que dotar de tierras a los núcleos de población carentes de ellas.

Se ve que el pensamiento fundamental del autor o de los autores de la ley de 6 de enero, aspiró a proporcionar medios de vida indispensables a millares de familias paupérrimas y a elevar su nivel económico y cultural.

Pero es de tanta importancia histórica la ley que nos ocupa, que es menester reproducir los artículos de mayor significación:

> "Artículo 1º—Se declaran nulas:
>
> "I.—Todas las enajenaciones de tierras, aguas y montes pertenecientes a los pueblos, rancherías, congregaciones o comunidades, hechas por los jefes políticos, gobernadores de los Estados o cualquier otra autoridad local, en contravención a lo dispuesto en la ley de 25 de junio de 1856 y demás leyes y disposiciones relativas;
>
> "II.—Todas las concesiones, composiciones o ventas de tierras, aguas y montes, hechas por la Secretaría de Fomento, Hacienda o cualquiera otra autoridad federal, desde el primero de diciembre de 1876, hasta la fecha, con las cuales se hayan invadido

y ocupado ilegalmente los ejidos, terrenos de repartimiento o de cualquier otra clase, pertenecientes a los pueblos, rancherías, congregaciones o comunidades, y

"III.—Todas las diligencias de apeo o deslinde, practicadas durante el período de tiempo a que se refiere la fracción anterior, por compañías, jueces u otras autoridades de los Estados o de la Federación, con las cuales se hayan invadido y ocupado, ilegalmente, tierras, aguas y montes de los ejidos, terrenos de repartimiento o de cualquier otra clase, pertenecientes a los pueblos, rancherías, congregaciones o comunidades.

"Artículo 2º—La división o reparto que se hubiera hecho legítimamente entre los vecinos de un pueblo, ranchería, congregación o comunidad, y en la que haya habido algún vicio, solamente podrá ser nulificada cuando así lo soliciten las dos terceras partes de aquellos vecinos o de sus causahabientes.

"Artículo 3º—Los pueblos que necesitándolos, carezcan de ejidos o que no pudieren lograr su restitución por falta de títulos, por imposibilidad de identificarlos o porque legalmente hubieren sido enajenados, podrán obtener que se les dote del terreno suficiente para reconstruirlos conforme a las necesidades de su población, expropiándose por cuenta del Gobierno nacional el terreno indispensable para ese efecto, del que se encuentre inmediatamente colindante con los pueblos interesados.

"Artículo 6º—Las solicitudes de restitución de tierras pertenecientes a los pueblos que hubieren sido invadidos u ocupados ilegítimamente, y a que se refiere el artículo 1º de esta ley, se presentará en los Estados directamente ante los gobernadores, y en los Territorios y Distrito Federal, ante las autoridades políticas superiores, pero en los casos en que la falta de comunicaciones o el estado de guerra dificultare la acción de los gobiernos locales, las solicitudes podrán también presentarse ante los jefes militares que estén autorizados especialmente para el efecto por el Encargado del Poder Ejecutivo; a estas solicitudes se adjuntarán los documentos en que se funden.

"También se presentarán ante las mismas autoridades las solicitudes sobre concesiones de tierras para dotar de ejidos a los pueblos que carecieren de ellos, o que no tengan títulos bastantes para justificar sus derechos de reivindicación.

"Artículo 10º—Los interesados que se creyeren perjudicados con la resolución del Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, podrán recurrir ante los tribunales a deducir sus derechos dentro del término de un año, a contar desde la fecha de dichas

resoluciones, pues pasado este término, ninguna reclamación será admitida.

"En los casos en que se reclame contra reivindicaciones y en que el interesado obtenga resolución judicial declarando que no procedía la restitución hecha a un pueblo, la sentencia sólo dará derecho a obtener del Gobierno de la Nación, la indemnización correspondiente.

"En el mismo término de un año podrán ocurrir los propietarios de terrenos expropiados, reclamando las indemnizaciones que deban pagárseles".

Es seguro que al conocerse la ley se plantearon numerosas interrogaciones puesto que no dice nada sobre no pocos aspectos de indiscutible importancia, tales como la forma de pago —previo o mediante— de las indemnizaciones; procedimiento para el avalúo de los terrenos, etc. En el artículo 3º se habla de expropiar en los casos de dotaciones por cuenta del Gobierno nacional; y en el artículo 10º, se dice que cuando un propietario obtenga sentencia favorable de los tribunales en caso de restitución, sólo tendrá derecho a recibir la indemnización correspondiente de parte del tesoro público. A nuestro juicio la vaguedad de la ley en ciertos puntos, pudo haber sido intencionada, con el objeto de no plantear desde luego problemas de detalle y de difícil solución. Había que dar el primer paso, sobre todo por razones políticas; había que atraer al constitucionalismo a la masa campesina del centro y del norte del país, para combatir con éxito contra de la División del Norte comandada por el General Francisco Villa; había que tener a la mano una ley agraria frente al Plan de Ayala, con el propósito bien claro de quitar al general Zapata el monopolio del ideal agrarista. De suerte que no parece aventurado afirmar que las consideraciones de carácter político, influyeron en la expedición de la ley de 6 de enero de 1915 y que dicha ley a su vez influyó efectivamente en el triunfo de las fuerzas leales al señor Carranza. Probablemente la ley que comentamos pareció más clara y práctica a los campesinos, que el Plan Zapatista.

Mientras tanto, y durante los primeros meses de 1915, el general Villa, que luchaba contra el señor Carranza, no se había preocupado por elaborar un programa bien definido de reformas sociales. Lo hizo a fines de mayo al expedir una ley agraria muy difícil de aplicar y después de haber sufrido dos tremendas derrotas por el ejército al mando del general Álvaro Obregón,

La División del Norte al mando de Villa fue aniquilada. El Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, dueño de casi todo el país, excepción hecha de parte del Estado de Morelos dominado por las fuerzas zapatistas, convocó a un Congreso Constituyente, el cual inició sus labores el 1° de diciembre de 1916. Carranza envió un proyecto de Constitución para que sirivera de base a las deliberaciones. El artículo 27 no satisfizo a los legisladores por juzgarlo incompleto y moderado en exceso. De manera que el artículo aprobado resultó de mucho mayor alcance económico y social y completamente distinto al del proyecto; se caracteriza por su radicalismo y por haber introducido principios nuevos de enorme trascendencia. Estos principios pueden resumirse en la forma que sigue:

1° La propiedad de las tierrras y aguas pertenece originariamente a la Nación, la que ha transmitido el dominio de ellas a los particulares para constituir la propiedad privada; pero tiene en todo tiempo el derecho de imponer a dicha propiedad las modalidades que dicte el interés público.

2° La propiedad del subsuelo pertenece a la Nación y es inalienable e imprescriptible. Para su explotación se otorgarán concesiones a particulares o compañías, mediante determinados requisitos.

3° La Nación tiene el derecho de expropiar por causa de utilidad pública, mediante —y no previa— indemnización.

4° A la ley de 6 de enero de 1915 se le asigna la categoría de ley constitucional, es decir, se mantiene el propósito de restituir y dotar de tierras a los pueblos de campesinos.

5° Se establece como obligación el fraccionamiento de los latifundios para crear la pequeña propiedad.

El artículo 27, por su contenido revolucionario fue una novedad no sólo para México sino para todos los demás países. Con el correr del tiempo ha sido inspiración de otras Constituciones.

Pero debemos confesar en relación con nuestro tema, que el señor Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación hasta el 30 de abril de 1917 y Presidente de la República desde el día siguiente, no se dio prisa para cumplir con los preceptos constitucionales en materia agraria, puesto que desde 1915 hasta 1919 inclusive, apenas se repartieron 172,997 hectáreas que favorecieron a 51,391 labradores,

El general Álvaro Obregón gobernó a México del 1º de diciembre de 1920 al 30 de noviembre de 1924. Él sí puso en marcha la reforma agraria entregando 1.557,983 hectáreas a 161,788 familias campesinas. Durante su gobierno se expidieron leyes reglamentarias en materia de tierras con el propósito de facilitar la realización de la reforma; mas tanto la actividad legislativa como el reparto efectivo de tierras, provocaron el disgusto de algunos publicistas que habían participado en alguna forma en la Revolución, y que se habían quedado atrás desde el punto de vista ideológico. Por otra parte los hacendados se prestaron a la defensa de sus intereses no sólo por medios legales, sino formando guardias blancas con sus trabajadores de confianza. Estas guardias blancas bien armadas atacaban a los labriegos que solicitaban la restitución de sus ejidos o la dotación de conformidad con los ordenamientos vigentes. No fueron pocas las peleas sangrientas entre agraristas y guardias blancas, obligando, en algunos casos, a intervenir al ejército federal para poner en paz a los contendientes.

Debemos recordar que al hacerse cargo, provisionalmente, de la Presidencia de la República, Adolfo de la Huerta, que fue una especie de puente entre los gobiernos de Carranza y de Obregón, los zapatistas se sometieron a De la Huerta, después de haber sostenido sus ideales durante algo más de nueve años luchando sin tregua. Unos cuantos de ellos, por supuesto los más connotados, fundaron en la ciudad de México el Partido Nacional Agrarista. Antonio Díaz Soto y Gama, viejo combatiente desde la época del general Díaz, zapatista convencido y leal, fue el principal inspirador y jefe de la citada organización. El Partido Nacional Agrarista tuvo influencia decisiva en la política agraria del general Obregón. Puede decirse que Díaz Soto y Gama imprimió a su Partido un cuadro ideológico o social-cristiano, basado obviamente en los Evangelios y en las enseñanzas de los primeros padres de la Iglesia. Esta afirmación nuestra puede ser discutida y discutible; más sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la actividad del Partido Nacional Agrarista contribuyó a poner en marcha la reforma agraria y en buena parte, al sostenimiento del régimen obregonista con el apoyo de millares de campesinos que habían recibido sus tierras y de muchos otros que las reclamaban con la seguridad de obtenerlas. Por esto, al rebelarse De la Huerta en diciembre de 1923, con dos tercios del ejército, contra Obregón, los

campesinos agraristas tomaron el rifle y contribuyeron a la derrota del movimiento insurreccional. En el fondo, fue una lucha de antiagraristas contra agraristas. Los primeros representados por De la Huerta y los segundos, por Obregón.

Es cierto que el general Obregón se limitó a repartir tierras a los pueblos sin estudios previos, sin disponer de medios financieros para organizar el crédito agrícola, ni surtir de maquinaria moderna a los ejidatarios, pero cierto es también que lo que se hizo fue lo único que entonces pudo hacerse, y que de no haberse iniciado la reforma agraria con celeridad, hubiera sido imposible establecer los primeros cimientos de la paz en la República.

El sucesor del gobierno obregonista fue el presidido por el general Plutarco Elías Calles que intensificó más aún la restitución y dotación de ejidos a los pueblos. Calles distribuyó durante sus cuatro años de gobierno, 3.045.802 hectáreas, el doble que Obregón. Los campesinos beneficiados del 1º de enero de 1925 al 31 de diciembre de 1928, fueron 301,587. Mas no es eso todo: dio los primeros pasos para organizar el crédito agrícola, fundando el 1º de marzo de 1926 el Banco Nacional de Crédito Agrícola con un capital de veinte millones de pesos, y el 1º de mayo del mismo año, cuatro Bancos Agrícolas Ejidales con un capital de 200,000 pesos cada uno. Estas pequeñas instituciones de crédito se establecieron en Tula, Hidalgo; Celaya, Guanajuato; Morelia, Michoacán y en la capital del Estado de Durango. Al mismo tiempo se dieron facilidades a los campesinos para reemplazar el arado egipcio por modernos arados de hierro y comenzaron a funcionar varias escuelas agrícolas a fin de impartir a los hijos de los ejidatarios los conocimientos elementales para aprovechar mejor los recursos del campo. También en el año de 1926 dio principio a sus labores la Comisión Nacional de Irrigación, de conformidad con el decreto de 9 de enero del año precitado. A partir de entonces se inició la construcción de sistemas de riego para poner bajo cultivo terrenos no cultivados, o cultivados deficientemente. En consecuencia, cabe decir que el Presidente Calles tuvo una visión integral del problema agrario y que fue él, quien señaló la política económica que en materia agraria debían seguir sus sucesores en el mando de la Nación.

En materia legislativa se constituyó el patrimonio parcelario ejidal, que a mi juicio fue la confirmación de un grave

error cometido a partir de la ley de 6 de enero de 1915; lo fue, entre otras razones, porque al dividirse buen número de ejidos en pequeñas parcelas, se destruyó la unidad de la explotación agrícola, haciendo imposible el empleo de procedimientos modernos de cultivo, con todas sus lamentables consecuencias económicas y sociales.

Independientemente de lo anterior, es indudable que lo más importante en materia legislativa sobre la cuestión agraria en el curso del año de 1927, fue la Ley de Dotaciones y Restituciones de Tierras y Aguas Reglamentaria del Artículo 27 de la Constitución, publicada en el *Diario Oficial* el día 27 del mes de abril. Esta ley, aun cuando sufrió algunas modificaciones poco tiempo después de su promulgación, abarcó los aspectos fundamentales de la reforma agraria, como dice Mendieta y Núñez, poniendo fin al desorden que reinaba en la legislación anterior. El licenciado Narciso Bassols, autor de la ley, en un brillante estudio sobre la misma, fija con claridad meridiana la diferencia entre el ejido colonial y el constituido por la Revolución; y tomando en cuenta que hay buen número de personas para quienes son idénticos jurídicamente los ejidos actuales y los que fundara Felipe II en el siglo XVI, es pertinente incluir aquí la opinión de tan distinguido hombre de letras.

Bassols, después de afirmar que "la dotación de ejidos conforme al derecho derivado de la Revolución no tiene de común con el otorgamiento de ejidos a los pueblos en la época colonial, sino el nombre", dice lo que a continuación se transcribe:

> La diferencia capital que separa las disposiciones coloniales de las vigentes, radica en el fin mismo de la dotación ejidal en cada uno de los dos momentos. En la colonia el ejido significaba fundamentalmente, el medio hallado para crear poblaciones; era un procedimiento que tendía a establecer centros habitados en los que se arraigaran definitivamente los indígenas. Se trataba de llegar a una distribución geográfica estable, mediante reducción, cuyo fin principal consistía, en evitar los inconvenientes de masas de población flotante, vagabunda y por lo tanto, pobre de toda vigilancia e incapaz de las ventajas que proporciona el arraigo. Era, podría decirse, una dotación anterior a la historia de las poblaciones encaminada a crearlas.
>
> La dotación de hoy, en cambio, no se hace con el propósito de vincular masas de población errantes o inestables, sino por el

revés, lo que pretende es proporcionar a grupos de individuos, que tienen ya un asiento fijo en un sitio determinado, la tierra necesaria para su subsistencia. Es una dotación, posterior a la historia, que la supone, y tiende justamente a corregir los vicios de organización económica que se han observado. No es un acto que acompañe a la creación del poblado, sino un procedimiento que se emplea respecto a los poblados ya existentes, para conseguir la mejor distribución del suelo.

Otra diferencia todavía, separa ambos casos: el carácter esencialmente comunal que tuvo el ejido primitivo, exigía imperiosamente ciertos caracteres que podríamos llamar también comunales, del núcleo beneficiario. El ejido se daba comunalmente, a una comunidad.

Hoy, el ejido es una unidad de tierra que se da a una unidad de población. Se trata de un conjunto de hombres a los que hay que hacer llegar el beneficio de la reforma agraria y a quienes solamente como medida de procedimiento se les considera en conjunto. La unidad de la población y la unidad de la tierra, en el mecanismo contemporáneo, sólo presentan sistemas auxiliares, verdaderos instrumentos de aplicación que se usan, no obstante sus inconvenientes posibles, en virtud de que los preceptos constitucionales imponen por sus términos explícitos el uso de ellos.

Por lo tanto, siendo el ejido actual la tierra que se da a los núcleos de población para que sus habitantes individualmente gocen de ella, y no constituyendo la comunidad un conjunto de individuos beneficiados en su unidad, sino un sustento auxiliar de la institución ejidal, resulta que la esencia misma de las condiciones y características de la corporación de población, a la que se considere como sujeto de derecho, se transforma y obliga a modificar, con respecto a los sistemas coloniales, las ideas relativas a los requisitos que un conjunto de individuos constituyendo un poblado, ha de tener para gozar de los derechos ejidales.

Al leer los párrafos que anteceden se ve que la reforma agraria, exigencia de la Revolución, es algo totalmente distinto al otorgamiento de tierras por los monarcas españoles durante el coloniaje.

Volviendo a la gestión administrativa del Presidente Calles, cabe recordar que el ímpetu constructivo de sus primeros dos años de gobierno, se debilitó en los dos últimos a causa de la rebelión cristera, provocada por el fanatismo religioso, fo-

mentado por el clero y por la gravedad de las relaciones entre México y los Estados Unidos, originadas por las leyes agrarias y del petróleo.

El período presidencial se aumentó de 4 a 6 años a partir del 1º de diciembre de 1928. En este sexenio que concluyó el 30 de noviembre de 1934 hubo tres presidentes: Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez. En los 6 años se repartieron 5.128,896 hectáreas a 401,547 trabajadores del campo. Portes Gil fue el que dio más tierras, pues en sus 14 meses de gobierno distribuyó 1.749,583 hectáreas para 126,317 labriegos. Haciendo un resumen de los 15 años transcurridos desde la promulgación de la ley de 6 de enero de 1915 hasta el 31 de diciembre de 1934, se obtienen los resultados siguientes: tierras entregadas por restitución y dotación, 10.085,863 hectáreas; familias campesinas que las recibieron, 942,125. Por supuesto que no eran laborales todas las tierras concedidas, predominando los bosques y los terrenos para la cría de ganado mayor o menor.

En el curso del sexenio hubo una abrumadora actividad legislativa que culminó con el Código Agrario de 22 de marzo de 1934, con el cual se substituyeron las leyes anteriores. Este nuevo ordenamiento jurídico fue elogiado por algunos y censurado por otros, como siempre ocurre en tales casos. De todos modos no puede negarse que fue un adelanto importantísimo en materia de legislación agraria.

Pero retrocedamos unos años para hacer referencia a la fundación del Partido Nacional Revolucionario, que con tres distintos nombres ha tenido enorme significación política y social en la vida del país. En el mes de enero de 1929 el Comité Organizador de dicho Partido, redactó un documento fijando los principios que normarían su actividad. Tratándose de la reforma agraria, del fomento de la agricultura y de la construcción de sistemas de riego, sostiene los mismos principios y las mismas ideas que sustentaron los gobiernos de Calles y Portes Gil.

Empero, se encuentra mayor claridad, decisión y cierto progreso ideológico en cuanto al reparto de tierras, en las declaraciones del Partido del mes de diciembre de 1933, al celebrarse su Segunda Convención Ordinaria. En la parte relativa se dice:

> El Partido Nacional Revolucionario, en la forma más solemne y enérgica, da por reproducida la Declaración de Principios

hecha desde su constitución, afirmando que el problema social de mayor importancia en nuestro país es, sin duda alguna, el relativo a la distribución de la tierra y a su mejor explotación, desde el punto de vista de los intereses nacionales, vinculado íntimamente con la liberación económica y social de los grandes núcleos de campesinos que directamente trabajan la tierra, por lo cual, continuarán luchando por convertir a éstos en agricultores libres, dueños de la tierra y capacitados, además, para obtener y aprovechar el mayor rendimiento de su producción.

Consiguientemente, el ideal agrario contenido en el artículo 27 de la Constitución General de la República seguirá siendo el eje de las cuestiones sociales mexicanas, mientras no hayan logrado satisfacer, en toda su integridad, las necesidades de tierras y aguas de todos los campesinos del país.

El Partido Nacional Revolucionario señala como primordial y apremiante obligación, y contrae el compromiso de su rápido cumplimiento, el seguir dotando de tierras y aguas, sin excepción alguna, a todos los núcleos de población que carezcan de ellas o no las tengan en cantidad bastante para satisfacer sus necesidades, de acuerdo con el artículo 27 constitucional.

A este respecto, el límite único para las dotaciones y restituciones de tierras y aguas será la satisfacción completa de las necesidades agrícolas de los centros de población rural de la República Mexicana.

En la Convención que citamos fue designado candidato a la Presidencia de la República el general Lázaro Cárdenas, para el período del 1º de diciembre de 1934 al 30 de noviembre de 1940.

El general Lázaro Cárdenas se singularizó muy luego por su decisión para mejorar las condiciones económicas y culturales del proletariado de las ciudades y de los campos. A la distancia de más de cuatro lustros los trabajadores de México recuerdan con nostalgia la gestión política y administrativa del Presidente que trabajó sin descanso para hacer cumplir las promesas de la Revolución. En su sexenio entregó a los campesinos 17.609,139 hectáreas, casi el doble de lo concedido en definitiva por todos sus antecesores. El número de labriegos beneficiados se elevó a 771,640. Además, fundó en los comienzos de su gestión el Banco Nacional de Crédito Ejidal, con objeto de atender mejor la demanda de crédito de los ejidatarios. El Banco Nacional de

Crédito Agrícola limitó su acción a partir de entonces, al otorgamiento de préstamos a los pequeños propietarios.

Bueno es recordar que hasta los años de 1936 y 1937, los terratenientes de la Comarca Lagunera y de Yucatán no habían sido tocados por la reforma agraria. Se consideraba que tratándose de algodón en la primera y de henequén en el segundo, no era posible la aplicación de las leyes agrarias por las cuantiosas inversiones que exigía su explotación. Se aseguraba que si tal se hiciera, el fracaso y la ruina serían inevitables. Cárdenas con decisión inquebrantable, sin hacer caso de la opinión de sus adversarios y sin detenerse ante la barrera que le oponían los poderosos intereses creados, distribuyó ejidos con desusada actividad lo mismo en Yucatán que en la Laguna. Por supuesto que fue complicado y difícil el cambio radical que se llevó al cabo en ambas localidades, sobre todo porque era preciso no detener la producción. El Banco Nacional de Crédito Agrícola y el Banco Nacional de Crédito Ejidal fueron dotados de abundantes recursos para atender a las necesidades ingentes de crédito, y cabe decir por lo menos, que no ocurrió ninguna catástrofe, y que los resultados fueron, en términos generales, satisfactorios.

Tampoco habían sido tocadas las haciendas de Lombardía y Nueva Italia en el Estado de Michoacán, pertenecientes a un sujeto de origen italiano. Las dos haciendas fueron entregadas a los antiguos peones que desde hacía mucho tiempo las trabajaban en provecho del amo extranjero.

Por otra parte, el general Cárdenas es uno de los mexicanos que más se preocupó por mejorar las condiciones de vida de los pueblos indígenas, movido por su capacidad comprensiva y su sentimiento humanitario. Por ello, los pueblos de Michoacán, que a mediados del siglo XVI llamaban al ilustre misionero y gran civilizador Vasco de Quiroga, "Tata Vasco", de seguro por la fecunda siembra de bienes con que transformó su existencia; en nuestros días, a mediados del siglo XX, por las mismas o parecidas razones, llaman al general Lázaro Cárdenas "Tata Lázaro". Él fue el primero que estableció una dependencia oficial, el Departamento de Asuntos Indígenas, destinado a intervenir en la vida de los grupos indígenas para ayudarles a resolver sus problemas y con el fin de aliviarles de la miseria en que yacen sumergidos desde hace siglos. Desgraciadamente, el personal de dicho departamento, no respondió a la confianza

que Cárdenas depositó en ellos, y el flamante departamento no tuvo éxito en el desempeño de las funciones que le fueron encomendadas.

El 18 de marzo de 1938 se expropiaron los bienes de las empresas petroleras. Este acto de singular trascendencia para el país, marca a mi parecer el punto en que culminó la Revolución Mexicana, o la acción de los gobiernos revolucionarios, como se ha convenido en llamarlos. Después, por las dificultades internacionales originadas por la expropiación, por la Segunda Guerra Mundial que estalló el 1º de septiembre de 1939 y por la presión neutralizadora de una burguesía en ascenso, sufrió menoscabo el ímpetu revolucionario de Cárdenas. Sin embargo, él fue y ha continuado siendo leal a sus principios, independientemente de que su gobierno no estuvo exento de errores administrativos y de que le fallaron algunos de sus más cercanos colaboradores. El gobierno de Cárdenas puede clasificarse como de izquierda, pero de izquierda mexicana, de acuerdo con la trayectoria del movimiento social iniciado en noviembre de 1910. El hecho de que Cárdenas haya interpretado en un sentido radical la Constitución de 1917 y actuado en el mismo sentido, no implica parentesco alguno con los movimientos revolucionarios de otras naciones.

Volviendo a nuestro tema principal, debemos recordar que el Artículo 27 de la Constitución señala dos caminos para resolver la cuestión de la tenencia de la tierra: la restitución y dotación de ejidos a los pueblos, y el fraccionamiento de los latifundios para crear la pequeña propiedad. Puede decirse, que hasta noviembre de 1940, fin del gobierno cardenista, hubo preferencia por las dotaciones y restituciones ejidales, lo cual inevitablemente cercenó numerosas grandes haciendas; y en cuanto a lo de la pequeña propiedad sin haberse olvidado, sobre todo en los sistemas de riego, ocupó interés secundario de los gobiernos. Agreguemos que a partir de 1935 hubo marcada tendencia de organizar los ejidos en forma colectiva bajo la dirección del Banco Nacional de Crédito Ejidal. No fueron pocos los que por aquellos años sostuvieron la tesis de que en México debía llegarse a la socialización de la tierra. Entre ellos recordamos los escritos del licenciado Enrique González Aparicio y del ingeniero Norberto Aguirre.

Al general Cárdenas, lo substituye otro general: don Manuel Ávila Camacho. Éste frena la reforma agraria en cuanto

a la dotación y restitución de tierras a los campesinos y concede mayor importancia que sus antecesores a la pequeña propiedad privada. Durante sus seis años de gobierno solamente entregó a los pueblos 3.335,575 hectáreas, que favorecieron a 114,541 trabajadores rurales. El contraste entre Ávila Camacho y Cárdenas a tal respecto, es impresionante. La Revolución Mexicana comenzaba a desdibujarse, comenzaba a hundirse en la bruma de un nuevo lenguaje impreciso y vago. Se hablaba de la unión y del amor entre todos los mexicanos; del amor y de la unión entre el peón de albañil hambriento y el banquero acaudalado. Hay confusión en las ideas y corruptela en buen número de sectores gubernamentales. Al general Ávila Camacho no se le llama el presidente revolucionario como a sus antecesores; se le llama el presidente caballero. En septiembre de 1943 el autor de este artículo publicó otro bajo el título de "La Revolución Mexicana en Crisis". Hoy, después del tiempo transcurrido sigue pensando lo mismo. Efectivamente la Revolución entró en crisis. No por la bondad o la maldad de los hombres, sino por razones históricas, porque estaban cambiando con rapidez las relaciones entre las clases que formaban la sociedad mexicana. Una nueva gran burguesía desgajada de la Revolución, se había sumado a la vieja burguesía de origen porfirista e influían en las decisiones gubernamentales y en general en la vida de la República. La coyuntura de la guerra improvisó fortunas, hizo más ricos a los ricos y más pobres a los pobres. Millones de habitantes del campo en 1946 vivían en la ignorancia, en la miseria, cubiertos con los mismos harapos, y sufriendo la misma hambre endémica que sus desdichados progenitores.

El Partido Nacional Revolucionario a que se hizo referencia en páginas anteriores, cambió su nombre por el de Partido de la Revolución Mexicana en la época de Lázaro Cárdenas. Pero he aquí que en enero de 1946, síntoma que revela cambio ideológico de cierta significación y alcance, fue rebautizado el organismo político oficial como Partido Revolucionario Institucional. Claramente se advierte la contradicción entre revolucionario e institucional; mas parece que los padrinos prefirieron una designación atenuada, que no alarmara a los mercaderes del interior del país y de más allá de sus fronteras.

El licenciado Miguel Alemán se ciñó sobre el pecho la codiciada banda presidencial el 1° de diciembre de 1946. Desde

luego demostró su preocupación por el problema del reparto agrario, particularmente tratándose de las tierras de riego. De seguro por esto, promovió ante el Congreso de la Unión reformas constitucionales de trascendencia. La iniciativa fue aprobada unas cuantas semanas después de haber asumido Alemán su alto cargo. Antes de la reforma a que se hace referencia se habían considerado inafectables los terrenos de riego que no excedieran de 100 hectáreas, sin especificar la clase de cultivos a que se les destinara; pero en la parte conducente de la mentada reforma se aumentó a 150 hectáreas la pequeña propiedad, cuando las tierras se dedicaran al cultivo de algodón y de 300 cuando se destinaran al cultivo de plátano, caña de azúcar, café, henequén, hule, cocotero, vid, olivo, quina, vainilla, cacao o árboles frutales. De manera que según el criterio alemanista a mayor rendimiento por hectárea, debía corresponder una mayor extensión de tierra. Por supuesto que a tal propósito le asaltan a uno varias interrogaciones:

¿Es razonable el criterio sustentado por la reforma de a mayor rendimiento mayor extensión de los terrenos inafectables por considerarlos pequeña propiedad?

¿Es razonable considerar como pequeña propiedad 150 hectáreas de riego sembradas con algodón, no obstante el alto valor del producto y la utilidad que puede dar al propietario?

¿Es razonable la fijación de 300 hectáreas de riego tratándose de cultivos de caña de azúcar, plátano, etc.?

¿Y todo lo anterior es razonable cuando existían millones de campesinos que tenían a salvo sus derechos agrarios y que no habían recibido un palmo de terreno?

¿Se compagina la tal reforma con los decantados principios de la Revolución?

¿Por qué no se dejaron las cosas como estaban, en cuanto a la fijación máxima de 100 hectáreas para la pequeña propiedada inafectable?

Y una última pregunta:

¿Cuáles han sido los resultados de la reforma constitucional de acuerdo con la experiencia de los 12 años transcurridos?

No conocemos las intenciones de la tantas veces citada modificación al artículo 27 constitucional. Sin embargo, sabemos bien que ya para fines de 1946 se habían construido grandes sistemas de riego, que de 1946 a 1958 se construyeron otros que pusieron bajo cultivo tierras de excelente calidad y que

gracias a todas estas obras, México ha incrementado en forma casi espectacular la producción algodonera. Sabemos también que precisamente en varios de los distritos de riego hay propietarios de terrenos sembrados con la fibra blanca, que pasan de 300, de 600 y aún de más de 1,000 hectáreas, valiéndose de ficciones legales, unas veces con la complicidad y otras veces con el disimulo de la autoridad. El señor X posee 150 hectáreas; su señora esposa, 150 más; y los hijos mayores, el hermano o la hermana, otras 150 cada uno. Y tales propiedades dan a sus felices dueños utilidades que sobrepasan en mucho a las que obtenían no pocos de los grandes hacendados del porfirismo. ¿No implica lo que antecede, traición a la reforma agraria? Lo más grave es que aún está vigente la reforma promovida por el licenciado Miguel Alemán.

Ahora bien, en cuanto a la distribución de tierras ejidales se entregaron 3.998,807 hectáreas durante el sexenio para 73,041 campesinos. El licenciado Alemán concedió preferencia a la pequeña propiedad, o a la llamada pequeña propiedad en las tierras de riego o humedad.

Pasemos ahora a examinar algunos datos del censo agrícola, ganadero y ejidal levantado en 1950. De conformidad con estos datos existían en el país 17,579 ejidos que abarcaban 38.893,899 hectáreas para 1.378,326 ejidatarios. Las cifras anteriores en cuanto a número de hectáreas y campesinos beneficiados no coinciden con las nuestras, probablemente debido a que nosotros sólo consideramos las tierras entregadas en definitiva, y el censo comprendió también las otorgadas en forma provisional, las cuales a menudo se hallan sujetas a rectificaciones importantes. Hay que agregar que las estadísticas sobre la materia que recoge, analiza y expone el Departamento Agrario dejan mucho que desear, pues con frecuencia no dispone de personal preparado y responsable.

Sea de ello lo que fuere, por razones obvias vamos en esta parte de nuestro estudio a sujetarnos a los datos del Censo.

De las 19.928,261 hectáreas de tierras de labor, poseían los ejidatarios 8.790,866, clasificadas en la forma siguiente: 1.211,712, de riego; 346,289, de jugo o humedad; 6.899,487 de temporal de primera, segunda o tercera clase y 333,378 con frutales, plantaciones y agaves.

El resto de las 38.893,899 hectáreas, es decir, la mayor parte, eran 16.530,212, de pastos; 8.800,614, de bosques;

1.717,564, de terrenos con nopales, guayule, lechuguilla, candelilla, frutales silvestres, etc., y 3.054,643, absolutamente, improductivas. Si se reflexiona en la significación y alcance económico-social de las cantidades que anteceden, se derrumba o por lo menos se atenúa el optimismo sobre la reforma agraria mexicana; porque es incuestionable que únicamente los campesinos que recibieron tierras de riego o de humedad, de temporal de primera cuando los han favorecido las condiciones climáticas, han elevado su nivel de vida en forma apreciable. Tal vez también han mejorado un poco sus condiciones de existencia los usufructuarios de ejidos ganaderos, y los de bosques, cuando han dispuesto del capital necesario, lo que no ha ocurrido en gran número de casos por la sencilla razón de que el Banco Nacional de Crédito Ejidal no ha podido disponer de los recursos necesarios para atender a las constantes y numerosas demandas de crédito.

Por otra parte, es interesante conocer la división de la propiedad privada laborable en 1950. Con este objeto se presenta el cuadro que sigue:

Clasificación Hectáreas	Número de predios	Superficie	Por ciento sobre el total
Hasta de 5	1.020,747	1.504,397	13.51
De 6 a 50	190,672	3.026,371	27.17
De 51 a 100 ...	15,930	1.192,641	10.71
De 101 a 400 ..	7,826	1.391,123	12.49
De más de 400 .	1,546	4.022,863	36.12
TOTALES ..	1.236,721	11.137,395	100.00

Es probable que al lector que examine con atención concentrada el cuadro anterior, se le ocurra más de una observación importante. Nosotros nos limitamos a subrayar el hecho de que en 1950 había en el país 1,546 propiedades territoriales con más de 400 hectáreas cada una, las cuales sumaban 4.022,863 hectáreas, o sea, el 36.12% del total de la tierra de labor de propiedad privada en la República. Y ésto después de 40 años de haberse iniciado *The Mexican Agrarian Revolution* como llamó a nuestro movimiento social en un libro el profesor norteamericano Frank Tannenbaum.

Por supuesto que dentro de la clasificación de 400 hectáreas o más hay haciendas agrícolas y agrícolas-ganaderas de miles de hectáreas, cuyos propietarios por diversas circunstancias no han sido afectados por la acción del Departamento Agrario.

En 1952 tuvo lugar en el país la campaña política presidencial. Fueron cuatro los aspirantes a sustituir en el mando al licenciado Miguel Alemán: Efraín González Luna, hombre de derecha, candidato del Partido de Acción Nacional; Miguel Henríquez Guzmán, revolucionario enriquecido de tendencia centrista, candidato de un Partido que él improvisó; Vicente Lombardo Toledano, dirigente obrero de extrema izquierda, candidato del Partido Popular, y Adolfo Ruiz Cortines, servidor civil desde su temprana juventud, de izquierda moderada, candidato del Partido Revolucionario Institucional. Por supuesto, que éste último, por la mejor organización del Partido y la presión oficial, fue quien ocupó la Presidencia el 1° de diciembre del año antes mencionado. De uno de sus discursos como candidato se toma lo que se transcribe textualmente:

> Morelos es una de las entidades más representativas del agrarismo mexicano; y como el problema del campo es problema fundamental de México, consideramos que era aquí, en Morelos, donde al cerrarse nuestra gira cívica y democrática, debíamos testimoniar nuestra solidaridad con los luchadores por la emancipación campesina y con la veteranía agrarista de todo el país. Por ello, repetimos aquí lo que asentamos en México en octubre de 1951: dos tercias partes de nuestra población viven de las actividades agrícola-ganaderas, y apenas perciben una quinta parte del ingreso nacional. La forma de vida de la generalidad de nuestros campesinos es impropia del nivel que México ha alcanzado en otros campos de su economía y en la esfera de su cultura. El inaplazable cumplimiento de los postulados de nuestra Revolución demanda imperiosamente la aplicación de correctivos inmediatos, porque cuando la mayoría de los habitantes vive en condiciones de tan señalada desigualdad frente a otros sectores, la justicia social que perseguimos no queda satisfecha. El escaso poder de compra de los dos tercios de nuestra población no representa una esperanza de amplios mercados interiores para los productos industriales. Toda la economía nacional tendrá, pues, una base precaria, mientras no se consiga elevar sensiblemente el nivel de vida de la clase campesina.

Subrayamos la afirmación de que dos tercios de nuestra población percibían apenas en 1952 la quinta parte del ingreso nacional. ¿No es ésto desalentador después de tantas promesas al pueblo y de tanta oratoria política?

¿Acaso no comprueba nuestra tesis de que a partir de 1938 se frenó la acción revolucionaria, y cada vez más y más?

Según las Memorias del Departamento Agrario, en el período gubernamental de Ruiz Cortines se distribuyeron 3.198,780 hectáreas en forma definitiva, favoreciendo a 205,222 campesinos; menor número de hectáreas que en ninguno de los cuatro sexenios anteriores. Sin embargo, debe reconocerse sin ambages que durante el ruizcortinismo se concedió singular importancia al fomento de la producción en el campo, estimulando la utilización de semillas mejoradas, los abonos químicos y el empleo de maquinaria moderna. Además se organizó el seguro agrícola y se tomaron medidas apropiadas para que la banca privada concediera préstamos a las explotaciones rurales. Por último, fue Ruiz Cortines quien en agosto de 1958, ya al final de su período presidencial, expropió el latifundio Greene, de algo más de 260,000 hectáreas, que por estar situado en la frontera norte, constituía un peligro y una vergüenza para la Nación.

El licenciado Emilio Portes Gil, ex presidente de México, pronunció el 15 de diciembre de 1953 en la Cámara Nacional de la Industria de Transformación, una conferencia a la par sincera y valiente. Portes Gil vitupera a los enemigos de la reforma agraria, particularmente a los que llama renegados de nuestro movimiento social. Portes defiende en su conferencia, como siempre lo había hecho la distribución de tierras a los campesinos, sin desconocer ni ocultar los numerosos yerros cometidos por los encargados del reparto agrario. En la misma disertación señala sin eufemismos la inmoralidad administrativa.

Tenemos aquí algunos trozos de la referida conferencia:

> Los revolucionarios hemos sido atacados frecuentemente por nuestros enemigos, de traficantes, de explotadores de los negocios públicos, y ésto, señores, es verdad en gran parte. El enriquecimiento ilícito de los hombres de la Revolución es una grave responsabilidad que pesa sobre quienes han incurrido en esta falta y ellos tienen que responder ante la historia de esta acción. Tam-

bién tenemos que reconocer que la corrupción administrativa ha llegado en ocasiones a un clima de verdadera asfixia.

Se ha cometido el error grave de que muchas gentes protegidas por funcionarios de la Revolución, se adueñaran de grandes extensiones de las tierras que riegan las importantes presas construidas con los dineros del pueblo. Se ha acusado igualmente de que se han cometido fraudes a los campesinos con semillas y con abonos ineficaces, que se ha negociado inmoralmente con la maquinaria agrícola, cobrando un excesivo precio por ella y lo que es más vergonzoso, se han vendido propiedades ejidales e influyentes para sí y para que sean urbanizadas. De ésto la Revolución no es responsable, son los falsos y malos funcionarios que se han prestado a cometer estos actos penales.

Por esto es urgente, necesario, indispensable, volver sobre nuestros pasos y purificar el medio ambiente. Señalar nuevas rutas de honestidad y sacrificio y exigir a todos el cumplimiento estricto del deber, es la mejor bandera social que pueda esgrimirse.

No sabemos que el licenciado Portes Gil hubiera sido refutado en tal ocasión por los tremendos cargos contenidos en los renglones anteriores. Desgraciadamente lo que dijo es cierto y hay que reconocerlo con vergüenza dolorosa. Algunos revolucionarios de la primera o de la segunda generación, generales y letrados o políticos influyentes, han realizado en este país, con la mayor impunidad, bribonadas sin cuento en perjuicio de México y de su pueblo, desde el alto funcionario que se aprovecha para sí y para los miembros de su familia de las mejores tierras en los sistemas de riego, hasta el general que obtiene concesiones para explotar yacimientos azufreros y venderlas después a compañías imperialistas. Estas inmoralidades, en algunos casos verdaderamente inauditas, pueden representarse por una línea oscilante que permanece más o menos estacionaria hasta 1940; se eleva con lentitud de 1941 a 1946; acelera su ascenso hasta 1952, para iniciar después el lento descenso a partir de 1953. Nosotros hemos dicho una y muchas veces y lo repetiremos en toda ocasión, que la preparación, la laboriosidad y la honradez en quienes manejan la cosa pública, son indispensables para acelerar el adelanto del pueblo de México, tanto en el campo de la economía como en el de la cultura.

Para terminar recordemos que inmediatamente después de protestar como candidato a la Presidencia de la República del

Partido Revolucionario Institucional, el licenciado Adolfo López Mateos pronunció un conceptuoso discurso sobre los principales problemas de México. En relación con los temas predominantes en este artículo, el candidato presidencial reconoció el derecho de los campesinos a la tierra y afirmó de modo categórico que continuaría la reforma agraria en todo su vigor. Agregó que los campesinos sin tierras constituyen una de las preocupaciones primordiales de todo revolucionario; que pese a los esfuerzos de los gobiernos revolucionarios, existen grandes núcleos de población cuyas condiciones de salubridad, económicas, culturales, cívicas y de seguridad social, son muy precarias; y por último, dijo que era imperativo continuar aplicando mayor esfuerzo y mayores recursos para que esos compatriotas alcanzaran en el menor tiempo posible los niveles de vida a que tienen derecho.

Después, en enero de 1958, en Cuautla, Morelos, ratificó con mayor amplitud su fe agrarista y su propósito de continuar la reforma agraria. Esperemos que los hechos, ahora que ocupa la silla presidencial, así lo comprueben.

A nuestro juicio lo fundamental es reformar la reforma agraria, purgándola de errores y vicios que si tuvieron explicación al principio no pueden justificarse en los últimos años ni mucho menos en el próximo futuro. Es necesario, es urgente tomar medidas para destruir las nuevas concentraciones de la propiedad en los distritos de riego y en otras partes; es urgente y necesario tener como mira esencial la elevación del nivel de vida de la masa campesina para incrementar el mercado interno, sin lo cual nunca dejaremos de ser país subdesarrollado. Creemos firmemente que todos los ejidos deben explotarse en forma colectiva, a fin de que utilicen los mayores adelantos de la técnica agrícola contemporánea y puedan elevar la producción y la productividad. Un país de campesinos hambrientos jamás será grande, fuerte, dichoso, ni respetado; jamás jugará papel de alguna importancia en la historia de la civilización.

LATINOAMÉRICA EN EL PROCESO ACTUAL DEL MUNDO

Por *Vicente SAENZ*

Lo que nos han dejado las dos guerras mundiales

El decenio 1948-1958 pasará a la Historia del hemisferio occidental, como una de las etapas más penosas, como una de las peores y más lamentables experiencias que hayan padecido los pueblos latinoamericanos. La situación de ese decenio apenas es comparable a la que también tuvimos que sufrir —¡y no aprendemos!— después de la Primera Guerra Mundial.

Hace justamente dos lustros, en esta misma gran tribuna que es *Cuadernos Americanos* (Año VIII, N°6), recordé cómo casi todas las repúblicas de nuestra modesta familia, en una o en otra forma, estuvieron contra el régimen del Kaiser; pusieron al servicio de los Aliados de aquella época sus materias primas a precio de costo, por presión o dominio de las compañías monopolistas, de lo cual no fue posible que se librara país ninguno de los nuestros; y al firmarse el armisticio en 1918, con pleno derecho en su carácter de naciones beligerantes las que lo habían sido, y de naciones victoriosas, estuvieron representadas en los largos debates de Versalles, que se prolongaron hasta junio de 1919.

Allí los grandes de ultramar se repartieron los despojos coloniales del Imperio alemán, en forma de mandatos, sin contar lo que se fijó cada potencia por concepto de reparaciones. Y en lo que toca al régimen de Washington, es de suponer que por acatamiento al *idealismo wilsoniano,* cumplió generosamente el noble postulado de no anexarse "un solo pie cuadrado de territorio alemán".

Pero los industriales poderosos de la *free enterprise* o libre empresa, los comerciantes demócratas y los hombres de negocios norteamericanos, que también tienen su idealismo, procedieron en forma diferente. Así lo ha hecho constar el autor

en el número ya citado de *Cuadernos Americanos,* en *Rompiendo Cadenas* y en diversos estudios, con bibliografía y datos estadísticos de publicaciones precisamente estadounidenses, citando en cada caso las fuentes y sus fechas respectivas: "Boletín del Departamento de Comercio de los Estados Unidos", "Economic Conditions" —publicación de The National City Bank—, "The Annalyst", "The Bankers Trust Company", "Inter-Ally Debts", etc.

¿Y en qué forma procedieron los hombres de negocios? Vale la pena repetirlo en estos nuevos apuntes, por lo que eso y el Tratado de Versalles puedan significar, en parte al menos, como origen de acontecimientos posteriores que han orillado al mundo a crisis, desigualdades y desequilibrios cada vez más acentuados, sobre todo después de la segunda conflagración.

Los hombres de negocios, en resumen, obtuvieron ganancias de doce mil millones de dólares por los materiales bélicos y los productos alimenticios que habían exportado; pagaron deudas al extranjero por valor de tres mil millones y fracción; y tanto ellos como su Gobierno y la banca privada, con oficinas generales en Wall Street, se convirtieron en acreedores de Europa hasta por diez mil millones de dólares adicionales, saldo de créditos o empréstitos a Inglaterra, Francia y demás países aliados o asociados, firmemente unidos para defender lo que era entonces la civilización occidental.

O sea, redondeando números, que los Estados Unidos obtuvieron un total de *veinticinco mil millones de dólares,* como ganancia neta de la primera gran carnicería en defensa de la justicia, la libertad, la democracia, la soberanía de las naciones débiles, el respeto a la persona humana. ¡Y llegaron a tan alta cifra, en buena parte, con materias primas, café, azúcar, maderas, bananos, carnes frías, metales preciosos, hierro, cobre estaño, petróleo, tantos productos más de nuestra subdesarrollada América Latina!

Nosotros, entretanto, ¿qué conseguimos en Versalles? Logramos únicamente, *por beligerantes,* que la Doctrina de Monroe fuera reconocida por las grandes potencias como acuerdo regional, dándole categoría de tratado interamericano en el artículo 21 del Pacto de la Sociedad de las Naciones. No valieron protestas ni se aceptó discusión alguna que invalidara ese

atentado al Derecho Internacional. Y se acalló la voz del representante hondureño, Dr. don Policarpo Bonilla, quien pedía que por lo menos se fijase normas definidas de interpretación a ese principio unilateral de los Estados Unidos, sujeto a las más variables y extraordinarias contingencias.

¿DESPUÉS? No creo necesario seguirme repitiendo. Será suficiente recordar la actuación de los Presidentes republicanos Harding, Coolidge y don Heriberto Hoover —el de "la prosperidad está a la vuelta de la esquina"—, para comprender que ellos no hicieron más que blandirnos sobre la cabeza tan *regional instrumento de conquista*. Y lo emplearon, según las circunstancias, en sus diversos modos ejecutivos, desde la diplomacia del dólar hasta el *big stick* y otros medios de convencimiento, en apoyo de supuestos inversionistas, cazadores de concesiones, omnipotentes consorcios y sus cómplices de adentro: "hombres fuertes" de militar atuendo o aparejo, altos funcionarios mental o moralmente irresponsables, y nuestros ya famosos "quislings" o vendepatrias.

Ese fue el resultado, esa la cosecha de la primera guerra mundial para la anfictionía latinoamericana, a pesar de los Catorce Puntos del Presidente Wilson. Y saltando los trece afortunados años de la buena vecindad, sabia política de Mr. Franklin Delano Roosevelt, que limó asperezas y pudo propiciar la solidaridad continental americana contra el Eje Roma-Berlín-Tokio, puede y debe afirmarse que otra vez volvió Washington a malquistarse con sus vecinos del sur.

Lo cual quiere decir, en otros términos, que se nos aplicó de nuevo la peor versión del monroísmo, no en su fiel sentido de lucha contra el coloniaje, sino en el aspecto inadmisible de sumisión al colonialismo norteamericano. Y se nos aplicó ese monroísmo —acaso por nuestra *beligerancia reincidente*—, como inesperada y única cosecha que recogieron las repúblicas latinoamericanas de la segunda gran matanza de millones de hombres, mujeres y niños en lo que va de esta centuria supercivilizada.

La muerte del ilustre estadista norteamericano el 12 de abril de 1945, pocos meses antes de que terminara la pavorosa hecatombe; el haber quedado la primera gran potencia del mundo capitalista en manos poco expertas, para la enorme respon-

sabilidad que Washington tenía forzosamente que asumir; el lanzamiento innecesario de la bomba atómica sobre dos populosas ciudades del Japón, cuando ya estaba vencido el Eje de la barbarie nazifascita y quebrantada la resistencia japonesa; el rompimiento a medias con la Unión Soviética, por testarudez y ambición de dominio de unos y otros estadistas, después de haber sido aliados y de haberse felicitado mutuamente Washington y Moscú; la guerra fría, en suma, y todo lo que esa lucha ha significado de desgaste, miseria y desmoralización para la humanidad entera, son algunos de los factores que se han reflejado en nuestro medio.

¿Mas en qué forma se han reflejado esos factores en nuestro medio? ¿Manteniendo en su asta la Carta del Atlántico? ¿Respetando los principios de la Carta de Chapultepec? ¿O los postulados de la Carta de San Francisco? ¿O los muy prometedores de la Carta de Bogotá, fruto de sesenta largos años de lo que suele llamarse Panamericanismo?

No. En lugar de valerse de la democracia para defender la democracia; de basarse en el derecho para que el derecho no se conculcara; de emplear su influencia para que los grandes consorcios —amparados por la bandera de las barras y de las estrellas— no siguieran explotándonos ni succionándonos impúnemente, la administración de Washington, actualmente integrada por representantes de los más poderosos monopolios, empeorada, pues, durante los períodos republicanos del Presidente Eisenhower, no ha hecho sino precisamente lo contrario.

Y ha procedido de esa manera, sustituyendo entonces la buena por la mala vecindad, con el pretexto, con el fraude del anticomunismo. Porque es verdad irrebatible, naturalmente, el peligro que entraña el comunismo para un gran imperio capitalista, caso en el cual sí se encuentran los Estados Unidos, pero no las repúblicas latinoamericanas. Por consiguiente, hablar ingenua o maliciosamente del peligro comunista en países que no podrían socializar sino su miseria, su abandono, su analfabetismo, su escasez de todo, su ancestral humildad, sería lo mismo que proclamarnos resueltamente antimarcianos.

El anticomunismo, sin embargo; la tesis de Hitler, Mussolini, Franco y su Falange; la de todos nuestros dictadores; la de aquellos que integran, para su comodidad y beneficio, la San-

ta Alianza resurrecta en esta época, ha sido y continúa siendo también la tesis de Washington, el Pentágono, el *Intelligence Service,* los hombres de negocios que prosperan en Norteamérica, sus cazadores de concesiones y sus acólitos criollos, quienes han encontrado en ello un *modus vivendi,* expresión menos dura en latín que en castellano.

Pero más que tesis, el anticomunismo ha sido y continúa siendo la consigna, el grito de batalla del poderío anglosajón para aplastar cualquier movimiento de consciente nacionalismo liberador hispanoamericano, tan justo, tan razonable como el nacionalismo de los ciudadanos o súbditos de cualquier superpotencia.

¿Y cuál ha sido el resultado de la incesante campaña, no ya anticomunista sino *antinacionalista* de los Estados Unidos —sus políticos, sus monopolios, sus periódicos, sus agencias de publicidad— contra las muy legítimas aspiraciones de los países latinoamericanos y contra sus hombres más representativos, a quienes se pretende anular con el marbete del Kremlín?

Ya lo esbocé al empezar este trabajo, cuando me referí al decenio 1948-1958. Fue el decenio de los cuartelazos, de las dictaduras, del macartismo en todo su furor y su falacia. El decenio de los llamados "hombres fuertes", con espaldarazo norteamericano. El decenio de los Odría, los Delgado Chalbaud, los Pérez Jiménez, los Laureano Gómez, los Rojas Pinilla, los Fulgencio Batista, a los que se tendría que agregar el coronel Perón, no obstante que navegaba con los buenos vientos demagógicos del "antiimperialismo". ¡Y los que ya habían sido impuestos antes o lo fueron después: los Trujillo, los Somoza, los Castillo Armas, los Stroessner, el haitiano Duvalier!

¡La mitad del Continente en manos cuartelarias, con el respaldo, la simpatía, los halagos, las armas, los dólares e incluso las condecoraciones de Washington, por añadidura y a guisa de colofón, en ciertos casos inolvidables!

Mientras tanto, en nombre, por supuesto, del anticomunismo, sufrían en el destierro, en campos de concentración o en la cárcel, los gobernantes demócratas traicionados por el cuartel; los altos funcionarios de regímenes constitucionales, caídos en desgracia; pensadores, poetas, filósofos, novelistas; lo mejor, en fin, de nuestra América, valores profundamente enrai-

zados en su tradición y en su tierra, calumniados, difamados, *apátridas* en lo que habría de ser nuestra gran patria común hispanoamericana.

Despertar de los pueblos subdesarrollados

MAS he aquí que los pueblos a la postre se sacuden, dan de pronto su gran salto adelante, y todo aquel o todo aquello que los oprima y les pese en las espaldas, cae por tierra sin remedio.

Lo estamos viendo en nuestra América, que sin ayuda de potencias cercanas ni lejanas, sin *teorías exóticas* ni potencial de guerra, ha ido acabando con sus dictadores.

¡Muertos unos, por ajusticiamiento. Otros en fuga ignominiosa, para salvar vida y caudales mal habidos. Y a punto de caer los que todavía se aferran en seguir, como diría Quevedo, "con el palo y el mando", sin darse cuenta de que se acerca el fin, pues les llegó su hora!

Afirmar que a los regímenes antidemocráticos les llegó su hora, equivale a sostener que la democracia ocupará su sitio y su responsabilidad en la administración pública latinoamericana. Y no sólo la democracia política sino además, fundamentalmente, la democracia económica, contra la cual se enfilan generalmente los aprovechados consorcios del exterior y las oligarquías feudales del interior.

Síntomas de tan importante transformación comienzan a observarse en varias de nuestras repúblicas, a partir sobre todo del sacudimiento ejemplar de la ciudadanía venezolana en 1958, y de la revolución oxigenadora de Cuba al iniciarse este año 59. Sobre la materia me parecen elocuentes estas frases del rotativo mexicano *Novedades* (6 de junio de 1959), insospechable de rojismo. Dice así lo que transcribo de su nota editorial o artículo de fondo:

> Siguen absorbiendo la atención mundial los sucesos que se registran en diversas naciones hispanoamericanas, cuya similitud revela la existencia de un fenómeno común. Con diversos matices, exaltados sectores populares luchan contra los gobiernos, y éstos se esfuerzan por reprimir el descontento, utilizando sistemas opresivos que frecuentemente desembocan en rudas violencias y extremas crueldades.

Entre los regímenes amenazados por motines y revueltas los hay notoriamente tiránicos y dictatoriales; pero los hay también que, con imperfecciones más o menos visibles, tienen orígenes democráticos, porque han sido fruto del consenso ciudadano. Esta circunstancia indica que la agitación inusitada que conmueve a varias repúblicas continentales, no tiene solamente motivaciones políticas.

...No es rigurosamente exacta la interpretación materialista de la Historia en que se generaliza, como ley fatal, que en todos los hechos históricos hay un móvil económico. Pero es indudable que las múltiples insatisfacciones que forman la cauda de la miseria, han sido el bajo fondo de las conmociones populares. Los pueblos hambrientos, los que viven sujetos a servidumbre, los que tienen cerrados los horizontes de la felicidad, los que soportan, de generación en generación, inicuas explotaciones y dramático postramiento, se cansan, se desesperan, estallan.

Consideramos que esto es lo que ocurre en las crisis que se multiplican en las naciones hermanas de la América Española. Dentro de regímenes supuestamente demócratas o crudamente tiránicos, el hecho es el mismo. De tiempo atrás llegan de todas partes noticias igualmente desoladoras; inmensas masas humanas son flageladas por intensa pobreza; los recursos naturales son usufructuados por pequeños grupos privilegiados y casi siempre por poderosas empresas extranjeras; los niveles de vida son deplorables, y al lado del esplendor de las fabulosas riquezas de unos cuantos, arrástrase un ejército de miserables que en Brasil, y en Nicaragua, y en Panamá, y en Colombia, y en Argentina, y en Perú, y en Ecuador... padecen inhumana exclusión en la opulencia del desigual progreso.

De todo lo cual se deduce que no sólo en los países latinoamericanos, ahora convulsivos y angustiados, sino en todo el mundo, el clamor de justicia social es incontenible. La paz orgánica no puede cimentarse en las medidas represivas, ni en la eliminación de los inconformes, ni en el uso de la fuerza, ni en el terrorismo gubernamental, que es el peor de todos los terrorismos, sino en el bienestar del pueblo, que debe ser tranquilidad económica y espiritual, confianza en lo porvenir, protección para las familias, igualdad de oportunidades, supresión de tiranías aniquilantes".

PERO hay algo más, sumamente oportuno, porque se trata de un editorial en el que el diario *Excélsior* de la misma fecha (6 de junio de 1959), se refiere a un discurso del Embajador de los Estados Unidos en México, Mr. Robert C. Hill. El Embajador dijo lo que tenía que decir en Phoenix, Arizona, sobre el atraso ruso y la enorme diferencia entre su país y el Soviet; y el editorialista, dándole la razón al diplomático, quien también trató sobre las relaciones económicas entre las dos Américas, escribió en su comentario cosas como éstas:

> No podrán alcanzarse mejores relaciones entre los países de nuestro hemisferio, mientras haya la tremenda desigualdad económica que se deriva de la incipiente industrialización de nuestras repúblicas, forzadas a vender materias primas y a comprar productos elaborados, siempre en condiciones de inferioridad porque los precios los imponen las potencias financieras, soberanas del mercado internacional.
>
> Los resentimientos sólo desaparecerán en nuestro Continente, cuando se logre estabilizar un equilibrio económico; cuando se regularicen las importaciones y las exportaciones; cuando se supriman competencias desventajosas que arruinan a pueblos de limitados recursos. Una larga y ominosa experiencia demuestra a Hispanoamérica que las más bellas palabras de cooperación y de solidaridad han de trocarse en hechos, en un trato de conveniencia recíproca, sin privilegios disolventes.

Lo que he transcrito de dos periódicos que son empresas capitalistas poderosas, da una clara idea del clima que se respira actualmente en nuestra América y en el resto del planeta. Es el despertar de los pueblos subdesarrollados. Es el deseo de conocer y resolver las dificultades que dichos pueblos tienen que afrontar para desarrollarse. Es la necesidad de estudiar la posición que frente a los países económicamente débiles, suelen adoptar los poderosos. Es el reconocimiento, porque eso salta a la vista, de una nueva relación mundial entre países dominados, que podríamos definir como naciones proletarias, y las grandes potencias succionadoras o superestados patronos.

Se trata, entonces, de un fenómeno general, simultáneo en los cuatro confines del orbe, anticolonialista, nacionalista por desesperación, en abierta pugna con los poderosos de la tierra, movimiento sin duda interesante. "Conflicto del siglo", lo de-

nomina Julio Castro, "que escapa a las fronteras nacionales, e incluso al planteamiento esquemático de la lucha de clases".

Y así vemos que las viejas metrópolis tienen que enfrentarse al problema en Asia, en Oceanía, en el Medio Oriente, entre los pueblos árabes, entre los habitantes oprimidos y discriminados del África. ¿Acaso no son prueba de ello la Conferencia de Bandung y la más reciente de Acra, celebrada en 1958 con asistencia de Etiopía, Ghana, Liberia, Sudán, Libia, la RAU, Túnez y Marruecos?

Nosotros y la Conferencia de Acra

SOBRE tema de tal actualidad e importancia, hubiera yo deseado aprovechar las conclusiones de la Conferencia que se llamó de los 21, reunida en Buenos Aires del 27 de abril al 8 de mayo último. Pero las encuentro tan tibias, tan abstractas, que me parece más eficaz, a título de información, tomar de modelo las del Congreso ya citado de Acra. Porque da gusto leer las resoluciones de esa histórica asamblea, tan apegadas al criterio de la ONU y al Derecho Internacional; tan cristianas, sin ser cristianos todos los que las suscriben; tan ajenas, como en nuestro caso, a cualquier "doctrina exótica"; tan de gente civilizada en su mejor sentido —más civilizada que algunos ingleses de Sud África—, no obstante los prejuicios y las propagandas en su contra.

Sin embargo, por la imposibilidad de transcribir aquí documentos de tal manera aleccionadores, sea suficiente hacer algunas referencias sobre los textos más importantes aprobados en esa Reunión.

En lo que toca, por ejemplo, a *política exterior* (Resolución Nº 1), los Estados Africanos Independientes logran hacer una síntesis jurídica de lo que se estableció, en esencia, en el Pacto de la Sociedad de las Naciones de Ginebra, en el Pacto Briand-Kellogg de 1928, en la Carta de San Francisco, en las nuestras de Chapultepec y de Bogotá, en tantos otros instrumentos multilaterales de derecho, que es como decir multiviolados, en los cuales se condenan "los actos de agresión o el empleo de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier país".

Los Estados Africanos Signatarios, en subsiguientes acápites, afirman y aprueban "la solución de todas las dificultades

internacionales por medios pacíficos, tales como la negociación, la conciliación, el arbitraje o la decisión judicial". Y al mismo tiempo que lamentan "la división de la mayor parte del mundo en dos bloques antagónicos", proclaman "LA ABSTENCIÓN de concertar acuerdos de defensa colectiva para servir los intereses particulares de cualquiera de las grandes potencias", con el fin de no comprometerse "en cualquier acción que pueda implicarlos con detrimento de sus intereses y de su libertad".

¡Ojalá pudiésemos hacer lo mismo en Hispanoamérica, con estadistas visionarios y no a merced de políticos oportunistas, militares absurdos, gobernantes mediocres o comparsas; con hombres-guías como los de 1810, *arraigadamente hispanoamericanos* por sobre todas las cosas!

En la Resolución N° 2, titulada *El futuro de los territorios dependientes en África,* los Estados signatarios combaten a fondo el colonialismo; requieren de las Potencias Administradoras que se ciñan a la Carta de las Naciones Unidas y a la Declaración Universal de los Derechos Humanos; y recomiendan "que todos los Gobiernos Participantes presten su máxima ayuda posible a los pueblos dependientes en su lucha para obtener la autodeterminación y la independencia, y que ofrezcan facilidades para el entrenamiento y la educación de dichos pueblos".

Vendrá después un extraordinario capítulo sobre *Racismo,* cuyos considerandos y exhortaciones a las Naciones Unidas, a los organismos religiosos y a los líderes espirituales del mundo, pidiéndoles que se pronuncien contra "la práctica dañina y degradante de la discriminación y de la segregación racial", bien merecen sitio de honor entre los más nobles documentos que se hayan escrito en defensa de la dignidad humana.

Previendo, sin embargo, que "los líderes espirituales del mundo" —quienes generalmente operan a base de materialismo— pusiesen oídos de mercader a su requerimiento, la Conferencia "recomienda a todos los Gobiernos Participantes, que tomen medidas enérgicas para erradicar en sus respectivos países cualquier vestigio que pueda quedar de discriminación racial".

Tocante a las medidas que deben adoptarse para salvaguardar la independencia, la soberanía y la integridad territorial de los Estados Africanos Independientes, valdría la pena que las

leyeran y las interpretaran, según su leal saber y entender, mirando, pues, hacia el sur y no hacia el norte, los excelentísimos señores delegados de nuestra América Latina ante la OEA, entelequia que antes de 1948 llevaba el nombre, *en inglés,* de Pan American Union.

¡Y no se da el consejo con ánimo mal intencionado, ni con el deseo avieso de inculpar siempre de nuestros males a la Federación anglosajona, sino antes bien como autocrítica de nosotros mismos, pues parece cosa increíble que desde la época de Blaine (1889) hasta nuestros días, pasando por el *big stick* o gran garrote, la diplomacia del dólar, la buena vecindad de Roosevelt y "el buen socio" de Mr. Eisenhower, invariablemente haya pesado más un solo voto, en lengua extranjera, que los veinte restantes del continental convivio!

Claro, y así la regla se confirma, no han faltado excepciones realmente extraordinarias en la contradicción de hispanoamericanismo y monroísmo, que por lo menos han tenido la virtud de servir —en La Habana, en Bogotá, hasta en Caracas con Pérez Jiménez, el Carnaval y Mr. John Foster Dulles (q. e. p. d.)— como llamadas de atención o de alarma al espíritu bolivariano.

PERO ya estamos casi en lo nuestro a través de lo aprobado en África: en lo de ahora, en lo del mercado común, en el planeamiento industrial, en lo que no solamente se discutió con desgano o frialdad en Buenos Aires, sino también, con diferencia de días, en el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (XXVII período de sesiones, México, D.F., 8 a 25 de abril de 1959); en la nueva Reunión de la CEPAL en Panamá (segunda y tercera semanas de mayo de 1959); y en la Primera Conferencia Interparlamentaria Americana, que en esos mismos días de mayo se celebraba en Lima.

Mas si queremos darnos cuenta del ambiente mundial en lo que atañe a países subdesarrollados y a viejas metrópolis imperialistas, bien se justifica que revisemos, siquiera por curiosidad, o para darnos necesario aliento, algunos considerandos y acuerdos de los Estados Africanos Independientes sobre asuntos económicos y sociales. He aquí lo esencial:

La Conferencia de los Estados Africanos Independientes...

Habiendo discutido las condiciones económicas y sociales en sus respectivos países.

Considerando que estos países disponen de grandes y variados recursos económicos, minerales, agrícolas y ganaderos.

Considerando que las actuales condiciones económicas en estos países no son explotadas para el pleno provecho de los pueblos africanos.

Considerando que existen en estos momentos posibilidades para el intercambio comercial entre los Estados Africanos Independientes, y que estas posibilidades deberían ser alentadas en el mayor grado posible.

Considerando que deben adoptarse medidas que auspicien la emancipación económica en estos países.

Considerando que fuerzas no africanas han dividido hasta ahora arbitrariamente al Continente Africano en regiones económicas, y que la Conferencia no reconoce esta división.

Considerando, además, que Africa puede ser desarrollada como una unidad económica.

Advirtiendo que la incorporación de los territorios africanos dependientes en los sistemas económicos de las potencias coloniales no redunda en beneficio de estos pueblos,

Recomienda a los Estados Africanos Participantes:

1º El establecimiento en cada Estado Africano Independiente de un Comité de Investigación Económica, para examinar las condiciones económicas que conciernen a ese Estado.

2º El establecimiento de una Comisión Mixta de Investigación Económica.

(Cinco acápites relacionados con este Artículo 2º aclaran sus alcances, a saber: coordinación sobre cuestiones técnicas y económicas; medidas que contribuyan a desarrollar y alentar el comercio entre los países africanos; posibilidades de coordinar una cooperación económica totalmente africana; planeamiento industrial común en el marco de los Estados Africanos, aprovechando las materias primas y los recursos minerales del Continente; estudio sobre proposiciones para recibir y emplear capital y expertos extranjeros, así como para alentar la cooperación con otros países, pero en forma que no comprometa la unidad, la independencia ni la soberanía de los Estados Africanos Independientes).

3°, 4°..., etc., hasta el Artículo 12°: Intercambio de conocimientos. Información tecnológica. Empresas africanas mancomunadas. Cooperación con los organismos especializados de las Naciones Unidas, principalmente con la recién propuesta Comisión Económica para África. Esfuerzos conjuntos para construir vías de comunicación entre los Estados Africanos. Establecimiento de un mercado común africano. Intercambio de trabajo y cooperación entre las organizaciones sindicales nacionales. Cooperación con la Organización Internacional del Trabajo. Actuación conjunta para prevenir las enfermedades en los seres humanos, en la agricultura y en la ganadería. Y, 12°, "Garantizar condiciones sociales y económicas equitativas, que aseguren la prosperidad nacional y la seguridad social para todos los ciudadanos".

LEAMOS ahora un acuerdo que los hispanoamericanos no hemos de pasar por alto: la *Resolución sobre asuntos culturales,* con 17 Artículos concretos, realistas, de fácil ejecución, inspirados "en el amplio contexto de la cooperación mundial y en el espíritu de la Organización Educativa, Social y Cultural de las Naciones Unidas".

En síntesis: promover y facilitar el intercambio de maestros, profesores y estudiantes; alentar el establecimiento de centros culturales; facilitar el intercambio de exposiciones, libros, periódicos, elementos audiovisuales y otras clases de material educativo, científico y cultural; asegurar que los métodos de enseñanza de historia y geografía, incluyan el material necesario para que todo estudiante pueda obtener una información exacta sobre la vida y la cultura en otros países africanos.

Este punto me parece de suma importancia, por lo que implica de *mutuo conocimiento,* del que tan infortunadamente carecemos en Hispanoamérica. De igual trascendencia es el acápite siguiente, que copio textualmente:

> No ahorrar esfuerzos para revisar los libros de texto de geografía e historia, con objeto de suprimir cualquier información incorrecta, debida a la influencia colonial o extranjera.

¿Y estos otros acuerdos que bien podríamos imitar? Veámoslos: Coordinación de sistemas escolares en todos los nive-

les, y reconocimiento de certificados, diplomas y grados concedidos por las universidades e instituciones educativas de posición equivalente.

Celebrar periódicamente conferencias interafricanas para que se reunan educadores, escritores, hombres de ciencia, periodistas, etc., con objeto de discutir problemas comunes, concediéndoles todas las facilidades posibles.

Alentar en las universidades y en los institutos superiores la investigación de la cultura y de la civilización africanas (en nuestro caso, hispanoamericanas), creando becas con este propósito.

Establecer un premio anual para las obras que promuevan una solidaridad más estrecha entre los Estados Africanos (nosotros diríamos, hispanoamericanos), que pregonen ideas de libertad, amistad y paz, y que difundan conocimientos acerca de la civilización y de la cultura africanas.

A todo eso tendremos que llegar en nuestra América Latina, para unirnos, para conocernos, para *desarrollarnos,* para defendernos de presentes y de futuros peligros. Hasta la fecha todo se ha quedado en Conferencias oficiales, en banquetes de la burocracia diplomática, en centenares de ponencias y de discursos que, salvando honrosas excepciones, habría sido preferible mantenerlos inéditos. ¿Por qué? Porque les ha faltado la fuerza cohesionadora de nuestra verdad política, social y económica, que no es, ni mucho menos, la verdad de las grandes metrópolis dominadoras.

Ya es tiempo de ponerle fin a lo del África, pero no sin hacer antes una última glosa al Capítulo o Partida N° 4, *Resolución sobre la paz y la seguridad internacionales,* que por su fondo y por su planteamiento no concierne a ningún Continente en particular, sino en realidad al mundo entero, a la raza humana en general. Me parece necesario, entonces, extractar a continuación los puntos de mayor importancia.

> La Conferencia de los Estados Africanos Independientes...
>
> *Alarmada* ante la perspectiva de la utilización por las grandes potencias de la energía nuclear con fines militares.
>
> *Deseando* reforzar su contribución a la paz y a la seguridad internacionales,

Comprendiendo que la paz mundial es requisito indispensable para el progreso y la prosperidad de todos los pueblos.

Tomando en consideración el hecho de que ninguna nación africana está actualmente representada en los organismos internacionales encargados de los problemas del desarme.

1º *Exhorta* a las grandes potencias a que interrumpan la producción de armas nucleares y termonucleares, y a suspender toda clase de pruebas con esas armas, no sólo en interés de la paz mundial, sino como símbolo de su devoción manifiesta por los derechos del hombre.

2º *Observa* con grave alarma y condena enérgicamente todas las pruebas atómicas en cualquier parte del mundo, y en particular la intención de realizar dichas pruebas en el Sahara.

3º *Exhorta* a las grandes potencias a utilizar la energía atómica, nuclear y termonuclear con fines pacíficos exclusivamente.

4º *Afirma* que la reducción de los armamentos convencionales es esencial en el interés de la paz y de la seguridad internacionales, y hace un llamamiento a las grandes potencias para que realicen todos los esfuerzos posibles, con objeto de llegar a un acuerdo en esta importante cuestión.

5º *Condena* la política de utilizar la venta de armas, como medio de ejercer presión sobre los Gobiernos y de intervenir en los asuntos interiores de otros países.

En los acápites siguientes, del 6º al 10º, los Estados signatarios *apremian* a las Naciones Unidas para que se les asegure representación equitativa en los organismos que se ocupan del desarme; *consideran* que "las reuniones y consultas sobre asuntos internacionales, no deberían ser asunto exclusivo de las grandes potencias"; *expresan* "su profunda preocupación por el incumplimiento de las resoluciones de las Naciones Unidas", y *exhortan* a los Estados Miembros a respetar dichas resoluciones; *apremian,* en fin, una solución justa de las cuestiones de Palestina y del África Sudoccidental, "que son factores de perturbación de la paz y de la seguridad mundiales".

Se resuelve, por último, el establecimiento de un organismo permanente, a fin de coordinar todos los problemas de interés común relativos a los Estados Africanos; se acuerda la celebración de nuevas Conferencias, al menos una cada dos años; y se acepta "la bondadosa invitación del Gobierno de Etiopía, para que la próxima Reunión se desarrolle en Addis Abeba",

Lo que somos y lo que podríamos ser

PREO que lo que tratan de obtener los africanos; la meta que persiguen; el ritmo a que trabajan para fortalecerse y liberarse; la forma clara y definida en la cual toman sus decisiones; el mirar hacia sí mismos, y no al uno ni al otro de los dos ensoberbecidos gigantes que se disputan la hegemonía de la tierra —y de los demás planetas con sus lunas o satélites—, son hechos palpables que demuestran cómo es verdad que "existe una nueva relación": de lucha, de independencia, de nacionalismo sin demagogias entre los países económicamente débiles, o simplemente agrarios, o subdesarrollados, o retrasados, según quiera adjetivárseles, y las grandes potencias dominadoras.

Frente a esa realidad objetiva: la del África, la del Medio Oriente, la del Asia, la de Indonesia con Sukarno, tal vez, sea necesario que los hombres libres, o potencialmente libres de Hispanoamérica, hagamos examen de conciencia. ¿Qué papel desempeñamos en el proceso actual del mundo? ¿De qué manera nos conducimos en esta crisis pavorosa que todos padecemos, provocada y mantenida por pequeñas minorías que ponen en peligro, mirando sólo por sus intereses, la existencia misma del género humano? ¿Cuál ha sido nuestra actitud en el pugilato yanquisoviético de las Naciones Unidas, siquiera para preservarnos de la destrucción y de la barbarie si alguna vez estalla la hecatombe?

Y ya en lo nuestro, ¿qué hemos hecho por el bien común hispanoamericano, con casi un siglo y medio de anticipación a la independencia de algunos de los países referidos, hasta hace pocos años cruelmente explotados y discriminados por omnipotentes imperios de la supercivilización contemporánea? ¿Estamos peor o estamos mejor que ellos? ¿Corresponde o es diferente a la suya nuestra etapa de progreso? Es decir, ¿somos efectivamente pueblos retrasados o subdesarrollados?

En lo que concierne a este último punto, hace poco he tenido oportunidad de escribir que "estamos a la zaga de lo que se conoce por civilización occidental, según el cartabón de los que tasan el adelanto de los grupos humanos desde un punto de vista netamente material, sin tomar en cuenta los valores intelectuales, el arte, la cultura, la sensibilidad humana, el espíritu de libertad y de justicia, tan enraizado en la conciencia, en el *modo de ser* de nuestra América. . ."

"Explicado en otros términos —me permití agregar—, se nos decía retrasados y ahora se nos dice subdesarrollados, por lo débil, por lo precario de nuestra economía: de una economía que estadistas con más amplia visión de lo que somos y de lo que seremos tendrán que transformar, para que no la sigan desarticulando, inmisericordemente, las potencias del progreso mecánico y de la producción en serie, cuyos gobiernos siempre han respaldado a los cazadores de concesiones, a los capitanes de las finanzas mundiales, a los Drakes y a los Morgans de nuestros días, que en nombre de Dios y de la democracia se han convertido en amos del poder y de la fuerza".

Pero no sólo podrá inculparse de nuestro retraso al poderío de los consorcios y al imperialismo extranjero, sino también y sobre todo —lo vengo proclamando desde que la tragedia centroamericana me dio vigor y ánimo para romper con toda clase de ignominias— a nuestros viejos y nuevos señores feudales, incomprensivos y retardatarios; a los encomenderos de ayer y de hoy; a los políticos mercenarios que han trocado la dignidad de gobernar en agencia de negocios, palacetes, automóviles de lujo, yates para su esparcimiento, miseria moral y cuanto tenga que ver con el ludibrio.

PARA comprobar que no hay exageración en lo que voy diciendo, basta traer a la memoria nombres y hechos de esa clase de políticos, gentes cuartelarias por añadidura, no del siglo pasado, sino de ahora mismo y tomando únicamente en cuenta nuestra zona del Caribe. Habrán entendido los lectores que me estoy refiriendo al clan dominicano de los Trujillo, al clan nicaragüense de los Somoza, y a dos fieros militares de mucha fibra y taconeo cuando sólo se trataba de ametrallar y de matar sin exponer la vida: Pérez Jiménez y Batista —¡manes de Bolívar y de Martí!—, quienes a todo correr tomaron a la postre las de villadiego, sin tiempo para cambiar de guerrera ni quitarse las botas federicas.

¿Se imaginan los estudiosos del problema económico lo que significan, lo que significarán por largo tiempo, las enormes sumas sustraídas al desarrollo de sus pueblos —víctimas por tal jaez de gobernantes? ¿Y las concesiones otorgadas a los insaciables monopolios del exterior? ¿Y la constante exención de impuestos a enormes y bien conocidos monopolios extran-

jeros, descapitalizadores, succionadores hasta lo inconcebible y lo intolerable, a quienes sus abogados y demás cómplices criollo-mestizos *(natives)* suelen exaltar por el monto de lo que engañosamente, con alevosía y ventaja, llaman inversiones?

Por eso, por la doble succión, la del encomendero sin sentido de patria y la del colonialismo económico que sucedió a la metrópoli española, cuando lo tuvimos todo a nuestro favor para ser realmente independientes, somos pueblos retrasados o subdesarrollados en lo material, en lo económico, pese a nuestros poetas, a nuestros pensadores y escritores, a nuestros jurisconsultos, a nuestra élite cultural y artística, al margen generalmente del caudillismo castrense que ha dominado en nuestro medio.

Así queda contestado lo relativo al bien común hispanoamericano, al nivel de vida de nuestra gran familia, a su alimentación, sus viviendas, su salubridad. En resumen, tocante a inmensas mayorías, miseria, desnutrición, enfermedades, analfabetismo, dolor, angustia, servidumbre, en contraste con la opulencia de quienes han tenido el privilegio, sin aprovecharlo, de servir lealmente al desenvolvimiento político, social y económico de las veinte fracciones que forman nuestra gran unidad latinoamericana.

He hablado de unidad; pero los diplomáticos y los políticos de nuestra desquiciada anfictionía, sólo excepcionalmente aluden a la tesis del hispanoamericanismo cuando llegan al poder. Acaso la juzguen como tesis peligrosa, casi subversiva, desde que el Secretario de Estado, Blaine, implantó, con fines comprobados de dominio, lo que a partir de 1889 lleva el nombre de Panamericanismo, atribuyéndole maliciosamente su paternidad nada menos que a Bolívar.

Y no se vea en estas palabras el deseo absurdo de dividir en dos mitades a nuestro Continente, como se ha pretendido dividir al mundo, desde el punto de vista ideológico, en orientales y occidentales. No es cuestión, entonces, de definiciones infantiles o simplistas, sino de ser lo que somos históricamente, por muy hondas raíces de tradición, de lengua, de costumbres, de creencias religiosas, incluso de virtudes y de vicios, ni mejores ni peores que los del bloque anglosajón, pero sí, en todo caso, diferentes.

Ser nosotros mismos, por lo que llevo expuesto, no debe tomarse como oposición a los Estados Unidos, ni a sus valores democráticos, ni a su cultura, ni a su pueblo. Sería, eso sí, defendernos del monroísmo, del intervencionismo, del coloniaje económico que nos tiene avasallados.

Sería, en otras palabras, crear o recobrar una personalidad de la cual carecemos dentro del Panamericanismo, porque el poderío incontrastable de cincuenta Estados anglosajones perfectamente unidos y cohesionados, ahoga sin remedio la determinación de cualquiera de nuestras veinte repúblicas, tan divididas, tan separadas como lo han estado unas de otras.

Sería, en términos concretos, hacer uso de nuestra soberanía para cobrar por la explotación de nuestras riquezas tributos adecuados, sin privilegios ni discriminación ninguna entre nacionales y extranjeros, como única forma de desarrollarnos sin "planes Marshall" ni dádivas de los poderosos, recordando siempre que no son las superpotencias las que capitalizan a las naciones subdesarrolladas, sino los países semifeudales los que fortalecen la economía de los superestados.

Aprovechando, pues, lo nuestro, como ha logrado hacerlo Venezuela con la fórmula del 60-40; como podría hacerlo Panamá, con su mayor riqueza que es el Canal; y Centroamérica con el banano, y Chile con el cobre, y Cuba con el azúcar; con un sistema justo de tributación que a los inversionistas y a los pueblos latinoamericanos los beneficie por parejo, en síntesis, acogiéndonos además a las políticas de la buena vecindad y del buen socio, podremos demostrar al mundo que si culturalmente no estamos subdesarrollados, tampoco lo estaremos económicamente en un futuro más o menos cercano, según las corrientes de liberación que agitan actualmente a nuestra América.

A lo cual y tan buenos deseos y esperanzas, comentaría Martí: "No es otra cosa lo que deseamos todos, por el bien y para el bien de todos".

FRANCO, EL DICTADOR IMPLACABLE: DOS CARTAS ELOCUENTES

Las madres, esposas, hermanas e hijas de los presos políticos que hace 20 años purgan en las cárceles españolas el delito de haber luchado en defensa de un gobierno legítimo, solicitan del Ministro de Justicia la amnistía para sus seres queridos; de seguro ya envejecidos y destrozados física y moralmente por el largo e injusto cautiverio. Por su parte los mismos presos se dirigen al pueblo español y a la opinión pública mundial clamando justicia, pidiendo su libertad.

Todo ello mientras Franco, el implacable, celebra sus dos decenios de haber usurpado el poder.

Por supuesto que no hubo amnistía, y los patriotas españoles siguen sufriendo la privación de la libertad con todas sus dolorosas consecuencias.

Cuadernos Americanos publica ambas cartas para conocimiento de sus lectores, así como también para recordarles el hecho increíble de que la España de Francisco Franco forma parte del mundo libre.

Los familiares escriben: Al cumplirse el veinte aniversario de la terminación de la guerra civil española, nos dirigimos a Vuestra Excelencia, respetuosamente pero con decisión de nuestros corazones aplastados por el dolor, para pedirle que proponga al Gobierno español la amnistía de los presos políticos.

Después de quince, dieciocho y hasta de veinte años de cautiverio, creemos que ha llegado la hora de poner fin a nuestro martirio, de abrir las puertas de las cárceles y de devolver a nuestros hogares el consuelo y la alegría que les falta.

Nosotras, las madres, esposas, hijas y hermanas de los presos políticos, comprobamos diariamente que todo el país comparte nuestras esperanzas. En los pueblos o en la vecindad donde vivimos, en las tiendas donde compramos, en las iglesias, en todo lugar donde se conoce nuestro caso, hallamos el mismo sentimiento de solidaridad, el mismo deseo de ver pronto libres y dichosos a nuestros familiares. No hay razón de Estado, ninguna razón de Seguridad Nacional que justifique estas inhumanas medidas, estas condenas sin término que mantiene viva una herida en España y desgarrados a centenares de hogares.

Hemos oido decir que, ahora en abril, a los veinte años, prescriben los delitos. Nuestros familiares fueron condenados por causas derivadas de la guerra civil, toda vez que se les juzgó por los tribunales especiales y las leyes de excepción creadas para sancionar las responsabilidades contraídas durante la guerra. De haber sido procesados por procedimientos ordinarios, sus condenas estarían hace tiempo cumplidas. En diversas ocasiones nos hemos dirigido a personalidades jurídicas y a los Colegios de Abogados, y éstas nos han confirmado que estas leyes de excepción habían sido derogadas y que nuestros familiares deberían encontrarse ya en libertad, hace años, de haberse aplicado la revisión y ajuste resultantes de estas derogaciones.

Nosotras no entendemos de leyes. Nuestros corazones castigados sólo comprenden que nuestra tragedia no tiene precedentes, que veinte años representan la mitad de la vida de un ser humano. Sabemos también que nuestros familiares no han cometido ningún delito inconfesable ante la sociedad y que, por el contrario, son queridos y recordados en sus pueblos y lugares de trabajo.

Vuestra Excelencia sabe la naturaleza estrictamente política de sus procesos y acusaciones. La mayoría fueron juzgados por difusión de propaganda, por intento de asociación y en algunos casos por organizar centros políticos o sindicales. Por esta responsabilidad llevan 14 años, 16 y hasta 20 años encarcelados. Hemos venido leyendo las amnistías para los presos políticos promulgadas en otros países. Sabemos que los condenados de la última guerra mundial, y hasta los mismos criminales de Nuremberg, han regresado a sus hogares.

Hemos asistido sin rencor alguno, al retorno de los prisioneros de la División Azul. Pero pasan los años y nuestros familiares continúan destrozando sus vidas contra las piedras de los presidios. Cuando se anunció el decreto de indulto con motivo de la coronación del Sumo Pontífice, nuestros corazones se llenaron de alegría, y creíamos que, por fin, había llegado la hora ansiada de nuestra felicidad. Después nos hundimos en la desesperación, al comprender el cruel destino reservado a nuestros familiares.

Ahora nuevamente, al cumplirse los veinte años de terminada la guerra civil, nuestros corazones se llenaron de esperanza. Por todas partes nos sale al encuentro el consuelo dichoso. Notamos que la gente se extraña y no comprende, se sobrecoge e indigna, cuando conoce que, a los veinte años, aún quedan cientos de hombres en las prisiones. Ya es hora de acabar con este calvario.

Llevamos veinte años solas en nuestros hogares, viendo crecer a nuestros hijos como huérfanos, dejando nuestra juventud, nuestra sa-

lud y nuestra vida en las puertas de las cárceles. ¿Hasta cuándo va a durar este martirio? España necesita de todos sus hijos. España necesita cerrar todas las heridas. Las madres, las esposas, las novias de nuestro país, todas, absolutamente todas, necesitamos acabar con esta angustia, con esta permanente zozobra que inquieta y llena de inseguridad nuestros corazones.

El amor y la paz deben triunfar sobre la hostilidad y la venganza. La libertad de los presos políticos es un paso imprescindible para lograr esta serenidad sin recelo que necesitan los españoles.

Nuestros familiares presos, ellos que han perdido lo mejor de su vida entre los muros, son los primeros en comprender la necesidad de acabar con los odios y el espíritu de revancha. Ellos nos hablan constantemente de olvidar lo que estorba y no se han dejado arrastrar por el espíritu mezquino, porque quieren la paz y la vida para España, y estos hombres con esa grandeza humana, no deben continuar en la cárcel. Necesitan incorporarse a su patria y a sus hogares. El pueblo lo espera y lo desea.

Vuestra Excelencia sabe que el año pasado millares de españoles firmaron nuestros pliegos de amnistía, y que pueblos enteros, con su párroco y Alcalde a la cabeza, pidieron a los poderes públicos la libertad de sus paisanos detenidos. Todo el mundo comprende que ha llegado la hora de acabar con el caso de los presos políticos. Más que nadie nuestra vida solitaria y fría, nuestros corazones cargados de tristeza, nuestros hogares destrozados.

En este veinte aniversario de la finalización de la guerra civil española, nos dirigimos a Vuestra Excelencia confiadas de poder alcanzar nuestra esperanza: proponga Vuestra Excelencia al gobierno español nuestra petición de amnistía para los presos políticos.

No sabemos si esta carta responde a las normas establecidas para dirigirse a Vuestra Excelencia, pero lo hacemos, espontáneamente, en nombre de nuestro dolor y de nuestro largo calvario.

España, marzo de 1959.

(A los veinte años de terminada la guerra civil).

Los reos dicen: El primero de abril próximo se cumple el XX aniversario de la terminación de la guerra civil española. Según el Código de Justicia Común, actualmente en vigor en España, todos los delitos prescriben a los 20 años. De acuerdo con la Ley, los exilados y los presos políticos prisioneros juzgados por Leyes de excepción derivadas de dicha contienda, deberían volver libremente a sus hogares. Pero por experiencia sabemos que la dictadura no aplicará voluntaria-

mente la Ley, en tantos aspectos vulnerada. Sólo un amplio movimiento popular en nuestro favor podría terminar con el exilio de decenas de millares de españoles y arrancar de las cárceles a los presos políticos que, entre muros, morimos viviendo. Por eso nos dirigimos a todos los españoles y a la opinión pública mundial en demanda de ayuda para lograr la *amnistía total* para los presos y exilados políticos.

Si hacemos esto es porque tenemos una confianza ilimitada en nuestro pueblo y en la solidaridad internacional, en su fuerza, para hacer triunfar toda causa justa y humana. En el curso de este largo período de cautiverio no hemos dejado de percibir el calor y la solidaridad de nuestro pueblo y de las fuerzas democráticas y progresivas del mundo entero. Gracias a ese calor y a esa solidaridad miles de presos fueron liberados y nosotros hemos podido sobrevivir. A todos sin excepción, nuestro más profundo reconocimiento. Hoy, por la maduración de las condiciones políticas de nuestro país, estamos seguros que con vuestra redoblada ayuda conseguiremos la solución de esta cuestión que nos tiene separados de nuestros hogares y de nuestro pueblo.

El General Franco traicionando la verdad, ha declarado repetidas veces que en España no habían presos políticos. Y últimamente con motivo del último indulto en honor del nuevo Papa, Juan XXIII, se nos presentó como una especie de forajidos que no pueden convivir en sociedad. Todo ello, como es natural, para confundir a la opinión pública y para justificarse ante la presión nacional e internacional que exigía nuestra libertad.

Los presos políticos españoles no somos como Franco y su camarilla nos pintan. Somos hombres del pueblo, obreros industriales, campesinos trabajadores, estudiantes e intelectuales que representamos, junto a los obreros, campesinos, intelectuales y otras fuerzas populares de nuestro país, las mejores tradiciones de España. Es por eso que toda nuestra vida ha estado consagrada a conseguir el bienestar y la felicidad de nuestros hogares; a mejorar la situación de las masas trabajadoras de nuestro país, a conquistar la libertad, la paz y el progreso de España.

Terminada la guerra civil, conscientes del porvenir que esperaba a España bajo la dictadura franquista, fuimos fervientes defensores de la unidad de todos los españoles, que abriera el camino de la convivencia para reconstruir España destruida por la guerra y para garantizar el progreso dentro de un régimen de libertad y de democracia.

Durante la Segunda Guerra Mundial tanto los que entonces nos encontrábamos en el exilio como los que permanecíamos en el interior, fuimos combatientes de vanguardia defendiendo los principios de la Carta del Atlántico contra el fascismo hitleriano y sus aliados, entre

los que contaba Franco y camarilla. Por eso fuimos detenidos. Muchos de nuestros compañeros fueron fusilados o murieron como consecuencia de las enfermedades contraidas por el mal trato y el hambre. Miles de otros compañeros fueron liberados como consecuencia de los indultos arrancados al franquismo bajo la presión de las masas populares, aunque millares de ellos están sometidos todavía a una libertad vigilada. La casi totalidad de los que aún permanecemos prisioneros del odio y de la venganza llevamos cumplidos de 12 a 22 años de las condenas monstruosas de 30 años que nos fueron impuestas por Tribunales Militares.

Como no ignora nuestro pueblo y la opinión mundial, a través de los testimonios vivos que hemos divulgado, en la tramitación de los procesos ha sido vulnerado el Fuero de los Españoles, el Código de Justicia y el derecho de defensa. No ha sido justicia, sino la represión presidida por el terror y el odio más brutales lo que se ha hecho con nosotros. Es esta represión la que ha determinado la conducta del Gobierno en las prisiones centrales de carácter político: abandono de los enfermos a sus propias fuerzas; liquidación de las actividades culturales y artísticas en las escuelas; prohibición de la entrada de obras de las mayores glorias de la literatura universal y nacional; recogida de toda clase de literatura propiedad de los presos; destrucción de los talleres de artesanía: limitación de las comunicaciones orales y escritas, sometidas a la doble censura interior y policíaca; prohibición arbitraria de redimir a los conmutados de la pena de muerte; alimentación insuficiente de pésima calidad y otras muchas vejaciones. En resumen, que estamos equiparados en el trato a los presos delincuentes de tipo común y, en algunos aspectos, peor.

Si monstruoso es pasar condenados los mejores años de la vida humana, más monstruosas son aún las condiciones en que hemos tenido que pasar tan largo tiempo de cautiverio. Y, sobre todo, contemplar indefensos las repercusiones que ha tenido para la vida de nuestros hogares.

Si en todo el país, por el género de vida que impone la dictadura, las condiciones económicas, sociales, psicológicas y educativas del hogar son pésimas; este hecho puede dar una idea de nuestros hogares al cortar del tronco las ramas principales.

Nuestras familias no han podido gozar, en el curso de los años que llevamos presos, de ninguno de los derechos recogidos en la Declaración de los Derechos de la Familia. Hemos sido testigos del calvario de nuestros ancianos padres desposeídos del calor y de la ayuda de sus hijos, cuando más la necesitaban; del dolor de nuestras mujeres,

condenadas a marchitar su vida agarradas a las rejas de las prisiones, obligadas a trabajar hasta el agotamiento para sacar adelante a los hijos queridos, martirizadas al ver crecer a sus hijos sin las caricias y la dirección del padre, agobiadas, constantemente por las necesidades más apremiantes y acosadas por la policía que no se conforma con molestarles constantemente sino que a veces las priva de la correspondencia, único hilo de nuestro calor y de nuestro cariño alentador.

Pero todos estos sufrimientos los damos por bien cumplidos, al servicio de nuestro pueblo. Porque lo que está ocurriendo en nuestro país, demuestra la razón de nuestra lucha.

La causa que hemos defendido frente a la dictadura y a lo que representa, hoy se ha transformado en la causa de todo el pueblo. El pueblo así lo reconoce al recibir triunfalmente, como símbolos vivientes de la Reconciliación Nacional, a los presos que salen en libertad. Esto no quita para que la dictadura haya seguido encarcelando a hombres por defender el anhelo nacional de reconciliación y que suman el 10 por 100 de los presos políticos actuales.

Estas y no otras son las causas de nuestras condenas. Estos y no otros son los presos políticos españoles. Por eso Franco y su camarilla nos odia a muerte y hace todo lo que está a su alcance por exterminarnos.

Pero necesitamos vivir y queremos la libertad porque tenemos derecho a ello. La liberación de todos los presos políticos es un imperativo de justicia. Queremos reunirnos con nuestros padres, con nuestras esposas e hijos, con nuestros hermanos para rehacer la felicidad de nuestros hogares. Queremos reintegrarnos a la vida de nuestro pueblo, al trabajo, creador, al esfuerzo común para engrandecer de verdad nuestra patria y que ésta recupere el lugar que le corresponde en el concierto de todas las naciones del mundo. Queremos contribuir al lado de nuestro pueblo, al desarrollo de la convivencia y la Reconciliación Nacional de los españoles. Para enterrar los odios y los rencores. Para crear un clima de respeto a las ideas de los demás y de las libertades humanas fundamentales. Que las diferencias políticas e ideológicas no provoquen en España más persecuciones y derramamientos de sangre, ni hoy ni mañana.

La amnistía total para los presos y emigrados políticos sería el paso decisivo para iniciar esta nueva etapa en la vida de nuestro país. Nada mejor que la fecha del XX aniversario del fin de la guerra civil para hacer conocer al Gobierno del general Franco esta voluntad nacional y el apoyo de la opinión internacional a la misma.

¡Españoles todos! Hombres y mujeres de todos los países, de todas las razas, de todas las opiniones y creencias, ¡unid vuestras volun-

tades para conseguir la *amnistía total* que ponga fin a la tragedia que sufren miles de hogares de los presos y exilados políticos españoles!

Que vuestros sentimientos y votos en esta dirección llenen los despachos del Gobierno del general Franco.

Estamos seguros que nuestro llamamiento encontrará el eco debido en vuestros corazones y que la conjugación de esfuerzos desembocará en una gran movilización nacional e internacional, cuya más alta expresión debe producirse en abril, al cumplirse el XX aniversario de la terminación de la guerra civil española.

A todos nuestro amistoso saludo.

Aventura del Pensamiento

HELEN KELLER

Por *Ezequiel MARTINEZ ESTRADA*

CUANDO me preguntaron en el Departamento de Estado, en Washington, a qué personas notables de los Estados Unidos deseaba conocer, les respondí que sólo a una: a Helen Keller. Con extrañeza, insistieron en si desearía ver también al presidente Roosevelt.

—Ahora está muy atareado en ganar la guerra —respondí—, y yo soy un viajero ocioso.

En Nueva York obtuve la entrevista por mediación de Mr. Stuart Grummon, amiguísimo de Helen Keller. Mr. Grummon es hombre fino e inteligente, diplomático en retiro, que de inmediato me facilitó el diálogo sincero. Merced a sus artes y a sus dotes fijó nuestras respectivas posiciones y dio al diálogo un cariz confidencial. Él y yo conocíamos a fondo a Helen Keller de dos modos distintos: él en persona, como antiguo amigo y consejero; yo como un caso singular en la historia de la civilización, Semíramis o Nefert-Iti. Desde que leí su *Autobiografía* asocié su existencia a la de Juana de Arco, y como por entonces hacía yo la lectura de Carlyle, la consideré digna de figurar entre sus héroes alegóricos; si es que no, mejor, entre las antiquísimas sergas de Ormuz contra Ahrimán. Hace poco me enteré de que su íntimo amigo, Mark Twain, no le hallaba par si no en Juana de Arco. En mi imaginación era, lisa y llanamente, un ejemplar vivo del ángel de la luz en lucha con las tinieblas, y lo que ella ha llamado "historia de mi vida" es esa aventura. Puedo incluir otro nombre en la pléyade: Marie Curie, y los cinco nos dan la noción de una característica genérica femenina: la de dar a luz, la de generar y desarrollar inmensas energías latentes, la de intercomunicar dos mundos. Esta idea swedenborgiana conservo aún de ella, y creo que sin ningún gnosticismo es exacta.

Mr. Grummon me había invitado a almorzar en su casa, con Helen Keller y Miss Polly Thomson, compañera que la

guiaba desde 1914, en reemplazo de la "maestra", Miss Anne Mansfield Sullivan. Mi Diario de Viaje, del que entresaco algunas anotaciones para esta rememoración, registra el 18 de julio (1942): "Mi alegría de hoy: el lunes conoceré a Helen Keller". El lunes 20 llegué a Bethel, y ya estaba Mr. Grummon esperándome en su coche. Me condujo a su casa, una mansión sobria y señorial instalada en un parque silencioso. ¿Dónde mejor podría tener lugar la entrevista, ni con qué mejores auspicios? El camino que conduce hasta allá está bordeado de árboles tupidos, a la sazón en pleno follaje y poblados de ardillas y pájaros. Helen Keller vivía cerca, en Arcan Bridge, Wespont, Conn., y teníamos dos horas hasta mediodía para conversar de ella. En el trayecto me expresó Mr. Grummon la extrañeza de Helen Keller al enterarse de que un escritor argentino, invitado para presenciar el esfuerzo de los Estados Unidos en el trance más decisivo de su historia, deseaba conocerla. Me confesó que él mismo participaba de esa extrañeza, que yo hallé plenamente justificada en él, aunque no tanto en ella, "habituada al trato con fantasmas". Yo no representaba ninguna institución filantrópica, ni traía misión oficial, ni estaba muy al tanto de la suerte de los ciegos en mi país, ni era coleccionista de autógrafos. Pocas palabras sinceras bastaron para que conversáramos sin prevenciones. Díjele que creía conocer más o menos bien cuanto se había escrito sobre el esfuerzo extrahumano que comportaba el haber logrado Helen Keller franquear los muros de la ceguera y la sordomudez, y alcanzar una cultura de alto grado, el título de doctora en leyes, la posesión de varios idiomas y, no menos importante, un desarrollo mental que inclusive le permitía manejar familiarmente nuestro lenguaje de signos ópticos y acústicos. Por lo regular, los extranjeros que durante medio siglo llegaron hasta ella eran psiquiatras, psicoanalistas, pedagogos, teósofos, metapsíquicos o turistas a la pesca de anécdotas y de emociones raras. A mi juicio, el problema humano tanto como gnoseológico se había simplificado, ya en el sentido de Condillac o de Watson, considerándosela como a la estatua de Pigmalión o como a un aparato de preguntas y respuestas. Me parecía que ella y nosotros nos comunicábamos por un puente, sin acortar por ello las distancias de nuestras respectivas orillas, o que "el mundo en que ella vive" y el que nosotros habitamos son dos planetas de un mismo sistema solar. Al menos sabía yo, en mi desconocimiento de su persona

—le expresé al señor Grummon—, que el despertar de sus sentidos hábiles subrogándose el ejercicio de los inexistentes hizo de ella un ser extraño, constituido, como lo expresa en su libro *The World I Live In,* por los fragmentos de la realidad que penetraron penosamente del exterior, y por las construcciones y ordenaciones que tuvo que completar en su conciencia de su ser propio y del mundo. "Su bien coordinada irrealidad" en la frase simplificadora de Mark Twain, que es aplicable exactamente a la del niño o la del físico-matemático. Es preciso aplicar al caso el aforismo de J. von Uexküll: "Los organismos son incomparables entre sí, lo mismo que sus órganos". Por fuerza se ha tratado de reducir su mundo al nuestro, en que la fantasía es un plus perturbador.

Esta conversación preliminar la continuamos en casa de los señores Grummon y participó Mrs. Sacha Grummon, sumamente comprensiva del equívoco que aún rodeaba el misterio de la revelación del mundo que había tenido a los ocho años Helen Keller.[1] Convinimos los tres en que esta mujer extraordinaria era, antes que una psique de potencias increíbles —veredicto unánime—, una voluntad como acaso no se conocía otra en la historia; además, un alma sensitiva a toda emanación o efluvio que por cualquier medio la colocara en contacto con otra persona, ser o cosa, hasta ese momento desconocida. Era lógico que desde su despertar a la vida consciente, se halló en el seno de una cósmica, irreparable soledad. Su ansiedad insaciable de conocimientos ha sido una tentativa constante para hacerla menos opresiva, para "liberarse", voluntad de poder característica de aquellas cinco mujeres que mencioné.

—Sí —me contestó Mr. Grummon, después de escucharme con indulgencia—; Helen Keller no puede ser un caso explicable por deducción de otros semejantes o análogos, pues ya no se trata de cómo entiende ella nuestro mundo de luces y sonidos, sino de cómo entendemos nosotros el suyo. Pues ¿no es esto lo que importa? Sin duda es una mujer excepcional, pero sobre quien se tejieron fábulas y leyendas que la convirtieron poco menos que en un ser mitológico. Superstición que tiene

[1] Miss Keller inicia su educación a esa edad. A los cuatro años quedó privada de la vista y del oído por una enfermedad; de modo que tampoco era su caso el de los ciegos sordomudos de nacimiento, pues "Me quedan algunas impresiones muy vivaces de mis primeros años, antes de que cayera en las tinieblas de una noche perpetua..." *(Autobiografía).*

mucho de verdadera, mas sin desplazarla del orden natural de lo extraordinario. Porque así se lo despoja de su efectiva grandeza (el caso de Juana de Arco).

—Yo entiendo que ella ha explicado suficientemente bien su situación —dije—, pero no creo que haya logrado expresarse en forma satisfactoria para quienes usamos un común idioma, ajenos a sus vivencias y acepciones semánticas. Su *Canto de las Tinieblas* contiene, a mi parecer, su esfuerzo supremo por ser entendida.

Convinimos en que sus primeras preocupaciones fueron de carácter fundamental —de pronto el mundo de lo existente le fue revelado no como apariencia sino como voluntad—, teniendo en cuenta que el mundo que ella iba descubriendo, o creando, o inventando, o revelándosele, tenía márgenes ilimitados, formas imprecisas en que lo real y lo fantástico, lo posible y lo imposible, lo continuo y lo súbito, lo coherente y lo incongruo, lo esperado y lo inesperado, no se habían configurado en su mente según el lento despertar del párvulo. Para ella, entrar a habitar el mundo que iba revelándosele como un receptáculo misterioso era, más que trabar relación con las cosas, asignarles un modo y una forma de ser, ordenarlo y organizarlo. La palabra fue —como ella lo reconoce— no tanto el nombre de los objetos cuanto los objetos mismos.[2] La palabra —el signo— es el fiat en su caos, lo que crea el ser nombrado, el demiurgo que le revela la creación. Su descubrimiento del mundo lo hizo por puntos, por objetos independientes, por porciones, por fragmentos, y su tarea fue ordenarlos y darles una estructura global, al contrario que los videntes, para quienes la realidad se nos presenta como un todo, un cuadro, una ordenación configuracional. De ahí que, a pesar del cuidado con que en los primeros años de su educación, se evitó cuanto se refiriera a lo incógnito, a lo inexplicable y a Dios, ella descubrió "el otro lado de las cosas" como un dato que faltaba a su comprensión de lo que iba conociendo. Dios fue, no obstante, uno de sus descubrimientos, uno de los enigmas y problemas naturales; formaba parte del cosmos que iba forjándose, y a pesar de su realismo pragmático que le hacía entender por el palpar —el

[2] "Todo objeto tenía un nombre y todo nombre provocaba un pensamiento nuevo. Todo lo que yo tocaba, en camino a casa, parecía palpitar de vida; es que ahora veía yo las cosas exteriores bajo un aspecto nuevo" *(Idem)*.

tacto, el más realista de los sentidos, supone con razón—, que transmite la veracidad biológica absoluta a quien palpa, una atmósfera de misticismo religioso impregna desde muy pronto su vida y su mente.[3] Se percibe ante todo en sus comentarios a las obras de Swedenborg, quien le reveló el sentido anagógico de la realidad sensible —la lectura simbólica que decía Dante—. Aparece Dios en su tiniebla como lo que está más allá de lo escrutable, como la presencia viva y latente de lo Incognoscible, en el lenguaje positivista de Spencer esta vez. Hellen Keller no fue en busca de Dios como la niña negra, sino que le fue revelado; lo halló directamente dentro de sí y en lo indelimitado de su "cosmos", como la parte que le falta a la realidad para serlo realmente. Tanto como Miss Sullivan y Mr. Anagnos, sus primeros preceptores, su instinto imperioso la condujo a los descubrimientos. Por lo regular encontraba como una necesidad lo que le faltaba conocer; como si en un juego de cubos sintiera el hueco de una pieza faltante. Ahora Polly Thomson reemplaza a Miss Sarah Tomlinson y a Miss Sullivan con el mismo cariño y la misma infinita paciencia. Ha adquirido muchas características de Helen Keller, cuya personalidad es dominante, avasalladora. Entre ambas hay una comunicación instantánea, un acuerdo que hace aparecer a Miss Thomson como su "doble". El rasgo común en ellas es la vivacidad, el afán de comprender bien y de ser exactas. El empeño de sus maestros de no arrojarla desvalida al piélago de lo trascendente se ha visto frustrado. Helen Keller vive, como Swedenborg, una realidad a cuyo trasluz se percibe otra: si es inherente a la sustancia cósmica o si ella la proyecta de sí, es un problema ocioso, porque se trata de un hecho que nosotros no podemos negar aunque podamos litigar. Los ángeles andan por las calles, llenan las habitaciones y se posan en los árboles; nosotros no los vemos y ella sí, porque los investimos con distintas significaciones. Ella puede estar alucinada, y nosotros también.

A las doce en punto llegó Helen Keller del brazo de Polly Thomson. Representa los sesenta años que tenía y no ocultaba, e impresiona de súbito como una mujer de imperiosa energía, de vitalidad exuberante. Su dinamismo se manifiesta por

[3] "El mundo espiritual no ofrece dificultades a quien es sordo y ciego. Casi todo el mundo natural es tan indefinido y tan extraño a mis sentidos como parecen serlo las cosas espirituales a la mente de la mayoría de las personas" *(Autobiografía)*.

su porte impetuoso, su andar firme y resuelto. "Yo quería vivir seiscientos años", expresó al saber que estaba viva y que tendría que morir. A los sesenta conservaba, como nuestro Hudson, el deseo de ser inmortal en la tierra, y es evidente que tiene una complexión espiritual más robusta que la de su cuerpo. "Quería volverse más vigorosa a medida que pasaban los años", reconoció Van Wyck Brooks en 1956.

Del brazo de Miss Thomson penetró en el *living* inundado de luz, como una pareja de cuerpos opacos. Por contraste con la luminosidad de ese día y de ese recinto, de tórrido y balsámico verano, la primera impresión que tuve de ella no fue la de un ser alado, angélico, en su casi totalidad espiritual, como lo era innegablemente, sino por el contrario como un cuerpo sólido, pesado, frío y opaco; muerto y resucitado. De tez morena, sin afeites, bronceada por la intemperie, los ojos naturales y como si vieran, y una sonrisa que le iluminaba la faz de concentrada tristeza. Vestía con suma modestia, sin aliño ni cosméticos, un vestido marrón de blusa y pollera, con un reborde de puntilla. El cabello castaño oscuro con algunas canas, en crenchas, se anudaba en un rodete. Tal como se la ve en su fotografía con Rabindranath Tagore. Más bien corpulenta en su mediana estatura, con algo de rústico en el andar y en los ademanes, ¿ése era el ser, uno de los más espirituales que jamás han existido? Mujer elemental, en efecto, como lo son las aldeanas que no han hecho de lo femenino un atributo sino que lo han dejado en su condición humana. Me hubiera agradado encontrarla bella, y no lo era; al menos esbelta como lo eran todas las mujeres, jóvenes o viejas, que encontré en Norteamérica, y conservaba el aire rural de su pueblo de Tuscumbia (en Alabama). Campesina, diré hacendosa, y buena madre; mujer en puro estado nativo. Sin duda todas estas virtudes tolstoianas las poseía, y lo cierto es que conservaba, a pesar de sus refinamientos intelectuales, su naturaleza de muchacha caprichosa, apasionada y despótica.[4] Algo de aquella naturaleza de su infancia permanece indómito en ella. Su "voluntad de poderío"

[4] En Tuscumbia permaneció con intermitencias hasta su juventud. Después de graduada se instaló en una granja en la aldea de Wrentham en compañía de Anne Sullivan. Gran parte de su vida posterior transcurrió en Westpont donde residía cuando yo la visité. Pasaba la mayor parte del tiempo en el parque, al aire libre. Dejaba las habitaciones muy temprano, luego de arreglar su dormitorio.

es incoercible y da la impresión de que tiene un alma para la cual el cuerpo es demasiado chico y no adecuado.

No pudo influir mayormente en las impresiones que tuve de ella la circunstancia de que conociera ya de su vida interior muchísimo más que de su fisonomía, sino que en efecto el semblante denotaba en su apacible vivacidad una fuerza contenida, una actividad y una tensión permanentes, pues para ella el estar despierta no era como para nosotros un hecho pasivo, vegetativo, el descansar sin sobresaltos en el mundo circundante, en cierto modo amodorrados, sino pensamientos, conjeturas, imaginación, agitación, contacto violento, desde que la más breve pausa, la más fugaz interrupción de ese contacto era la caída en las tinieblas de sí misma, en su soledad. Forma íntima y dinámica que la vida tenía para ella como única manifestación de la existencia. Como nosotros mantenemos los ojos abiertos, ella manteníase en vigilia, en acecho.

Al contemplarla ante mí tuve la sensación de que me separaban de ella abismos y distancias infranqueables. Jamás tuve la impresión instantánea e inequívoca de la incomunicabilidad de un ser a otro como entonces. Frecuentemente, sin embargo, experimenté semejante impresión, con personas extrañas, de formación espiritual distinta de la mía, y con seres de otra especie; mas nunca en forma tan nítida y categórica, con tal evidencia de que no me sería posible establecer con Helen Keller ningún sistema de comunicaciones sino artificiales y convencionales. ¡Toda mi ilusión de establecer un diálogo sin palabras se desvanecía! ¡Ante mí estaba Helen Keller en "su mundo", circundada de piedra, inaccesible, otro ser de otra naturaleza! ¿Cómo no confesar ahora que esa impresión era la de que Helen Keller estaba muerta, que no pertenecía efectiva e inequívocamente al mundo de sonidos, formas y colores que habitaba yo, el único que lo diferenciaba del de los sueños; que el "mundo en que ella vivía "no era el nuestro, el que transitamos sin temor, vemos, oímos, palpamos, gustamos y olemos, puesto que esos sentidos interfuncionan y se rectifican y enriquecen recíprocamente? La percibí bajo una luz deslumbrante que penetraba por uno de los amplios ventanales en el living y daba sobre ellas, inundándolo todo, como sumergida en sombras, como una sombra viviente en un océano de silencios infinitos; y acaso esa impresión creó en mí la de su soledad y la de nuestro irremediable alejamiento e incomunicación. No obs-

tante, sabía yo cuán poblado de seres estaba su mundo solitario, cuán feliz habitaba con sus fantasmas incorpóreos.

Fue ella quien, en cierto modo y muy relativamente, suprimió la distancia sideral y readquirió su existencia humana, de espíritu y de carne, al dirigirse resueltamente hacia mí, como si me hubiera visto, con los ojos abiertos y apagados, su sonrisa de ciega, todo el rostro frío y opaco, y al tenderme la mano. Me la retuvo, la examinó palpándola, me tomó la otra mano y, antes de ningún otro saludo, colocó ambas palmas y las yemas en mi cara recorriéndola, del cuello y la nuca a la frente y las mandíbulas, como si la estuviese modelando, pero apenas rozándola muy suavemente.[6]

—Está registrando su imagen, fotografiándolo, y es seguro que dentro de muchos años lo reconocerá —me explicó el señor Grummon.

Nos sentamos, ella a mi lado. Esa mujer única, de aspecto vulgar, sin ningún rasgo que la diferenciara de las mujeres comunes, y sin embargo la quintaesencia y el símbolo supremo de todas las mujeres, con un profundo atractivo universal y humano, estaba ahora sentada junto a mí, aparentemente más conmovida que yo, e inició de pronto un interrogatorio sobre mi vida y mi familia. Le interesaba como si yo volviera de un viaje. Me expresó su pesar por el reciente fallecimiento del Presidente Ortiz, que era —dijo— "un amigo del pueblo". Confesó que conocía poco de la Argentina, su historia, sus gentes, costumbres y literatura, excepto de W. H. Hudson, a quien admiraba y de cuyas obras citó algunos títulos importantes. Me comentó, literalmente: "Él me enseña a ser buena. Es humilde y luminoso". Breve fallo y exacto. Y, en el lenguaje de Hudson, prosiguió: "Tuvo la suerte de nacer allá y de vivir en su mundo". Ahora juzgo este juicio sintético muchísimo más profundo y cabal que cuando lo consigné en mi Diario. Sin saber qué preguntarle yo, le inquirí si sabía jugar ajedrez. Me contestó que lo aprendió de joven y que dejó de jugarlo "porque se parece a la guerra y me disgusta". Le nombré a Morphy y Pillsbury, de los primeros que jugaron partidas simultáneas a ciegas, pero no puso ningún interés en el tema. Juzgué que ése no era "un problema de ciegos" sino de ojos cerrados. Volvimos a la literatura; admira mucho, como yo, a Thoreau y Ber-

[6] "Las manos de las gentes que encuentro tienen un lenguaje de muda elocuencia" *(Autobiografía)*.

nard Shaw. Apenas tenía referencias de *Facundo* y de *Martín Fierro;* y como excusándose infantilmente de una culpa, prometió que los leería cuando aprendiera castellano, que antaño empezó a estudiar y ahora estaba decidida a retomar. Volvió a Hudson, recordando que era "el gran amigo de los pájaros". Sobre este tema transcurrió casi toda nuestra charla de tres horas.

Miss Thomson la tenía fuertemente asida de la mano, palma contra palma, y le transmitía y recibía por un sistema complicado de signos en que entraban en juego diversos movimientos de los dedos, de la mano entera o de una parte y también del antebrazo, las palabras y las frases.[6] Regularmente no esperaba la terminación de ellas y demostraba suma nerviosidad y apremio por obtener respuestas y por preguntar. Se echó a reir cuando le dije que mis hijos no eran personas sino pájaros. Se interesaba por todo y todo quería saberlo, comprenderlo, reducirlo a sus dominios familiares. Escuchaba mis confesiones como de un ser llegado de regiones misteriosas, y estoy seguro de que se decepcionó cuando supo que mi país no era la república de la libertad, la igualdad y la fraternidad. ¿Pensaría en *La Tierra Purpúrea?* Le interesó enterarse de que, como en los Estados Unidos, en la Argentina los grandes hombres habían sido fruto de sus propios esfuerzos. Musitó con voz gutural, apenas articulada: ..."self-made-men"... Me dijo que, para su entender, lo más importante en la vida del hombre es lo que ha logrado llegar a ser contra la adversidad, contra su destino. Recordó, insertándolos en el diálogo, diversos apotegmas, particularmente de Platón, Lao Tse, Confucio y la Biblia. Se complace en las citas. Favorito es este proverbio chino: "La verdad está en todas partes y todos los pies conducen a ella". Me contó que todos los días leía la Biblia, sentada sobre una alfombrita en el suelo, "como los japoneses". A pesar de Pearl Harbor habló con simpatía del pueblo japonés, que conocía, y también del alemán. En general, los norteamericanos que traté demos-

[6] "Quien me lee o me habla, por ejemplo, deletrea con "su mano" el alfabeto comúnmente usado por los sordos. Entonces coloco yo mi mano sobre la del interlocutor, pero ligeramente, para no trabar sus movimientos... Yo no percibo cada letra independiente de las próximas, como vosotros no las veis separadas cuando leéis. Una práctica constante da a los dedos gran agilidad y numerosos de mis amigos conversan de esta manera con gran rapidez, casi tan ligero como una dactilógrafa experimentada puede escribir". *(El mundo en que vivo).*

traron todos gran respeto y cortesía hacia sus enemigos. Retrotrajo el diálogo a cuando le dije que mis hijos eran pájaros, y lo inquirió con grave seriedad. Le conté muchas anécdotas de nuestros pájaros domesticados, casi todos gorriones, de sus diferentes caracteres, caprichos, pasiones, picardías, celos, travesuras, aversiones. Cayó en estado de gran excitación asegurándome que no tenía duda de que le hablaba con sinceridad. Movía las manos, se las llevaba al pecho como si acariciase uno de esos animalitos, y profirió algunos sonidos, como todos los mudos, que me impresionaron dolorosamente. Expresaba con ello su angustia de no poderme decir instantáneamente lo que anhelaba.[7] Insistió en que le contara particularidades individuales, de caracteres, temperamentos y hasta psicologías de los gorriones, tan semejantes, en pequeño, a los seres humanos. Entonces decidió autoritariamente, según la intérprete, que también quería tener ella una casa de gorriones. Insistió con tan infantil entusiasmo que Mr. Grummon hubo de prometerle que él personalmente se comprometía a conseguirle una pareja de pichones sin emplumar, pues yo le había advertido que era indispensable criarlos desde muy chicos y con algunas molestias maternales, debido a su índole arisca y libertaria. Esto le complació sobremanera y saltaba de contenta. "Como yo, Hudson odiaba las jaulas y en cambio amaba con pasión lo que es natural y agreste", fue un inesperado comentario.

Pasamos a la mesa, pero no abandonó la conversación, recordando varias aventuras entre pájaros, de Hudson. Le dije que a mi vez yo conocía la tragedia de Tim y el gato, cuando ella era chica, lo cual ensombreció un momento su semblante. "Después tuve muchos otros canarios, pero ahora quiero gorriones". Quiso saber de que se alimentaban, cuántas veces al día y en qué cantidad, si dormían encerrados o en lugares especiales, abrigados, y una infinidad de detalles que a ninguno de los cinco nos resultaron pueriles. Yo podía observarla impunemen-

[7] Miss Fuller le enseñó a modular palabras. Sabe que su voz es desagradable. Espera que su maestra se la eduque para que "pueda hablar y cantar como los pájaros". En ocasiones, cuando no podía reprimir la prisa por saber algo, apoyaba el índice y el medio de los dedos en la boca de la intérprete y el pulgar en la garganta. De ese modo "escuchaba" la palabra más directamente. Alguna vez lo hizo también conmigo, seguramente por curiosidad, puesto que yo hablaba castellano y ella no lo entendía.

te, sin parpadear, y así pude forjar de ella una imagen valiéndome de referencia y suposiciones intuitivas.

Se advierte en Helen Keller, inmediatamente, su natural, humana sencillez, que mantiene a pesar del mundo complicado de notas que ha elaborado para concertar sus ideas con la realidad que nosotros vivimos. Sus ideas tienen una categoría de cosa corporal que nos es inconcebible. La relación entre la palabra y el objeto es para ella tan íntima que en cierto modo se identifican. No que la palabra y el objeto sean una realidad idéntica, cuanto que para ella no existen las distancias y las diferencias de naturaleza entre sí que para nosotros. Lo visible y lo mental, o sea lo real y lo imaginado, para ella no eran dos órdenes de existencia distintos sino uno. Reflexionaba en su niñez: "Si yo escribo lo que piensa mi alma, entonces ella se hará visible y las palabras formarán su cuerpo". Dijo Miss Sullivan: "Helen tiene tal tendencia a tomar las palabras y las expresiones en su sentido literal, que siempre es necesario asegurarse de que ha captado su exacto sentido". Entre palabra y cosa hay para ella mucho menor distancia que entre nosotros. Ella puede entender perfectamente que el verbo sea tal como lo que expresa. Su vida no depende del parecer ajeno sino de su conciencia de sí. ¿Se concibe una mujer que haya vivido siempre sin coquetería, como si no tuviera cuerpo, sin pensar qué impresión física puede causar? ¿Una mujer tan sui géneris? Su mundo, como ella lo llama, es un dominio en dos terceras partes abstracto, pero en dos terceras partes poblado por seres configurados según leyes biológicas particulares. Se la oirá citar a Platón o a Confucio como si se tratara de personas actuales, pues ha recogido de ellas lo que no es perecedero ni individual. De donde la Biblia tiene también una contemporaneidad fuera del tiempo, y Abraham, David y San Pablo son reales como los demás hombres que no ha visto ni oído. Nosotros no tenemos ninguna duda de que el mundo es como se nos aparece, y no conjeturamos lo que pudiera parecernos de disponer de otros sentidos, o de tres de ellos solamente, aguzados, que se combinan para completar una imagen que a nosotros se nos antoja mutilada. Esa sencillez de quien ha vivido sin atender a las exigencias de lo que podría llamar la etiqueta en el trato humano diario, reduciéndolo a lo sustancial podría designársela con una palabra equivalente: "santidad". Santidad que resulta de no haber sido contaminada por experiencias que mancillan el alma,

por la hipocresía que hace llevadero el trato con el semejante sobre un código de apariencias y disimulos. Lo que Louis Lavelle piensa de la santidad es aplicable a Helen Keller; entre otras cualidades vulgares del santo, "que están todos igualmente fuera del mundo y, sin embargo, son ellos los que nos muestran el rostro verdadero del mundo, como si lo viésemos por primera vez". Pero es casi una definición mejor la que de Helen Keller dio Miss Sullivan: "Rodeada de amigos que la adoran y sometida a las mejores influencias, Helen desde el día que su mentalidad comenzó a desarrollarse, y voluntariamente, ha hecho siempre el bien".

La franqueza en ella es la forma natural y normal de entenderse entre sí las personas. Para las reticencias como para lo ridículo tiene una sensibilidad exquisita. Aunque conoce perfectamente los problemas del vidente, las miserias y pasiones que arrastran a los individuos al crimen y a las naciones a la guerra, o a la crueldad o a la mentira, su experiencia tampoco es la misma que tenemos nosotros, y su pasión por los que sufren cualquier handicap, como la ceguera o la pobreza, es más viva, más asociada a su propio destino. Carece de paliativos o de satisfacciones compensatorias. De ahí su amor a los humildes, los niños y los desamparados, cuya suerte encuentra en sí misma un ejemplo que nosotros tenemos que buscar en los libros o en experiencias ocasionales.

Toda su persona es un aparato sensibilísimo de registrar vibraciones y fluidos para nosotros imperceptibles. El sentido del tacto alcanza grados superlativos de afinación y sutilidad. Puede decirse —y ella lo ha repetido— que ella oye y ve con las manos y con todo el cuerpo. Además, "ver" y "oir" son sensaciones sui géneris que a su vez tienen resonancias particulares en su sensorium corporal. Cuando cierto organista ejecutó música para ella, en 1900, se "colocó en medio de la iglesia, donde eran más perceptibles las vibraciones del gran órgano, y se sentía azotada por las poderosas ondas sonoras como un pequeño navío, en plena mar, golpeado por las olas".

Las sensaciones que individualizamos y diferenciamos en cinco clases, ella las percibe en tres; y en esos únicos tres sentidos de que dispone se han desarrollado y proliferado cualidades inconcebibles para nosotros, adquirido relaciones entre sí, raigambres psíquicas y somáticas curiosísimas que a la vez se afinan hasta percibir, con el olfato o el tacto, sensaciones comple-

jas, pues ya no se trata de órganos específicos ni de sensaciones diferenciadas y sí de matices y modulaciones exquisitas para los demás insospechadas. Así como le reprochamos que su mundo es convencional, ella puede reprocharnos a nosotros que la agudeza del oído o de la vista embotan la finura de captación de otros sentidos, sobre todo del tacto, al que sus hermanos mayores han reducido injustamente a un estado de mendicidad. Por consecuencia, las imágenes generadas por las sensaciones táctiles, "el mundo de las sensaciones táctiles", de David Katz, donde se dedica una página a Helen Keller, es típico de la concepción científica y de gabinete, para la cual las medidas y las condiciones métricas y mesurables de los experimentos ocupan la casi total atención del investigador. El mundo de las sensaciones táctiles comprende, empero, en sus dominios una estética que examina sutil y delicadamente la calidad de las sensaciones relacionadas con el arte de palpar, no con el tacto; es decir, con la verdadera estesis que muy poco tiene que ver con el experimento de laboratorio. El libro de Marie Jaëll, *Les mouvements artistiques* explica cuál es la sensación táctil del pianista en el piano —y no la de quien pasa por el teclado la mano, ni de quien toca la madera como profano— y que muy poco tiene que ver con la presión y el impacto de los dedos sobre las teclas. Esta sensación desaparece muy pronto, al iniciarse los estudios de digitación. Estudiando esos mismos fenómenos en el violinista, he llegado a la conclusión de que las manos —aparato que llega hasta el hombro— poseen una sensibilidad singular de la connotación del espacio —distancias cualificadas— y de la palpación, según las cuales el artista palpa con la mano y el arco, que es prolongación viva del brazo derecho, una clase de materia exclusivamente violinística, siendo el oído interno el verdadero centro de percepción, coordinación y corrección de los movimientos. Siempre creí que el tacto cualificado de Helen Keller es el del violinista y del escultor, que configuran un orbe estético de las sensaciones. A ella se le debe que sepamos "deletrear" las sensaciones, la sensación vertical analítica, y el que los estudiosos de los fenómenos psíquicos de profundidad hayan puesto atención en la frivolidad con que el individuo normal usa de sus sentidos —como herramientas y no como instrumentos. Una educación de la sensibilidad no es menos importante que la de la mente, y en este concepto puede asociarse con licitud los nombres de William Henry Hudson y de Alexander

Graham Bell al de Helen Keller. Los tres trabajaron en obtener una realidad más delicada de percepciones, mediante el uso de un "instrumento bien templado". Ella ha confesado, en la angustiosa impotencia de comunicarnos estados sensoriales para nosotros desconocidos por embotamiento o uso imprudente de los sentidos, que logra discernir por la vibración del aire, cuándo cae una hoja de papel sobre la alfombra, si es un niño que corre, si toca la orquesta en el hotel donde está, y si uno de los mozos camina al compás y el otro no, y otras particularidades que nos parecen absurdas. "Gracias al sentido del tacto —escribió— conozco el rostro de mis amigos, la variedad ilimitable de las líneas rectas y curvas, todas las superficies, la exuberancia del suelo, la forma delicada de las flores y la noble de los árboles, y la clase de los potentes vientos".

En su presencia se tiene la certeza de que no hay en sus aseveraciones ninguna superchería, pero nos es sumamente difícil concebir un sentido del tacto que configure las imágenes mentales. Sin duda nuestro mundo de imágenes ópticas y acústicas es más fantástico que el de ella, y es incuestionablemente legítimo su derecho a convertir nuestras imágenes en otras cuya raíz es el tacto, el contacto, fundamento de todos los otros sentidos que también son de contacto a distancia. Como afirma: "Nada hay impreciso e incierto en cuanto podemos palpar".

Yo tenía poco que preguntarle, porque mi deseo era solamente verla, estar cerca de ella, observarla y guardar para siempre y lo más indeleble que pudiera, su recuerdo. Sentados a la mesa la conversación prosiguió animadamente y Polly Thomson tuvo de veras una tarea muy dificultosa. Tres horas, sin una pausa, atenta a las solicitaciones de los interlocutores. Helen Keller contó detalladamente que el día anterior, en Nueva York, había asistido a la primera audición de la Séptima Sinfonía (op. 60) de Shostakovich, dirigida por Toscanini. Se había recibido filmada la partitura pocos días antes, y la expectativa era enorme. Mr. Grummon me explicó que Helen Keller "oía" la música apoyando las yemas de los dedos en el témpano de un tambor que le transmitía el timbre de los diversos instrumentos y posiblemente las modulaciones. Cómo podría ser ello posible, no me lo explico. Expresó vivo entusiasmo, vehemente emoción, al referirse al segundo movimiento, en que los violines ejecutaron un "scherzo" *celestial*. De esto monologó con elocuencia, expresándose en imágenes poéticas

en que la música vino a ser el pretexto para revivir en su absoluto aislamiento emociones inefables. Al comentar la Sinfonía de Leningrado condenó la locura de la guerra cuyos horrores imaginaba vivamente. Su pacifismo y su defensa incansable de los derechos de la mujer como asimismo su apasionada brega en pro de los lisiados y castigados por el destino le dieron fama de socialista, que ella aceptó como otra de las pruebas de la ceguera de los videntes, que todo lo simplifican. Escribió a ese respecto *Fuera de la Oscuridad*. Fijó cuáles eran sus ideas acerca de la cuestión social: estaba de parte de los más débiles y los más pobres, que por eso mismo en cualquier conflicto con los poderosos tenían la razón de su parte. En un cristianismo evangélico identificó a los perseguidos con los elegidos y sentenció que no habría justicia mientras una gran parte de la humanidad permaneciera en las sombras de la ignorancia, la miseria y la desesperación para abastecer la codicia y la crueldad de otra pequeña parte de ella. Se mostró muy afligida, y como yo sabía que toda su vida fue de trabajo, perseverancia y amor, aun a los enemigos, recogí su mensaje como una advertencia de que no debemos cerrar los ojos a lo que es tan fácilmente sensible a los ciegos, a lo que nos rodea y nos exhorta con una humilde voz que no escuchamos. Y citó este proverbio chino: "Los que tienen razón no tienen fuerza, y los que tienen fuerza no tienen razón".

Se hizo prometer de nuevo por el señor Grummon que le conseguiría los pichones prometidos. Las horas que estuve con Helen Keller no pestañeé, observándola. Después de diecisiete años tengo ante mí su imagen nítida, sus movimientos apasionados, sus exaltaciones, sus avideces, su "libido dominandi" descargada de toda agresividad, pura fuerza comunicativa, adhesiva, sus sonrisas inexpresivas, sus ojos muertos, ojos de ciega, sin miradas para nosotros. Al despedirme volvió a revisar mi rostro y mis manos. Yo besé las suyas con unción. Extendió sobre mí su diestra, en un ademán apostólico y me prometió que vendría a la Argentina muy pronto. Ya en la puerta, otra vez iluminada, levantó la mano y saludó con voz gutural, de tráquea: *"au revoir* in Argentine",

Au revoir.

MITO Y LITERATURA

Por *Emilio SOSA LÓPEZ*

QUIENES estudian los procesos de creación del pensamiento mítico advierten en ellos una conmovedora decisión de escapar al "horror del tiempo". Esta idea lacerante es la que le priva al hombre primitivo del tesoro de sus memorias en la tierra. Dominado por el deseo de preservar la integralidad del ser, rechaza toda forma de la historia, porque el tiempo que la determina le devuelve una imagen espantable de la vida. En esta dimensión destructiva del devenir se producen los desastres, las enfermedades y la muerte. El tiempo destruye la realidad, promueve una sucesión de hechos imprevisibles e inesperados que el individuo no puede gobernar. Todo esto ejemplariza la voracidad de un caos originario. Es, por una parte, la indeterminación del espacio sometido a cambios periódicos, y, por la otra, el nivel de la caída y la profanidad. La criatura se siente así encerrada en un círculo condenatorio que le impide escapar del giro alucinante de lo fenoménico. El mundo de la naturaleza se le aparece como una barrera que lo separa de la eternidad, donde su vida sería invulnerable e indestructible. En fin, el tiempo que todo lo domina es el mal radical que ella padece. Derogarlo ha sido, en los primeros pasos hacia la liberación, el intento supremo de las primitivas realizaciones humanas.

Muchos son los ejemplos de elaboraciones arquetípicas y de sistemas paradigmáticos que se encuentran en las religiones más antiguas, dirigidos a este único fin de anular lo temporal. La formulación ontológica lograda en el mito del "eterno retorno" delata ya el descubrimiento de una realidad no contaminada por el tiempo y el devenir. Cuanto acontece dentro de las alternativas recurrentes de este mito reafirma el principio de la eternidad, puesto que todo volverá a ser de nuevo, infinitamente, cuando los tiempos se reproduzcan otra vez, luego de

reintegrarse a su fuente originaria. De este modo la creación del mundo se torna incesante, continua y reiterativa.

Es de imaginar el consuelo extraordinario que esta concepción escatológica trajo sin duda a la condición humana, al relacionarla a una idea de fin y a un comienzo sucesivo del mundo y de la vida, preservando de esta manera su integridad en el movimiento circular de un tiempo invariable. Pero esta concepción no debe comprenderse como un producto de la adecuación refleja del hombre a los períodos regulares del año. Hay en ella, más que nada, un fondo de dolor y padecimientos del cual surge justamente el pensamiento como memoria o síntesis instintiva de tales experiencias con la vida. Por ello puede decirse que había algo más en el intento mágico de atenuar la naturaleza que el solo hecho de acompañarla imitativa y rítmicamente en sus ciclos de florecimiento y declinación. Oscuramente se daba ya la necesidad de modificarla, de cultivarla y adecuarla a lo que puede llamarse un *orden imaginario* de aprovechamiento y estabilidad. En todas estas elaboraciones constructivas que hacen del mundo una realidad religiosa, hay siempre un pensamiento que las rige, una dimensión imaginativa que lo lleva al hombre a creer en la eficacia de sus propias acciones. Lo que sucede es que el pensamiento en estos estratos de la vida primitiva, pese a operar ya radicalmente, no está disociado de la pura existencialidad. Al contrario, está confundido entrañablemente con la masa. "La conciencia mítica —señala G. Gusdorf en *Mythe et métaphysique*— afirma un mundo en estado pastoso, en su primera coherencia y *coalescencia.* Las articulaciones del lenguaje, de la técnica y del pensamiento no distinguen la masa. Designan más bien una falta de análisis de esta primera imagen del mundo cuya plenitud se encuentra preservada. No es que el pensamiento tenga menos asidero sobre el mundo, sino que estando apenas esbozada la mediación, el pensamiento se encuentra en toma directa con la realidad". Así fue como el mundo circundante, al ser articulado por la idea del eterno retorno, se convirtió en una categoría ontológica que afirma el principio de *lo mismo,* o mejor dicho, el mundo fue la concreción real de la identidad del ser. En tal sentido, se lo *objetivó,* se lo fijó como una *imagen* de lo absoluto. Esta operación intelectiva se realizó sobre el nivel de lo inconsciente y de allí que conmoviera las raíces mismas de la conciencia, determinando en adelante sus estructuras cognoscitivas. El efecto

transformante de este acto sirvió no sólo para dar forma y contenido a las primitivas cosmogonías, sino también para fecundar la capacidad expresiva del sujeto.

Sin embargo, la concepción de un tiempo cíclico, cuya índole es de naturaleza opuesta al devenir histórico, tuvo su consecuencia particular: le cerró al hombre toda posibilidad de llegar a considerar al tiempo como la dimensión procesal de la vida. De este modo el hombre primitivo careció de toda conciencia del pasado y su futuro no fue sino la noción de un retorno incesante. Vivió en un presente eterno, sin otra acción que el de un condicionamiento reflejo frente a cuantos hechos le deparara la vida. Sus actos fueron puramente imitativos, cargados en un comienzo de un contenido emocional, pero que luego se hicieron cada vez más alusivos, en la medida en que fueron acomodándose, paralelamente al desarrollo del pensamiento, a órdenes cada vez más superiores de la realidad. Así pues, lo que acontecía una vez debía repetirse siempre. Un hecho adquiría realidad en tanto se lo consideraba como símbolo de algún suceso universal.

Mediante estas transposiciones sistemáticas el hombre primitivo estabilizó su existencia, la apartó de la historicidad. El tiempo vital fue derogado y a pesar de que el mito del eterno retorno suponga fundamentalmente la realidad del tiempo, puede decirse que por esta preeminencia de un pensamiento indiferenciado pero operante en la propia radicalidad de la existencia, la mente primitiva nunca llegó a tener conciencia de su fluencia y su duración. Por ello la abolición de lo temporal derivó en una transformación mágica de la realidad.

En los momentos iniciales del lenguaje, que surge del fenómeno de la participación, la realidad exterior fue transformada en una suerte de espectáculo lleno de significaciones. Fue el escenario multiforme en donde las fuerzas invisibles que gobiernan las cosas se manifestaban o libraban entre sí sus disputas. Las cosas mismas no eran sino la investidura o la personificación de esos acontecimientos. Es de suponer que esta forma de representarse la realidad no pudo provenir sino de experiencias radicales. No es posible pensar en otras alternativas de la imaginación humana, sino a través del valor unívoco de la realidad como fundamento universal de todo conocimiento. De este modo, reconociendo la verdad real que subyace en estas elaboraciones del pensamiento arcaico, se pueden aceptar sus

figuraciones e imágenes como modos expresivos, si se quiere, *lógicos,* por cuanto participan a su manera de la inteligibilidad del universo.

Lo que sucede es que la naturaleza debió aparecer a los ojos alterados del hombre originario como algo tan aplastante que él no pudo menos que estimarla como una presencia todopoderosa y al acecho. Tan radical es este sentimiento que la opresión parece irreductible. La realidad se le mostraba con un vigor tan formidable para sobrevivir a sus propias destrucciones y desgastes que resulta imposible imaginar que la criatura humana pudiera, de un primer momento, adjudicarle las mismas condiciones de disolución y muerte a que ella estaba sometida. Por ello quizá, en un comienzo, llegó a concebirla como una entidad inconmovible a los giros deprecatorios del *fatum horribile.* Y, sin embargo, también es posible que haya existido desde un comienzo, a pesar de esas represiones derivadas de un terror paralizante, una suerte de proyección psicológica, de afectividad irreprimible. "En verdad —dice Arnold J. Toynbee en *El historiador y la religión*— es concebible que el hombre no haya comenzado a rendir culto a la naturaleza hasta encontrarse en condiciones de manejarla con miras a utilizarla para sus propios fines, pues quizá habría sido difícil adorar a una potencia sobre la cual no se tenía esperanza alguna de influir". Por consiguiente, no obstante sentirla insensible y ajena a sus temores y quebrantos, el hombre acabó por verla como algo entrañable, como la fuente de su subsistencia, como la morada claustral que le otorga, junto con el castigo y la desafección, momentos de abundancia y de resguardo. Es la idea ancestral de la *mater saeve cupidinum.*

"El culto de la naturaleza —sigue diciendo Toynbee— debe de haber tenido su *fluorit* en la larga época durante la que el hombre no se sintió ni del todo impotente frente a la naturaleza (de suerte que ya no era por completo inútil procurar influir en ella), ni enteramente amo de la naturaleza (de suerte que influir en ella era todavía algo digno de hacerse)". Esta circunstancia describe la realidad de un crecimiento potencial en el hombre. Hay ya en él una conciencia de los factores fecundantes. Así pues, si tenemos en cuenta la intencionalidad afectiva que se da siempre en la magia, podemos explicar el comienzo de la adoración como un fenómeno de transferencia. Se procura volver al seno materno, romper las barreras de una

prohibición, entrar en posesión del objeto sagrado. En otras palabras: identificar el terror con la presencia que lo provoca. De este modo llegó a entender que los rigores y la fatalidad impuestos por la realidad no eran más que las expresiones de una actitud emocional causada por una falta de compensación. Para vencer, pues, tal estado de precariedad determinado por su propia contracción terrorífica, el hombre se aventuró a ella por vías de una conversación mágica. Y en este enfrentamiento, su primer acto fue considerarla, no como algo indeterminado o puramente físico, sino como una entidad dotada de movimiento: una masa anímica, envolvente, tenaz en sus consumaciones.

El espacio del mundo circundante fue así *concretizado* como imagen del devenir, como el nivel de la profanidad, de la caída y el pecado. Viviendo el hombre ha perdido su integridad y debe volver, por los cauces de la regeneración, al tiempo originario. Es el momento en que toda noción del espacio profanado se orienta a la idea sacramental de un principio regenerador. El mito alude a este acontecimiento del comienzo del mundo. Para repetir, pues, este hecho, el hombre reitera el mito y lo representa. Es decir, produce un acto semejante a la "fundación del mundo". Cuando el individuo se liga a la intemporalidad mítica, el espacio físico deja de ser la pura identidad homogénea del "caos" de la profanidad, y se convierte en "cosmos". La trasmutación se da a través de una ruptura profunda. En un reciente artículo titulado *Prestigios del mito cosmogónico,* Mircea Eliade expresa el fundamento de esta actitud religiosa: "La experiencia religiosa de la no homogeneidad del espacio constituye una experiencia primordial, homologable a una 'fundación del mundo'. No se trata de una especulación teórica, pero sí de una experiencia religiosa primaria, que precede a toda reflexión sobre el mundo. Es la ruptura operada en el espacio la que le permite la constitución del mundo, porque descubre el 'punto fijo', el eje central de toda orientación futura. Cuando lo sagrado se manifiesta mediante una hierofanía cualquiera, no sólo hay ruptura en la homogeneidad del espacio, sino también revelación de una realidad absoluta, que se opone a la no realidad de la inmensa extensión que lo rodea todo. La manifestación de lo sagrado establece ontológicamente el mundo".

El comienzo de la *cosmización* del mundo fue indudablemente el paso a la ritualización del mito que encauzaba de esta

forma las tradicionales prácticas mágicas del culto ancestral de la naturaleza a un orden de conciencia intelectiva del universo. El mito, en este aspecto, servía para hacer comprensible el sentido mismo del ritual. Lo que el rito representa como alusión a la creación del mundo es ya una suerte de narración, es una forma de relatar en un lenguaje gesticular y rítmico lo acontecido en un tiempo original. Pero el mito, en cuanto categoría de la inteligibilidad, es, más que el hecho de la sacratización del cosmos, la base cognoscitiva de toda experiencia. Por eso puede inducirse que la realidad del mito es anterior a la manifestación de lo sagrado. Por otra parte, es verdad que el pensamiento no constituyó, hasta la instauración de la ritualización, una forma de reflexión ni de especulación teórica acerca del mundo que se va a dar luego, como resultado de la ruptura con la no realidad del espacio indeterminado. Pero tampoco es posible aceptar que aquella "experiencia religiosa primaria" de la que habla Eliada, haya surgido sin una base previa de condicionamiento del hombre al mundo. Tampoco puede decirse que esta experiencia sea el punto de arranque de la conciencia ontológica primitiva. Lo que ocurre es que detrás de toda manifestación de lo sagrado hay todavía procesos preexistentes de adecuación y de síntesis. Las imágenes interpretativas y sus representaciones rítmicas que encontramos en el fenómeno de la fundación ritual del mundo, son consecuencias posteriores surgidas de la propia complejidad que asume el lenguaje de la participación. Pero no hay que confundir estos productos que se culturalizan en tradiciones religiosas con la estructura originaria del mito que les dio origen. Ni siquiera la magia sacratizante por su inmersión en los estratos de la existencia cotidiana pudo servir de base para extraer de sus prácticas el sentido cósmico de la realidad. En el mito hay, pues, una inteligencia que opera por sí misma. El mito es, si se quiere, el pensamiento ontológico mismo sin previa necesidad de ser objetivado; es la noción misma que el ser tiene de sí y que aparece conformada en la mente como una categoría sintética *a priori,* para expresarse luego creativamente como producto del asombro y el encantamiento que el mundo exterior provoca en la criatura. De ahí que intuitivamente el hombre desde sus comienzos en la tierra pudo concebirse, a pesar de sus temores iniciales, como un ser capaz de influir en el orbe, esto es, como un ser creador de realidades,

Hay que entender, por consiguiente, al mito como una forma y una estructura de la mente que se da ontológicamente sin disociación en los órdenes de un idealismo intelectual. Es una afirmación totalitaria de la *mismidad*. Por ello ayuda, en cuanto conciencia ínsita del todo, a explicar la realidad. Más todavía: en cuanto forma que condiciona la actividad del individuo, es la realidad misma. Pero el mito a su vez es creador de sus propias formas de interpretación de esa realidad. Frente a los fenómenos de la naturaleza da la norma para la comprensión. Así resulta que el mito aparece como la realidad del mundo "interpretada por el hombre —de acuerdo con la expresión de Paul Westheim— como resultado de la existencia y la acción de fuerzas sobrenaturales a las que su imaginación da rango de deidades". Porque la esencia del mito es *mitificar* el mundo, trasplantarlo a un orden de inteligencia. Los hechos físicos o naturales no son, por tanto, simplemente hechos para el pensamiento mítico, sino fundamentalmente, en su relación con el todo, hechos sobrenaturales, misterios a los que cabe asignarles significados trascendentes. De este modo se explican corrientemente como acciones de potestades o demonios. Y en este sentido son *reales* en tanto se los considera como categorías arquetípicas de un proceso universal. Las figuraciones alucinantes del mito no son, pues, productos surgidos únicamente de estados de terror o alteración, sino que son por sobre todas las cosas las expresiones más elementales del hombre, sus formas de entender la realidad del cosmos.

En esta relación constante con el mito puede decirse que la vida se convierte para el individuo primitivo en un lenguaje constante. Todo gesto, todo accidente, tiene su significación. Es parte de una narración integral. De allí el proceso de encantación que sufre la realidad en su mente. Incluso el mito mismo, más allá de su configuración como entidad cognoscitiva y ontológica, acaba por metaforizarse a su vez. Se hace leyenda interpretativa de sí mismo. Se estereotipa en su propia trasmisión o representación. En otras palabras, no puede dar de sí más que imágenes que lo interpreten. Esto hizo que el mito naufragara en la pura gesticulación repetitiva de un lenguaje cada vez más alusivo, sin que por ello llegara a fertilizar la capacidad reflexiva del hombre primitivo, por cuanto negó su historicidad y el sentido de su vida personal. Fue un sistema de tipo cósmico, invariable en su reiteración circular, opresivo en

lo que se refiere a su comprensión de la realidad. A veces llegó a absorber toda forma de la vida cotidiana. Mircea Eliade reproduce esta confesión de los caníbales Huitoto que afirman: "Nuestras tradiciones son siempre tradiciones vivientes entre nosotros, aunque no dancemos; pero nosotros trabajamos únicamente para poder danzar". Es que el mito, a pesar de su abstracción, revela en su relación con el ritual la tendencia a concretarse, a hacerse forma de vida. Y sucede que en este proceso de absorción de la vida es cuando el mito comienza a diversificarse, a perder su sentido trascendental, por caer en los giros multiformes de la existencia misma. Este fenómeno se acentúa aún más cuando el lenguaje se hace oral: entonces el mito se polimorfiza al poetizarse.

Sin embargo, el mito no rompe su propio círculo. Toda representación ritual o trasmisión oral que de él se haga, es por sí misma una especie de *mitificación* renovada de su propio contenido. Aquí radica su efecto transformante del mundo. Es, al mismo tiempo, *concreción* de un principio abstracto y también *abstracción* de la realidad concreta a que se aplica. Así es como la mente mítica reparaba los estragos de lo temporal. El hombre primitivo consagraba la naturaleza y el devenir, retrotrayéndolos a la esencialidad de un tiempo sagrado y creador. Se incrustaba en el mito como en una realidad que sin dejar de ser la misma del mundo era, de alguna manera, distinta. Esto posteriormente va a dar lugar a la conciencia de *Lo Otro,* por oposición a la idea de *Lo Mismo,* con el resultado de que este hecho permitirá el desarrollo de las grandes religiones universales, centradas en el principio de un Dios que está fuera del universo. Pero todavía el mito se asienta en su unicidad. El fenómeno de la distinción entre lo sagrado y lo profano es de índole exclusivamente sacramental. El mito es toda la realidad. De este modo, pese a la diversificación en que se lo encuentra en sus épocas finales, todavía se puede apreciar, detrás del polimorfismo de las tradiciones y las ritualizaciones aberrantes, la grandeza de lo que fue el gran mito cosmogónico como superación del culto mágico de la naturaleza, es decir, como sistematización de un orden universal que dejaba de lado la práctica de la imitación refleja, para entrar en la explicación del sentido del mundo y de la vida. Pero este mito que fue producto de intuiciones radicales no pudo subsistir al fenómeno del existencialismo primitivo. Al parecer, el hombre, llevado por la tenacidad de salvaguardar su existencia, prefirió reducir

la inteligencia del mito a la magia y así se ve cómo al final quedó encerrado en la repetición, en la consumación cíclica de un presente inmóvil. Exaltado por su tendencia a provocar en la vida el acto regenerativo, la existencia del hombre primitivo fue, como dice Gusdorf, un rehacer permanente más que un hacer verdadero.

Todos los mitos con que uno se tropieza en las fases ulteriores de la evolución cultural de la prehistoria son derivaciones de este gran mito de la fundación del mundo. Incluso las teogonías mismas son ya formas de una complejidad de imágenes superpuestas que han surgido del propio proceso recreativo de su contenido originario. Por una parte, el mito se ritualiza en exceso hasta acabar en el puro movimiento irrefrenable de la repetición y, por la otra, comienza a poetizarse, haciendo del hecho primordial algo tan legendario que ya más bien se presta a la interpretación heroica, por mera proximidad a lo histórico, que a la especulación intelectiva de su sentido ontológico. En realidad el mito va quedando reducido a una memoria ancestral, a un pasado indefinible que se absorbe en una inmovilidad sin vigencia para el presente. Sólo subsisten las prácticas religiosas y las leyendas doradas de sus últimos desgajamientos. Sin embargo, aun conviene señalar lo que fue el mito cosmogónico en su origen: una verdadera síntesis de la conciencia, una revelación suprema que puso de relieve la existencia de un dios o de un principio generador de las cosas, una visión unitiva y totalizadora del universo que inauguró un sistema alegórico de comprensión respecto a la situación del hombre en el mundo. Por su estructura formal es posible que surgiera como reflejo de la integración tribual. Por su carácter trascendental y operante quizá haya sido el resultado de una interpretación de índole religiosa del fenómeno de la participación en prácticas defensivas. Pero cualquiera sea su origen lo cierto es que el mito cosmogónico logró fijar una intuición de la totalidad, a partir de la cual el hombre ya pudo referir el sentido de su propio destino.

Fue el fundamento de toda religión, dado que orientó al individuo a una idea de fin que le hizo entrever la posibilidad de salvarse en un orden superior, por encima de toda inmediatez. Por medio de él el hombre descubrió grados cada vez más espirituales en la realidad. Así podemos encontrar en los estratos más arcaicos del pensamiento mítico bases religiosas se-

mejantes a las grandes religiones universales que hacen depender el acto de la fundación del mundo de la acción de un dios único que se trasciende a sí mismo por medio del verbo creador, o de un dios encarnado en algún héroe intermediario de cuya sangre las cosas tomaron consistencia. Si se quiere, en forma anticipada y primaria, está dada ya la idea del *logos*. También la idea de pecado se da como un principio radical que conforma el instinto de supervivencia. La antropofagia alude, en sus rituales terribles, al primer asesinato del hombre: la inmolación del Ser divino, cuyo cuerpo la criatura ha transformado en alimento.

La religión que va surgiendo del mito se proyecta desde el nivel mismo del ritual. En alguna medida es la vieja preeminencia de la magia la que lo insta al hombre a penetrar en las entrañas del misterio del mundo. La magia no se aparta, en este sentido, del plano existencial. Es por ello que el individuo, al ejecutar las alternativas del rito, lo que hace en verdad es reproducir situaciones que provienen de sus experiencias directas con la vida, pero que allí adquieren, por trasposición mística, un sentido diferente. Por lo pronto sus danzas, sus gestos que en el fondo no son más que imitaciones de hechos como la caza, la pesca, la guerra, etc., en cuanto son tomados como momentos arquetípicos, pierden su relación con lo cotidiano y alusivamente se ubican en lo intemporal. De este modo el hombre ingresa en la eternidad. Por otra parte, todo el conjunto ceremonioso del ritual, gestos, movimientos, imploraciones, gritos, recitados, vienen a formar rítmicamente el lenguaje de la participación en lo sagrado. En tales trances colectivos se propicia la protección y el resguardo de la vida en la invulnerabilidad, porque aquello que trasciende el mito en el rito es esencialmente la vivificación de un tiempo invariable, eterno y recurrente. Es el tiempo de la suprema identidad, la reiteración del principio generador de la vida, a través del cual el hombre retorna al seno de la divinidad, para ser en ella *él mismo*, su propio arquetipo, su ser esencial.

La importancia del mito arcaico radicó en su poder para transformar la realidad. Pero la religión volvió a sumir al hombre en su propia existencia. Como heredera del principio creador del mundo pudo, sin embargo, ligar al hombre a un fin trascendental, del que provenía como criatura y al cual debía reintegrarse. Así despertó en él la conciencia de su destino personal y lo ayudó a verse tal como él mismo era, pero

dándole la oportunidad de una salvación en experiencias místicas que ella misma proveía, por haber restituido las vías de comunicación con el Creador. Mediante estas prácticas hizo que el hombre pudiera rehacerse a sí mismo y convertirse en instrumento de la voluntad de Dios. En los comienzos de las religiones universales surge el hombre en toda su dimensión actual. "Es —como dice Karl Jaspers en *Origen y meta de la historia*— el verdadero hombre real que, ligado al cuerpo y encubierto por él, prisionero de sus instintos, sin más que una oscura conciencia de sí mismo, aspira a la liberación y salvación que ya puede alcanzar en el mundo, sea por la elevación a la idea, o por la paz de la ataraxia, o por la inmersión en la meditación, o por el conocimiento de sí mismo y del mundo, como Atman, o por la experiencia del Nirvana, o por la armonía con el Tao, o por la entrega a la voluntad de Dios". La religión tiene el poder de desdoblar al hombre, mostrarlo como ser contingente capaz de actos trascendentales. En este desdoblamiento de su personalidad, la criatura llegó a tener conciencia aguda de su historicidad y así vio que su propia vida en el tiempo no era más que un tránsito y que detrás de la muerte se abría una existencia eterna, de infinita gracia o infinita condenación, que le estaba reservada según el juicio que mereciera su acción en el mundo. Ante esta nueva revelación que trae la religión y que otorga un sentido a su conducta terrenal, la experiencia interior del alma se abre como el único camino posible para resolver los conflictos existenciales que plantea el ingreso en la temporalidad y la historia, puesto que el alma inmortal le asegura al hombre su vida después de la muerte. Al estudiar la raíz que opera en todas las creencias relacionadas con el alma humana, con la supervivencia después de la muerte y con los elementos espirituales del universo, B. Malinowski señala en su libro *The Foundations of Faith and Morals,* que todos estos fenómenos, parten, en el fondo, de la actitud integral que asume el hombre frente a la muerte. "La revelación religiosa —dice— interviene en este punto y asegura la vida después de la muerte, la inmortalidad del espíritu, las posibilidades de comunión entre los vivos y los muertos. Esta revelación le da sentido a la vida y resuelve las contradicciones y conflictos relacionados con la transitoria existencia del hombre sobre la tierra".

Mediante esta revelación el hombre despertó de su sueño mítico, de la impersonalidad de un antiguo sistema de procesos

circulares, para entrar decididamente en una relación íntima, personal, con la divinidad. Pero al mismo tiempo se lanzó a una transformación de la vida. Se hizo cargo de su destino como criatura. Frente a esta nueva perspectiva de un futuro más promisorio para el ser humano, el mito como configuración de un presente eterno dejó de ser ya una realidad operante. Fue relegado a la noción de un pasado oscuro y toda su riqueza imaginativa y simbólica "quedó —como dice el propio Jaspers— como el material de una lengua que con él expresaba cosa distinta de lo que contenía originariamente, convirtiéndolo así en alegoría".

En estos tránsitos dinámicos hacia las culturas universales, el pensamiento mítico que significó una realización sacramental de la vida, fue dejado atrás ante la aparición de ese sentido de la historicidad que crea la experiencia religiosa, que tanto importa una superación de la muerte como la certidumbre de la brevedad de la vida. Por medio de la religión el hombre se volvió un ser agónico, histórico, individual, con memoria de su ser personal y, sobre todo, con conciencia del porvenir. Y el mito, por este viraje violento que dio el individuo al ingresar en la historia, se inmovilizó, se estratificó en la memoria de un pasado ancestral, convirtiéndose en prehistoria, en el supuesto alegórico de una anterioridad indescriptible. Perdió su dinamismo trasmutador y lo que de él subsistió fue únicamente la cantera inagotable de sus imágenes ejemplarizadoras que sirvieron para modelar y expresar contenidos de nuevas experiencias. Se convirtió en la base de una imaginación colectiva, es decir, en la tradición epopéyica de los pueblos, en literatura.

No siempre se ha explicado funcionalmente el nacimiento de la literatura. La idea de una antigüedad heroica ha sido remitida al último dato retrospectivo de un presente dado, sin advertir que cuando ella aparece lo hace en función de procesos anteriores consumados y complejos que finalmente alcanzaban su síntesis, luego de períodos de diversificaciones profusas en cuanto al tratamiento de mitos ya poetizados. La actitud historicista concibe los orígenes de la literatura como formas arcaicas y primarias de un desarrollo que comienza a darse desde un plano de precariedad hasta lograr su florecimiento en épocas posteriores que se enriquecen con la aparición y distinción de los géneros poéticos. Sin embargo, queda la propia tradición de un pasado todavía más remoto. En tal sentido es cierto lo

que señalaba F. Robert, con respecto a los poemas de Homero, que ellos son el fin de la evolución mítico-poética de los ciclos homéricos. Por ello, si se quiere fijar el verdadero sentido que asume la literatura en la formación cultural de los pueblos, hay que volver necesariamente la vista a estas realizaciones iniciales de las épocas primitivas para ver de dónde la literatura toma sus contenidos esenciales, qué es lo que la origina como una nueva dimensión de lo humano, cuáles son sus estructuras constitutivas, sus dominios y, esencialmente, cuál es el poder creador que la determina y cuál es el plano donde ella se afirma definitivamente. En realidad, la literatura como expresión de la imaginación comienza cuando el mito deja de ser la fuente creadora de la realidad, cuando su poder pasa a la memoria popular como herencia del pasado, permitiendo que esta memoria colectiva recree libremente sus propias tradiciones. Lo que ocurre es que, a pesar del desfallecimiento del mito como sistema unitivo del mundo, su lenguaje sobrevive, pero no como formas aplicadas a la representación del ritual, sino liberadas de él, es decir, formas ya estereotipadas y significativas por sí mismas, que no tardan en volverse formas puramente poéticas, hasta el punto de constituir las tradiciones orales de los pueblos. Como esas imágenes describen hechos que acontecieron alguna vez, *in illo tempore,* sean de índole cosmogónica o ya puramente histórica por la aparición de semidioses o héroes nacionales, ellas configuran la reserva de una ejemplaridad que afecta al orden humano y colectivo, o como dice W. Jaeger en *Paideia,* constituyen "el tesoro inextinguible de ejemplos y modelos de la nación".

La literatura, pues, ha surgido cuando se perdió el sentido mítico-mágico de la participación en la unidad de la tribu, cuando el ritual fue absorbido por la religión, convirtiéndose de esta suerte en experiencia mística. Las expresiones verbales de aquella unidad, las concatenaciones rítmicas de las frases, las metáforas alusivas y simbólicas referentes a un orden cíclico de eternidad, todo ese caudal expresivo de lo sagrado con sus imploraciones, exaltaciones, plegarias, pasaron a componer el fondo imaginativo del lenguaje, el depósito de imágenes del inconsciente colectivo. Ingresaron, vuélvese a repetir, a la memoria colectiva de los pueblos, a esa memoria que incesantemente refundía los acontecimientos, contándolos de diversa manera, reviviéndolos a base de una recreación constante. Pero

estas recreaciones no respondían exclusivamente a una necesidad de reconstruir el pasado para aplicarlo a una verdad histórica. Eran meros procesos expansivos, intentos de actualizar las experiencias antiguas de los héroes, de hacerlas suyas como expresión de las propias virtudes heroicas, es decir, como si se tratara de algo entrañable y vivificante. Esta forma de la memoración colectiva tiene, por ello, un carácter eminentemente *ahistórico,* porque la memoria colectiva, como dice Mircea Eliade, "funciona por medio de estructuras diferentes: *categorías* en lugar de *acontecimientos; arquetipos* en vez de *personajes históricos*".

En la disociación del mito arcaico existen también otros procesos que por oposición al carácter que asume la religión vierten una mayor luminosidad sobre la naturaleza de la literatura. Así como el hombre entra en la conciencia de su propio devenir histórico, viéndose en toda su finitud, limitación y transitoriedad, la religión por su poder comunicativo con la divinidad personificada, retoma una vez más el conflicto de la muerte, inherente a la criatura humana, y lo proyecta más allá de los límites de la existencia, restituyéndole al hombre la creencia en la inmortalidad de su alma, vale decir, una fe que nace de esa parte que no procede de su propio existir, sino que se encarna en él, dándole a la criatura una nueva dimensión a su ser personal, esa parte que procede de la divinidad misma y que el hombre debe salvar de toda contaminación pecaminosa, para reintegrarla, después de la muerte, al seno de su Creador. Esta experiencia de la reintegración del alma no podía menos que realizarse por los caminos de una revelación interior, de un acto de trascendencia unitivo conocido como el propio de la sabiduría, esto es, de la pura especulación. La religión tuvo, por consiguiente, el poder de desarraigar al hombre de la historia, al imponerle la idea de que su verdadera vida no era la de este mundo, que era apenas un tránsito, sino la de la unidad absoluta con el ser de la divinidad. En alguna medida lo curaba al hombre de su dramática dualidad, de su división como ser espiritual y existencial. Pero por una exagerada ponderación del alma como entidad ajena a este mundo, terminó siendo una forma de evasión extrema y fortuita de la propia condición humana. Por ello se mostró, desde el comienzo de su revelación, como una realidad proyectada más allá de la muerte, que no dejaba de inculcar en los hombres un absoluto

desprecio por la vida misma. "En el *pensamiento especulativo* —dice Jaspers— el hombre se eleva al ser mismo, que queda aprehendido, sin dualidad, al desaparecer la escisión del sujeto y el objeto y en la coincidencia de los contrarios. Lo que en la exaltación más alta es experimentado como ensimismamiento en el ser o como unión mística con la divinidad o como un hacerse instrumento de la voluntad de Dios, es enunciado por el pensamiento especulativo y objetivador de manera equívoca y errónea".

Frente a estas dos dimensiones de la *caída en la historia* y la *evasión en la religión*, la literatura tomará el término medio de una libertad objetivadora y creadora que sin despreciar los valores estabilizadores del espíritu, derivará de la existencia de sus propios contenidos, para ayudarla a su objetivación y, al mismo tiempo, a su fijación en las formas supervivientes de la cultura, como una réplica sustancialmente afirmativa en favor del verdadero sentido de perennidad que alienta la vida, por encima de sus ruinas y de su propia disolución en el devenir histórico. Sobre estas bases se ha fundado la literatura y por eso ella ha podido dar plasticidad a la imaginación, a esa realidad pura y libre de la mente del hombre, donde todos los acontecimientos pueden ser revividos incesantemente, sin perder nunca su vivacidad y sin llegar a consumarse en la irrealidad desfigurativa de lo temporal. Al heredar, pues, el poder creador y transformador del mito, la literatura también hizo posible para el hombre el uso de la poesía, y, por medio de ella, éste pudo todavía recrear, como formas legendarias de la acción humana, los viejos mitos, aún en épocas en que el mundo mítico había decaído. Y es que la poesía, por esa peculiar capacidad de interiorizar los sentimientos humanos, hizo posible además la comunicación viva con el pasado remoto. Así es como en sus primeras manifestaciones epopéyicas la poesía aparece ligada a lo mítico. "Prueba de la íntima conexión de la época con el mito —dice Jaeger— es el hecho de que Homero use paradigmas míticos para todas las situaciones imaginables de la vida en que un hombre puede enfrentarse con otro para aconsejarle, advertirle, amonestarle, exhortarle, prohibirle u ordenarle algo. Tales ejemplos no se hallan originariamente en la narración, sino en los discursos de los personajes épicos. Los mitos sirven siempre de instancia normativa a la cual apela el orador. Hay en su intimidad algo que tiene validez universal". Al aprovechar estas fuentes la poesía demostró poseer la faculta de uni-

versalizar, sobre bases éticas, las experiencias humanas, y no sólo ésto, sino también el poder de transformarlas como formas vivas de la cultura, para generar de esas experiencias ya vividas otras nuevas, ligando de esta manera la presencia del pasado con el presente y sentando normas y valores para el porvenir. El propio Platón fue consciente de este poder educativo y orientador de la poesía. En el *Fedro* dice, al hablar del fenómeno emotivo que posee al poeta: "La posesión y el delirio de las musas se apoderan de un alma bendita y tierna, la despiertan y la arroban en cantos y en toda suerte de creaciones poéticas, y en tanto que glorifica los innumerables hechos del pasado, educa la posteridad". De igual modo Aristóteles fue sensible a la poesía, en cuanto a su plenitud para recrear los tiempos según las exigencias y los deseos del presente, y así la vio como "una empresa más filosófica y esforzada que la historia, puesto que la poesía trata sobre todo de lo universal, en tanto que la historia no se aplica más que a lo particular". A este respecto nosotros podemos decir que si el tiempo que sustenta la historia es causal e irreversible, el tiempo que contiene la poesía es esencial e inconsumado. De allí que la literatura, desde sus comienzos, se haya apartado de la historia y se haya expandido por el suelo de la imaginación, conformando una nueva realidad para la vida.

Pero hay algo más que la literatura ha heredado del mito arcaico, aparte de su función creadora, y es su poder para modificar el mundo y fijar ya culturalmente una determinada visión o experiencia del mundo. Bastará mostrar cómo ella opera recreativamente con la realidad, con sólo aplicarse a temas tradicionales, por más que ellos hayan perdido toda relación eficaz con la acción mágico-mítica del ritual. En un relato polinesio, recogido por el etnólogo francés J. A. Moerenhout, se reconstruye la creación del mundo por el dios supremo Taaroa (Tangaroa):

> El fue: Taaroa era su nombre y se sostenía sobre el vacío. No había tierra, ni cielo, ni hombres. Taaroa llama, pero nada le responde. Y, existiendo únicamente él, se trasmuta en el universo. Los polos son Taaroa, los peñascos son Taaroa, las arenas son Taaroa. Tal es el modo como él se ha nombrado.
> Taaroa es la claridad, el germen, la base. Es el incorruptible, el fuerte, aquel que creó el universo grande y sagrado, que no es más que la investidura de Taaroa. Y es él quien lo ha puesto

en movimiento. Polos, rocas, arenas, venid. Vosotros debéis formar esta tierra...

Este himno constituye uno de los temas de la tradición mítica polinesia. Reiterado de isla en isla ha venido a configurar, con sus variantes, cambios y transposiciones, un vasto suelo legendario. En un principio el tema ha tenido un carácter mágico-religioso, pero al expandirse por los archipiélagos, desligado ya del ritual originario, se ha poetizado. Ya no forma en su multiplicidad, como dicen P. O'Reilly y J. Poirier *(Littératures Océaniennes, Histoire des Littératures* de la *Encyclopédie de la Pléiade,* I.) "un aparato dogmático coherente y ordenado, sino una floración de epopeyas, donde se ponen en escena personajes de lo invisible". Lo mismo sucede con otros relatos de las Islas Oceánicas donde aparecerán personajes mitológicos como la mujer *Tierra-Negra* o el *Rey Arena,* o el principio generador de las cosas, la *Caverna-potente-que-hace-nacer,* que encarnan hechos cosmogónicos y realidades naturales. Estas leyendas, al perder la funcionalidad del mito, sobreviven como formas descriptivas de experiencias profundas con la vida y el mundo, que se trasmiten ya por tradición oral. Son, puede decirse, los restos de verdaderas invocaciones litúrgicas, de plegarias que han pasado a conformar el fondo común de la imaginería de esos pueblos isleños, dando de tal modo sustancia permanente a una visión ya poética del paisaje y de la vida, que para nosotros puede resultar incomprensible en sus implicaciones simbólicas, pero que constituyen la fuente inagotable de una tradición folklórica. Sin embargo, lo más importante de esta acumulación de temas poéticos, es la manera de reflejar ese mundo oceánico, de darle una plasticidad sugestiva de mundo paradisíaco, hasta universalizarlo tras esta imagen culturalizada. Estas epopeyas no sólo revelan una ideación alegórica de la realidad, consecuente con su origen mítico, sino que, trasplantadas a la literatura, describen a su vez un peculiar comportamiento de sus habitantes frente a la naturaleza. En sus contenidos cognoscitivos fueron en un tiempo formas de interpretación del mundo circundante que de algún modo permitían asir la esencia misma de las cosas. En ellas se pone en juego la presencia de lo invisible, pero una vez que la imaginación comienza a actuar, no interesan más que por su poder de encantamiento, por su fuerza para convertir la vida natural en una tradición cultural, ya de por sí suficientemente poetiza-

da. No importa la relación que estos himnos puedan tener con el mito. Ahora sólo constituyen una manera para trasmitir y dar forma a sentimientos sublimados. El sentido alusivo que tenían como experiencias integradoras con el ser universal, lo han perdido y únicamente perviven o subsisten como elementos que sirven para poetizar la vida, para permitirle a ésta perpetuarse en un orden de belleza.

Igual cosa acontece con los poemas épicos de las modernas literaturas nacionales. Ellos pueden hablar de un héroe histórico o de un personaje fabuloso que se supone que ha existido alguna vez, como Beowulf, Hildebrand o Roland, pero sus hechos reales o legendarios, desde el momento en que se hacen poéticos, no aspiran a una concreción definitiva, sino que dejan librada a la sensibilidad popular su comprensión y reconstrucción, de modo tal que incluso los caracteres de estos héroes surgen compuestos según los principios o las necesidades espirituales de cada pueblo. Así, cuando un personaje real, por ejemplo, entra en la poetización, como sería el caso del Cid, la existencia histórica del héroe aparece modelada por las virtudes morales que condiciona la sociedad cristiana de la España medieval. Detrás del Cid, como personaje del poema, está la leyenda del caballero cristiano, quizá la del propio Santiago, convertido en el mito apostólico de la cristianización de estas tierras del extremo del mundo conocido, leyenda que a la larga prevalece hasta hacer de aquel vasallo fiel, por identificación inconsciente o cultural con su predecesor bíblico, el *modelo* de toda una nación. La poesía, pues, de este modo, revierte sobre la realidad su capacidad de idealización y transforma el contenido del pasado en tradición espiritual y formativa; al recrear el personaje reinventa sus acciones hasta hacer de él un *símbolo* de positivo valor nacional. En otros términos, estos poemas, desgajándose de la historia, se convierten en realidades autónomas, universales, que vienen a formar el patrimonio mismo de las culturas y que, por su independencia, pueden ser asimilados como expresiones unívocas de la grandeza humana, por cualquier nación o pueblo que con ellos se identifique.

Es que todas estas creaciones, en tanto convergen al seno universal de la literatura, reiteran un tiempo presente de contenidos vivos, una actualidad permanente para el hombre, ya que todo lo que narran interesa por el sentido que a través de ellos asume la vida. Por esta razón las obras literarias son, en su más plena valoración, formas educativas y objetivadoras.

Ninguna otra condición define mejor a la literatura. Ella es la propia riqueza de la vida recuperada en un mundo de formas imperecederas. Y es en este sentido que ayuda a espiritualizar el mundo del hombre. Si para el pensamiento mítico todo acontecimiento servía de base para estructurar un conocimiento referido a una realidad invisible; si para la historia todos los actos humanos tienen valor en cuanto hechos significativos de una época o una sociedad, para la literatura, en cambio, todo cuenta como experiencia, y más aún, como expresión de un sentido que, en el fondo, revela la verdad misma de la existencia. Por ello, lo que impera en la literatura es la necesidad de un *orden* que vuelva comprensible y penetrable el existir, en su real duración, más allá de su fugacidad y su diaria consumación.

En este aspecto, la literatura no aspira, en la diversidad de sus géneros, sino a poner en evidencia los valores éticos y estéticos que juegan en las relaciones humanas. Por tal razón, si se tienen en cuenta sus formas esclarecedoras y su poder de reactualizar toda circunstancia, puede decirse que ella es infinitamente más rica que la noción que la historia puede rendirnos de cualquier situación humana. En cuanto a su relación con el viejo mito, de quien heredó su función transformante de la realidad, hay también una innegable superación, pues ella, lejos de producir un clima de opresión, libera las facultades creadoras de cada individuo, al tiempo que introduce una suerte de reflexión constante con respecto a los actos de esos arquetipos imaginativos que son nuestros semejantes o nosotros mismos. El mundo espiritual de la literatura no sólo estabiliza la vida en su propio devenir, sino que la ofrece para ser vivida de nuevo, en todo tiempo, a través de sus formas artísticas, cargadas de significaciones y experiencias. J. Pfeiffer en su libro *La poesía* decía, al hablar de poder purificador de la forma, que ésta "ha elevado la experiencia desde lo íntimo hasta lo universal, desde lo que se dio una sola vez hasta lo que se da siempre, desde lo real hasta lo válido". Y agregaba: "Así es como ocurre lo increíble: nos sentimos adentrados en un momento anímico pleno, y, sin embargo, nos mantenemos alejados de él gracias a la palabra plasmadora con su virtud serena y distanciadora. No hay arte sin este dualismo: acercamiento a la vida y alejamiento de la vida; entrega y distancia; participación tensa y libre vuelo". De este modo es como la literatura contribuye, más que

ninguna otra manifestación cultural, a darle perspectivas al hombre, a sacarlo de sus enclaustramientos temporales o historicistas, justamente por rendir de la manera más vivaz el espectáculo multánime de la humanidad en el tiempo de su existencia y preservada del tiempo de su muerte. Fecunda en nosotros una conciencia superior e integral de la vida, porque en su actividad objetivadora no reniega, como el pensamiento especulativo y absolutista de la religión, de la condición agónica del hombre; por el contrario, lo enriquece y lo fertiliza, al enfrentarlo a sus propias acciones, a sus propios sentimientos, mostrándolo tal como es, en su miseria y en su grandeza.

De allí que la literatura haya dado una imagen veraz del hombre y haya poblado su interioridad con acontecimientos y hechos ejemplares, salvando del olvido y la mitificación del pasado el sentido profundo de su ser. Por medio de ella el hombre se comprende a sí mismo, en su terrenalidad y en su acción. Desde Homero hasta Dante, desde Sófocles a Shakespeare, desde Cervantes a Kafka, la literatura con sus géneros diversos y renovados, con su pléyade de realizadores admirables, ha entrado en el ciclo de la modernidad, dejando tras de sí una luminosidad de vida compensada, esclarecida, recuperada en una galería de tipos humanos que ejemplarizan con sus pasiones, anhelos, decisiones, conflictos y sueños, las alternativas y el destino mismo del hombre. Ella es la realidad misma de la vida, un *orden* construido sobre la fugacidad y la nada de un tiempo ajeno a toda redención.

La literatura es nuestra propia contemporaneidad integrada de presente, pasado y futuro, por cuanto sus obras se proyectan por encima de las épocas que le han dado origen y propician el diálogo de seres entrañables, alejado en el tiempo o en el espacio. Ella, a su vez, auspicia la universalización del hombre. Por eso el concepto goetheano de la *Weltliteratur* es el que mejor conviene a su contenido y a su valor real. Así ha llegado en toda su plenitud hasta nosotros. Sin embargo, es en esta época que se ha hablado de una "crisis de la literatura". Se ha llegado a desconfiar, desde distintos lados del pensamiento e inclusive desde el seno mismo de la literatura, de sus valores y su poder conductor y expansivo de la vida. Se le ha acusado de ser un puro formalismo innecesario para la actividad vital del hombre. El predominio de las ideologías, de los partidismos, de los sistemas económicos y sociales, la politización

y burocratización de la vida, la han llevado a una suerte de desprecio e invalidez. Se la burla y se la combate en todas partes. Se persiguen a sus representantes y la sociedad misma se muestra totalmente indiferente a su porvenir. Este fenómeno es complejo y difícil de esclarecer en el plano mismo de la discusión. Pero más allá de los planteamientos críticos que hacen a su problemática, lo que conviene señalar es un fenómeno paralelo al enjuiciamiento y decadencia fortuita de la literatura. Se trata fundamentalmente de la nueva insurgencia que ha hecho el mito en los estratos psicológicos de la personalidad del hombre, como reflejo de la inconducción que con respecto a sus más íntimas necesidades de expansión y realización espirituales le ofrece la sociedad moderna. Por falta de una verdadera compensación en este aspecto de su interioridad creadora, que es lo único que puede ligar a los individuos a una noción superior del hombre como entidad libre de la historia, han ido cayendo en los abismos anónimos de una existencia indiferenciada, con el agregado de sentirse ellos mismos aislados e impotentes para dirigir sus propios destinos. De allí que el viejo existencialismo primitivo, con sus crispaciones y terrores, se haya apoderado de nuevo de la criatura humana, hasta agudizar otra vez el trauma de la fragilidad, por falta de una acción constructiva. Su misma libertad natural o jurídica se ha convertido en algo negativo.

Erich Fromm, que ha estudiado admirablemente, en su libro *El miedo a la libertad,* este apartamiento que padece el hombre en la sociedad moderna y que resulta del ejercicio de una negatividad basada en el aislamiento y el temor, señala, luego de penetrar en el complejo psicológico y sociológico de esta cuestión, que el individuo "como ser aislado, se halla extremadamente desamparado en comparación con el mundo exterior, que, por lo tanto, le inspira un miedo profundo". Y dice a continuación: "A causa de su aislamiento, además, la unidad del mundo se ha quebrado para él, y de este modo ya no tiene ningún punto firme para su orientación. Por eso se siente abrumado por la duda acerca de sí mismo, del significado de la vida y, por fin, de todo principio rector de las acciones. Tanto el desamparo como la duda paralizan la vida, y de este modo el hombre, para vivir, trata de esquivar la libertad que ha logrado: la libertad negativa. Se ve así arrastrado hacia nuevos vínculos. Estos son diferentes de los vínculos primarios, de los cuales, no obstante la dominación de las autoridades o del gru-

po social, no se halla separado. La evasión de la libertad no le restituye la seguridad perdida, sino que únicamente lo ayuda a olvidarse de que constituye una entidad separada. Halla una nueva y frágil seguridad a expensas del sacrificio de la integridad de su yo individual. Prefiere perder el yo porque no puede soportar la soledad. Así la libertad —como libertad negativa— conduce a nuevas cadenas".

En verdad, pensando como lo hace Fromm, que existe, por el contrario, una libertad positiva, y que el proceso del desarrollo de la libertad no constituye necesariamente un círculo vicioso que conduce a nuevas formas de dependencia, y que el hombre puede ser libre sin hallarse solo, lo que destacaría su verdadero poder de integración y solidaridad cuando su acción reposa en actos constructivos, acentúa aún más la impresión de que la negación de estos principios ha sido la causa por la que el hombre medio de nuestra época no puede entenderse a sí mismo más que en grados de dependencia y despersonalización. Así es como oscuramente prefiere ser absorbido por una ley de fatalidad y cae otra vez en el mito. Esta tendencia a la mitificación tiene para el hombre de hoy un valor absolutamente distinto del que tuvo en épocas pretéritas, pues supone, en relación a su progreso intelectual y científico, un retroceso, un movimiento regresivo, una simplificación de sus facultades críticas. Inconscientemente postula de nuevo formas ilusorias de vida, mitos en los cuales cree para descongestionar su terror de encontrarse en un mundo complejo y adverso. Cae, si lo mueve una ambición de encumbramiento social, en el esnobismo, al aparentar un rango o una procedencia que no tiene, o bien, si se reduce a su propia soledad, naufraga en la neurosis como consecuencia de su ser frustrado e incumplido. En ambos casos, su falta de discernimiento o de juicio crítico, lo lleva a asirse de frágiles concepciones, de símbolos mágicos, de creencias surgidas del propio egoísmo que, al final, no lo salvan de la certidumbre del fracaso personal, o de algo todavía más terrible, la convicción de la inutilidad de todo esfuerzo. La quiebra moral viene a ser el resultado del encierro en uno mismo, de la deformación de la personalidad por falta de humildad frente a los semejantes. En gran medida la tarea de algunos escritores, en especial los novelistas, ha sido delatar estas ideaciones inconsistentes e inconducentes que acaban en graves males o en decepciones irreparables.

La novela ha sido el registro testimonial de estas vicisitudes de hombres que viven en una sociedad en constante transformación y trasvaluación de valores, de hombres que no tienen otra perspectiva, a causa de sus intereses concretos, que la historicidad del presente o la pura mecánica de la existencia. Esta situación, o mejor dicho, este *situacionismo* que padece el ser del hombre irreflexivo y egoísta, nos ha traido, por imperio del encadenamiento de los últimos siglos y de una decidida falta de libertad positiva, al estado actual de crisis y desintegración de la personalidad humana. La novela, por su amplitud, penetración y poder descriptivo, es el género que mejor ha servido para interiorizarnos en las motivaciones más ocultas de los individuos, en sus ambiciones y padecimientos, y en todo ese complejo psicológico del egocentrismo y el orgullo. Históricamente representa, en el desarrollo de las especies literarias, una supervivencia de aquellas grandes epopeyas del pasado que fundaron la literatura. Pero hay algo que la caracteriza por sí misma y la muestra en su propia plenitud. A diferencia de aquellos géneros del pasado, la novela se aplica, no ya a un plano de simple recreación de hechos consumados, sino al análisis de hechos nuevos, y más todavía, a la creación de nuevas situaciones que implican, por una parte, la compensación de lo que quisiéramos ser, de la vida que quisiéramos vivir, y, por la otra, un método de investigación de las realidades psicológicas y sociológicas de todo presente. Así pues, por sus altos valores objetivos y críticos, la novela se presenta, desde Cervantes hasta nuestros días, como el género más importante de la literatura (sin contar con las posibilidades que ella puede generar todavía en ese nuevo lenguaje de imágenes móviles del cine), puesto que no sólo *crea* realidades arquetípicas de la vida, sino que también *desentraña* la madeja de creencias e ilusiones que llevan a las gentes a estados de evasión o de choques violentos con la realidad. Como género que ha heredado la objetividad de las antiguas epopeyas, también mantiene una relación directa con las manifestaciones de los mitos modernos, pero no para ponderarlos o recrearlos ejemplarizadoramente como lo hizo la poesía épica, sino para desmontarlos con verdadero espíritu crítico.

No se puede decir lo mismo de la poesía moderna. Si bien ella constituye la fuente renovadora del lenguaje, la poesía ha caído, en cuanto entidad idealizadora de la vida, en un vasto

encierro e impropiedad. Describiéndose a sí misma como un absoluto, no ha aspirado, al parecer, a otra cosa que a rendir los mismos efectos dominantes de la magia. La "alquimia del verbo", en el fondo, no revela sino una voluntad de poder, una actitud de rebeldía demoníaca que aspira a expropiarse de las conciencias, en el ejercicio de su comprensión del mundo. Desde Rimbaud a Huidobro, el poeta se ha creído un dios. Y en este aspecto, todas las experiencias trascendentales que ella ha rendido con respecto al ser, han expresado, desde el romanticismo, un declarado afán de expropiar o suplantar la religión. Se ha vuelto "experiencia mística" y su lenguaje, por lo mismo, se ha convertido en un puro simbolismo, a la vez alusivo y cifrado. En su aventura orientada a poseer el mundo del alma, no ha podido menos que recurrir a las viejas estructuras de un pensamiento unitivo y operante, y así la poesía moderna ha llegado a pensar que la decadencia de nuestro mundo se debía, más que nada, a la falta de un gran mito que la unificara. Reducida a la pura subjetividad totalitaria del poeta, se dedicó a crear el mito absoluto. La gran diversidad de experiencias inéditas que le ofrecieron luego las teorías del psicoanálisis, le facilitó en alguna medida tal empresa, y los propios surrealistas creyeron haber encontrado la clave de todos los procesos creadores. Sin embargo sus resultados, en lo que se refiere a la creación de nuevos mitos, no fueron convincentes, o, por lo menos, no rindieron el efecto avasallador que se presumía en la sociedad y la cultura. La esperanza de existir y proyectar la existencia en el "mundo de lo maravilloso" que impulsó al genio surrealista, a lo sumo sirvió para lograr la máxima disociación del lenguaje. El surrealismo vino a mostrar la extraordinaria riqueza que subyace en el inconsciente y produjo una verdadera revolución en cuanto a las conexiones metafóricas y a las posibilidades de nuevas formas expresivas. Pero el intento de regir la civilización a base de una nueva cultura, fracasó. Fecundaron el nuevo arte de la poesía, restituyeron la libertad del ser poético en contra del anquilosamiento y la artificiosidad retórica, pero sus logros fueron exclusivamente estéticos por cuanto los surrealistas mismos estaban dominados por sus propias teorías intelectuales. De este modo, exigidos por una conciencia aguda del arte, poetizaron el inconsciente y los mitos que fraguaron fueron productos exclusivos de una conciencia intelectual aplicada a reproducir la fluencia desconcertante de los

sueños. Por ello no pudieron liberar el mundo del mito, porque el mito no surge, como dice Ernst Cassirer, "de procesos intelectuales; brota de profundas emociones humanas". De ahí que la poesía como género universal haya comenzado a declinar en nuestra época y sea, como tantas veces se ha dicho, sólo "arte para poetas", es decir, para iniciados en el específico mundo mágico de una religiosidad puramente estética.

La novela, en cambio, nunca se ha atenido a lo exclusivamente emotivo ni a lo intelectual, porque los comprende a ambos. Ella no sólo pulsa las realidades externas que hacen a la vida social o política del hombre, sino que también trabaja con la materia inconsciente donde arraigan los impulsos y los instintos de lo emotivo y lo sentimental. Como su visión ha sido siempre crítica, ella ilumina todos los órdenes del ser. Así ha llegado a mostrarse como un verdadero instrumento de la investigación antropológica referido al hombre de nuestro tiempo. Y es en este sentido que ella usa de los mitos que en forma incesante y por defección del esfuerzo reflexivo aparecen en la vida moderna. Los usa, no para difundirlos, sino para violentarlos, para extraer de sus enmascaramientos la verdad que juega en el orden de las relaciones humanas. De esta manera, la novela ha buscado, entre las apariencias falsificadas de la mitificación, aquellos contenidos esenciales de la existencia, aquellas verdades espirituales que se asientan en ella y que señalan una salida al mundo de los prejuicios y las pasiones dominantes.

En uno de los ensayos contenidos en su libro *La imaginación liberal,* Lionel Trilling ha observado que "la tarea característica de la novela es registrar la ilusión que el esnobismo engendra y tratar de penetrar en la verdad que, según presume la novela, se halla escondida bajo las apariencias falsas. El dinero, el esnobismo, el ideal de rango social, se vuelven de por sí objetos de la fantasía, el fundamento de las fantasías del amor, la libertad, el encanto, el poder". Y a este respecto agregaba: "La grandeza de *Great Expectations* comienza con su título: la sociedad moderna se basa sobre grandes ilusiones que, de realizarse, resultan existir en razón de una realidad sórdida, escondida. Lo real no es la elegancia de la vida de Pip, sino el barco-prisión y el crimen, las ratas y la podredumbre en las profundidades de la novela".

Esta extremada conciencia de la realidad que trae la novela, no es comparable, por cierto, con ninguna otra forma de

esclarecimiento de la vida humana, porque ella no las reduce a simples categorías o abstracciones del pensamiento. Muestra los hechos tales como son, en su dinamismo y también en su profundidad, para consumo de esas virtudes superiores de la comprensión y la simpatía. No exige como los idearios políticos o los dogmas religiosos, decisiones extremas con respecto a la vida. Pone al hombre en entera libertad de juicio, pero sobre la base de una identificación compasiva y altamente moral, frente a los personajes que enfrenta. En verdad, ella provoca un acrecentamiento del interés humano, vivifica las relaciones del hombre con el hombre. Y en este sentido, si con algún principio se identifica en su afán de verdad, es con aquel que exaltaba el ánimo de Quijote: la justicia. El que ella se presente como *ficción* es más bien por efecto de sus procedimientos técnicos, pero su contenido no puede ser más real, pues es el de la vida misma. Lo que sucede es que la novela suspende los efectos devastadores del tiempo y sitúa las acciones humanas sobre un nivel de conciencia objetiva, para adecuarlas a una mejor comprensión a base de compasión. De otro modo, tales como los hechos se presentan en su pura exterioridad, no sería posible, sin este auxilio de una identidad afectiva, conocer los motivos y las pasiones que los generaron. "Llamamos ficción a la novela —dice Eduardo Mallea en su ensayo *Introducción al mundo de la novela*—, pero esta ficción, abocada a sus leyes últimas, observada en sus consecuencias, demuestra ahora el fenómeno de haber sido más veraz que mucha historia. La historia recoge el acto, o el acto de los actos, pero no hay acto hacia afuera que se pruebe superior o distinguible respecto del acto de adentro, y de ahí que un crimen como el crimen de Raskolnikov sea tan poca cosa en tanto que acto, al lado de las potencias o contingencias interiores de que surgió, y a las que la justicia, en estado puro, vuelve para ponderarlas, para tenerlas en cuenta, ya que sin la historia de esos actos interiores es incompleta, o sea es injusta".

Lo ficticio que hay, pues, en todos los géneros de la literatura, incluyendo el teatro mismo, no se refiere al contenido con el cual trabajan, sino al modo como ellos representan la vida. En este sentido, la mejor manera de entender la literatura en su conjunto, es aceptarla como una *visión* compenetrativa de la realidad. A diferencia del conocimiento histórico que reconstruye los hechos a partir de un sistema abstracto que hace

a su propio método cognoscitivo, la literatura nos hace *ver* directamente la realidad de los hechos. Y aunque traten de cosas distintas, es decir, aunque la historia se aplique a hechos que sucedieron, mientras que la literatura cuenta hechos que fueron imaginados, lo cierto es que reversiblemente la literatura los convierte en experiencias comunicativas que adquieren, por lo mismo, realidad humana, en tanto que la historia como ciencia los interpreta, esto es, los desrealiza para proponerlos como categorías de un movimiento de ideas en el tiempo o de leyes universales del espíritu que se realizan con la humanidad. La literatura nos traslada al seno mismo de la realidad de otros tiempos, cuando ya el pasado se ha consumado y sólo puede ser vivificado por mediación de la imaginación, de la cual también se sirve la historia. Así es como sus propios personajes se vuelven históricos, como Aquiles, Edipo, Eneas, Orlando, Hamlet, Sancho, Don Juan, etc. A través de ellos nosotros penetramos en el sentido, la costumbre y los intereses de sus épocas, produciéndonos así una especie de participación en sus afanes y tragedias, *como si* también nosotros estuviéramos o hubiéramos estado en esos tiempos, viviendo con ellos, compartiendo sus humores y decisiones, percibiendo sus cuerpos, sus respiros, sus olores, ligándonos a ellos con nuestra propia carne en retribución de ese halo de inmortalidad que ellos nos transfieren. En otras palabras, la literatura viene a satisfacer en cada uno de nosotros esa ansia de perennidad y expansión de nuestras vidas.

El tiempo que la literatura contiene es un tiempo vivo, sin consumación en su propia esencialidad. Por ello la literatura sirve para darle más vida a la vida y enriquecer al individuo con el espectáculo de la humanidad que él, de otro modo, no llegaría a concebir, de vivir reducido a su precaria situación existencial. Decididamente, y por esta razón, la literatura se presenta, en su relación directa con el hombre, como el esfuerzo curativo que aspira a librarlo de ese miedo ancestral de hallarse arrojado a un mundo desconocido. Por ser ella una visión esclarecedora del ser íntimo del hombre en función de la realidad que lo rodea, la literatura ha sido la actividad creadora que con mayor fidelidad ha reflejado las grandes etapas de acomodación del ser humano al mundo y a su sociedad. Así lo ha ayudado, con sus ejemplos, a tener una idea clara de su circunstancia y de su continuidad como criatura integral de las culturas. Le ha hecho posible el reconocimiento de su relación espi-

ritual con las cosas, hasta el punto de describir con ellas su propia condición terrenal y el carácter de sus tensiones internas. Ha mostrado el mundo en su total identificación con el hombre. Y no habiendo dejado de ser nunca la forma prístina y específica de la imaginación, es que se la puede considerar, en esta época de disgregación, como uno de los factores más poderosos para volver a humanizar al hombre, para reedificarlo otra vez en su dimensión universal, en estos momentos en que por exceso de su propia posesión como ente libre el hombre se ha vuelto negativamente un ser solitario, esquizofrénico, egoísta, carente de todo espíritu de solidaridad, acribillado por la angustia de su encierro en la temporalidad y la historia, sin una fe que lo identifique, más allá de su propia individualidad, con el destino conjunto de la humanidad. El sentido que trae la literatura es de una liberación a base de integración, una liberación que sólo puede entenderse como solidaridad, como una acción retributiva, en la medida en que sus creaciones sirven para iluminar la interioridad humana en la que todos nos reconocemos. En este orden, la literatura parecería aludir a que la única forma de progreso moral y cultural reposa en el afianzamiento de las relaciones espirituales entre los hombres.

Si se quisiera equiparar su influencia con otras fuerzas que trabajan para una final armonía entre los seres y las naciones, se podría decir que la literatura se asemeja al ideal mismo de la democracia, en el sentido de que la democracia, como ha dicho Albert Camus, no es más que "una práctica de la humildad". Así se esfuerza por lograr un acercamiento unánime entre los seres sobre la base de una identificación caritativa del hombre con el hombre y un máximo respeto a la persona humana, única forma quizá de quebrar la tensión de las diferentes clases, de allanar los desniveles del trabajo especializado y auspiciar el diálogo, hasta llevarlos a una compenetración con el espíritu, equivalente a la compenetración que cada individuo tiene con la vida. La literatura procura así fundir en una sola unidad estas dos realidades del espíritu y la vida. Y lo hace ponderando al único ser que está ligado a ambas. Así es como lleva la carga de lo humano, a lo que parece hasta los umbrales de una más elevada humanidad. Y la lleva, vivificándola en su temporalidad esencial, para que el hombre nunca olvide que ha sido su dolor y su anhelo de salvación y de justicia, lo que ha hecho del mundo la imagen de su propio ser y de su

cultura. Todo lo que el hombre ha vivido, no sólo en el tiempo histórico, sino también en el mundo de la imaginación, es verdadero, es su única verdad, porque la imaginación en cuanto potencia del ser, esto es, en cuanto realidad reservada a lo posible, es tan real como la vida misma. Es el mundo de los anhelos, de las aspiraciones, de todos los sueños e ideales vividos por los hombres en cada presente, pero que sobreviven, por milagro de esa forma que los resguarda, abiertos a la pura futuridad, a una constante actualidad de ese ser espiritual que se comunica a través de ellos y que, por reiterar siempre su propia esencialidad, dinamifica el pasado, impidiéndole caer en una definitiva consumación. Por ello la literatura implica una compensación de la vida total en cada ser. Nos ayuda, por expansión, a tomar conciencia de nuestra radicalidad en el mundo y de nuestra proyección creadora en él. Por mediación, pues, de su poder, ayuda también a humanizarlo, a verlo como el instrumento del alma humana; lo abre a la belleza y a su propia purificación. De otra manera el mundo no existiría como recipiente del tiempo humano, como memoria de la vida. Configuraría la imagen de una entidad anónima, sin proyección para el espíritu. La literatura, en su dimensión agónica, permite que el mundo se vuelva, a través de la persona humana, fuente del espíritu y presencia del ser.

Como imagen plena de vida la literatura es, en esencia, tiempo recobrado, realidad del mundo que se espiritualiza y se recupera para siempre, en sus plenos instantes, como conocimiento y experiencia universal del hombre. Ella constituye el tiempo de la vida que, de no ser así, sólo existiría como una apariencia de destrucción y muerte. Por todo ello, la literatura llega a ser imprescindible para nuestra conciencia de la realidad. Recientemente, uno de los grandes novelistas de este siglo William Faulkner, ha hecho esta dramática confesión: "El que haya logrado mover a mis personajes en el tiempo de manera efectiva —al menos a mi modo de ver—, me prueba mi propia teoría de que el tiempo es un medio flúido que carece de existencia fuera de los avatares momentáneos de los individuos. No existe el "fue", existe el "es". Si existiera el "fue" no habría dolor ni tristeza. Me complazco en imaginar que el mundo que creé es como la llave de arco del universo; pequeña como es, el universo se desplomará si la quitan".

LA INVASIÓN DEL ANGLICISMO EN LA LENGUA ESPAÑOLA DE AMÉRICA

Por *Jerónimo MALLO*

La dinastía borbónica llevó a España, juntamente con las pelucas empolvadas, los galicismos, que llegaron también, algo posteriormente, a Hispanoamérica. Más tarde, en el siglo XIX, otra penetración francesa, por la vía literaria, vino a los países de habla española de este Continente y dejó algunos sedimentos lingüísticos.

La penetración del galicismo en los pueblos hispánicos fue grande, y resultaba muy perceptible desde principios de la pasada centuria. No dejó de lucharse contra su acción corruptora de la casticidad y de la autenticidad del castellano. Pero a pesar de todos los esfuerzos para eliminarla, quedó una huella que no ha sido posible borrar. Leyendo el *Diccionario de Galicismos* del erudito venezolano Rafael María Baralt, se recibe la impresión de que son pocas las personas que consiguen evitar por completo los galicismos en su conversación y en sus escritos. El uso generalizado y persistente, que es la ley democrática de las lenguas, les ha concedido carta de naturalización idiomática en el mundo hispánico, y hasta la Academia Española, purista por naturaleza, va incluyéndolos poco a poco en su Diccionario.

Los galicismos son ya un problema liquidado, con la eliminación de unos y la aceptación de otros. Pero ahora se halla la lengua de las naciones hispánicas amenazada por otra invasión deformante y desnaturalizadora, la de los anglicismos, producida por la acción del inglés de los Estados Unidos y derivada de la influencia económica y cultural de este gran país, tan poderoso, cuya civilización, distinta de la latina, va proyectándose sobre nuestro Hemisferio.

La difusión de los anglicismos se percibe especialmente en los pueblos hispánicos que por motivos geográficos o de otra índole tienen mayor relación con los Estados Unidos, Puerto

Rico, Cuba, México y Panamá entre ellos. Por supuesto, la circulación de anglicismos es todavía más frecuente entre las personas de origen hispánico que viven en los Estados Unidos y entre los estadounidenses que hablan español. Y es menos, naturalmente, en los países más lejanos, como son los de Sudamérica, pero también allí van penetrando, y ya están haciendo su aparición en España, adonde han ido en compañía de los dólares enviados para las bases militares.

El problema de la invasión y del efecto corruptor de los anglicismos en la lengua hispánica es, a mi juicio, mucho más grave de lo que fue el de la penetración de los galicismos. Hay varios motivos para creerlo así. El francés es un idioma hermano del español, y por ello la acción desnaturalizadora de los galicismos ha sido mucho menor de lo que puede ser la de los anglicismos. Por otra parte, la influencia de Francia sobre la cultura y la lengua de España duró poco más de un siglo, mientras que la de los Estados Unidos sobre el resto del Continente se prolongará de seguro mucho más tiempo. Además, la proyección del galicismo sobre el castellano era puramente literaria, porque sólo los intelectuales españoles, y no otras personas, leían entonces libros y periódicos franceses. Por el contrario, la acción del inglés de los Estados Unidos está extendiéndose a la mayor parte de la población hispanoamericana por los múltiples cauces que abren los negocios, las relaciones políticas, los intercambios culturales, el turismo y los demás frentes de contacto, que aumentan en número y extensión merced a las facilidades crecientes de la comunicación internacional.

El problema de la introducción y circulación de anglicismos es ya inquietante. Yo he oído decir en una ciudad de los Estados Unidos a persona nacida en un país hispánico esta serie de disparates: "Fui a comprar *groserías* ("groceries", comestibles) a la *marqueta* ("market", mercado), y tuve que *parquear* ("park", estacionar) el *carro* ("car", automóvil) frente a una casa donde se *rentan* ("rent", alquilan) pisos *fornidos* ("furnished", amueblados). Creo que en Hispanoamérica no llegarán nunca a entrar tres de esas palabras (*groserías, marqueta* y *fornidos,* con tales significaciones), pero ya se oye demasiado llamar *carro* al coche automóvil, y decir *parquear* en vez de estacionar. En ciudades de Hispanoamérica he visto hace años carteles y anuncios de que "Se rentan departamentos" y "Se

renta esta casa", redactados por quienes, bajo la influencia del inglés, han olvidado que "rentar", en español, no es alquilar o arrendar, sino producir una renta.

Imitando la construcción y las palabras de la lengua inglesa, salen de casas de comercio hispanoamericanas cartas que principian así: "Le *estoy escribiendo* a usted para *agradecerle* la rapidez con que cumplimentó nuestra *orden* de doscientos pares de zapatos". Correctamente habría de decirse: "Le escribo a usted para darle las gracias por la rapidez con que sirvió nuestro pedido de doscientos pares de zapatos". La construcción con el verbo estar y el participio de presente (Le *estoy escribiendo),* muy frecuente en correcto inglés, sólo es correcta en castellano cuando, como dice la Academia, se trata de "construcción de acción duradera", o según Bello, "es expresión de estado habitual o duración algo larga". Puede haber y hay a veces agradecimiento sin expresarlo, o por el contrario no existir tal sentimiento aunque se diga. Al escribir, según nuestra lengua, no *se agradece,* que es cosa distinta, sino que *se dan las gracias.* Cuando una casa de comercio dice a la fábrica de zapatos que le envíe doscientos pares, no le da una *orden,* sino que le hace un *pedido.*

Anglicismos muy extendidos son decir: "Viajo *por* avión, *por* barco, *por* tren, *por* automóvil, *por* autobús". No es la preposición "por" la que procede, sino la preposición "en". Correctamente se diría: "Viajo (por aire) *en* avión; (por mar) *en* barco; (por tierra) *en* tren, *en* automóvil, *en* autobús... A nadie se le ha ocurrido decir: "viajo *por* caballo", sino *a* caballo, "viajo *por* burro", sino *en* burro. La lengua española es así, y lo otro es anglicismo.

En la prensa hispanoamericana se lee frecuentemente *agenda,* de una asamblea, sesión o conferencia, en lugar de *programa* u *orden del día; futuro,* empleado como sustantivo, en vez de *porvenir,* aunque en español sólo es adjetivo; y se encuentran verbos fabricados dando a sustantivos forma verbal (como, por ejemplo, *protagonizar* una película), a imitación del inglés donde la preposición "to" convierte un sustantivo en verbo.

Circulan demasiado otros anglicismos, como por ejemplo: *apología,* en el sentido de excusa o disculpa; *aparente,* con el significado de algo que es cierto con toda seguridad y no sólo en apariencia; *audiencia,* refiriéndose a un auditorio o público;

barraca, en lugar de cuartel; *tropas,* como equivalente a soldados y no a un conjunto de ellos; *convención,* tratándose de una reunión o asamblea profesional; *chanza,* queriendo decir oportunidad o posibilidad de algo.

Pueden citarse centenares de casos de anglicismos: *asistente,* por ayudante; *romance,* por enamoramiento; *argumento,* por discusión; *aplicación,* por solicitud o instancia; *congratulación,* por felicitación; *dentistería,* por odontología; *honesto,* por honrado; *ignorar,* por no hacer caso o prescindir de algo. Pero no quiero hacer esta enumeración demasiado larga.

No es preciso decir que donde hay mayor cosecha de anglicismos es en los Estados Unidos. En las ciudades o zonas donde habita mucha gente de ascendencia hispánica el español que se habla está plagado de anglicismos. Por ejemplo, Nueva York, California, Florida, Tejas, Nuevo México. Es muy explicable, puesto que allí se vive en una circunstancia de lengua inglesa. Menos explicable y más lamentable es una cosa que vengo observando durante mis dieciocho años de profesorado universitario en los Estados Unidos. Son muchísimos los estudiantes hispanoamericanos y españoles que después de llevar un par de años en este país —deseosos, naturalmente, de aprender mejor el inglés—, van olvidando el español y cuando hablan su lengua nativa cometen numerosos anglicismos. Lo peor de estos casos es que algunos profesores toman a los estudiantes hispánicos como "informantes" autorizados, y cuando dudan de si cierta frase o palabra es correcta les preguntan: ¿Se dice así en Hispanoamérica? El *informante,* muchas veces contagiado ya por el inglés, no se acuerda muy bien, y amablemente contesta, sin asegurarlo, ni tampoco rechazarlo: ¡Pues, creo que sí! Ya basta esto para que con tal garantía —que verdaderamente no garantiza nada— se ponga en circulación en aquel círculo docente un nuevo anglicismo.

Los estudiantes norteamericanos de español incurren en anglicismos, lo que es muy excusable, pues quienes por un motivo u otro necesitamos hablar una lengua extranjera, introducimos con inevitable frecuencia en nuestras expresiones formas y palabras procedentes del idioma que aprendimos en la infancia. También cometen errores de esta clase algunos instructores que todavía no dominan suficientemente la lengua española. Y hasta se encuentran anglicismos en algunos libros de texto

cuyos ejemplos y trozos de lectura no han sido revisados con la debida atención por personas competentes.

Aunque, en general, mis colegas de las universidades y "colleges" norteamericanos son competentísimos y muchos libros de texto son excelentes, yo he tratado de promover un movimiento en favor de la depuración del *español universitario* mediante la eliminación de los anglicismos. Al efecto, di cuenta en la asamblea de la asociación de profesores celebrada en 1953, de un estudio titulado: *La plaga de los anglicismos,* uno de cuyos párrafos decía así: "Yo espero que no tardando se emprenderá en todo el mundo hispánico una lucha contra la plaga de los anglicismos —más grave de lo que fue la de los galicismos, pero más fácilmente perceptible y combatible— y en esa campaña, o mejor adelantándonos a ella, nos corresponde a nosotros, profesores de los Estados Unidos, una tarea importante y ejemplar, que es la combatir la acuñación y circulación de estos errores por lo que respecta a nuestros alumnos, poniendo en guardia a los estudiantes contra ellos mediante una amplia discusión de los casos notados, explicándoles en qué consisten, señalándoles el significado diferencial de los falsos cognados y los matices de expresión de los verdaderos, e inculcándoles el sentido genuino del idioma, así como el amor a la autenticidad, a la corrección y a la finura del lenguaje que estudian".

Mi trabajo, que fue muy favorablemente comentado y calurosamente aplaudido por el numeroso auditorio de profesores y maestros, se publicó en la revista órgano de la asociación, como es costumbre hacerlo con todos los estudios que se aportan a las sesiones de la asamblea, y poco tiempo después un colega *de cuyo nombre no quiero acordarme,* escribió una carta al director para decir que varias palabras de las citadas por mí como anglicismos no lo son, porque, según le informó un estudiante hispanoamericano, las emplean algunas personas en su país. No cabe duda de que ciertas personas, que no hablan correctamente, hacen uso de tales palabras, pues si nadie las empleara no podría decirse que son anglicismos, pero para calificarlas como aceptables en la lengua española hay que tomar en cuenta la extensión y frecuencia de su empleo, la calidad de las personas que las usan y otras circunstancias, además de considerar la índole de la palabra misma. Ese sistema de juzgar acerca de la corrección de un vocablo o de una frase por la referencia de cualquier "informante" desconocido, refleja un criterio

de absoluto desdén por la autenticidad y pureza de la lengua española, y si semejante actitud prevaleciera entre los profesores de universidades y "colleges" norteamericanos, donde se forman y preparan los futuros instructores y maestros, podrían producirse resultados deplorables, ya que contaminados estos alumnos por la tendencia a aceptar cualquier palabra o expresión que "se diga", no se detendrán a estudiar si es correcta, con lo que darán entrada en sus clases a los tan frecuentes anglicismos, y si esta despreocupación y esta irresponsabilidad se generalizara, vendría a crearse un español "made in the United States" que no comprenderían los hispanoamericanos. Cierto que el autor de la carta que comento no es profesor universitario, sino de personas que no están llamadas profesionalmente a enseñar español, por lo cual el daño a que me refiero no se produciría en su caso personal, pero de todos modos me parece peligroso que se emitan opiniones con tanta ligereza, pues el aludido lingüista afirma que en español puede aplicarse la palabra *recipiente* a personas —porque así ocurre en inglés con la semejante "recipient"— sin imaginarse las sonrisas a que daría lugar si él dijera en una reunión de hispanoamericanos que ha sido, es, será o puede ser "recipiente" de... alguna cosa.

Pero el problema de la invasión y extensión de los anglicismos, aunque tiene su raíz en el inglés de los Estados Unidos y en la influencia continental de este país, es en Hispanoamérica donde ha de resolverse. En cuanto a España, según mi impresión, la invasión del anglicismo, por ahora, no reviste importancia. ¿La tiene ya en Hispanoamérica? ¿Existe el peligro de que la penetración irregular del inglés llegue a desnaturalizar y corromper el español? Si pensamos en una valoración numérica, es indudable que el coeficiente de anglicismos y el de personas que incurren en ellos está todavía representado por cifras reducidas, pero aun así son síntoma de lo que puede ocurrir e indicio alarmante de un peligro cierto.

Debe servirnos de ejemplo lo sucedido en las Islas Filipinas, país donde bajo la presión del inglés casi ha desaparecido prácticamente el uso de la lengua española, y lo que es peor, se ha creado un complejo de inferioridad según el que es de mal tono y propio de gente inferior hablarla. Hay que hablar inglés para ser tenido en algo. Seguramente, con la eliminación del idioma va perdiéndose lo que quedaba de la civilización hispánica.

Yo no temo que en Hispanoamérica desaparezca la lengua castellana, que es el valor espiritual más alto y significativo recibido de España, expresión de la cultura original derivada de la mezcla de lo español y de lo indígena. Pero sí temo que la penetración del anglicismo en el idioma hablado y aun en el escrito por gran número de hispanoamericanos llegue a desnaturalizar y corromper en sumo grado la lengua hoy común a todo el mundo hispánico.

Mi pronóstico pesimista se funda en los indicios que ya se perciben y en la perspectiva de una creciente intercomunicación entre los Estados Unidos e Hispanoamérica, a través de los cuatro grandes cauces que abren las actividades de la política, la economía, la cultura y el turismo. En un porvenir próximo será aún mayor la influencia de los Estados Unidos en los países de habla española, y la presión del inglés, que tantos millones de hispanoamericanos están aprendiendo ahora, se traducirá en una acción deformante y corruptora de la pureza y de la autenticidad de la lengua común.

Creo firmemente que el anglicismo es un gran peligro para la subsistencia castiza e íntegra de este idioma común del mundo hispánico. ¿Peligro inevitable? Me parece que no. Pienso que la penetración irregular del inglés podría evitarse, o reducirse a un mínimo de escasa importancia, si pronto se organizara un movimiento defensivo y eliminatorio con el valioso concurso de las Academias de la Lengua, los establecimientos de enseñanza —universitaria, secundaria y primaria— de la prensa y en general de todos los organismos culturales, enérgicamente apoyados por los gobiernos nacionales. Creo en la eficacia de una campaña así, porque el hispanoamericano no tiene inclinación a *agringarse* voluntariamente, y si emplea anglicismos es casi siempre porque, contagiado por el inglés, ignora que lo son.

Es indispensable, a mi modo de ver, una campaña inteligente y continuada contra el anglicismo, lo que no significa en modo alguno actitud hostil hacia la lengua inglesa. Todo lo contrario. Nada evitará tanto los anglicismos como un perfecto conocimiento de los dos idiomas, ya que precisamente el no saberlos bien origina los errores y la recíproca penetración indebida. Apréndanse lo mejor posible en los pueblos al sur del río Bravo estos dos grandes idiomas de América, que han servido y sirven de expresión a valores eminentes de la cultura universal.

Hay que cuidarse también de no incidir en extralimitaciones. Decía yo a este respecto a mis colegas norteamericanos en la citada asamblea de profesores: "El gran número de anglicismos que andan circulando por ahí, como moneda falsa, no debe ser motivo para que cuando una expresión española se parezca a otra inglesa pensemos que es un anglicismo. Hay muchos cognados verdaderos, pues al cabo el inglés tiene muchas palabras de origen latino. Y no nos suceda lo que al loco de que habla Cervantes en el prólogo de la segunda parte del Quijote, a quien, después de haber recibido una paliza del dueño de un podenco, todos los perros le parecían podencos. No; hay cognados verdaderos y hay además las palabras que Alfaro llama seudoanglicismos, pues parecen anglicismos y no lo son, como por ejemplo: *alacridad, reluctante, hesitar, tentativo, transportación, reservación* y *conexiones.* Aunque las tres primeras nunca las he visto empleadas, todas ellas y probablemente otras semejantes figuran, sin duda con pleno derecho, en el Diccionario de la Academia.

Debo mencionar otro punto de sumo interés. La repulsión del anglicismo no significa en modo alguno oposición a que se incorporen a la lengua hispanoamericana y española palabras procedentes del inglés. El castellano ha tomado vocablos de muchas lenguas antiguas y modernas cuando ha sido necesario o conveniente. No hay razón para que ahora dejen de aceptarse palabras inglesas cuando deba hacerse, principalmente en caso de que no haya vocablo castellano para expresar adecuadamente la cosa, la cualidad o la acción de que se trate. Pero han de concurrir para ello determinados requisitos. Así la Academia Española, que siempre ha sido estricta en cuanto a la inclusión de nuevas palabras en el Diccionario, acaba de aceptar, entre otras: *flirteo* y *flirtear, automatización* y *automatizar, líder, filme, coctel* y *detective,* de origen inglés todas, dándoles carta de naturaleza en la lengua castellana.

Alarmado y receloso por algunos excesos de la política norteamericana del "garrote", escribió Rubén Darío en su poema *A Roosevelt:*

> "Eres los Estados Unidos,
> eres el futuro invasor
> de la América ingenua que tiene sangre indígena,
> que aún reza a Jesucristo y aún habla en español",

Para el excelso poeta, el hablar español era la suprema característica cultural de Hispanoamérica. Poco después, con el mismo temor a la invasión y el mismo amor a la lengua, pregunta en *Los Cisnes:*

"¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?"

Los tiempos han cambiado mucho desde principios de siglo. La actitud de los Estados Unidos es desde hace años verdaderamente amistosa y cooperativa respecto de los pueblos de Hispanoamérica. Si millones de hispanoamericanos hablarán inglés, será teniéndolo como segunda lengua, sin dejar de ser el español la suya propia. Para que así suceda, es absolutamente indispensable conservar la pureza del español, y evitar que mezclándose con el inglés se dé origen a un lenguaje híbrido, en que, como sucede al echar agua al vino, se pierdan los valores esenciales de cada uno de sus elementos.

Presencia del Pasado

QUETZALCÓATL

ESPIRITUALISMO DEL MÉXICO ANTIGUO

Por *Miguel LEÓN-PORTILLA*

MUCHO se ha dicho y escrito acerca de Quetzalcóatl. En las crónicas e historias novohispanas del siglo XVI aparece unas veces como un dios, benévolo y poderoso, otras como un sacerdote-rey, creador de la grandeza tolteca, que se marchó del México central, para reaparecer en el mundo maya-quiché de Yucatán y Centro América. Finalmente, se menciona también el nombre de Quetzalcóatl como un título o dignidad en el sacerdocio azteca de México-Tenochtitlan.

En cuanto dios, Quetzalcóatl se identificó a veces con la suprema divinidad dual del mundo náhuatl prehispánico; con *Ehécatl,* señor de los vientos y aun con *Tláloc,* dios de la lluvia. En cuanto sacerdote y héroe cultural, algunos historiadores han visto en él a un misionero cristiano o tal vez budista, llegado en tiempos antiguos a lo que hoy día es México. En pocas palabras, puede decirse que la figura de Quetzalcóatl —Kukulkan en el mundo maya— constituye un intrincado complejo cultural cuya clarificación sigue presentando no pocos problemas.

Lo que sí es indudable es que las diversas fuentes históricas afirman acordes que lo más elevado del espiritualismo del México antiguo se liga estrechamente de diversas formas con Quetzalcóatl. Tanto es así, que bien puede hablarse de una visión del mundo, o si se prefiere, de una gran etapa cultural *quetzalcoátlica,* en la que tienen su raíz las más grandes creaciones intelectuales y materiales del México anterior a la conquista.

En vez de formular nuevas hipótesis acerca de la figura de Quetzalcóatl, seguiremos el método de dejar hablar a los indios, a través de sus textos prehispánicos en idioma náhuatl. Aduciremos, por tanto, la versión directa al castellano de algunos antiguos poemas y relaciones indígenas que parecen arrojar

alguna luz sobre el complejo cultural de Quetzalcóatl. Estos textos, provocarán quizás preguntas. Pero, simultáneamente acercarán al menos un poco a la figura que es símbolo supremo del espiritualismo antiguo que floreció en México, Yucatán y Centro América.

Las más antiguas manifestaciones de Quetzalcóatl

La serpiente de plumas de quetzal, significado y símbolo de Quetzalcóatl, aparece ya en el México Antiguo desde la etapa designada como clásica (siglos IV a IX d. C.), en Teotihuacán y en la región maya. En Teotihuacán, la ciudad de los dioses, la figura del dios Quetzalcóatl se halla representada innumerables veces. Recuérdense las cabezas de serpiente emplumada que, alternando con la figura de Tláloc, cubren por así decirlo la pirámide de Quetzalcóatl en la llamada Ciudadela de Teotihuacán. Por otra parte, no pocos frescos descubiertos en varios palacios de Teotihuacán, conservan asimismo la efigie del Dios Quetzalcóatl. Particularmente en Zacuala, al Suroeste de la pirámide del Sol, ha descubierto Laurette Séjourné varios frescos y algunos vasos teotihuacanos en los que aparecen diversas estilizaciones de la serpiente de quetzal y de la figura barbada del Señor Quetzalcóatl.

En la región maya el simbolismo de la serpiente emplumada aparece también desde los tiempos clásicos. Herbert J. Spinden muestra en su libro acerca del Arte Maya cómo el simbolismo de la serpiente emplumada existe ya en Copán, Quirigua, Palenque, Yaxchilan, así como en otros centros rituales del mundo maya clásico.

Por otra parte, no pocas de esas representaciones de la serpiente emplumada, talladas en bajorrelieve en altares y estelas, o pintada en los frescos y en la cerámica, poseen estrecha semejanza con las figuras de Quetzalcóatl existentes en algunos códices prehispánicos mayas, mixtecos y de la parte central de México.

El Dr. Alfonso Caso ha identificado así en algunos códices mixtecos (el *Bodley,* el *Vindobonensis,* etc.), representaciones de Quetzalcóatl, designado a veces con el símbolo de su nombre calendárico. Laurette Séjourné ha comparado asimismo algunos de los frescos teotihuacanos descubiertos por ella, con otras ilus-

traciones de códices en los que aparece Quetzalcóatl, tales como el *Borgia,* el *Borbónico,* etc.

Parece pues algo más que probable afirmar que la figura y el culto del Quetzalcóatl-dios tiene sus raíces en el esplendor clásico de las culturas indígenas del México Antiguo. Los textos indígenas hablan también acerca de ese Quetzalcóatl-dios venerado desde tiempos antiguos. Así, encontramos algunos textos en los que, distinguiéndose expresamente entre el dios y el rey-sacerdote Quetzalcóatl, se atribuye a los toltecas una antigua forma de religión del dios Quetzalcóatl. He aquí el texto náhuatl traducido literalmente:

Eran cuidadosos de las cosas de dios,
sólo un dios tenían,
lo tenían por único dios,
lo invocaban,
le hacían súplicas,
su nombre era Quetzalcóatl.

El guardián de su dios,
su sacerdote,
su nombre era también Quetzalcóatl.
Y eran tan respetuosos de las cosas de dios,
que todo lo que les decía el sacerdote Quetzalcóatl
lo cumplían, no lo deformaban.

Él les decía, les inculcaba:
—"Ese dios único,
Quetzalcóatl es su nombre.
Nada exige,
sino serpientes, sino mariposas,
que vosotros debéis ofrecerle,
que vosotros debéis sacrificarle".[1]

Señalada así en este breve texto la distinción expresa entre el dios Quetzalcóatl y su sacerdote del mismo nombre, podrían aducirse aquí otros varios testimonios acerca de las principales actuaciones del dios desde los tiempos teotihuacanos: su parti-

[1] Este texto y los demás que se transcriben, aparecerán en el libro del autor que con el título *Imagen del México Antiguo — Según las fuentes indígenas* publicará próximamente el Fondo de Cultura Económica.

cipación en la creación de la quinta edad o "Sol", allá en el "fogón divino" en Teotihuacán; su viaje al *Mictlan* (Región de los muertos) para adueñarse de los "huesos preciosos" con que había de ser restaurada la humanidad; su descubrimiento del maíz, etc. Pero, ante la imposibilidad de exponer aquí todos esos episodios referentes a Quetzalcóatl-dios, preferimos estudiar en otros textos, asimismo indígenas, el que parece haber sido origen de Quetzalcóatl-hombre, héroe cultural, creador del supremo espiritualismo del México Antiguo.

Origen de Quetzalcóatl, héroe cultural, sacerdote-rey

Numerosos son los testimonios indígenas que hablan de la existencia histórica de un gran sabio, gobernante y sacerdote de nombre calendárico *Ce Acatl* (1-Caña), Nuestro Príncipe, *Topiltzin*, Quetzalcóatl. De acuerdo con el antiguo testimonio de los *Anales de Cuauhtitlán*, Quetzalcóatl nació en un año 1-Caña (según el cómputo de Lehmann hacia 843 d. C.), hijo de una mujer tolteca llamada Chimalman. He aquí el texto indígena:

Año 1-Caña,
se dice, se refiere
que en él nació Quetzalcóatl
el que se llamó Nuestro Príncipe,
el sacerdote 1-Caña Quetzalcóatl.

Se dice que su madre fue
la llamada Chimalman.

Y así se refiere,
cómo se colocó Quetzalcóatl
en el seno de su madre:
ésta se tragó una piedra preciosa...

Después de relatar la portentosa concepción de Quetzalcóatl, prosigue el texto indígena refiriendo las preocupaciones de Quetzalcóatl-niño, ansioso de saber quién había sido su padre. Es cierto que en algunos textos se dice que había sido hijo de Mixcóatl. Sin embargo, no es menos insistente la afirmación del prodigioso origen de Quetzalcóatl, doctrina que después se

repetirá asimismo a propósito de Huitzilopochtli, concebido por Coatlicue, al entrar en el seno de ésta una especie de copo de plumas finas. Significativo en extremo es dentro de este contexto, el testimonio de Chimalpain, quien en su *Memorial Breve acerca de la fundación de Culhuacán,* niega que Quetzalcóatl hubiera nacido en Tula, señalando que en realidad se trataba únicamente de una nueva venida de él, para manifestarse otra vez a los toltecas. Veamos el texto mismo que primero habla del nacimiento de Quetzalcóatl y enseguida se corrige a sí mismo, refiriéndose sólo a un misterioso retorno de Quetzalcóatl:

> Entonces nació
> Nuestro príncipe Acxitl, Quetzalcóatl,
> allá en Tula.
>
> Pero en verdad no nació,
> porque sólo había regresado
> para venir a manifestarse allí.
>
> De dónde regresó,
> no se sabe a punto fijo,
> como lo refieren los ancianos...

Fundamental resulta la afirmación que en este texto se hace. Si en verdad Quetzalcóatl no nació en Tula, si únicamente llegó a ella, si no se sabía a punto fijo de dónde había venido, surge entonces un nuevo enigma que obscurece aún más su origen, en cuanto sacerdote y héroe cultural.

Como es sabido, varios testimonios en náhuatl hablan de otra huida de Quetzalcóatl, cuando tuvo que abandonar a Tula, para ir a la Tierra del Color Negro y Rojo. Las historias mayaquichés relatan a su vez la llegada de Quetzalcóatl a apartadas regiones de Yucatán y Centro América. Ahora bien, relacionando esas crónicas indígenas con el citado texto de Chimalpain, se siente uno inclinado a pensar que uno de los rasgos fundamentales del héroe cultural, el sabio rey y sacerdote Quetzalcóatl, es precisamente la idea de que su vida y actuación suponen una serie de manifestaciones, desapariciones y retornos. Todavía en pleno siglo XVI en el mundo azteca se aguardaba un último retorno de Quetzalcóatl. Y en función de esto se confundió trágicamente en un principio a Hernán Cortés y su gente con Quetzalcóatl y los dioses que retornaban.

Esta idea de presencias y ausencias, manifestaciones y retornos de Quetzalcóatl, príncipe, sabio y sacerdote, abre las puertas a interesantes cuestiones: ¿Fueron uno o varios los hombres sabios, los héroes culturales, que recibieron el nombre de Quetzalcóatl? ¿Sería pura fantasía interpretar esos retornos de Quetzalcóatl como nuevas reencarnaciones del gran sacerdote, desde un punto de vista parecido al de las doctrinas del budismo tibetano? ¿O solamente se trata de una nueva y posterior identificación entre el gran sacerdote Quetzalcóatl y el antiguo concepto de Quetzalcóatl-dios? He aquí algunos de los problemas a que da lugar el texto citado de Chimalpain.

Dejando abierta la puerta a posibles intentos de respuesta, preferimos concentrar la atención en un último punto también de interés: ¿qué afirman los textos indígenas acerca de la religión y el espiritualismo introducido por el sacerdote Quetzalcóatl en la región central del México Antiguo?

Pensamiento y religión del sacerdote Quetzalcóatl

SEGÚN el testimonio de los ya citados *Anales de Cuauhtitlán,* a la edad de veintisiete años Quetzalcóatl se marchó a la región de Tulancingo para dedicarse allí por cuatro años a hacer penitencia:

Año 2-Conejo,
entonces llegó Quetzalcóatl
allá a Tulancingo.
Allí pasó cuatro años,
hizo su casa de penitencia,
su casa de travesaños verdes.

Allá vino a salir por Cuextlan,
por ese lugar atravesó (un río),
hizo para ello un puente.
Se dice que todavía existe...

En este año fueron a tomar los toltecas
a Quetzalcóatl,
para que los gobernara
allá en Tula.
Y fuera también su sacerdote...

Elegido ya rey y sacerdote de los toltecas, Quetzalcóatl continuó por una parte su vida de meditación y penitencia, y por otra, dio principio a su obra creadora. Tres son los conceptos fundamentales del pensamiento religioso de Quetzalcóatl. Dichos conceptos implican un pensamiento profundo, acompañado de culto y acción exterior. Ante todo se afirma de Quetzalcóatl que en su meditación, *moteotía,* "buscaba un dios para sí". Es decir, que con su mente trataba de acercarse al misterio supremo de la divinidad. Veamos la descripción que da el texto indígena de este aspecto fundamental del pensamiento de Quetzalcóatl:

Y se refiere, se dice,
que Quetzalcóatl invocaba,
hacía Dios para sí
a alguien que está en el interior del cielo.

Invocaba
a la del faldellín de estrellas,
al que hace lucir las cosas;
Señora de nuestra carne, Señor de nuestra carne;
La que da apoyo a la tierra,
El que la cubre de algodón.

Hacia allá dirigía sus voces,
así se sabía,
al Lugar de la Dualidad,
el de los nueve travesaños,
con que consiste el cielo.
Y como se sabía,
invocaba a quien allí moraba,
le hacía súplicas,
viviendo en meditación y retiro.

Si se atiende al texto citado, se verá que aquél a quien "hizo dios para sí" Quetzalcóatl, es en realidad el supremo Dios dual del pensamiento náhuatl, designado aquí como "Señora y Señor de nuestra carne", que cubre su aspecto femenino, durante la noche, con un faldellín de estrellas, en tanto que de día, representado por el sol, hace resplandecer a las cosas. Confirmando esto mismo, leemos en otro texto transmitido por los informantes de Sahagún, que, gracias a Quetzalcóatl:

Sabían los toltecas,
que muchos son los cielos...
Allí vive el verdadero dios y su comparte,
el dios celestial, Señor de la dualidad,
su comparte, Señora de la dualidad, Señora celeste...

El supremo Dios dual que en algunos textos es designado como *Ometéotl* (Señor-dos o Señor doble), representa en el pensamiento de Quetzalcóatl la suprema metáfora de un poder generador, que unificado con el aspecto femenino que concibe, en una unión permanente y dinámica, más allá de todos los travesaños celestes, es el origen y raíz de cuanto existe. Relacionando ahora esta concepción del Dios dual, con un texto ya citado anteriormente, en el que se afirma que el sacerdote Quetzalcóatl invocaba también a este dios supremo con el mismo nombre de Quetzalcóatl, debe recordarse, como lo han hecho ver ya numerosos investigadores como Seler, Lehmann y Garibay, que *Quetzal-cóatl,* además de serpiente de quetzal, significa el *cuate* o mellizo precioso. En este sentido, al invocar como Quetzalcóatl al Dios dual, se está afirmando una vez más su carácter ambivalente de un solo principio (los textos lo mencionan siempre en singular), con dos rostros, uno masculino y otro femenino. Algo así como si el sacerdote Quetzalcóatl hubiera descubierto en su meditación un Ser supremo, que hoy, sirviéndonos de un paralelismo cristiano, llamaríamos "la preciosa dualidad", un solo dios, pero dos personas o rostros distintos.

Los otros dos conceptos fundamentales del pensamiento religioso de Quetzalcóatl, se refieren directamente a la forma de culto que daba al Dios dual. Por una parte, se dice que *tlatlatlauhtiaya,* palabra en la que la repetición insistente del prefijo *tla,* deja ver la tenacidad de quien *hace súplicas,* que eso es lo que significa el verbo *tlatlauhtia.* Esas súplicas las acompañaba Quetzalcóatl con sacrificios. Y aquí nos encontramos con el tercer concepto fundamental: los sacrificios son de dos géneros. Por una parte, consisten en diversas formas de abstención. Se dice de Quetzalcóatl que tenía su *nezahualcalli,* o sea su "casa de ayuno y abstinencia". Como lo muestran asimismo los textos, esa abstinencia fundamentalmente consistía en privarse de determinados alimentos, de trato con mujer, así como de aparecer en público durante largos períodos. El aspecto positivo o activo del culto exterior que debía darse al Dios

dual, consistía en sacrificios de avecillas, mariposas y serpientes. Expresamente afirman ésto varios textos de los *Anales de Cuauhtitlan* y de los *Informantes indígenas de Sahagún.* Así, por ejemplo, se afirma que a pesar de que algunos magos o hechiceros quisieron inducir a Quetzalcóatl a que iniciara los sacrificios humanos, "él nunca quiso, porque amaba mucho a su pueblo que eran los toltecas". Su sacrificio consistía únicamente, vale la pena repetirlo, "en serpientes, mariposas que todos debían ofrecer, que debían sacrificar".

Pero este aspecto activo del culto introducido por Quetzalcóatl, se complementaba asimismo con diversas formas de penitencia, practicadas asiduamente por el supremo sacerdote:

> Y Quetzalcóatl también hacía penitencia,
> sangraba sus espinillas,
> para ofrecer espinas ensangrentadas.
> Se bañaba a medianoche,
> y allí donde se bañaba,
> donde estaba el lugar de su baño,
> se llamaba Xipacoyan.
> A él lo imitaban
> los sacerdotes que ofrecían el fuego
> y también los demás sacerdotes.

Tales son, descritas brevemente, las formas de culto introducidas por Quetzalcóatl en honor del Dios dual. Abundan los textos para su estudio directo y pormenorizado. Aquí sólo apuntamos lo que parece haber constituido una de las más hondas raíces del espiritualismo del gran sacerdote. Para concluir, hemos de referirnos, siquiera sea de paso, a sus creaciones culturales que vienen a complementar su obra de pensador y sabio. Un solo texto de los Informantes indígenas de Sahagún será ya elocuente por sí mismo. Se trata de algo así como un poema épico en el que con los más vivos colores se refiere cuáles fueron los hallazgos y los dones de Quetzalcóatl:

> Los toltecas, el pueblo de Quetzalcóatl,
> eran muy experimentados.
>
> Nada les era difícil de hacer.
> Cortaban las piedras preciosas,
> trabajaban el oro,

y hacían toda clase de obras de arte
y maravillosos trabajos de pluma.

En verdad eran experimentados.
El conjunto de las artes de los toltecas,
su sabiduría, todo procedía de Quetzalcóatl...

Los toltecas eran muy ricos,
no tenían precio los víveres, nuestro sustento.
Dicen que las calabazas
eran grandes y gruesas.
Que las mazorcas de maíz
eran tan grandes y gruesas como la mano de un *metate.*
Y las matas de bledos,
semejantes a las palmas,
a las cuales se podía subir,
se podía trepar en ellas.

También se producía el algodón
de muchos colores:
rojo, amarillo, rosado,
morado, verde, verde azulado,
azul, verde claro,
amarillo rojizo, moreno y aleonado.
Todos estos colores los tenía ya de por sí,
así nacía de la tierra,
nadie lo pintaba.

Y también se criaban allí
aves de ricos plumajes:
pájaros color de turquesa,
de plumas verdes,
amarillas y de pecho color de llama.
Toda clase de aves
que cantaban bellamente,
de las que trinan en las montañas...

Y estos toltecas eran muy ricos
eran muy felices;
nunca tenían pobreza o tristeza.
Nada faltaba en sus casas,
nunca había hambre entre ellos...

Ese cuadro maravilloso del mundo tolteca en el que todo era abundancia, gracias a la sabia intervención del sacerdote Quetzalcóatl, llegó a su fin —según los textos— precisamente porque Quetzalcóatl no quiso jamás traicionar a su antigua concepción religiosa:

Se dice que cuando vivió allí Quetzalcóatl,
muchas veces los hechiceros quisieron engañarlo,
para que hiciera sacrificios humanos,
para que sacrificara hombres.
Pero él nunca quiso, porque quería mucho a su pueblo,
que eran los toltecas...

Y se dice, se refiere,
que ésto enojó a los magos,
así éstos empezaron a escarnecerlo,
a burlarse de él.
Decían los magos y hechiceros
que querían afligir a Quetzalcóatl,
para que éste al fin se fuera,
como en verdad sucedió.

En el año 1-Caña murió Quetzalcóatl
se dice en verdad
que se fue a morir allá,
a la Tierra del Color Negro y Rojo.

Concluyó así la grandeza de los toltecas. Las crónicas maya-quichés, como ya se dijo, hablan de una reaparición de Quetzalcóatl en Yucatán y Centro América. Por otra parte, entre los diversos pueblos del mundo náhuatl cercano ya a los tiempos de la Conquista, se creía con insistencia en un nuevo retorno de Quetzalcóatl.

Significativas son a este respecto las palabras finales de Chimalpain en su *Memorial Breve acerca de Culhuacán:*

Así hablaban
los viejos de tiempos antiguos:
—En verdad vive el mismo Quetzalcóatl,
no ha muerto aún:
una vez más habrá de volver,
habrá de venir a reinar.

Tal era la que llamaríamos "fe náhuatl" en el retorno de Quetzalcóatl. El creador del espiritualismo del México antiguo, no obstante su desaparición misteriosa, había dejado la más profunda huella en el pensamiento y en las instituciones culturales del mundo prehispánico. Como lo ha afirmado Laurette Séjourné, Quetzalcóatl, origen de lo más elevado de la religiosidad del México antiguo, puede situarse al lado de los iniciadores de los grandes movimientos religiosos de la humanidad. Su espiritualismo resistió los más duros embates. Durante el siglo XV el célebre consejero de los reyes aztecas, Tlacaélel, intentó modificar de raíz la visión *quetzalcoátlica* de la vida y del hombre. Imponiendo lo que hoy llamaríamos un misticismo guerrero, dio al pueblo azteca una nueva doctrina. Pero, no obstante las guerras floridas y los sacrificios humanos del mundo azteca, todavía en plenos siglos XV y XVI vivían numerosos sabios o *tlamatinime* que se esforzaban por renovar y continuar la antigua doctrina de Quetzalcóatl. A figuras como las de Nezahualcóyotl y Nezahualpilli de Tezcoco, Tecayehuatzin de Huexotzinco y Ayocuan de Tecamachalco, se debe principalmente la conservación, fragmentaria si se quiere, de la antigua religión de Quetzalcóatl.

El dios y el sacerdote, confundidos muchas veces en el pensamiento de los nativos, siguieron simbolizando en todos los tiempos lo más elevado del espiritualismo en el México anterior a la Conquista. La inmensa tragedia fue que, cuando el mundo náhuatl creyó al fin tener noticias del ansiado retorno de Quetzalcóatl, en realidad sólo llegaban a sus playas quienes habían de dar muerte a su antigua cultura. Mas, a pesar de todo, por encima de la destrucción y la ruina, quedó como un símbolo, la figura de aquel de quien dice un viejo cantar mexicano:

En madera y en piedra
te quedaste pintado allá en Tula:
sentimos ganas de llorar.

¡Oh Nácxitl! Quetzalcóatl, nuestro príncipe,
jamás se extinguirá tu renombre,
por ti llorarán tus vasallos.

Sólo queda en pie la casa de turquesas,
la casa de serpientes,
que tú dejaste erguida allá en Tula:
sentimos ganas de llorar.

SUMAS PARA LA HISTORIA DEL CUSCO

Por *José Uriel GARCIA*

- II -

COSCO, SUMAC-LLACTA

(*Cusco, Bella Ciudad*)

EN cambio el Cusco, aventajaba al Valle de Yucay por su excelente ubicación y por su estructura geológica de reciedumbre andina, que, en aquellos tiempos, la ubicación territorial y la estructura geológica eran también favorables a las fuerzas productivas, proporcionaban medios de trabajo y mayor seguridad, espacios superpuestos y más plásticos, perspectivas grandiosas, para la producción de orden artístico, pues, dicho sea de paso, la arquitectura del Cusco tenía tanto valor como la agricultura de Yucay.

Como ningún otro pueblo de esta parte del Perú, el Cusco se ubicaba en una quebrada magnífica, puede decirse sin paralelo; en la pendiente entre la Meseta y el Valle y en el promedio entre dos grandes ríos, el Apurímac y el Vilcanota, estrechamente vinculados con la historia de estos pueblos quechuas. Se empina admirable, vistosamente sobre lomas y alcores andinos, desprendidos del cabezo tutelar, el Sacsa-Huaman. Altozanos y combas plásticas avanzan y se entrecruzan por otros flancos para darles mayor firmeza y seguridad, cuando no se aplanan y se ensanchan horizontalmente, formando las grandes plazas, donde se congregaban a recrearse y "respirar" sin temor las multitudes aborígenes. Por eso, hacia el norte y el este, sobre el recuesto de Sacsa-Huaman y por encima de los barrancos por donde se abren paso dos de los arroyos que le lamen al monte por ambos flancos, se alzan las barriadas dominantes de *Hanan-Cosco,* el Cusco altivo, erguido, vigilante, residencia de "señores y linajes incas", hasta donde, los de la parte meridional y llana, ascendían tan sólo por medio de la "cuesta",

ese elemento de urbanística andina, rampante, tan visual y de plasticidad vigorosa, que caracteriza al arte de constituir ciudades de los aborígenes; la cuesta, de peldaños de piedra, primorosamente tallados. La escalinata, como el andén rural, era a veces de varios tramos, interrumpidos por rellanos —que eran plazuelas—, pero casi siempre hecho de un solo aliento, como vistosa enmienda a la estructura escarpada de los Andes. Mientras que por los barrios llanos y tendidos a más pleno sol, entre las plazas, avenidas y arrabales que desembocan hacia la llanura meridional, los únicos campos abiertos hasta cierto punto y regados por la confluencia de los cuatro riachos que atraviesan longitudinalmente por la ciudad, estará el *Urin-Cosco* o Cusco-Bajo, en torno a los patios anchos, a las viviendas colectivas, encercadas dentro de bloques llamados *Canchas,* donde viven más confiados y laboriosos los que forman la masa de los hombres de trabajo, agrupados en "comunidades", bajo el vínculo de la tarea homogénea, de la procedencia localista o del linaje ancestral. Determinadas familias de esas comunidades se encargarán del cuidado de las fuentes que suministran el agua potable, de la limpieza y del ornato de las calles, etc., según nos relatan Polo de Ondegardo, Arriaga y otros cronistas del Coloniaje.

Esta génesis de la ciudad del Cusco, desde sus formas más simples, rurales y agrestes todavía hasta su constitución grandiosa y monumental, estaba vinculada con el desarrollo histórico. Cada monumento del Cusco precolombino es una etapa de su transformación pacífica o violenta. A falta de escritura, tenemos en ellos la historia del pueblo cusqueño. Desde aquellos "incas" precursores de los realmente así llamados; de *Pirhua-Pacaric-Manco,* que inicia la serie, de *Lloque-Tésac-Amauta,* que a su turno encabeza la lista de los "Amautas" (ambas series de gobernantes, de la clasificación del autor de *Memorias Antiguas Historiales del Perú,* el Licenciado Fernando de Montesinos, tan injustamente relegado), hasta la aparición del legendario y conocido "Manco-Cápac", que simboliza a los anteriormente nombrados, el desenvolvimiento del Cusco urbano prosigue en forma cada vez más superada, grandiosa. Dice la tradición que Manco-Cápac (las dinastías precedentes) eligió por su residencia la zona más empinada y de atalaya, *Colcampata,* casi cerca a la cúspide de Sacsa-Huaman y conectada con ella por las consabidas escalinatas. Actualmente, queda el ex-

tenso frontispicio de aquella residencia, que da frente a todo el Cusco Bajo, y en donde se ven todavía los diez nichos adintelados desde donde los atalayas oteaban el decurso de la vida cotidiana, pregonaban desde allí, en alta voz las ordenanzas del gobierno. A partir de entonces, cada Inca posterior construirá su residencia propia, toda una *Cancha (Quishuar-Cancha, Hatun-Cancha, Amaru-Cancha,* etc.), entre las terrazas inferiores y descendentes con relación a Colcampata, hasta llegar al otro extremo meridional del eje urbanístico, el *Coricancha,* residencia del Inca excelso, el "Padre Sol", con su linaje y "familiares", la "Mama-Quilla" o "Madre Luna", las Estrellas, llamadas como las Ñustas de la Corte, "Chascas", Luceros; los meteoros brillantes, servidores del Sol, sus mensajeros, como el temible Rayo *(Illapa)* o el risueño Arco-Iris *(Cuichi).* Coricancha, arquitectónicamente, es como cualquier vivienda familiar o colectiva de los Incas.

Así, por etapas, en forma paralela a la evolución de la estructura social y política, *"Cosco, súmac-llacta"* va surgiendo material y artísticamente en forma grandiosa, admirable y al mismo tiempo racional, ordenada y exacta, como así fue la administración de los Incas, la vida municipal. Los Sinchis, los Curacas, los Apus, y demás jefes de las tribus confederadas construyen sus residencias en torno a los palacios de los Incas. Y al mismo tiempo también las barriadas se ordenaban de acuerdo con las clasificaciones demográficas, por linajes, por oficios o por procedencias localistas. Fuera de esas zonas llamadas Cusco-Alto y del Bajo (la distribución tradicional), el Cusco se orienta a los cuatro vientos o *"Tahuantinsuyu",* llamándose al Oriente, el *Anti-Suyu,* al Poniente, el *Cunti-Suyu,* al Norte, *Chinchay-suyu* y al Sur, *Colla-suyu.* En el seno de esas cuatro grandes zonas de la ciudad, debían de establecerse sus pobladores, como queda dicho, por "linajes", por procedencia de otras localidades o por oficios. Aquellos primitivos habitantes del Cusco, los que eligieron la pendiente y el espacio escarpado de las faldas de Sacsa-Huaman, los que le dieron el primer aliento, como los *Alcahuisas,* los *Huallas,* los *Antasayac,* los *Sahua-Siray,* etc., fueron confinados, unos al Poniente, otros al Levante extremo, en cuanto al gobierno incaico fue la expresión de las nuevas relaciones de producción, basadas sobre las clases, la de los dominadores y la de los dominados. En otras zonas debían de residir los habitantes por "oficios", espe-

cialmente aquellos *"mitmas"* —confinados en el Cusco, desterrados de su lar propio—, como en tiempos de los últimos incas, los "Cañaris" del Norte del Perú, que en número de veinte mil fueron trasladados, grandes orífices y plateros, arte que continuaron ejerciendo en el primer siglo de la Conquista. Los "tejedores", tanto hombres como mujeres, los ceramistas, etc., en distintos barrios ya determinados.

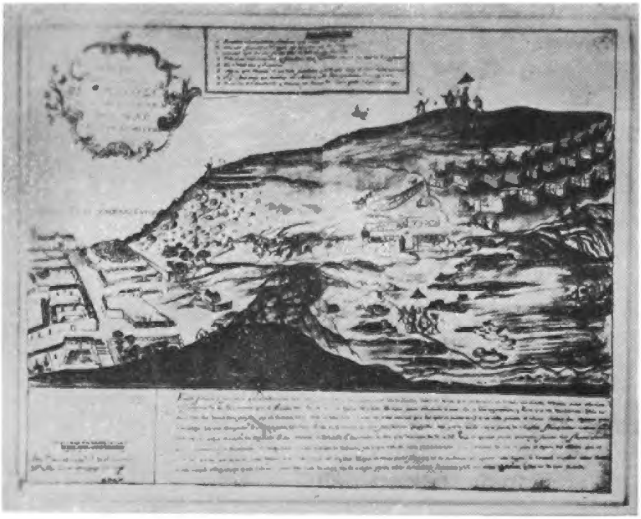
En esa forma, la "ciudad" va desplazándose al villorrio rural; la técnica arquitectónica, tan importante como la agrícola, cumple una función histórica fundamental, pues sirve para darle valor estético y positivo al plano inclinado y crea el espacio en escarpa y superposición, beneficioso para la mayor facilidad de la vida, para el fortalecimiento urbano, como quien dice, para el vigor del organismo material y social; técnica que desmonta combas hirsutas o protuberancias orográficas demasiado rústicas, trocándolas, con humor y finura, en formas gratas a la vista, muchas veces semejantes a las humanas, como aquel ángulo o arista "matado en redondo", aquella angulosidad colosal, que domina todo un barrio, trocada por la mano del urbanista en "Munay-Senca" o "Nariz Hermosa", y por ese detalle se dará nombre a toda la barriada. Con igual humorismo, característico del pueblo quechua, sin temor a las formas desmesuradas o a los misterios de la naturaleza andina, con ese alegre humorismo de los constructores de Sacsa-Huaman o de la "piedra de Doce Ángulos", de los dominadores de las fuerzas temibles y obscuras de los Andes, llamará también al barrio urbanizado y trabajoso "Puma-Curcu", el "Torso del Puma". Cuando sobre el andén pulido se plantan flores o vegetales medicinales con fines decorativos, el barrio, la calle, se llamarán "Tica-Tica", como quien dice "Rosedal". O al manantial, que para el habitante cusqueño de aquellos tiempos era un don divino, le asegurará el mejor rendimiento del líquido precioso, enmarcándole dentro de una vistosa portada de piedra y le dotará igualmente de un surtidor de fina hechura, llamándole entonces "Sipas-Pucyu" ("Exudorio de Muchacha") o "Huiruy-Pac-cha" ("Vertiente de Agua Dulce"), nombres que asimismo servirán para designar la zona urbana —que hasta hoy se conservan. Los urbanizadores del Cusco precolombino, enseñaron así a los ingenieros modernos, vinculados con el comercio de automóviles, que en el Cusco el espacio superpuesto, diagonal, escarpado, es su belleza y su vida, mientras que el es-

pacio horizontal que quisiera hacer desaparecer a los Andes, arrasarlos de un golpe, es su vulgaridad y su muerte. El Cusco es la ciudad para artistas creadores, no para mecánicos.

Con dos grandes estilos arquitectónicos —cuyo origen está en el campo, en el cerco de la Altiplanicie, para el encierro de auquénidos y en el andén del Valle, para el cultivo a escala de microclima—, se modeló el Cusco, hasta trocarse en la "Súmac-Llacta" del saludo del campesino al columbrar la ciudad por las abras de los confines; para que la piedra rústica se convirtiera en sillar pulido, y para que la roca megalítica de los farallones andinos viniera a ser fino y diminuto diamante, incrustado en el muro incaico, como el que se ve en el lienzo oriental, externo, del que fue palacio de Huaina-Cápac.

El primero, el estilo ciclópeo, que surge del avance de las fuerzas productivas y de las nuevas relaciones de producción, de los nuevos medios de trabajo y de su división social, derivados del fraccionamiento de la tierra comunal, merced a las confederaciones, conseguidas muchas veces por la violencia, emprendida por los precursores de los Incas y por otras causas, que dirán oportunamente, los llamados *"Pirhuas"*, etc. Coincide con aquella época de la mayor y mejor producción del maíz, con la ampliación del trabajo de "jardín" al del campo abierto; con la obra de los *"Amautas"*, que tienden el primer puente para unir dos orillas opuestas, que han logrado domesticar a la *llama* y el encerrarlo a todo el rebaño en el corral contiguo a la vivienda. Fuerzas productivas conjugadas entre la Quebrada del Cusco, el Valle de Yucay, la Altiplanicie de Sacsa-Huaman, como una unidad y centro de confluencia del campo hacia la ciudad.

El estilo ciclópeo, de grandiosa elevación espacial y aérea, de masas megalíticas, trasunto de las montañas andinas. Estilo en que predomina la masa sobre la forma, diríase, lo infinito (y, por tanto, abstracto) de las colosales cúspides de la cordillera; monumentales paramentos, de angulaciones poligonales en las llagas o ensambladuras de sus aparejos, reveladoras del criterio o conciencia estética de los alarifes, consecuencia de su acción sobre la naturaleza: respetar, hasta donde sea posible, las formas y volúmenes ofrecidos por el material rocoso, pero enmendándolos y embelleciéndolos con discreción y sumo arte, reduciéndolos, por otra parte, a su sentido concreto y lógico, mediante líneas que superen la difusión de las formas por la



La Ciudadela de Sesa-Huaman. Fotografía tomada de un grabado de fines del siglo XVIII. De la colección "Los Pequeños Grandes Libros", por Francisco A. Loaiza. Cusco.

Portada incaica. Paucartambo. Cusco.

claridad matemática o geométrica, la dispersión por la armonía, la exuberancia y pesadez por el desbastamiento preciso y estilizado y hasta, a veces, con el embutido de algún fragmento de contraste y de cierto sentido humorístico que acuse la idea del pueblo contra la norma de la autoridad, como ocurre en cierto sector de las formidables murallas de Sacsa-Huaman, en la "Piedra de doce lados" de una calle cusqueña, que subsiste hasta ahora *("Hatunrumiyoc")*, en el espléndido canto, "matado en redondo", de la esquina de la calle de los Tejedores ("Ahuac-pinta"), etc.

El estilo del "sillar cúbico", tallado en sus seis caras, es el de la sociedad incaica, de la etapa superior y última, cuando las relaciones de producción están mucho más desenvueltas; las clases dominantes van pasando con más aplomo sobre las capas de pueblos sometidos al sistema de explotación, más avanzado, en este caso, que el de la simple cooperación de los clanes aislados. Los "hijos" del Sol o Incas son los "señores" (inca, en el lenguaje popular, quiere decir precisamente "marido", "señor", "dueño"), a quienes pertenecen las mejores tierras del valle, los rebaños más selectos de la meseta, los monumentos más grandiosos de la ciudad, que es la sede principal de su régimen. Es el estilo de la sociedad más concreta, clasificada demográficamente; de la ciudad dividida en zonas, barrios, linajes, oficios; jerarquizada en superiores e inferiores; agrupada en decurias, centurias, millares, etc. El estilo de las formas sociales más concretas, precisas, simplificadas. Los aparejos están formados por sillares cúbicos, de andesitas o granitos totalmente dominados por el cincel y por la forma geométrica regular; dispuestas en hileras, de abajo a arriba, de mayores a menudos, como la organización social, que va desde la Comunidad o el *Ayllu,* hasta el Inca y su familia, con tendencia monogámica. Es el estilo concreto, como más concreta es la tierra dividida hasta llegar a la propiedad particular de los Incas y de los jefes que comparten el gobierno.

El estilo sillar es el estilo urbano por excelencia. Con él, más que todo, se constituyó la "ciudad" fabril, absorbente de la producción campesina, su síntesis y su contradicción, al mismo tiempo. "Se puede decir, escribe Marx, que la historia económica de la sociedad gira sobre el movimiento de esta antítesis" (la separación de la ciudad y del campo).[1] A medida

[1] KARL MARX, *Le Capital,* Tomo II, pág. 42, Ed. Sociales.

que se acrecentaba el poderío de los Incas, porque los medios de producción eran paralelamente más fuertes, la vida social se vigorizaba y sobre esa base se superaba cada vez más la mentalidad de los rudos labradores trocados en artesanos y en artistas, en hombres de saber práctico, como ingenieros, dominadores de la topografía andina, "Huillac-umas" y "amautas" de la filosofía andina, valga decir, de las ideas desprendidas de la vida cotidiana, de la práctica del trabajo. A los descendientes de éstos, precisamente, dicho sea de paso, el Libertador Bolívar, cuando su visita al Cusco en 1825, después de la victoria emancipadora de Ayacucho, los llamó "los mejores de los peruanos" y añadía: "este país (el Cusco), en sus creaciones no ha conocido modelos; en sus doctrinas no ha conocido ejemplos ni maestros, de suerte que todo es original".[2]

Sobre esta estructura topográfica del suelo cusqueño, acrecentada por sus grandiosos monumentos y por aquella racional distribución urbanística, la capital de los Incas era entonces la gran urbe, pudiera decirse, cosmopolita, y el principal mercado de intercambio de los excedentes de la producción de cada sector rural dependiente del Cusco. Era algo así como la "Ciudad Luz" del mundo quechua, donde venían a concentrarse y hasta a depurarse en su seno los hombres de todas las fronteras, desde el montaraz de las altas punas, que arreando a la recua de sus llamas trasladaba los cereales que sobraban allá y faltaban en la ciudad o el labriego de las tierras de más adentro, que miraba deslumbrado a la monumental ciudad y desde la "apacheta" del confín próximo la saludaba reverente: *"Cosco, súmac llacta, napaycuiqui" ("Cusco, bella ciudad, te saludo")*, hasta los grandes jefes de las confederaciones aliadas, que venían a engrandecerla material o culturalmente. "El Cusco era el modelo que procuraban copiar en lo posible en las nuevas ciudades que en su imperio fundaban los Incas; hasta a los lugares mudaban de nombre para que se llamasen como los de la Corte sagrada". (Jijón y Caamaño, *Notas de Arqueología Cusqueña*, Ecuador, 1929).

La población se distribuía atendiendo a los oficios, a las procedencias lugareñas, a los linajes sobrevivientes, para que cada grupo ejerciera en su barrio la tarea correspondiente, sea en el aspecto municipal (según Polo de Ondegardo, corregidor del Cusco en el siglo XVI, había familias incaicas que ejercían

[2] *Carta a Unánue*, Cusco, 1825.

esa función), sea en el del trabajo manufacturero, en la dirección administrativa, etc. Cada grupo, hasta cada habitante perteneciente al grupo, se distinguía a simple vista por algún matiz propio, por las costumbres singulares, trasladadas de sus pueblos de origen —incluso los nativos del Cusco—, por el colorido de los trajes regionales, hasta por el atuendo lugareño o por el blasón del oficio. "Aunque hubiera quinientos mil indios, claramente se conocieran por sus trajes los unos a los otros", decía Cieza de León, cuando visitó el Cusco en 1549.

No estará de más consignar todavía, para una visión más objetiva de la importancia material y social del Cusco de los Incas, que implicaba su vigor, como fuerza productiva de primer orden, la descripción deslumbrada que hizo Pedro Sancho, uno de los primeros que ingresó al núcleo incaico, junto con Pizarro, en 1533. Dice Sancho en sus "Informaciones de la Conquista del Perú": "Es tan grande que sería digno de verse aun en España y toda llena de palacios de señores, porque en ella no vive gente pobre y cada señor labra en ella su casa y asimismo todos los Caciques, aunque éstos no habitan en ella de continuo. La mayor parte de estas casas son de piedra y están hechas con muy buen orden, hechas calles en forma de cruz, muy derechas, todas empedradas y por en medio de cada una va un caño de agua, revestido de piedra. Está colocada esta ciudad en lo alto de un monte (el Sacsa-Huaman) y muchas casas hay en la ladera y otras abajo, en el llano. La plaza es cuadrada y en su mayor parte llana y empedrada de guijas, al rededor de ella hay cuatro casas de señores, que son las principales de la ciudad, pintadas y labradas de piedra y la mejor de ellas es la de Huaina-Cápac y la puerta es de mármol blanco y encarnado y de otros colores y tiene otros edificios y azoteas muy dignas de verse". Refiriéndose a este Cusco descrito por Sancho, el historiador y sociólogo alemán contemporáneo R. Karsten, añade: "Por el número de sus casas, de sus calles, de sus mercados y por su género de vida, el Cusco era no solamente igual a la mayor parte de las ciudades medievales de Europa, sino que las superaba en muchos aspectos".[3]

En cuanto a la calidad laboriosas de sus habitantes, aspecto no menos importante de su valor urbano y como tal, de su fuerza productiva, los más autorizados cronistas nos ofrecen testimonios de que el Cusco, a más de ser un mercado de inter-

[3] *La Civilisation de L'Empire Inca,* Payot, París, 1952.

cambio de productos excedentes de cada campiña constelada económica, social y políticamente con la sede de los Incas, era un centro manufacturero de primer orden, el único, si se quiere, en tal forma que sus habitantes, más que simples agricultores, eran artesanos, productores de mercancías para el consumo de todo el mundo quechua. Y por tanto, la ciudad de intensa vida social, de habitantes especializados y laboriosos. Fuera de los *mitmas* (los trasplantados o desterrados), que "eran ovejeros y rabadanes de los ganados del Inca y del Sol", había "roperos, plateros, canteros, labradores para dibujar, esculpir y hacer bultos", es decir, artistas. Huamán Poma, de su parte, enumera aún más variados oficios, clases de trabajadores y habitantes del Cusco: "Oficiales de metales de oro y plata, estaño y cobre, canteros, albañiles, olleros (ceramistas), carpinteros, pintores, bordadores, flauteros, músicos, escribanos, contadores (quipucamayoc), farsantes, mayordomos, alabarderos, capitanes generales".[4] Y Garcilaso de la Vega, sin olvidar que era hijo de un noble de España, enumera los servicios que prestaban a los Incas seres humildes, como "criados de servicio de la casa real, barrenderos, aguadores, leñadores, cocineras para la mesa del Estado, que para la del Inca guisaban sus mujeres concubinas, porteros, jardineros, caseros". *(Comentarios Reales).*

El desenvolvimiento demográfico del Cusco era el índice del desarrollo histórico del pueblo quechua en general, a expensas, claro está, de la consiguiente y cada vez mayor desigualdad en las relaciones de producción, que suponía el beneficio creciente de las clases dominantes y la opresión de las mayorías de productores. "El progreso de la producción es al mismo tiempo un retroceso para la clase oprimida, para la mayoría", dice Engels.[5]

Todos aquellos grupos de tareas y de oficiales se concentraron en tres grandes edificios, que a la vez eran centros de trabajo; que vale la pena de estudiarlos así sea someramente, pues son los índices más singulares del grado del desenvolvimiento histórico a que llegaron las relaciones de producción bajo el dominio de los Incas, en estrecho vínculo con el Valle

[4] HUAMAN-POMA, *Nueva Cronica y Buen Gobierno,* Edic. facsimilar, París, 1936.

[5] *El Origen de la Familia, de la Propiedad Privada y del Estado,* Buenos Aires. 7 *Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana,* Lima, 1929.

de Yucay y con las demás regiones de su órbita. Centros de trabajo coordinados con la agricultura del maíz, como cereal por excelencia, con la cría de auquénidos y con todas las demás fuerzas productivas del ámbito cusqueño o incaico, y al mismo tiempo en íntima relación con las ideas religiosas, el arte, las costumbres, la administración política, en una palabra, con aquellas "aspiraciones hacia las fuerzas", basadas en la economía, en el mundo real. Esos centros y edificios principales fueron: *Coricancha, Acllahuasi* y *Sacsa-Huaman.*

CORICANCHA. Se alzaba sobre una amplia explanada, formando el eje Sur del "Cusco-Alto" o "Cusco-Viejo" (que en el extremo Norte de dicho eje, estaba Sacsa-Huaman), entre los dos riachos que bajan de las faldas de aquella ciudadela, para juntarse ambos y formar uno solo en los contornos meridionales de aquella explanada y desde entonces tomar el nombre de "La Cola del Puma", un arrabal con ese nombre. Antes de que Pachacútec levantara estos monumentos destinados al culto solar, era la sede de una de las tribus fundadoras del Cusco, la de los *Sahuasiray* y se llamaba *"Quenti-Cancha"* (Cerco de colibríes) y por otro nombre, *"Chumpi-Cancha"* (Cerco fajado). La planicie, por sus lados oriental y occidental, estaba recortada por una serie de terrazas escalonadas, con reminiscencias del andén agrícola, que daban al conjunto, por esos sus flancos, mayor vistosidad externada.

Desde el punto de vista arquitectónico, Coricancha, como su nombre quechua lo indica, era un conjunto equilibrado de edificios de una sola planta, encercados por una muralla exterior o "cancha", cuya arquitectura no difería fundamentalmente de la de las "canchas" incaicas, de la vivienda civil. Si bien es cierto que su factura plástica, a juzgar por los restos actuales, era de técnica depurada y primorosa, de líneas y volúmenes equilibrados y de justas proporciones. El estilo "cúbico" (del sillar generalmente cúbico) tiene aquí su espléndida realización.

Esa circunstancia de que su planta, sus alzados, su distribución espacial y demás elementos constructivos, no se hubieran diferenciado de la arquitectura civil o "profana", ya es un índice de que la residencia de los "dioses" no era distinta de la de los hombres, pues aquéllos no eran distintos "en substancia" a éstos, como ocurría con la arquitectura religiosa de otros pueblos de la tierra, de la misma época. Lo que quería decir que la "Sagrada Familia" resplandecía en semejantes comparti-

mientos, salones, cuadras, galerías, que los Incas y que los grandes jefes. Los restos actuales lo comprueban.

Arquitectónicamente, Coricancha es gran "palacio" incaico. Pues el santuario destinado para el Sol, que ocupaba el ángulo Norte del gran patio cuadrangular, en torno al cual se distribuyen los otros llamados por Garcilaso "Capillas", no difería del salón principal de la vivienda de los Incas y tan sólo por su mayor amplitud de las moradas contiguas, correspondientes a la de *"Mama-Quilla"* ("Madre-Luna"), además, "esposa" del Sol, y a la de las Estrellas, las "Cortesanas", moradas ambas que, en sus restos actuales, se despliegan aún por el ángulo occidental del patio. Al frente, en el ángulo oriental y opuesto, se alzan los aposentos, relativamente más pequeños, en cuyo testero, de cada uno, estaban las representaciones en bulto, de los "dioses" menores, como el Zig-zag o *Illapa* (Rayo-Trueno) y el Arco-Iris o "Cuichi". Estas mismas imágenes, del Zig-zag y del Arco, se reproducían en el tablero del fondo del santuario del Sol, como veremos más adelante.

Los Cronistas, todos ellos teólogos y escolásticos, así como la mayor parte de los historiadores contemporáneos, inspirados y documentados por aquéllos, convienen en llamar "templo" a este edificio colectivo, de arte indígena: "el templo del Sol". Incluso para Mariátegui "el templo del Sol se convirtió en el templo de una religión o una mitología un tanto federal"... "porque la iglesia incaica se preocupaba de avasallar a los dioses de éstos (de los pueblos conquistados), más que de perseguirlos y condenarlos".[6]

No obstante, "si el mundo religioso no es sino el reflejo del mundo real",[7] para cualquier observador atento y desligado de prejuicios idealistas o de rezagos escolásticos, repetidos siglo tras siglo, aquel monumento indio, antes que un "templo", a secas, como lugar destinado exclusivamente para el culto, para las ceremonias del rito, para las oraciones de sacerdotes y fieles, como pensaban los Cronistas, interpretando en este sentido y al tamiz de su criterio religioso los relatos de aquellos "Amautas" que les sirvieron de fuentes de información oral, como Cieza, Garcilaso y otros, no obstante, repetimos, Coricancha,

[6] José Carlos Mariátegui, 7 *Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, pág. 174, Ed. Amauta, Lima, 1952.

[7] Karl Marx, *Le Capital*, Tomo I, pág. 90, Ed. Sociales, París, 1948.

antes que un templo, era la sede destinada al cumplimiento de múltiples fines, no estrictamente religiosos, acordes con la ideología alcanzada por la sociedad incaica. Entre estos edificios se cumplían funciones de diversas índole ideológica y se realizaban trabajos materiales, acordes igualmente con sus relaciones de producción. Fines y funciones, en todo caso, estrechamente vinculados con la vida real, con la concepción materialista del mundo, valga decir, con el desarrollo de las fuerzas productivas y con el carácter de la vida cotidiana de la sociedad. Los dioses del Coricancha son, en efecto, reflejos de la vida real; astros, estrellas, meteoros, son entes humanizados, pues todos ellos ejercen influjos poderosos sobre la vida de labriegos y de pastores; se les atribuye por tanto cualidades humanas. "Animismo", llaman los etnógrafos.

Los dioses incaicos están al alcance de los hombres, si no de las manos, precisamente, cuando menos al alcance de su sentido estéticamente más prensil, el de la vista. Visibles en todo momento, sobre el horizonte; allá, en el Valle de Yucay y en todas las campiñas, la luz del sol es complemento del trabajo en los sembríos del labriego, pues éste sabe prácticamente que por su acción terminan de madurar los frutos, adquieren sazón y lucen más brillantes colores; en las altiplanicies andinas, entre los pastizales y las estepas, cerca a los nevados, la luz de la luna embellece las noches y es propicia para la multiplicación de los ganados; a su vez, el brillo y el movimiento de las estrellas son observados constantemente para los cálculos astronómicos y para el turno en el trabajo agrícola. Glorificando al día y a la noche, a esta luz de los Andes cusqueños, danzaban en las fiestas de los "Raimis", las fiestas de la luz, les cantaban sus canciones mejores y gozaban así de la alegría de la vida, en vez de sumirse en abstracciones teológicas o en practicar rituales monstruosos y cruentos.

Siendo la luz un elemento cósmico, acaso de más valor vital que en parte alguna del mundo americano, entre estos campos del interior andino, cercados por elevadas montañas, y que, por lo mismo, se ofrece más radiosa y esplendente, si cabe, la heliolatría fue la forma universal del mito, tanto como la savia de la emoción poética; mito y poesía derivados del trabajo de labriegos y de pastores quechuas, de tribus, clanes, ayllus, comunidades.

El Coricancha era pues la sede o institución donde se ex-

plicaba, encubierto por la idolatría, el génesis andino, la cosmogonía quechua, en vínculo con los medios, formas y técnica del trabajo; no por simple emoción religiosa, sino más que todo por necesidades prácticas, a fin de conseguir, en el ánimo de los hombres, cada vez mejores medios de producción. Unían desde luego, esas finalidades prácticas a su ideología estética, pues el pueblo quechua demostró siempre su hondo sentido de belleza que, merced al trabajo, le inspiraba la naturaleza andina, de suyo hermosa. Por eso el culto al Sol es la explicación del origen de la vida y de la sociedad, la reproducción, asimismo, con sentido realista, de la sociedad incaica, del culto a la familia incaica y a las fuerzas sociales representadas por esa estructura familiar. Esa heliolatría se desenvuelve desde los orígenes, desde la comunidad, poseedora absoluta de la tierra, desde Illa-Ticsi-Huiracocha, "Lago de lava relumbrante y caliente",[8] o "Sol de Fuego", la primera fuerza luminosa venerada por las más remotas tribus, hasta la época de las expropiaciones de las tierras, del debilitamiento tribal y la adoración al "Inti", a "Punchao" o Sol de la vida cotidiana, de la vida incaica.

Un grabado que ilustra el manuscrito del "cronista" cusqueño, de fines del siglo XVI, Santacruz Pachacuti,[9] reproducido por el historiador Urteaga en la edición impresa de dicha obra, en 1927, e igualmente consignado en la monografía de Lehmann-Nitsche, sobre Coricancha,[10] nos orientará espléndidamente para la interpretación de aquel "altar mayor" del santuario del Sol, donde se encontraban las imágenes, forjadas en oro o plata, de la "sagrada familia", es decir, del génesis del mundo quechua, del cielo y de la tierra, de las montañas, las plantas, los animales y los hombres. Por lo cual, más que una "iglesia incaica" o simplemente mitológica, el Coricancha era un centro de enseñanza sobre el origen del mundo real, del mundo que se vivía en cada época, pues hubo incas que añadían algo nuevo en aquel mapa o tablero, cuajado de representacio-

[8] Es la traducción que hace de ese nombre complejo el Dr. Roberto Lehmann-Nitsche etnógrafo alemán-argentino, en su monografía *Coricancha,* publicada en La Plata, 1929,

[9] *Relación de Antigüedades deste Reyno del Piru,* por JOAN DE SANTACRUZ PACHACUTI YAMQUI SALCAMAYGUA, Ed. Urteaga, Lima, 1927.

[10] Obra citada.

nes astrales, terrestres, humanas, en aquel oro que ofuscó tanto a los conquistadores españoles.[11]

Traduciendo lo que fluye de aquellos símbolos objetivos, se desprende que la primera representación que encabezaba el mapa, según indica la leyenda manuscrita puesta por Santacruz Pachacuti, era la correspondiente a *Illa-Ticsi-Huira-Cocha* o "Sol de Fuego", que según el mito quechua surgió en el momento de la erupción del volcán *"Quimsa-Chata"*, en la actual provincia de Canchis, donde se le levantó un santuario, sol de fuego que a la postre se confundió con el sol de todos los días, *Punchao* o Sol de los Incas, en cuanto se produjo el violento y cualitativo cambio en las fuerzas productivas y en las relaciones de producción, que dio lugar al advenimiento del Estado incaico. Por cierto que en este mito se incrustan reminiscencias de la era de los cataclismos geológicos en la cordillera de los Andes. Era pues el genio de agricultores y pastores, es decir, de aquella sociedad comunal abstracta, en que la tierra estaba poseída en su integridad, igual que los rebaños de auquénidos, en que el trabajo apenas se diferenciaba por sexos o por edades y, por tanto, en que las fuerzas productivas eran aún débiles. Aquel mito un tanto abstracto se concentró en el primitivo Coricancha, pues según Cieza, Batanzos y otros Cronistas, Pachacútec Inca-Yupanqui fue el reconstructor del Coricancha realmente incaico, el de los actuales restos sobre los que se levanta la iglesia católica de Santo Domingo.

A medida que avanzaba el desarrollo social, que se desenvolvía la división y la técnica del trabajo, que las tierras comunales se desmembraban e iban fraccionándose en favor de las clases dirigentes, que se esbozaba el Estado incaico, con su consiguiente estructura familiar, camino de la individualización monogámica, basada en la propiedad particular, todo ello debido al crecimiento de las fuerzas productivas y al cambio consiguiente en las relaciones de producción, el culto a la Luz, encarnado en aquel sol de fuego que suele nacer así, como una bola de ascua, cada día, entre las brumas de los Andes orientales o "Anti-Suyu" —que hoy es la provincia de Paucartambo—, iba trocándose en el culto más concreto a *"Punchau"* (el Día). Diríase que paralelamente al cambio cualitativo de la estructura social, la "sagrada familia" solar, a imagen y semejanza de la familia terrestre, cambia asimismo su contenido ideológico. El

[11] Véase la ilustración fotográfica que acompaña a este trabajo.

Sol es el Inca del cielo, el antepasado, el padre de los Incas; la Luna viene a ser la "Coya", la esposa oficial del Astro-Inca y las risueñas *"Chascas"* (luceros, estrellas), como las *coillor* terrestres (las "Yúrac-Acllas", las "Escogidas del Sol"), sus amantes. La familia solar fue instalada a su placer y con fantástico esplendor de oro fino en el nuevo Coricancha. Y el mito popular, comunal, sustituido por el incaico. "Todo cambio en las relaciones económicas y sociales reclama un cambio en el mundo de los espíritus; si las condiciones de la familia terrestre se transforman, la santa familia se transforma igualmente".[12] El culto al sol es pues la simulación del culto a la familia incaica, porque la estructura social ha variado fundamentalmente desde su advenimiento.

Mas el rito a este Sol de los Incas no tenía nada de esotérico o misterioso. Su desarrollo guardaba mucha semejanza con el ceremonial cortesano o incaico. Consistía cotidianamente en la imitación práctica o parodia del curso del sol por el horizonte, desde la mañana hasta la tarde, o sea en el traslado procesional —como si fuera el tránsito procesional del Inca que hacían de una de las planchas de oro, representativa del astro, plancha con repujados que le daban una faz humana, radiada, procesión del lado oriental al opuesto, de acuerdo con el curso del día, a fin de que sobre ese disco bruñido, quizás con cara de inca, sonriera la luz solar, se reflejara sobre él, así diáfana, inefable como es la luz vertida sobre estos horizontes andinos, ya en las amanecidas, allá por las campiñas, ya en los ocasos, sobre los desvanes de las viviendas del Cusco-Alto o sobre las cumbres de las montañas del confín, donde acuden a recibirla con gozo los espectros de los antepasados, sepultos en las cuevas o entre los neveros eternos; o también, después de que ha cesado la lluvia y se ha aplacado la tempestad, en ese momento en que el sol refulge con brío, efectivamente como un dios bienhechor. En la etapa superior del régimen incaico, esos ritos heliolátricos estaban restringidos cada vez más; sólo el Inca y su corte podían presenciarlos y penetrar hasta el "tabernáculo"; el pueblo común los espectaba desde los contornos de la plaza delantera o desde las terrazas de los contornos.

Otra función cumplida en Coricancha, a más del "Helio-Incaísmo", consistía en la explicación cosmogónica de las fuer-

[12] CHARLES HAINCHELIN, *Les Origines de la Religion,* Ed. Sociales, París, 1950.

zas productivas, según nos demuestra el original, de croquis, de admirable contenido, trazado por el citado autor de "Relación de Antigüedades". Inmediatamente después de "Ticsi-Huiracocha", referida líneas arriba, vienen los astros y estrellas de la familia solar, que todos pueblan la zona "Cielo", de la simbología quechua, por encima de la zona "Tierra" que ocupa la parte inferior. Justamente, en el salón destinado a las Estrellas, que se conserva en las tres cuartas partes de su ser, hasta ahora, se nota aún la huella negruzca de una faja de oro con que se dividía estas estancias, en dichas dos zonas: Cielo y Tierra, "con una cinta de oro de dos palmos de ancho y cuatro dedos de altor".[13] Esa faja de oro dividía también en este "altar mayor" que estamos interpretando, ambos dominios.

Las imágenes del Sol, de la Luna y de las Estrellas mayores (croquis de Santacruz), como se acaba de ver, eran el trasunto de la familia dominante, la de los Incas, por otra parte, como una derivación del "Sol de Fuego", semejante a la derivación de los Incas de la comunidad ancestral.

Pero en esta especie de escritura jeroglífica, que eso significaba en realidad aquel tablero del aludido "altar mayor", hay otras figuras vinculadas con las fuerzas siderales y conexas a la vez con la "historia" terrestre; figuras que continúan desenvolviendo el concepto cosmogónico y social del pensamiento quechua. Esas figuras subordinadas, se analizan a continuación. Debajo de *Chasca-Coillor* o lucero de la aurora, según la leyenda manuscrita, se despliegan por el "firmamento" las trece *"Suchis"*, cuya presencia en el cielo diáfano de las noches de mayo y junio anuncia el término de la estación lluviosa, por lo cual Santacruz llama "Verano". Si bien es cierto que en esta época el Sol quema en los mediodías, sobre un cielo límpido y radiante, y permite los paseos y las fiestas campestres, durante las noches y en las amanecidas se desencadenan las heladas, pero permiten recoger el chuño tierno, deshidratado por el hielo, y la pesca abundante del "suchi", pescado que prospera en ciertas lagunas y en algunos ríos, constituyendo aquel chuño y este pescado viandas exquisitas en la mesa de los Incas. Hasta hoy son potajes de alta calidad en la cocina popular. Los "Trece Suchis" regulan el desarrollo adecuado de este "verano", no

[13] Segunda Parte de la *Crónica del Perú*, Madrid, 1880, CIEZA DE LEÓN,

obstante los hielos pero merced a la maravillosa diafanidad atmosférica de los horizontes andinos.

Al lado opuesto y entre las leyendas escritas "nube", "niebla", "pocoy" (maduración), "imbierno", se ven aborregadas unas nubes que simbolizan la estación lluviosa, que para Santacruz, y sin duda para los *Huillac-Umas* del Coricancha, no sin cierta lógica de observación empírica, corresponden al invierno, aun cuando astronómicamente las lluvias caen durante la estación del verano. Pero bajo la acción benéfica de las lluvias, enviadas por aquellas nubes, maduran las sementeras, cantan las aves sobre los maizales, e *chuchico* o tordo, el *Chumpituis* o alondra, el *Chocllo-pocoche* o ruiseñor, que con sus trinos sobre los maizales parece que apresuraran a que los sembrados entren en sazón y gustarlo el choclo tierno a hurtadillas y antes que el hombre. Las canciones incaicas se refieren precisamente a aquel papel de las nubes y a este canto de las aves. A un costado de las nubes, se ve el felino de cuatro ojos, *Chuqui-Chinchay*, el temible, que envía a la tierra el granizo. Y en la parte central, todavía de la zona "Cielo", las estrellas cruzadas, "Saramanca" y "Cocamanca", claras luminarias que deben de actuar sobre el maíz blanco y sobre la preciada coca.

Luego viene la zona "Tierra", la parte inferior y básica de la cosmogonía quechua. En este croquis de Santacruz no aparece la faja de oro —"una cinta de oro de dos palmos de ancho y cuatro dedos de altor", según Cieza de León[14]— que dividía la "Tierra" del "Cielo", cuyas huellas, bastante precisas, se pueden ver hasta ahora en el salón destinado a las "Estrellas", entre los actuales restos arquitectónicos de Coricancha. En esta zona se puede ver, representado por un círculo, a *Mama-Pacha* (la "Madre-Tierra") y dentro del círculo, inscritos, los tres picos que simbolizan a la cadena de los Andes. De entre esos picos, se desliza el *río Pillcomayo (pillco,* ave canora), símbolo de todos los ríos interandinos. Envolviendo a la Tierra, como quien dice, en círculos celestes, se ve el Arco-Iris, "Cuichi" y, al costado, también como una saeta que viene del cielo, el *Chuqui-Illapa* (Rayo-Trueno), terror de pastores y de rebaños de auquénidos, en forma de saeta zigzagueante. Debajo de Mama-Pacha, como si se dijera, en el subsuelo, se esbozan los "siete ojos", que según indica la leyenda en quechua son "los ojos de toda clase de plagas malditas", seguramente en recuerdo de aquellos siete años de sequía, de hambrunas y

calamidades que asoló el Cusco, durante el gobierno de Túpac Inca Yupanqui, según Santacruz Pachacuti y Huamán-Poma de Ayala.[14]

A igual altura y en el lado opuesto, aparece el signo que dice: *Mama-Cocha* (la Madre-Agua), en forma de un corazón agrandado, como el de toda madre, desde luego. Designa al mar, a los lagos y lagunas, a las grandes extensiones de aguas estancadas. Este "corazón" se proyecta, además, por medio de una línea, hacia un pequeño círculo, cuya leyenda dice: *Pucyo* o lo que es lo mismo, fuente o manantial, que es de la misma esencia que la entraña.

Entre las dos "Madres", se destacan las figuras del Hombre y de la Mujer, símbolos de todos los hombres y mujeres que viven y se nutren de las savias de aquéllas, sustentadas a su vez, como se ve, por las fuerzas celestes y que son transformadas por medio del trabajo. El *Mallqui* o árbol, que se destaca al costado y cerca a las fuentes de regadío, representa al reino vegetal, en cuyo cultivo y dominio fueron admirables los quechuas.

Por último, en el extremo inferior del tablero, se ve una rejilla, con la leyenda: "Collca", al lado izquierdo, y la palabra "Pata", al derecho. O sea, contrayendo ambas palabras, "Collcampata". ¿Qué significado tuvo esa figura, al parecer extraña y descoyuntada, con el resto del tablero? ¿Qué quisieron decir los "Huillac-Umas" del Coricancha con esa imagen, reproducida por el indio quechua Santacruz Pachacuti? Expliquémoslo. Collcampata se llamaba al barrio más alto del Cusco, donde además de las mansiones de los primeros incas, estaban los depósitos, trojes, almacenes de los productos excedentes, agrícolas y manufactureros, que se trasladaban del campo a la ciudad, en forma cada vez mayor y de más volumen, a medida que la clase dominante, en este caso, la de los incas, pesaba sobre el pueblo trabajador. Y se llamaba así a todo el barrio, "Collcampata", emporios situados en el Cusco-Alto. Además, esas "collcas" estaban hechas —para el depósito de los granos— de juncos, carrizos o tallos de árboles, unidos unos con otros, verticalmente por medio de lacerías de lana o de esparto y en forma unas veces cilíndricas, otras, cuadrangular, como la "parrilla" figurada por Pachacuti. Con el tiempo, esa palabra se

[14] Santacruz Pachacuti, *ob. cit.*, p. 191, Huamán-Poma de Ayala, *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, Ed. facsimilar, París.

adjetivó para señalar a todo depósito de esa índole, colocado de preferencia en un lugar dominante, para la mejor conservación de los frutos almacenados.

Coricancha tenía, pues, su "collcampata", sus depósitos y almacenes, tan abundantes como en las casas de los incas. Frutos, manufacturas, joyas; frutos provenientes de las tierras del Sol, manufacturas y joyas trabajadas en sus propias dependencias. En este caso, la rejilla dibujada en el término inferior del grabado, significa, de acuerdo con el pensamiento de aquellos quechuas (más allá de la interpretación meramente astronómica de Lehmann-Nitsche o de la teológica de Markham), significa, decimos, un final o meta de la vida, el zumo del universo, donde confluyen, de arriba hacia abajo, las savias del "Sol de Fuego", del Sol-Día, de las Constelaciones, de las nubes, de las "Madres", en fin, de todas las fuerzas cósmicas que sirven para satisfacer las necesidades humanas, que de otro modo aquellos elementos cósmicos no tendrían valor. Es el *fruto,* condensado en el almacén, que rezuma la naturaleza universal, transformada por la técnica del trabajo humano.

Pero acaso se encontraría igualmente un sentido justo y lógico, si en vez de la dirección tomada por Santacruz Pachacuti, del "Cielo" hacia la "Tierra", de arriba abajo, o sea, del "principio" al "fin", desde "Ticsi-Huira-Cocha" hasta Coricancha y "collcampata", valga decir, del pasado al presente, señalamos que los frutos del depósito son una base de sustentación para el hombre, que permite ir de abajo hacia arriba, del presente al pasado, y entonces se explica con mayor claridad el mito solar y todo el engranaje celeste, cualitativo, simples parodias de la sociedad incaica, del desarrollo técnico en el proceso de producción, de los matices de la vida cotidiana, toda vez que "es mucho más fácil encontrar las concepciones nebulosas de las religiones por el análisis de la base material".[15]

De todos modos, aquel paño o "escritura jeroglífica" del Coricancha incaico, revelada por el dibujo sencillo, ingenuo, infantil casi, de Santacruz Pachacuti, como de buen quechua de la zona del Cusco, nos permite penetrar en el pensamiento así sencillo y luminoso del labriego, del pastor y del artesano cusqueños, que hicieron de su hermosa ciudad ("Cosco, súmac llacta"), un centro técnico y un egregio núcleo de la historia de su pueblo.

[15] Karl Marx, *ob. cit.,* T. II, p. 59, n. nº 2.

Coricancha, además, era un Museo, donde los "Amautas" podían conocer el pasado, vinculándole asimismo ese conocimiento con el arte y con la técnica. A cada lado del santuario del Sol estaban las momias de los incas difuntos, con todas sus preseas, insignias, trajes de lujo, joyas, etc., con todo aquello que recordara sus hazañas y sus obras. De ese modo, los "Huillac-Umas" y "Amautas" conocían de memoria los hechos más notables de sus incas, para trasmitirlos oralmente a sus semejantes, a los de su generación. Precisamente ellos fueron los que relataban a los Cronistas de la Conquista los hechos de sus antepasados. Junto a las momias embalsamadas se colocaban además la imagen de cada difunto, esculpida en oro, como si fuera aquel "doble" usado por los egipcios. Esas esculturas hechas por medio de láminas de oro reproducían la figura humana al desnudo, como si dijéramos, al natural, tanto al hombre como a la mujer. Ya posteriormente podrían ser vestidas o cubiertas con trajes adecuados al tamaño de la imagen esculpida, como a veces se usaba.

También las "Coyas" o reinas, las esposas preferidas de los incas, al fallecer, eran embalsamadas y colocadas sobre sus asientos de oro, en el salón destinado a la Luna. Sobre esto, tenemos que recurrir una vez más al testimonio de Pedro Sancho, en lo que dice a propósito del Coricancha: "Verdaderamente era cosa digna de verse esta casa donde se fundía, llena de tanto oro, en planchas de ocho y diez libras, cada una, y en vajillas, ollas, piezas de diversas figuras, con que se servían aquellos señores y entre otras cosas singulares era muy de ver cuatro carneros (auquénidos), de oro fino, muy grandes y diez o doce figuras de mujer, del tamaño de las mujeres de aquella tierra, todas de oro fino, tan hermosas y bien hechas como si estuvieran vivas... las vestían de ropas muy hermosas y finísimas".[16]

Este Museo era, pues, algo así como una galería de arte y de historia, donde los muertos "ilustres" representantes de las fuerzas conservadoras, *conviven* y esclarecen sus hechos, mantienen su rango, sirven de apoyo moral a la clase gobernante. Institución del saber empírico, cerebro de la ciudad, alma del mundo quechua.

[16] *Las Relaciones de la Conquista del Perú*, P. Sancho, p. 181, Lima, 1927, Colección "Urteaga".

Por último, en los traspatios y dependencias del Coricancha funcionaban centros de trabajo, talleres de manufacturas destinadas especialmente para el consumo de las necesidades ideológicas. *Ahuacpintas,* telares textiles; *corihuayrachinas,* fraguas y fundiciones de oro, plata y otros metales. Orífices y plateros para la forja de los ornamentos arquitectónicos del numeroso conjunto de edificios: zócalos, cinturones entre "Cielo" y "Tierra", entrepaños, cornisas, portadas de cada santuario, en fin. Acaso si tardan unos años más los españoles en la conquista de estos pueblos, en el Coricancha habrían encontrado unos monumentos mucho más o totalmente cubiertos con planchas y repujados de oro en proporciones más fantásticas, si cabe, que el Coricancha saqueado en 1533. Entonces el oro de los Incas habría encubierto totalmente a la obra magnífica de los arquitectos de la época ascensional. Metalarios de instrumentos de *champi,* el bronce andino, especial para la técnica del trabajo en general. Lapidarios y miniaturistas, buriladores en piedras preciosas, jade, obsidiana, esmeralda, alabastro, para llenar de ofrendas y ex votos los nichos destinados a los símbolos de las fuerzas productivas. Alarifes y canteros, talladores de andesitas, granitos, basaltos, batían constantemente las piedras para ampliar las galerías y estancias de la monumental "universidad" quechua. El jardín de oro, propiamente dicho, que ocupaba las terrazas exteriores, visibles para todos, demandaban asimismo una labor constante, nunca terminada de parte de los orfebres, puesto que el famoso "Jardín" era, en cierto modo, una copia del "Jardín de los Incas", de los maizales de las campiñas, de las flores andinas más características; de los rebaños de los auquénidos de las altiplanicies: cada hato con su pastor respectivo, blandiendo la honda, que con su chasquido señala el rumbo. Por obra de los orfebres y metalarios en general, el Coricancha reproducía la vida real, en todos sus aspectos fundamentales. Por medio de todas aquellas imágenes plásticas, resplandecientes de oro, se explicaba la estructura material y social del mundo, para conocimiento de las generaciones presentes y venideras; por el gesto de los dioses o de las momias, por el escorzo de las imágenes que simbolizaban a las fuerzas productivas, cielo, tierra, agua, vegetales, animales, hombres, los "amautas" quechuas explicaban —incluso a nosotros, sus descendientes del siglo XX—, que "la historia no es otra cosa que la producción humana por medio del trabajo; o

sea, el desenvolvimiento de la naturaleza por el hombre".[17] Esa filosofía quechua, que fluye y se rezuma hoy mismo, por entre los restos del famoso santuario, nos hace ver su realismo y humanismo; realismo en perenne contraste y movimiento en avance, tomado el ambiente cósmico en sus justas proporciones, aun en aquello que trasciende de la realidad práctica. Y humanismo, porque le asigna al hombre el lugar exacto que ocupa en la producción, sin darle atributos sobrehumanos, teológicos, fantasmagóricos, ni expresarle por alegorías monstruosas, absurdas, pues el hombre quechua no tiene necesidad de encubrirse con animales que representan la fuerza o la astucia, la crueldad ni la feroz prepotencia del felino; no se representa ni con hocico de felino ni con garras de rapaz, como los "Chavines", por ejemplo. Y si usa en sus fiestas de máscaras que representan a aquellos animales es por chacota y no por veneración ni por miedo. El arte quechua es el trasunto equilibrado del dominio del hombre sobre la naturaleza vista con amor, antes que con temor.

[17] Cita de Jean Freville en su estudio preliminar de la obra: *Marx-Engels: Sur la Litterature et l'Art,* Edit. Sociales, París, 1954, p. 48.

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

DUALISMO SIMPLISTA INACEPTABLE

Por *Alfredo L. PALACIOS*

I. La Asociación de Mayo

En junio de 1830 un joven de veinticinco años regresaba a su patria, después de una prolongada estada en París. Hijo del vizcaíno José Domingo Echeverría, se llamaba Estevan. Era un caballero perfecto, conjunción de valores éticos y estéticos, de cristiano y de pagano. La belleza de su conducta hacía recordar a Atenas.

Volvía con grandes esperanzas y un anhelo fervoroso de servir a su pueblo.

Pero la patria se había transformado.

Ya no estaba en Buenos Aires, Rivadavia. Después de días aciagos y sangrientos, Rosas había entrado triunfante. Y el déspota se erigió en árbitro de vidas y haciendas.

Rosas era el representante de la oligarquía terrateniente. La ciudad sostuvo al tirano con más entusiasmo que la campaña. La gente del arrabal, el *lumpenproletariado* —según la expresión de Marx—, la turba, que en todas las épocas plantea un grave problema social, se sintió halagada por el tirano demagogo, que asistía con frecuencia a sus *candombes*.

Echeverría comprobó que la luz del ideal de Mayo se había apagado y se propuso reencenderla. Su noble cabeza pensadora, su porte arrogante, su distinción, su inteligencia clara y penetrante, su fama de poeta, atrajeron a la juventud ávida de saber y ansiosa de libertad que en ella era un clamor recóndito, un deber ineludible.

Esos jóvenes de los que Echeverría fue maestro y hermano mayor, formaron la Asociación de Mayo y se lanzaron a la empresa aventurada.

Habían sido marcados por el destino para reconstruir la patria avasallada. No eran federales ni unitarios. Constituían

una generación limpia de sangre, sin odios que ensuciaran el alma, y que venía a regenerar la patria.

De ahí surgió el *Dogma Socialista:* un *credo,* una *bandera* y un *programa.* Con él se inicia el núcleo central de la generación llamada de los proscriptos, quienes perseguidos por el despotismo, recorrieron América y Europa y a la caída del tirano retornaron a su patria, prestigiados por el sufrimiento y aleccionados por el saber y la experiencia, para edificar los cimientos y los pilares de la nacionalidad.

Un impulso irrefrenable de idealismo militante prendió en el alma de aquellos jóvenes lanzados a la empresa de reconquistar la libertad, afirmando una política social con sentido profundamente argentino y una economía que se basara en nuestros medios de producción y en las características psicológicas y sociales de nuestros pueblos.

Sostiene el *Dogma* que la democracia es el régimen de la *libertad* basado sobre la *igualdad de clases,* definición no superada y aceptada por la *Asociación de Mayo* de 1837, lo que demuestra palmariamente que el sentimiento y la idea socialistas se desenvolvieron entre nosotros sin que existiesen las condiciones históricas de una sociedad capitalista.[1]

De otra manera no hubiera sido posible la *nacionalización de la tierra,* ni la *interpretación económica de la historia americana,* fundamentada en postulados éticos, ni el reconocimiento de la *propiedad social* como un derecho natural, ni la *defensa de la moral del trabajo,* ni el *repudio al régimen del salariado,* origen de la *lucha de clases,* y *forma postrera de la esclavitud,* según la expresión del *albacea de la Revolución de Mayo* que superó a las facciones y a sus enconos, haciendo la síntesis entre la *ciudad* y el *campo.*

[1] Dice Echeverría: La democracia no es sólo una forma de gobierno sino la esencia misma de todos los gobiernos republicanos. *Es el régimen de la libertad fundado sobre la igualdad de clases;* es el consentimiento uniforme de la razón de todos obrando para la creación de la ley y con el fin de decidir sobre aquello que interesa a la asociación. Ese consentimiento general y uniforme constituye la soberanía del pueblo. La soberanía del pueblo es ilimitada en todo lo que pertenece a la sociedad, en la política, en la filosofía, en la religión, *pero el pueblo no es soberano de lo que toca al individuo, de su conciencia, de su vida, de su libertad...* Es el respeto religioso a los derechos naturales del hombre. (Véase mi libro *Estevan Echeverría. Albacea del pensamiento de Mayo,* Buenos Aires, 3ª edición, *Claridad,* Capítulo XII).

Para la *Asociación de Mayo* no podía existir la política, en su auténtico sentido filosófico, sin una idea de progreso, que es aumento de valores. De ahí la *confraternidad de principios* que no significa la supresión de la contienda de ideas, inevitable y útil, confraternidad tan necesaria ahora como antes, y que envuelve un concepto ético, base moral común para el entendimiento de todos los *hombres de bien* en el sentido político que Montesquieu da a esta expresión: *hombres que aman las leyes de su país por el amor a las leyes.*

Los esbirros de la tiranía persiguieron a los patriotas. La mazorca mostraba el cabo de sus puñales hasta en la galería de la Sala de Representantes. La vida en Buenos Aires se hacía intolerable. Echeverría dijo entonces a sus compañeros: *Estamos vendidos. La tiranía nos acecha. Separémonos como hermanos, y que cuando aparezca el nuevo sol de Mayo nos vea a todos reunidos en las filas de los libertadores y regeneradores de la patria.* Él no vería nunca el nuevo sol. Es el trágico destino histórico de los grandes capitanes que marcan el rumbo; dirigen la nave con mirada de zahorí, pero caen antes de llegar al puerto...

Alberdi y Cané se retiraron a Montevideo y desde allí propagaron la doctrina. Villañe fue encargado de fundar la *Asociación* en Tucumán. Marco Avellaneda, el mártir, aceptó fervorosamente el pensamiento del *Dogma.* Vicente Fidel López fundó en Córdoba la *Asociación* con Paulino Paz, Enrique Rodríguez, Avelino y Ramón Ferreyra, presididos por Francisco Álvarez. Quiroga Rosas fue enviado a San Juan como apóstol. Era en 1838; arreciaba la tiranía y allí estaba *Sarmiento,* que entonces contaba veintisiete años.

El joven sanjuanino se entusiasmó con las ideas sistematizadas, que constituían el plan de reconstrucción de la patria. Juró las *palabras simbólicas* del *Dogma* y se ensancharon los horizontes del genial autodidacto cuya cultura carecía de ordenamiento.

II. El joven Sarmiento

¿QUIÉN era el provinciano que se incorporaba a la *Asociación de Mayo?*

Había nacido en 1811 en un rancho del Carrascal, barrio, el más pobre de San Juan. Los primeros habitantes de esa re-

gión fueron los *Huarpes* que vivían de la caza y de la pesca, pero que también sembraban maíz...

Los *Huarpes,* como lo recuerda el ilustre sanjuanino, en sus *Recuerdos de Provincia,* constituían una poderosa nación que habitó los valles de Tulum, Mogna, Jachal y las llanuras de Huanacache. Poseían el maravilloso instinto del rastreador; eran los antepasados de Calibar, que el *Facundo* hizo célebre.[2]

El presbítero Oro, preceptor del joven Sarmiento a los 15 años, moldeó el espíritu del adolescente. *Mi inteligencia* —dirá después Sarmiento— *se amoldó bajo la impresión de la suya y a él debo mi amor a la libertad y mi consagración al estudio de las cosas de mi país de que nunca pudieron distraerme ni la pobreza, ni el destierro, ni la ausencia de largos años. Salí de sus manos con la razón formada a los quince años, valentón como él, insolente contra los mandones absolutos, caballeresco y vanidoso...*

¡Magnífico autorretrato!

Fue después por necesidad y apesadumbrado, dependiente de tienda, entre *fardos de tocuyo y piezas de quimonos.*

El canónigo Ignacio Castro Barros que pasó por San Juan lo tuvo en febril excitación con su fanatismo rencoroso, que ultrajaba con cólera irreprimible a "los impíos y herejes" —son palabras de Sarmiento— encendiendo las pasiones del pueblo contra Rivadavia y la reforma y *ensanchando el camino a los bandidos como Quiroga y otros a quienes llamaba los Macabeos.*[3] Y un día el adolescente vio a *Juan Facundo;* le dejó una impresión que perduraría por siempre en su alma apasionada y que originó su libro famoso. Encontrándose en la puerta de la tienda donde trabajaba, vio pasar las huestes del *caudillo* que produjeron pánico en la ciudad. Vio avanzar —dice— una *nube de denso polvo, preñada de rumores, de gritos, de blasfemias y de carcajadas, apareciendo de vez en cuando caras empolva-*

[2] Se cuenta de él (de Calibar) que durante un viaje a Buenos Aires le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una arteza. Dos meses después Calibar regresó, vio el rastro ya borrado e inapercibible para otros ojos y no se habló más del caso. Año y medio después Calibar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra a una casa y encuentra su montura ennegrecida ya y casi inutilizada por el uso. Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años. Sarmiento, D.F., *Civilización y Barbarie,* B.A., Félix Lajouane, 1889, p. 40.

[3] Sarmiento, D.F., *Recuerdos de Provincia,* Buenos Aires, Biblioteca de "La Nación".

das entre greñas y harapos y casi sin cuerpo, pues que los guardamontes les servían de ancha base como si hubiera también querubines de demonios, medio centauros.

Esta visión trágica fue para él, su *camino de Damasco.* Renegó de la *federación* con la cual simpatizaba, es claro que sin tener de ella un concepto definido; se negó a seguir siendo hortera y pocos años después, ciñó la espada para combatir a Quiroga, pero además enseñó a leer a los niños de su pueblo.

La visión trágica de Juan Facundo en un temperamento de tormenta con anormalidades propias de su genio, como el del joven Sarmiento, explica, no justifica, su desdén por los indios y los gauchos, su odio a la *montonera* y su excecración a los caudillos, sin discriminación, que había de llevarlo a presentar como la clave de nuestras luchas, la fórmula de *Civilización y barbarie,* dualismo político, de simplismo inaceptable.

III. Sarmiento, poeta y detractor de los poetas

EL 1º de enero de 1838, poco antes que llegara a San Juan el mensajero de la *Asociación de Mayo,* Sarmiento, con gran timidez, a pesar de su pseudónimo, de *García Román,* se dirigió a Alberdi a quien no conocía, pero cuya fama y brillo de su nombre había llegado a San Juan. El joven Sarmiento había escrito versos, pero desconfiando de sus luces, ocultaba su nombre y pedía consejo al tucumano, acompañándole uno de sus poemas. Le decía: *el incógnito ignora aún si lo que ha hecho son realmente versos. Por eso espera que consagrándole algunos de sus ocios, le instruya y anote los defectos de su débil ensayo.*

Y terminaba despidiéndose así: "Su obsecuente admirador que quiere apellidarse por ahora *García Román*".

Alberdi contestó al poeta novel con indulgentes observaciones, invitándolo a ponerse en comunicación con él. A la vez le indicaba la necesidad de *dar una marcha peculiar y nacional a nuestra literatura.*

Sarmiento aceptó complacido la invitación; expresó, respecto a la literatura nacional, que la creía *indispensable, necesaria y posible,* agregando que *había observado con ardor las ideas que apuntaron en algunos discursos del Salón literario de la Capital, los jóvenes de nuestra generación.*

Nadie podría creer que aproximadamente dos décadas después, el autor de las cartas, y su destinatario, gigantes ya en nuestra Historia, escribieran las *Cartas Quillotanas* y las *Ciento Una,* antología del dicterio, cuando se desencadenaban los odios entre hermanos.

Sarmiento no volvió a escribir versos. Acaso las observaciones indulgentes de Alberdi amén de rozar su vanidad, le demostraron que no había venido al mundo para cantar.

La verdad es que habló despectivamente de Echeverría, llamándole *poeta romántico* cuando se detuvo en Montevideo, en viaje para Europa. Quiso conocer personalmente a los proscriptos. Pronunció palabras que revelan no haber penetrado en el espíritu del pensador poeta que le inició en los estudios sociales. Habló de sus bellas teorías de libertad y justicia, con cierto desdén. *No entraré a examinarlas* —le dice a López— *por lo que puede ser que trasluzca usted algo en un trabajo que prepara para ver la luz pública bajo el nombre de* Dogma Socialista. *El poeta vive, empero aún a través de estas serias lucubraciones. Echeverría* —agrega— *es el poeta de la desesperación.*

Hay en estas expresiones una gran injusticia.

Echeverría era en Montevideo la figura más descollante por su talento, por su cultura filosófica, por la pureza de su conducta y por ser el maestro indiscutido de una generación.

Cuando Sarmiento habla de un trabajo que preparaba Echeverría bajo el nombre de *Dogma Socialista* no podía ignorar que él había jurado las *Palabras Simbólicas* de ese *Dogma,* en 1838. Además, Sarmiento conoció en Montevideo, las obras sobre educación del autor del *Credo,* publicadas en 1844, y especialmente el *Manual de Enseñanza Moral para las Escuelas Primarias del Estado Oriental,* donde se revela el pensador, obra de la cual más tarde el mismo Sarmiento dijo: *Puesto que ha de haber un libro, éste es el que necesitamos.*

La verdad es, también, que muchos años después lanzaba una diatriba terrible contra los poetas argentinos.

Haced versos —les decía— *y poblad el río de seres fantásticos, ya que las naves no vienen a turbar el terso espejo de sus aguas, y mientras otros fecundan la tierra y cruzan a vuestros ojos, con sus naves cargadas, el* almo río; *cantad vosotros como la cigarra; contad sílabas, mientras los recién venidos cuentan patacones; pintad las bellezas del río que otros navegan; describid las florestas y campiñas, los sotos y bosquecillos*

de nuestra patria; mientras el teodolito y el grafómetro, prosaicos en demasía, describen a su modo y para otros fines los accidentes del terreno.

Ataca a la poesía y a los poetas: monólogo estéril, mentes decaídas, hombres incapaces para la acción, inhábiles para el trabajo; derrochadores de la inteligencia.

El que así hablaba no era el joven Sarmiento que tímidamente enviaba sus versos a Alberdi aguardando su juicio indulgente. No; era el Sarmiento maduro pero tempestuoso, impulsivo, polémico, demoledor, contradictorio, exagerado, pero a veces genial.

Mitre, tribuno, legislador, soldado, mas también poeta, contestaba al gigante injusto y enardecido, diciéndole que el ser poeta no impidió a Solón ser el primer legislador de la antigüedad; pero que el no serlo le impidió a Roberto Peel ser el primer hombre de estado de Inglaterra.[4]

Podríamos agregar que el ser poeta no impidió a Estevan Echeverría, precursor de la democracia social americana, estructurar espiritualmente al país, y escribir su *Dogma Socialista de Mayo*, con el que se retomó el camino de la Revolución y en el cual se inspiró la Constitución del 53, de la que fue comentarista el sanjuanino ilustre. Ni impidió tampoco a Mitre, que organizara la Nación, después de Caseros y fuera el primer *mandatario docente de la República.*

Pero Sarmiento era contradictorio, profundamente contradictorio.

Poco tiempo después decía que el pueblo argentino es poeta por su carácter, por su naturaleza. *La poesía es como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano.*

Elogiaba, no sólo la *poesía culta, la poesía de la ciudad,* sino, *la que hace oir sus ecos por los campos solitarios —la poesía popular, candorosa y desaliñada.* Afirmaba que también nuestro pueblo era músico. Dedica páginas de gran valor literario a los cantos populares con coros, acompañados de guitarra y tamboril. Dice que los mestizos se dedicaban a la música y eran muchos los hábiles compositores e instrumentistas que salen de entre ellos. Y concluye expresando que *en medio de la rudeza de las costumbres nacionales, estas dos artes embellecen la vida civilizada, dan desahogo a pasiones generosas y están honradas*

[4] Mitre Bartolomé, *Rimas*, Bs. As., Edic. La Cultura Argentina, 1916, Carta a Sarmiento, XXIII.

y favorecidas por las masas mismas, que ensayan su áspera musa en composiciones líricas y poéticas. El prócer contradictorio recuerda que los *gauchos* rodeaban con respeto y afición al joven Echeverría y cuando un recién venido mostraba señales de desdén hacia el *cajetiya,* alguno le insinuaba al oído: *es poeta* y toda prevención hostil cesaba al oir este título privilegiado.

El eminente profesor Palcos, refiriéndose a una contradicción del prócer la explica manifestando que en un hombre que se volcaba en sus escritos, tal como era, minuto a minuto, es preciso distinguir —y en esto reside la tarea fundamental del crítico—, lo que obedece a un momento pasajero, de lo que responde a una interpretación permanente. Se trataba de un juicio temerario sobre Rivadavia, a quien consideró inferior al Presidente chileno Montt, llamándole: *pobre hombre de estado, que inicia mucho, todo, y nada asegura, sino la tiranía de Rozas,* juicio desmentido radicalmente cuando afirmó, más tarde, que *vivimos de lo que Rivadavia dejó establecido, crédito, reforma religiosa, escuelas públicas, monumentos e instituciones,* agregando que él —Sarmiento—, *era el último de los discípulos y el primero de los admiradores del gran presidente de los argentinos.*

IV. El mensajero de la Asociación. Juramento de las palabras simbólicas del dogma

QUIROGA Rosas, el animador de los jóvenes sanjuaninos, llevó, junto con el *Dogma,* cuyas palabras simbólicas debía jurar el joven Sarmiento, libros, muchos libros, de Villemain y Schelegel en literatura; de Jouffroy, Lerminier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; de Tocqueville y Pedro Leroux sobre democracia, además de la *Revista Enciclopédica* como síntesis de todas las doctrinas que *alimentaron la sed de conocimiento del prócer,* según sus propias palabras.

Sarmiento recuerda la influencia que tuvieron en el desenvolvimiento de su espíritu los miembros de la *Asociación de Mayo:* Alberdi, Gutiérrez, Tejedor, Fragueiro, y calla el nombre del líder de todos ellos, de Echeverría, que señaló el camino y encarnaba el espíritu argentino; injusticia que repitió Alberdi cuando en sus *Bases* omitió el nombre del maestro.

Quiroga Rosas, el 1º de julio de 1840 escribe a Alberdi di-

ciéndole: *En San Juan se ha hecho mucho; hay jóvenes de temperamento de los nuestros; hombres de progreso... El Credo (alude al Dogma) ha agradado sobremanera a estas gentes deseosas de elevarse. Tenían la peor idea de la juventud de Buenos Aires y su resignación llegaba al colmo. Hoy es otra cosa. Se creía que el Credo era de Rivadavia. Luego les hablé circunstanciadamente de todos los trabajos de la juventud durante la tiranía y conocieron las páginas del maestro Leroux.*

El gran sanjuanino hablaba, entonces, de la *igualdad de clases* con las mismas palabras que Echeverría, cuya era esta expresión clarividente ya citada: *La democracia es el régimen de la libertad basado sobre la igualdad de clases.*

En viaje por Europa, en 1846, desde Rouen, la antigua capital de Normandía, mantiene la continuidad de su pensamiento; le escribe a Tejedor y con exaltación incontenida le habla *en secreto,* de su gran descubrimiento. —*¿Por dónde iba usted?* —le dice— *¿Romanticismo? Ya pasó. ¿Eclecticismo? Lo hemos rechazado. ¿La Monarquía Moderada?... Oiga Ud., al oído; tengo un secreto...; ¡El Socialismo! ¡Qué República, ni qué Monarquía!...*

Refiriéndose a su estada en París durante los prolegómenos de la Revolución del 48 manifestó que asistía, sin saberlo, al último día de un mundo que se iba, y veía sistemas y principios, hombres y cosas que debían bien pronto ceder su lugar a una de aquellas grandes síntesis que hacen estallar la energía del sentimiento moral del hombre.

Después de la caída del tirano, Sarmiento —como Alberdi— pensaba en organizar la patria y su más honda preocupación es la de *educar al pueblo,* pues sabía con Echeverría —su maestro— que *la democracia debe fundamentarse en la cultura.* Y como educador fue la cumbre más alta de nuestra América.

V. En el destierro

La grandeza moral del prócer surge en el destierro. Cruzó la cordillera en 1840. Escribió en los baños de Zonda, bajo las armas de la patria, estas palabras de Volney, atribuidas equivocadamente a Furtoul: *On ne tue point les idées.* Iba a Chile donde se proponía *proyectar los rayos de las luces de su prensa libre* hacia el otro lado de los Andes. Las dictaduras retroceden, ahora, más de un siglo al provocar la repetición de

la protesta imperecedera de Sarmiento. Es esta una vieja historia que ha fatigado al tiempo. Las ideas se combaten con ideas. Pretender destruirlas con la persecusión, es exaltarlas. Por eso Sarmiento —a pesar de sus errores, de su intolerancia con el adversario, de su rigidez, frecuentemente, rayana en la hosquedad—, por el impulso de su genio y su pasión salvaje por la libertad sigue siendo un símbolo que encierra los valores de la nacionalidad y sirve de paradigma de acción y valentía. Sarmiento es el arquetipo de una raza en cuyo destino colaboró la proeza. En el monstruo taciturno de la tiranía afiló sus garras durante veinte años, este león.

Vivió en la tierra hermana —que le daba techo y abrigo— con una austeridad impresionante. Su moblaje, cuenta Lastarría, *consistía en una mesita con una silleta de paja, y en un rincón una cama pobre y pequeña. A continuación de ésta había una larga fila de cuadernos a la rústica, arrinconados en orden como en un estante, y colocados sobre el suelo enladrillado, sin alfombra y sin estera.*

¡*El destierro! ¿Quién de vosotros conoce lo que tiene de despiadado esa apacible palabra?* —dijo Sarmiento en *El Mercurio* pocos meses después de llegar a la tierra hospitalaria del pueblo hermano. *¿Habéis, por desgracia, andado vagando prófugos y sin amigos en tierra extraña? ¿Quién sino el que a su pesar se aleja de la patria, donde queda la casa de sus padres y la escena de sus recuerdos, sabe sentir la insipidez del pan extraño y la desazón de la mesa en cuyo derredor no se sientan la madre y los hermanos? La fortuna puede enhorabuena ofrecer sus goces a precio de oro comprados; pero todo el oro del mundo no hará sentir aquella dicha inexplicable, aquel tranquilo contento con que bajo el techo paterno a la vista de los más indiferentes objetos, siente uno reproducirse mil reminiscencias vagas, indefinibles, de los juegos infantiles, las primeras afecciones y las caricias maternales.*

Pero no importaba la miseria del destierro, si se comparaba con la tortura del calabozo y el puñal del mazorquero en la patria humillada por el tirano.

Sarmiento lucha valerosamente en una contienda homérica. En el destierro es un hombre oscuro y desamparado, sin oficio ni diploma a quien sólo concede su pobreza dos cajones de madera para reposar de sus esfuerzos; emprende en tierra que no es la suya, la guerra a muerte contra el tirano de su país, hom-

bre de energía excepcional que dispone de un ejército y de recursos inagotables extraídos del inmenso territorio sojuzgado.

El ciudadano insumiso, el paladín de la libertad, no cuenta con otras armas que su pluma, su acendrado patriotismo y la fe en el destino de su pueblo.

Y sin embargo, el déspota omnipotente fue vencido por las fuerzas históricas cuyo exponente era el proscripto errante, que como recuerdo de sus luchas nos ha legado el *Facundo* donde se describe magníficamente la pampa y donde se proclama la fórmula simplista de *civilización o barbarie,* excecrando a los caudillos, lo que revela falta de comprensión de la realidad argentina.

Sarmiento es un ejemplar de civismo y energía. En él se completan el soñador y el realizador. El ímpetu vital que irradia su obra, su actitud de infatigable pugna, sobrepasa los términos comunes de *optimismo* y *pesimismo,* porque es una fuerza en marcha, que no se detiene nunca a medir la resistencia del obstáculo, sino que arremete con las armas a su alcance; con una mano golpea y abate, y con la otra siembra y construye. Ni le desvanece la altura, ni le humilla la pobreza; en realidad, para él, no hay más altura que la de su propio pensamiento y su integridad indomable. Le es igual ser Presidente de la República que Juez de Paz en una aldea miserable. Lo que él quiere a toda costa, es ser Sarmiento, *Don Yo,* como le decían. El espectáculo de su *hombredad* es magnífico.[5]

V. Las polémicas en el destierro

En el destierro, el Partido Liberal chileno le envió una comisión que guiada por el General Las Heras —también proscripto— le solicitó que defendiera su programa. No accedió Sarmiento alegando que temía el calificativo de perturbador.

[5] Me place escribir la palabra *hombredad,* refiriéndome a Sarmiento. Cuenta Unamuno en un ensayo que aparece en su libro *Contra Esto y Aquéllo,* que leyendo al gran historiador y psicólogo portugués Oliveira Martins le hirió la imaginación la voz *hombridade. Tenemos, es cierto* —dice el gran vasco— la voz *hombría, pero hombredad me pareció un hallazgo. Hombredad* es la cualidad de ser *todo un hombre.*

No fue sin duda un hallazgo de Unamuno la palabra *hombredad,* pues la usaba ya en el siglo XV el iniciador del género biográfico en las letras españolas, Fernán Pérez de Guzmán. (Véase Generación y Semblanza. Don Enrique III).

Defendió en cambio a los amigos del gobierno, lo que le valió la protección del Presidente Montt.

Si fuera mi propósito solamente hacer un panegírico del prócer, no diría que una razón de ética le impedía proceder así. Sarmiento era un luchador que frecuentemente empleaba la invectiva contra sus adversarios. Era implacable en la pelea. No daba cuartel ni lo pedía. Sería, pues, absurdo que no criticáramos su actitud, que además no podía justificarse por razones económicas que podrían aducirse por quien no fuera un hombre de la jerarquía de Sarmiento. Elevada jerarquía, sin duda.

El prócer trabaja en *El Mercurio* y en 1842 inicia una polémica literaria sobre la *lengua americana* criticando a la Academia Española, a los gramáticos, a Bello y a los escritores chilenos con un empaque que sorprende a sus adversarios. Sostenía Sarmiento con vigor extraordinario y espíritu combativo sus ideas sobre el idioma contra los cultores de la forma y la pureza de la lengua desprovistos de espontaneidad.

No debemos repudiar los modismos tan expresivos que nos ha entregado, formados, el pueblo de que somos parte, al mismo tiempo que recibimos como buena moneda los que usan los escritores españoles y que han recibido, también del pueblo en medio del cual viven. Afirma que la soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma y que los gramáticos son como el Senado conservador creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones. Con una rudeza y una originalidad que desconcertaba a los puristas dice que el torrente los empuja y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivo, al otro día una vulgaridad chocante, pero "¿qué se ha de hacer? —agrega—; todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan; fuerza es agregarla al diccionario y quieran que no, enojados o mohinos, la agregan y no hay remedio, el pueblo triunfa y lo corrompe todo".

Para Sarmiento un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo y cuando un pueblo no vive de su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed "está condenado a recibirla con el limo y las arenas que arrastra en su curso; y mal han de intentar los de gusto delicado poner coladeras al torrente, que pasarán las aguas y se llevarán en pos de sí estas telarañas fabricadas por un espíritu nacional mezquino y de alcance limitado". Y luego

con brusquedad e injusticia pero con un fondo de verdad expresa: "Esta es la posición del idioma español que ha dejado de ser maestro para tomar el humilde puesto de aprendiz y en España como en América se ve forzado a sufrir la influencia de los idiomas extraños que lo instruyen y lo aleccionan".

El proscripto arrincona a sus adversarios, les acosa, les asesta golpe tras golpe y luego les exige que examinen los elementos que constituyen nuestra propia lengua para que se convenzan de que los pueblos en masa y no las academias forman los idiomas. Encontrarían impreso en nuestro idioma las huellas de todos los pueblos que han habitado, colonizado o subyugado la península. Y el prócer da su golpe final, afirmando magistralmente que *el castellano en América, como todos los idiomas, sufre merced a la nueva organización que han recibido las sociedades modernas. Los idiomas vuelven a su cuna, al pueblo y después de haberse revestido por largo tiempo con el traje bordado de las cortes, de haberse amanerado y pulido para reverenciar a los reyes se desnuda de estos atavíos para no chocar al vulgo a quien los escritos se dirigen.*[6]

La segunda polémica emprendida por Sarmiento se refiere al romanticismo. Escribe también en *El Mercurio* y pelea bravamente contra el *Semanario de Santiago,* nuevo periódico dirigido por brillantes jóvenes chilenos.[7]

Sarmiento saludó la aparición de *El Semanario* sintiéndose complacido de ello pues él había aconsejado a la juventud consagrarse a los trabajos del espíritu sin arredrarse por la falta de corrección y perfección artística de sus ensayos, perfección imposible por carecer Chile de una literatura y una ciencia ya formadas. Consideraba que muy necio debía ser el joven que en nuestra América pretendiera desde su primera aparición, adquirir el pomposo renombre de autor o de escritor correcto. *El Semanario* iniciaba su publicación aludiendo despectivamente a *El Mercurio,* cuyas páginas eran de *interés efímero* y Sarmiento contestaba que la Sección *Correspondencia* de *El Mercurio* "era la expresión del pensamiento y de las necesidades de Santiago" y no es nuestra la culpa —agregaba— si no ha llenado los deseos de los redactores de *El Semanario* sobre los cuales sin em-

[6] Sarmiento, Obras completas, T. I, p. 225.

[7] *El Semanario* de Santiago apareció el 14 de julio de 1842. Los artículos de Sarmiento en *El Mercurio* son del 19, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31 de julio y 7 y 8 de agosto de 1842.

bargo ha influido. Poco después *El Semanario* provocaba una polémica con un artículo sobre *Romanticismo.* Era en 1842. Sarmiento se enoja porque ese artículo se escribía sin conocimiento del asunto, diez años después que la escuela romántica en Europa había sido "enterrada y sepultada al lado de su antecesor en literatura, el clasicismo porque 'ambos son ánimas de otro mundo que Dios bendiga' "; después de diez años que dejó de oírse el último tiro en la polémica que su aparición suscitó; después que la historia de la literatura lo ha recogido en sus *Anales;* después que la filosofía ha hecho la autopsia de su cadáver poniendo en buen lugar las partes nobles de su cuerpo y ocultando bajo tierra las corruptibles e indignas; *después, en fin, que la escuela socialista se ha parado sobre el pedestal firme y seguro de las necesidades de la sociedad, las tendencias liberales y la elaboración del porvenir del mundo.*

Lo grave para Sarmiento era que los jóvenes de *El Semanario* ignoraban el *romanticismo.* Creyeron que era sólo lo absurdo, lo inverosímil, lo abominable, lo fastidioso, lo extravagante; todo lo que es contrario a la razón, a la naturaleza y la verdad. El romanticismo, decía *El Semanario* está representado por las "abominables piezas dramáticas, llenas de extravagancias y de incidentes inverosímiles... con bufones vestidos de reales insignias, estupendos mamarrachos". Sarmiento contesta, agriamente, diciendo que sostener tal cosa es tan absurdo como afirmar que *la revolución francesa, hija de la filosofía y del estudio de los derechos del hombre no fue sino el robo, el degüello, la depravación de las costumbres, las matanzas de septiembre, la guillotina ambulante, Marat...*; o que la independencia americana fue el germen de la guerra civil más espantosa y del despotismo militar más odioso, etc.

Y luego el redactor de *El Mercurio* sin pretender rehabilitar el romanticismo por que esto sería tarea inútil, acomete al adversario con una superioridad indiscutible, acusándolos de estar vacíos de sentido común y expresando que las cosas más grandes y los más nobles principios tienen en su aplicación a la práctica, en la lucha por echar por tierra los obstáculos que se oponen a su triunfo, su lado odioso, extravagante y a veces despreciable y que el cristianismo mismo, con ser tan grande no ha podido salvarse de esta ley general.

No debe confundirse el principio innovador con los "estragos momentáneos y los extravíos en que han caído los hombres

encargados de la innovación". El romanticismo representa "una gran revolución en literatura, un gran sacudimiento de la inteligencia". Se dirige Sarmiento a los jóvenes literatos del *Semanario,* aristarcos de Hugo, les pide que hagan examen de conciencia y les dice severamente: "¿En qué Chimborazo del mundo filosófico nos hemos parado para ver a nuestros pies con ojos desdeñosos a todo un Víctor Hugo que si un día tiene el buen humor de hacer algunas apuntaciones y decir privadamente: 'he escrito un libro', da en esto una orden a la prensa para que exclame con su trompeta sonora como la del ángel de la resurrección final: *¡Atención, pueblos civilizados! ¡Hay un grande acontecimiento literario! ¡Hugo se digna hablar! ¡Ha escrito un libro! ¡Descubrámonos!... Y todas las prensas del mundo van repitiendo este grito de alerta: ¡Hugo ha escrito un libro!...*

Habla después de los escritores que tienen harto mérito para cometer errores disculpables en una época eminentemente revolucionaria, en que todos los edificios viejos son atacados y destruidos para reconstruirlos con más simetría y bajo un plan más vasto y conforme a las necesidades de la gran familia que va a habitarlos. Es claro que el gran periodista no quiere *disputar a nadie el derecho de crítica,* simplemente aspira a que no se *aje el principio innovador y se confundan en un mismo rincón las ideas regeneradoras y los extravíos y exageraciones en que incurren los artífices.* Quiere que separe la cizaña de la buena simiente; quiere en fin que se hable en nombre del arte actual o del que debe suceder al romanticismo y no en nombre de Horacio y Virgilio e Inarco Celenio que nada tienen que ver con nuestras necesidades sociales.

El artículo de *El Mercurio* del 26 de julio de 1842 termina apabullando al adversario con cierta crueldad, que el autor mismo reconoce, al decir que cuando se "arremanga" para entrar en polémica, es su mala costumbre *dormírsele* una semana entera hasta que sale otro número del periódico semanal con quien pelea, a decirle: "basta con ese que ya llora; aquí estoy yo". En una página admirable[8] Sarmiento hace una síntesis de sus opiniones sobre el romanticismo y su sucesor. Fue el romanticismo la libertad de pensamiento; fue una verdadera insurrección literaria como las políticas que le precedieron; destruyó todas las antiguas barreras que se creían inconmovibles; lo destruyó todo y desapareció cuando cumplió su tarea. ¿Quién le ha sucedido?

[8] Sarmiento, *El Mercurio* del 28 de julio de 1842.

—dice Sarmiento—, el socialismo, es decir, la necesidad de hacer concurrir a la ciencia, el arte y la política al único fin de mejorar la suerte de los pueblos, de favorecer las tendencias liberales, de combatir las preocupaciones retrógradas, de rehabilitar al pueblo, al mulato y a todos los que sufren".

Explica Sarmiento en su original escrito lo que significa *Ruy Blas* "el lacayo que nunca ha sido más que un lacayo locamente enamorado de una reina y preñado el corazón de pensamientos y aspiraciones que apenas cabrían en el alma de uno de los más orgullosos y grandes de España" según las palabras de *El Semanario* que se rebela contra Víctor Hugo. El periodista de *El Mercurio* hace notar magistralmente que Hugo con su *Ruy Blas* quiso pintar una sociedad caduca, un edificio social que se desmoronaba, una nobleza decrépita y sin virtudes, una monarquía próxima a su ruina y en este fango colocar al hombre del pueblo, es decir, al pueblo mismo o al hombre de genio que se esconde bajo los harapos del vulgo pero que comprende porque siente los males de la nación. Este hombre es Ruy Blas "que toma la dignidad del genio, echa del palacio real a puntapiés a la turba de nobles venales y corrompidos, como Cromwell a los miembros del Parlamento... y se propone salvar a la monarquía introduciendo el orden y remediando los males de la nación que él ha presenciado, sentido y sufrido cómo presencian, sienten y sufren todos los oprimidos". Ataca Sarmiento con una acritud exagerada a los jóvenes de *El Semanario* y defiende a los hombres del pueblo, al peón, al artesano, el *roto,* algunos de los cuales pueden llegar a ser hombres extraordinarios y se rie de los *grandes de España* exaltados por el adversario. ¿Cuál es el grande de España que ha tenido capacidad y talentos medianos siquiera en estos tiempos?...

VI. Sarmiento, impulso tempestuoso y depurado

SARMIENTO no era un despreciador ascético de los títulos y honores. Al contrario, los acepta y los exhibe, pero demostrando que se siente superior a ellos. No desdeña ni rehuye la gloria o los atractivos sensuales de la vida, pero tampoco los confunde o los iguala con los valores humanos permanentes. Por eso no le intimidan los poderosos cuando pretenden vejarle con prepotencia, ya se trate de Rosas, el tirano a quien combatió con rabia, o del Gobernador de su Provincia, a quien él enfren-

tara retador en su borrascosa juventud, o de la barra turbulenta del Senado, de la muchedumbre veleidosa que ora aplaude delirante, dejándose arrastrar por el gesto de hombres sin virtudes, ora repudia a los que dicen la verdad, señalándoles el camino.

¡Desgraciados los políticos que por temor de perder su popularidad halagan a la multitud! Lo dice un hombre que ha sido silbado casi tantas veces, como aplaudido.

Sarmiento pudo cuadrarse frente a la turba, que no es el pueblo ni la muchedumbre, turba que en su senectud gloriosa, lo agredió un día a la salida del Congreso, para cubrirlo de injurias y denuestos y a quien en la sesión siguiente, increpa con el orgullo y la superioridad de un patriarca. Le dice: *Es una pérdida para el país que Uds. pretendan encadenar este espíritu que ha vivido fuerte contra las dificultades de la vida; que ha sufrido la tiranía, que ha soportado la pobreza y las aflicciones que puede pasar un hombre que no sabía en la escuela sino leer, y que desde entonces viene abriéndose camino con el trabajo, la honradez y el coraje. Hablo así, para que vean Uds. que es inútil silbarme o aplaudirme.*

Adviértase la lección patriótica de este hombre para quien —como quería el poeta—, eran dos impostores el *triunfo* y la *derrota;* lección magnífica del prócer, tan orgulloso y altanero, que se duele del ultraje más que por la injusticia que soporta, porque es una ofensa al país.

Es difícil concebir en estos tiempos, en que tan dócilmente se pliega la voluntad a los deseos de los poderosos o a las desviaciones populares, época de cortesanos o demagogos; es difícil concebir, en estos momentos de claudicaciones, desprecio por las propias convicciones y de perturbaciones del espíritu, un coraje como el de Sarmiento, que sin apoyo de nadie, brega incesantemente contra todos. Lo único que le preocupa conservar y se vanagloria de lograrlo, el sólo lazo que le une a la opinión, es la fe que tiene aquélla en la rectitud de su palabra y de sus procederes.

Fue como Erasmo: *homo per se.* Tenía una contextura intelectual y moral admirable que superaba los partidos. Era un impulso tempestuoso y depurador, un torrente que cavaba su propio cauce y en cuya corriente borrascosa latía un destino imperioso. Los murmullos que provoca su paso fragoroso, no retardan ni aceleran el ritmo de su andar, y él apenas alcanza a

distinguir si son protestas o aplausos. Esgrime la verdad como una lanza y nadie se halla al amparo de sus golpes; acomete el error donde lo encuentra, y si está muy alto, mejor; pelea entonces con más encono y fruición.

Ya anciano, cuando los espíritus mejor templados se acogen a una espectable neutralidad en la cual saborean un anticipo de su propia gloria, revistiendo actitudes solemnes, precursoras de la estatua, Sarmiento, en un instante difícil en que turbias maquinaciones políticas comprometían la tranquilidad de la Nación, dice, en una exclamación que parece un rugido:

Señores, se acabaron las contemplaciones. Vengo con las manos llenas de verdades para arrojarlas a todos los vientos.

¿Quién atribuiría a aquel anciano, experto en todas las lides de ambiciones y rivalidades, saturado del conocimiento de la humana mezquindad, ese ímpetu de romanticismo redentor, propio de la primera juventud? Es que los años sólo consiguen acrecentar la juventud de su espíritu y consolidar la integridad de su carácter que no conoció desmayos ni claudicaciones. Combatía, arrogante y tenazmente, a los que dudaban del futuro argentino.

Sabía que el gaucho heroico, que él desdeñó, el mestizo de los campos que ya no tenía una misión que cumplir en nuestra tierra, iba a ser reemplazado por el inmigrante, expresión del porvenir. Desaparecería el campo abierto y el parejero del hijo de la pampa. El ferrocarril y el telégrafo matarían el desierto; la técnica todo lo renovaría. El arado abriría el surco en la tierra del centauro. Por eso el gran argentino, decía con voz de trueno: *¡Alambren, no sean bárbaros!*

VII. Civilización y barbarie

PERO hay que decirlo aunque sea con la rudeza y la sinceridad que le eran gratas a Sarmiento. El prócer no fue historiador ni sociólogo. Y al estudiar los factores de nuestro desenvolvimiento no comprendió el papel del gaucho y la *montonera* que llevaba en su seno grávido el instinto de la libertad y el principio de la soberanía nacional, o sea el destino de las democracias del Río de la Plata. El *Facundo,* escrito en el destierro, no nos explica —como se ha pretendido— la vida secreta y las convulsiones internas que desgarraban las entrañas de nuestro pueblo. Y él, Sarmiento, sabía que *Facundo* no podía hacer revelaciones.

Por eso confiesa, a pesar de sus rasgos geniales, su *falta de instrucción filosófica e histórica,* e invoca a *Tocqueville,* sin advertir que el *"mozárabe de la conquista democrática" carente de afinidad mental y temperamental con el argentino,* no podría prestarle ayuda.

A la América del Sud en general y a la República Argentina sobre todo —dice el gran sanjuanino— *le ha hecho falta un Tocqueville que premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia, y revelase a la Europa, este nuevo modo de ser que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos. Hubiese entonces explicado el misterio de la lucha obstinada que nos despedaza; hubiéranse clasificado distintamente los elementos contrarios, invencibles que se chocan. Este estudio que nosotros no estamos aún en estado de hacer por nuestra falta de instrucción filosófica e histórica, hecho por observadores competentes, habría revelado a los ojos atónitos de la Europa un mundo nuevo en política, una lucha ingenua, franca y primitiva entre los últimos progresos del espíritu humano y los rudimentos de la vida salvaje, entre las ciudades populosas y los bosques sombríos.*

Sarmiento escribió el *Facundo* en 1847, en el destierro. Pinta el desierto, la soledad. Inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto. Al sur y al norte el salvaje acechando. Describe Sarmiento en la primera parte de su *Facundo* el teatro en que va a representarse la escena donde el caudillo es el personaje. Exagerando la influencia del medio, Sarmiento considera que la primera revela a la segunda parte sin necesidad de comentarios ni explicaciones.

En magnífica descripción de la pampa, pinta Sarmiento la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente la llanura inmensurable.

Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre de campo, es el temor de un tigre que lo acecha o de una víbora que puede pisar.

La inseguridad de la vida en las campañas imprimía —según Sarmiento— en el carácter argentino cierta resignación estoica para la muerte violenta que hacía de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra y explicaba la indiferencia con que daban y re-

cibían la muerte, sin dejar en los sobrevivientes impresiones profundas y duraderas.[9]

Refiriéndose a la parte habitada del país, dice el autor de *Facundo* que puede dividirse en tres aspectos distintos que imprimen a la población características "según la manera como tiene que entenderse con la naturaleza que lo rodea". Al Norte, confundiéndose con el Chaco, un bosque espeso cubre con su impenetrable ramaje extensiones "que llamaríamos inauditas si en formas colosales hubiese nada inaudito en toda la extensión de la América". "Al centro, y en una zona paralela, se disputan largo tiempo el terreno la pampa y la selva; domina en partes el bosque, se degrada en matorrales enfermizos y espinosos, preséntase de nuevo la selva a merced de algún río que la favorece, hasta que al fin, al *Sur,* triunfa la pampa y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable; es la imagen del mar en la tierra; la tierra como en el mapa; la tierra aguardando todavía que se le mande producir las plantas y toda clase de simiente". Señala después como un rasgo notable de la fisonomía del país, la cantidad de ríos navegables que al Este se dan cita de todos los rumbos del horizonte para reunirse en el Plata y "presentar dignamente su estupendo tributo al Océano, que lo recibe en los flancos no sin muestras visibles de turbación y respeto".[10] Pero afirma al mismo tiempo que esos inmensos canales excavados por la naturaleza "no introducen cambio ninguno en las costumbres nacionales", pues el gaucho argentino los desdeña considerándolos un obstáculo para sus movimientos.[11]

Sólo el Río de la Plata es fecundo para los que moran en sus riberas. En su embocadura se levantan dos ciudades, Montevideo y Buenos Aires. Ésta —profetiza Sarmiento— será un día la ciudad más gigantesca de ambas Américas. Ella sólo en la vasta extensión argentina está en contacto con las naciones de Europa. Explota las ventajas del comercio extranjero y tiene el poder y las rentas.

Sarmiento en páginas magistrales, del punto de vista literario, pretende hacer sociología y da como única explicación de la situación privilegiada de Buenos Aires, la configuración geo-

[9] Sarmiento, Domingo F., Civilización y Barbarie, p. 20, edición 1889.

[10] Sarmiento, *ob. cit.,* p. 21,

[11] Sarmiento, *ob. cit,*

gráfica, con una unilateralidad inaceptable. En vano —dice— han pedido las provincias a Buenos Aires que les deje pasar un poco de civilización, de industria y de población europea: "una política estúpida y colonial se hizo sorda a estos clamores; pero las provincias se vengaron mandándole en Rosas mucho y demasiado de la *barbarie* que a ellas les sobraba; la barbarie y la violencia bajaron a Buenos Aires más allá del nivel de las Provincias". Se trata, pues, para Sarmiento de una fatalidad de la Geografía, sin advertir otras causas. Por eso con un dualismo simplista concibe la historia americana como la expresión de la lucha entre la *civilización y la barbarie*. La civilización para el prócer estaba en las ciudades donde había libros, ideas, leyes y contacto con Europa; la barbarie, en las campañas pastoras.

Dos sociedades distintas, rivales e incompatibles; una española europea, civilizada, la otra bárbara, americana, casi indígena. Los progresos se acumulaban en Buenos Aires; la pampa es un mal conductor para llevarla y distribuirla a las provincias.

La superficie de la tierra es generalmente llana y unida sin que basten a interrumpir esta continuidad sin límites, las sierras de San Luis y Córdoba en el centro y algunas ramificaciones avanzadas de los Andes al Norte. Esta configuración del suelo constituye un elemento de unidad para la Nación, pues es sabido —dice Sarmiento— que las montañas que se interponen entre unos y otros países y los demás obstáculos naturales mantienen el aislamiento de los pueblos y conservan sus peculiaridades primitivas; y en seguida, se hace eco de teorías discutibles que sostienen que las llanuras preparan las vías del despotismo, del mismo modo que las montañas prestan asidero a las resistencias de la libertad, como si el *medio* fuera la causa de nuestros actos.

Para Sarmiento la extensión de nuestras llanuras imprimía a la vida interior "cierta tintura asiática". Encuentra analogía entre la pampa y las llanuras que median entre el Éufrates y el Tigris; encuentra algún parentesco entre la tropa de carretas solitaria que cruza nuestras soledades para llegar a Buenos Aires después de muchos meses, y la caravana de camellos que se dirige a Bagdad o Smirna. "Nuestras carretas viajeras son una especie de escuadras de pequeños bajeles cuya gente tiene costumbres, idioma y vestidos peculiares que la distinguen de los

otros habitantes como el marino se distingue de los hombres de tierra".[12] Y Sarmiento estudia enseguida, los tipos que surgen como producto del *medio*. El *capataz* —uno de ellos—, es un caudillo análogo al jefe de la caravana en Asia,[13] de autoridad absoluta en el desierto. Si los bárbaros asaltan a la tropa de carretas el capataz dirige la lucha con audacia y coraje temerario. En esos largos viajes, el proletario argentino adquiere el hábito de vivir aislado del grupo social y de luchar individualmente con la naturaleza, endurecido en las privaciones.

Después de referirse a las dos razas que habitan la campaña, española e indígena, con los diversos matices producidos por la mezcla, expresa, que en la extensión sin límites, están esparcidas catorce ciudades capitales de Provincia. La ciudad es *el centro de la civilización*. Allí están los talleres, los colegios, los juzgados. Allí se observa la elegancia en los modales, los vestidos europeos, el *frac* y la *levita,* dice el prócer, con su preocupación por la indumentaria. El desierto lo circunda a más o menos distancia, los cerca, los oprime; la naturaleza salvaje los reduce a unos estrechos oasis de civilización enclavados en un llano inculto de centenares de millas cuadradas, apenas interrumpido por una que otra villa de consideración. Saliendo de la ciudad todo cambia. El hombre de campo viste de distinta manera, sus hábitos de vida son diversos: sus necesidades peculiares y limitadas. Los hombres de la ciudad y los de la campaña constituyen dos pueblos distintos. Aún hay más —afirma Sarmiento—, el hombre de la campaña lejos de aspirar a parecerse al de la ciudad, rechaza con desdén su lujo y sus modales corteses; y el vestido del ciudadano, el *frac,* la capa, la silla, ningún signo europeo puede presentarse impúnemente en la campaña. Todo lo que hay civilizado en la ciudad —afirma Sarmiento— está bloqueado allí, proscripto, y el que osara mostrarse con levita y montado en silla inglesa, atraería sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos. Después de comparar la vida del beduino con la de los campos argentinos, el autor de *Facundo,* dice que en nuestras llanuras no existe la tribu nómada: el pastor posee el suelo con título de la propiedad, está fijo en el punto que le pertenece pero para ocuparlo ha sido necesario disolver la asociación y derramar las familias sobre una inmensa superficie. Las privaciones justifican la pe-

[12] Sarmiento, *ob. cit.,* p. 25.
[13] Sarmiento, *ob. cit.,* p. 24.

reza natural y la frugalidad en los goces trae las exterioridades de la barbarie.

Sostiene el autor del *Facundo* que con una sociedad en que la cultura del espíritu es inútil e imposible, donde los negocios municipales no existen, donde el bien público es una palabra sin sentido, porque no hay público, el hombre dotado eminentemente se esfuerza por producirse y adopta para ello los medios y los caminos que encuentra. El gaucho será un malhechor o un caudillo, según el rumbo que las cosas tomen en el momento en que se ha llegado a hacerse notable. Costumbres de este género requieren medios vigorosos de represión y para reprimir *desalmados* —expresa Sarmiento— se necesitan jueces más desalmados aún. El *juez de campaña* que infunde terror es un personaje abstracto a quien guía sólo su conciencia. Tiene todos los poderes; se hace obedecer por su reputación de audacia temible. El *Comandante de campaña* es personaje de más alta jerarquía.[14] Explica Sarmiento que el gobierno de las ciudades es el que da este título, pero como la ciudad es débil en el campo, el gobierno echa mano de los hombres que más temor le inspiran para encomendarles este empleo a fin de tenerlos en su obediencia; manera de proceder de todos los gobiernos débiles que alejan el mal transitoriamente para que se produzca más tarde en dimensiones colosales. Es singular —agrega— que todos los caudillos de la Revolución argentina han sido comandantes de campaña: López e Ibarra, Artigas y Güemes, Facundo y Rosas y afirma que esto le servirá para explicar todos nuestros fenómenos sociales y la revolución que se ha estado obrando en la República, revolución que está desfigurada por las palabras del diccionario civil que la disfrazan y ocultan, creando ideas erróneas.

Aquí se observa que Sarmiento no ve claro y que su simplismo al proclamar el dualismo: *civilización y barbarie,* no puede explicar los hechos sociales. El gran sanjuanino, cuya mirada está fija en Europa, describe magistralmente la pampa, pero no penetra en el alma del gaucho que forma las montoneras movido por causas que escapan a Sarmiento.

Así se explica que parta de la base de que antes de 1810 había en la República Argentina dos sociedades distintas, rivales e incompatibles, dos civilizaciones diversas; la una española europea, la otra bárbara e indígena. La Revolución —dice—

[14] Sarmiento, *ob. cit.* p. 51.

llevó a todas partes el movimiento y el rumor de las armas, pero, para las campañas la revolución, según Sarmiento, significaba solamente sustraerse a la autoridad. La campaña pastora no podía mirar la cuestión bajo otro aspecto.

Libertad, responsabilidad del poder eran extrañas a su manera de vivir. Y esa masa que Sarmiento, equivocadamente, consideró sólo como llena de instintos hostiles a la civilización europea y a toda organización regular, fue después, la *montonera* que tuvo por razones espirituales y económicas —que no advirtió Sarmiento—, un papel importante en el desarrollo de nuestro país. Sus juicios sobre Artigas y Güemes, prueban que el *Facundo* está lejos de ser un libro de sociología o de historia.

Sarmiento no estuvo acertado al proclamar la fórmula de *civilización y barbarie, campaña contra ciudad,* que no puede explicar, por su simplicidad, la guerra civil y la evolución del país. Entre nuestras ciudades y nuestra campaña existía una continuidad de cultura y esto es exacto aún tratándose de la campaña pastora. *Groussac*[15] repite con Sarmiento los términos: *campaña contra ciudad,* aun cuando aclara que esta síntesis es *más verbal que explicativa* y *Martí,* el mártir cubano accesible también al dualismo irreducible dijo: *falsa erudición y naturaleza,* pero llamaba *creador* al campesino y con espíritu romántico, sin investigar las causas profundas, pensaba en la síntesis para la cual *había que abrir los brazos a todos, pues de otra manera moriría la República.*

La simplicidad de estos conceptos considerados antagónicos ha sido puesta de relieve por un estudioso de la sociedad argentina[16] expresando que, en realidad, se juega con vocablos que enmascaran una síntesis difícil de otras fuerzas sociales cuyo análisis y esclarecimiento forma, sin embargo, la tarea propia del historiador-sociólogo. Sin duda no desconoce que la separación en dos grandes fuerzas o corrientes de los sucesos históricos, puede ser ventajosa. Puede serlo, sin duda, si se entra enseguida a un detenido y minucioso estudio de los factores reales, grandes o pequeños que se incluyen en dichas dos fuerzas. "Decir simplemente *ciudad y campaña,* provincias y metrópoli, etc., es leer la carátula de libros que hay que estudiar y que permanecen cerrados".

[15] Groussac, Estudios de Historia Argentina. Trabajo sobre Alcorta.

[16] Orgaz, Raúl, Historia (Cuestiones y notas de), 1922, p. 11,

Sarmiento toma la fórmula del *dualismo histórico,* de *Cooper,* mas olvida que el norteamericano observaba y describía la lucha entre los *salvajes* y los *sajones.*

Pero, ¿era un *salvaje,* el *gaucho,* a quien el prócer compara erróneamente con el tártaro del Asia, arruinada y desierta?; ¿el gaucho blanco, que hablaba castellano y no era otra cosa que *la raza española y civilizada de los conquistadores europeos de la América salvaje?* Pero, además ¿puede clasificarse de *bárbara* la vida que produce la riqueza rural?

Está mal empleada la palabra *barbarie,* cuando se afirma que en este estadio de la evolución se carece de norma. En la barbarie está el germen de todas las instituciones.

Por otra parte ¿qué es un bárbaro? Sarmiento, combativo y tempestuoso, arremetía contra todos y frecuentemente sus adversarios le lanzaban el epíteto de *bárbaro.* Unamuno ha dicho: "El ser bárbaro no implica el ser ignorante ni indocto, no. Un bárbaro puede ser doctísimo y sapientísimo. El bárbaro es el que irrumpe en un campo desde otro campo; con otras preocupaciones, con otra visión y con otro sentimiento de la vida que aquellos que privan en el campo por él irrumpido".[17] En este sentido puede decirse que Sarmiento y el mismo Unamuno fueron *bárbaros.*

Sarmiento, siempre contradictorio, en el mismo *Facundo* cita con desdén las palabras que el despecho y la humillación de las armas inglesas arrancaron a *Walter Scott,* y eran éstas: *Las vastas llanuras de Buenos Ayres no están pobladas sino por salvajes conocidos con el nombre de* gauchos *cuyo principal amueblado consiste en cráneos de caballo, cuyo alimento es carne cruda y agua y cuyo pasatiempo favorito es reventar caballos en carreras forzadas.* Sarmiento se burla del *buen gringo,* quien consideraba una desgracia que esos *gauchos* prefirieran su independencia nacional a los algodones y muselinas inglesas. Y dice con sorna: *Sería bueno proponerle a Inglaterra —por ver no más— cuántas varas de lienzo y cuántas piezas de muselina daría por poseer estas llanuras de Buenos Aires.*

Sarmiento, estudiando la Revolución, expresa que los siglos 19 y 12 viven juntos; el uno dentro de las ciudades; el otro en las campañas. El *campesino* formado por la naturaleza era

[17] Unamuno, Miguel de, *Contra esto y aquéllo,* Edic. Renard, 1912, Madrid, p. 256.

independiente de toda necesidad, libre de toda sujeción, sin concepto de gobierno.

Había, dice Sarmiento, antes de 1810, dos sociedades distintas rivales e incompatibles, dos civilizaciones diversas; la una *europea española cvilizada* y la otra *bárbara, americana, indígena.*

VIII. La montonera

El *movimiento revolucionario* —agrega— *trajo la asociación bélica en la montonera provincial, hija legítima de la venta, y de la estancia,* enemiga de la ciudad y del ejército patriota revolucionario. *Desenvolviéndose los acontecimientos,* expresa después, *veremos las montoneras provinciales con sus caudillos a la cabeza.*

Decir *desenvolviéndose los acontecimientos* está lejos del estudio de las causas que determinaron el problema social y revela un desconocimiento muy grande de la índole de la *montonera. La fuerza* —dice— *que sostenía a Artigas en Entre Ríos, era la misma que en Santa Fe a López, en Santiago a Ibarra; el individualismo constituía su esencia, el caballo su arma exclusiva, la Pampa inmensa su teatro.* Para Sarmiento, las hordas beduinas que importunaban con su algazara y depredaciones la frontera de Argelia, dan una idea exacta de la *montonera* argentina. La misma lucha de *civilización y barbarie,* de *la ciudad y el desierto,* existía en África; los mismos personajes, el mismo espíritu, la misma estrategia indisciplinada entre la *horda* y la *montonera.*

El prócer desvariaba cuando hacía tal afirmación. Olvidaba que el gaucho argentino tenía una originalidad que le había permitido ser agente de grandes transformaciones. No tenía analogías ni con el árabe ni con el tártaro. Así lo demuestra el historiador López cuando señala que en medio de los accidentes de la vida inculta del desierto, los gauchos reunían todas las aptitudes de un pueblo viril, espontáneo y preparado para ejercer una acción política poderosa en la nación de que eran parte, aptitudes de que jamás han dado ni darán pruebas los árabes o los tártaros. López asevera que el gaucho tenía el instinto de la *nacionalidad constitucional* que buscaba la Revolución y esto le hacía ya un ciudadano activo y apasionado de las luchas de su tiempo.

Libre de la influencia del fanatismo ascético y contemplativo que petrifica en su barbarie a las razas campesinas del África o del Asia Central, el gaucho argentino estaba preparado a entrar con ideas y pasiones propias al choque de los intereses políticos en busca de un orden social que presenta como suyo a la manera con que todos los pueblos libres presentan la naturaleza de la causa que van a servir con sus pasiones y su sangre, y de donde resulta que la historia moral del gaucho del Río de la Plata es una parte integrante de la historia política de las naciones argentina y oriental.

El gaucho era un tipo humano de personalidad original que ennobleció la heroica contienda con su insobornable sentimiento de libertad. "Era —dice López— un europeo que había caído en la vida errante de los desiertos americanos; constituía, ahora, un tipo especial que reunía caracteres distintos. Él introdujo —concluye López[18] una *revolución* social en el seno de la Revolución política moviéndola en sentido verdaderamente democrático y en busca de una civilización liberal libre de las trabas del pasado. Aquí el gran historiador coincide con Estevan Echeverría y con Bartolomé Mitre, quien afirma que las multitudes "bárbaras" hicieron brotar una revolución del seno mismo de la Revolución.

Perduraba en el alma de Sarmiento la emoción que recibió cuando siendo adolescente vio a las huestes de Juan Facundo. Por eso, en lugar de explicar las causas de la *montonera,* se singulariza con un caudillo y anota temerariamente, que la que apareció en los *primeros días de la República bajo las órdenes de Artigas, presentó un carácter de ferocidad brutal y un espíritu terrorista que, al inmortal bandido de Buenos Aires,* estaba reservado convertir en sistema. (De paso diré que también a Moreno, el joven genial, se le calificó de terrorista, como, con más razón a Robespierre, que hacía guillotinar a los enemigos de la República; pero nunca a Thiers que sacrificó 17,000 vidas, después de la Comuna de París). *Ferocidad brutal y salvajismo tártaros* eran las características de Artigas y sus gauchos, según Sarmiento. No puedo resistir a la tentación de reproducir el retrato que Vicente Fidel López hizo del gran oriental: *El óvalo de la cara era perfecto, tirando a ser agudo. La cabeza muy regular, bastante desenvuelta y enteramente conforme al mejor*

[18] López, V.F., Historia de la Rep. Argentina, T. 3, p. 118,

tipo de la raza caucásica; así es que su perfil era sumamente acentuado y clásico. ¡Tal el salvaje!

Explicar la montonera y la guerra civil, simplemente, por el odio de los gauchos a la ciudad, a la civilización, carece de sentido. De ahí que las páginas del *Facundo,* de un gran valor literario, revelen la ausencia del sociólogo. De ahí también el llamado angustioso de Sarmiento a un Tocqueville que revelara el secreto de la *Esfinge.*

La masa, que el prócer consideró llena de instintos hostiles a la civilización, fue la *montonera,* que por razones económicas y espirituales tuvo un papel importante en la historia argentina.

Sarmiento exagera la influencia de la geografía, convencido de que con ella descubrirá interesantes fenómenos psicológicos y sociales. Para él la situación afortunada de Buenos Aires se debe a su configuración geográfica. Y llegó al absurdo —si hemos de juzgarlo como sociólogo— cuando dice que no debemos quejarnos de Buenos Aires, "sino de la Providencia", por no rectificar la configuración de la tierra. No siendo esto posible —agrega— "demos por bien hecho, lo que de mano de Maestro está hecho".

La figura del caudillo riojano aparece descrita por Sarmiento, surgiendo del *medio geográfico.* Lo considera una manifestación de la vida argentina expresada por las peculiaridades del terreno. Es un producto de la fatalidad geográfica. Siendo lo que fue —dice Sarmiento— no por un accidente de su carácter sino por *antecedentes inevitables y ajenos a su voluntad.*

Es interesante hacer notar que Ortega y Gasset, el escritor español que con tanta nitidez ha estudiado los problemas más candentes de la filosofía moderna en su relación con la vida dice que las condiciones geográficas son una fatalidad sólo en el sentido clásico de *fata ducunt, non trahunt:* (la fatalidad dirige, no arrastra). Considera que así se explica el género de influencia que el contorno físico, tiene sobre el animal y especialmente sobre el hombre. Para el filósofo español la tierra influye —sin duda— en el hombre, pero no debe olvidarse que el hombre como todo organismo vital es un ser reactivo; lo que significa que la modificación producida en él por cualquier hecho externo no es nunca un efecto que sigue a una causa· El medio, pues, no es causa de nuestros actos sino sólo un *excitante;* nuestros actos no son efecto del "medio" sino libre respuesta, reacción autónoma. En rigor, la única causa que actúa en la

vida de un hombre, de un pueblo, de una época, es ese hombre, ese pueblo, esa época. Ortega y Gasset sintetiza su pensamiento diciendo: la realidad histórica es autónoma, se causa a sí misma y agrega que en comparación con la influencia que los españoles han tenido sobre ellos, la geografía es estrictamente desdeñable.[19]

IX. Exterminar al indio

El mismo Sarmiento abandona su unilateralidad en *Conflictos y Armonías,* para dar preeminencia al factor *raza,* y entonces expresa un concepto, para él fundamental, del cual cree que depende la explicación de los males americanos: *la mestización indígena que engendra a los gauchos —los indígenas a caballo—, elementos étnicos de donde surgen el caudillaje y la anarquía política.*

Para Sarmiento la condición inferior étnica de nuestros pueblos determina la falta de aptitud para desarrollar los principios de la democracia. (Sin embargo son, precisamente, esos gauchos los que impiden la instauración de un trono en Buenos Aires). Por eso quiso exterminar al indio de nuestra América, olvidando su condición humana y la singularidad étnica de nuestros pueblos. Es entonces, cuando tiene la nefasta idea de proclamar la guerra a muerte al indio, utilizando al ejército como instrumento de colonización. ¡Curiosa manera de resolver los problemas sociales!

"¿Qué porvenir aguarda a Méjico, al Perú, Bolivia y otros estados americanos que tienen aún vivos en sus entrañas como no digerido alimento, razas salvajes o bárbaras, indígenas que no absorbió la colonización y que conservan obstinadamente su tradición de los bosques, su odio a la civilización, sus idiomas primitivos y sus hábitos de indolencia y de repugnancia desdeñosa contra el vestido, el aseo, las comodidades y los usos de la vida civilizada.[20]

Sarmiento no conocía bien la realidad americana. Se obstinaba en poner de un lado lo que llamaba *civilización* y del otro lo que consideraba *barbarie.* Quien actualmente observe la cultura de Méjico y Perú advertirá fácilmente la influencia que

[19] Ortega y Gasset, José, "El espectador", T. IV, *Revista de Occidente,* Madrid, MCMXXVIII, p. 123.

[20] Sarmiento, Educación popular.

los descendientes de los mayas, aztecas e incas han tenido en la psicología y en la historia institucional de esos pueblos.

Sarmiento cometió el error de considerar al ejército como el natural extirpador del indio.

"¿Qué hemos hecho en diez años con nuestro ejército?, se pregunta. Y contesta: "Acamparlo en el Cerrito de Montevideo para que destruya ganados y mate hombres extraviados". El ejército para Sarmiento tenía una larga tarea que desempeñar. Cada diez años —expresa— se hacen entradas a los indios; los indios se retiran al Sud a la aproximación de nuestras fuerzas y en cambio de los cien mil pesos que ha costado la expedición, nuestros expedicionarios vuelven con algunos centenares de ovejas tomadas a los indios y algunos individuos de chusma por trofeos; concluido lo cual los indios reaparecen en nuestras campañas y siguen sus depredaciones.

Sarmiento quería extirpar al indio. De diez y diez leguas había que colocar *fuertes* permanentes hasta formar un límite final a la República por el Sud. Las tribus de indios que quedasen cortadas por la línea de puestos avanzados no resistirían largo tiempo y "serían cogidas entre dos fuerzas, diezmadas y aniquiladas". La guarnición de estos puntos se haría con *colonos militares* a quienes se distribuiría el terreno adyacente por estancias de ganados, proveyéndolos de animales, plantas, etc. Lo mismo se haría en el Norte. Todo esto enérgicamente, implacablemente, pues los indios debían desaparecer.

"Nuestras expedicioncillas a los indios para volver con historias y paparruchas —dice Sarmiento— son especulaciones ruines de gobernantes para arrancar contribuciones y enriquecerse o para preparar con ellas medios de engrandecimiento personal. No son los indios los que quedan cautivos; son los pobres pueblos que suministran soldados y dinero".

Guerra de exterminio contra el indio; y el ejército instrumento de colonización, no constituirá, sin duda, un plan que se ajustará a las necesidades ni a los ideales de nuestra América. Hubo incomprensión en Sarmiento para abordar el problema humano del indio. Y Martínez Estrada afirma que esa incomprensión se documenta en la misión de Mansilla a los ranqueles. El autor citado considera significativo que una de nuestras obras más interesantes y mejor escritas se origine en una misión taimada que Sarmiento encomienda a un escritor, General como él e idólatra del progreso de "élite" como él. Dice Martínez Estrada que la lección que él extrae de la lectura del diario de

campaña del General, autor de *"Una excursión a los indios ranqueles" es que el gobierno presidido por Sarmiento procedía con felonía; que trataba de arrojar a los indios al desierto con engaños; que el embajador llevaba instrucciones muy por debajo del grado de información que los caciques tenían* y que el indio Mariano Rosas era un caballero, y el emisario de levita, chistera y guantes, un embaucador.[21]

Sarmiento admiraba a la civilización norteamericana que había destruido al indio; civilización cuantitativa, de la industria, del comercio, de las grandes urbes, que descuida frecuentemente el espíritu.

X. Los gauchos

En 1810 las campañas se agitaron y adhirieron al impulso que llegaba de Buenos Aires. Las masas se levantaron y formaron ejércitos. Artigas, y Güemes con sus gauchos que nuestro prócer no comprendió, fueron forjadores de una democracia esencial, aunque sin formas.

XI. Una digresión

Permítaseme una digresión, para referirme a Güemes, el magnífico salteño vilipendiado por Mitre, por Paz y por Sarmiento. Güemes peleó en las invasiones inglesas; fue brillante oficial de húsares y luchó en la primera batalla que libró el ejército libertador del Gran Capitán; después, jefe de la vanguardia, en Salta, designado por San Martín y Belgrano. Derrotado nuestro ejército en Vilcapujio y Ayouma, sublevó al pueblo y arrojó en 1817 al enemigo, del campo de batalla.

Al frente de sus gauchos inmortales paralizó la acción de los españoles, y marcó el límite que ya no pudieron hollar los ejércitos reales.

Está registrado en la historia que en 1815 la ciudad de Salta eligió a Güemes gobernador de la provincia, sin que sufragaran los habitantes de Jujuy, dependiente de aquélla. El Cabildo Jujeño protestó de esa exclusión, en nombre de la soberanía popular. Como Güemes y su milicia fueran de Salta a

[21] Martínez Estrada, Ezequiel, *Sarmiento,* p. 91, Edición, Argos, Buenos Aires.

Jujuy para contestar el reclamo y zanjar las dificultades, asistió aquél a la sesión del Cabildo abierto, que se negó a deliberar y a votar en presencia de la fuerza armada. Cuenta Ricardo Rojas que don Manuel Ignacio del Portal, juez eclesiástico de la ciudad, dijo con arrogancia a Güemes: *"Todo ciudadano tiene su opinión y un derecho incuestionable a ser oído, convocado de orden del muy ilustre Cabildo. Formamos una sociedad en que debe presidir la libertad de ideas, de dictamen y de sufragios. Somos citados para tratar, conferenciar y combinar nuestros asuntos políticos de un modo digno, a una reunión de hombres libres.* Y vuestra señoría sabe muy bien que esta libertad es el alma, la esencia y el principio constitutivo de las deliberaciones y tratados recíprocos de los pueblos". Recriminó a Güemes que hiciera ostentación de bayonetas; señaló el precedente peligroso que importaría votar bajo estados de fuerza; afirmó los sagrados derechos de la soberanía popular; dijo que los comicios debían ser libres para no ser *viciosos, nulos y de ningún valor;* y concluyó pidiendo al general armado, que se retirara de la ciudad con sus fuerzas, dejando al pueblo en el pleno ejercicio de sus prerrogativas civiles.

Güemes contestó que *no había ido a sojuzgar a un pueblo; que había mandado retirar sus tropas, quedando él solo con su escolta, pero que si ésta, como su presencia, podían ser embarazosas para alguien, abandonaría enseguida el recinto del Cabildo y nombraría un diputado civil para que tratase con otro del pueblo, las bases de un acuerdo entre Jujuy y Salta, así como las garantías del sufragio.*

El salteño designó al doctor Boedo y el pueblo de Jujuy al mismo doctor Portal, firmándose después un pacto entre ambas ciudades y realizándose, libremente, la elección de gobernador, con el voto de todos los ciudadanos.

¡Hermosa actitud del caudillo, varón ilustre que con sus criollos de bronce defendió la libertad y detuvo al invasor en las quebradas salteñas!

XII. Origen de las montoneras

CONTINÚO. *Sarmiento excecró a los caudillos* y a pesar de su genio no entendió la realidad argentina, acaso porque perduraba en su pupila la visión de las huestes de Quiroga. La *mon-*

tonera era aterradora, y el terror le impedía penetrar en las causas que la producían.

Tengo ya expresado que las *montoneras* llevaban en su entraña el instinto de libertad y un sentimiento de autonomía que habría de impedir la instauración de una monarquía con príncipes extranjeros, salvando así a la República y a la Revolución.

La libertad de comercio había empobrecido a las Provincias con la ruina de la economía doméstica y la desaparición del artesanado, debido a un fenómeno económico previsto por el monopolista Agüero, en aquella famosa discusión registrada en el expediente del que formó parte la *Representación de los hacendados,* de Moreno. Los golpes de Agüero fueron certeros. El comercio libre arruinaría las incipientes industrias del interior. Planteaba, el apoderado de los comerciantes gaditanos, un problema grave cuyas consecuencias pronto se hicieron notar. Moreno no lo ignoraba, pero sabía que era imposible evitarlo, colocándose como él se colocaba, en el punto de vista del economista, dispuesto a romper todos los obstáculos para que fuese posible el desenvolvimiento económico exigido por la revolución industrial, que se estaba realizando en el mundo.

La política liberal arruinó las pequeñas industrias precarias del interior, en cuanto entraron en competencia libre con la gran industria extranjera.

Así, las poblaciones campesinas, no por *incapacidad de adaptación a la producción capitalista,* como alguna vez se ha afirmado, sino por la imposibilidad de competir con ella, se levantaron en rebeldía y llegaron a formar *masas* turbulentas.

Sin cultura, arruinada su industria incipiente, dispersas en los campos solitarios o en aldeas paupérrimas, las *masas* campesinas que se unieron en *montoneras,* anhelosas de transformar su destino, eligieron por caudillos a los más fuertes y valientes, pelearon por su mejoramiento y su "bárbara" soberanía, mientras los hombres de Buenos Aires, desorientados y atemorizados, desconocían la realidad social.

En esas montoneras peleaban los gauchos, verdaderos centauros, incultos y valientes, con un individualismo intenso, hospitalarios y generosos, blancos o mestizos que buscaban la libertad salvaje, lejos de la autoridad, y amaban con pasión el lugar donde levantaban su rancho. Futuros *montoneros,* habían abandonado la familia proletaria rural, sin hogar organizado, con vínculos flojos y sin concepto de propiedad, sin intereses

materiales. Su caballo y su lazo eran sus mejores instrumentos de trabajo. No labraron la tierra que consideraron propiedad común, porque necesitaban vivir al día. Habían sido, mucho tiempo, señores en el desierto, disponiendo del ganado para su sustento. Su señorío terminaba, desalojados por los dueños del suelo que vivían en la ciudad.

Masas empobrecidas, impulsadas por factores económicos y sobre todo por un sentimiento de independencia local, disolvieron la nación en un movimiento contra Buenos Aires, cuyos recursos y cuya dirección impuesta a los demás pueblos eran, sin embargo, necesarios para los fines de la Revolución. Y la Revolución siguió su curso, pero gestando otra revolución con carácter social, en un país desierto e ignorante, donde luchaban sin conciliación posible los hombres de Buenos Aires y las masas rebeldes de las campañas que traían una fuerza nueva, y un impulso irreducible. Se abrió entre ellos un abismo que parecía insalvable. Pero la guerra cruenta permitió, al fin, debido a la comprensión del hecho social, la instauración de las nuevas formas republicanas. Y eso fue posible porque *una savia poderosa de juventud y de reorganización* animaba en medio del caos las aspiraciones con que los elementos sociales se combatían. A la vez que las masas luchaban —dice López—, que desaparecían en un día los ejércitos y los gobiernos, una inclinación fraternal y unificante, tendía a organizar de nuevo la vida social; un esfuerzo común defendía la independencia, ganaba victorias importantes y libertaba a las otras repúblicas interesadas en la misma causa.

La realidad histórica demostró a Rivadavia el absurdo de la monarquía del Plata, y llamado por Rodríguez se consagró a realizar el pensamiento de Mayo, inaugurando el sistema representativo republicano, y fundando instituciones libres que habían de servir de modelo en el futuro, cuando llegase el día de reproducir el pacto social de la unión de todos los hermanos.

XIII. Clara visión y sentido filosófico. Los detractores se rinden

ESTEVAN *Echeverría vio claro en el "drama de impresionante belleza de nuestra historia"*. Fue quien proclamó la necesidad de acercar la ciudad al campo, haciendo la síntesis superadora. Consideró la guerra civil como nuestra guerra social —doloroso

y convulso parto de los elementos de nuestra regeneración moral—, con una comprensión que revelaba su clara visión de la realidad argentina. Afirmaba que si en sociedades viejas, ha sido, con frecuencia, síntoma de disolución, en las nuevas, en cambio, marcan, generalmente, la época en que se lucha para tomar cuerpo y relieve, para formar el carácter y la fisonomía de un pueblo; y puede decirse que sólo en su rígida escuela se nutren y se construyen las grandes y robustas nacionalidades.[22]

También Mitre, cuando escribe la historia con sentido filosófico, afirma que la vida colectiva de nuestro país se agita y bulle como la savia, así en el seno de los ejércitos y las asambleas populares, como en los *desiertos* donde se despiertan y se levantan *multitudes,* hasta entonces segregadas de la vida social y política. Todos siguen el movimiento a su manera, interpretándolo, aplicándolo y *haciendo brotar una revolución del seno mismo de la revolución.*

Las dos revoluciones —dice el autor de la *Historia de Belgrano*— se confunden, se dividen y concurren al triunfo común, lo aceleran o retardan, disuelven por la violencia, la sociedad vieja; malgastan los elementos de regeneración del nuevo orden hasta el extremo de aniquilar, a veces, la vida nacional, conquistando unidas, la independencia, pero dejando por terminar la segunda revolución hasta asumir su forma definitiva "entrando como a elemento de derecho, de fuerza, de vida robusta la mayoría que la secundó, la desnaturalizó en parte, la encaminó y contribuyó a la vez a ponerla en peligro y a *salvarla".*

Aquellas multitudes fecundas que pusieron en peligro a la Revolución "para después *salvarla"* —según la palabra de Mitre—[23] disolvieron el Congreso y acabaron con las pretensiones monárquicas en el Río de la Plata. El caudillo más ilustre de esas multitudes fue Artigas, prócer argentino, fundador de la nacionalidad uruguaya.

Y así, los mismos detractores son los que exaltan el significado social y los resultados políticos del movimiento que Artigas dirigió en las provincias del litoral.

Vicente Fidel López, otro enconado detractor de los caudillos declaró que Buenos Aires, por una *necesidad fatal* de las

[22] Ver mi libro *Estevan Echeverría,* albacea del pensamiento de Mayo.

[23] Estas palabras fueron escritas y publicadas en 1864. (Véase *Comprobaciones Históricas,* Biblioteca Argentina de Ricardo Rojas, Bs. As., 1916, p. 60.

cosas, *"tenía que usurpar* la facultad soberana de dirigir a los demás pueblos y de imponerles un gobierno militar fuerte para reunirlos en un empuje común contras las tentativas repetidas que hacía la Metrópoli para reconquistar el perdido imperio de sus colonias". Se imponía una centralización de todos los medios políticos y militares, puestos en manos de Buenos Aires, pero al mismo tiempo *esa centralización* —dice López— *era fundamentalmente contraria a los dogmas filosóficos y a las ideas sociales que la revolución misma ponía en boga y nada podía haber más contrario a sus principios proclamados, que el absolutismo riguroso concentrado en una de las comunas del virreynato e impuesto sobre las demás.*

El historiador que ha fustigado con más vigor a Artigas, sostiene que *"la centralización porteña oprimía a las masas campesinas* agitándolas al mismo tiempo con nuevos intereses". La acción oficial las revolucionaban y conmovían, y "descendiendo a todas las cabañas y hasta a las últimas capas de las poblaciones urbanas, buscaban con urgencia soldados y jefes.

Las Provincias, al comenzar la Revolución, eran entidades propias, oscuras, pero con un *patriotismo local,* y la antipatía de los criollos contra los españoles se unió, entonces, a las otras tendencias de la regeneración, apoyándolas con el instinto local, contra el *usurpador,* y de ahí surgió el sentimiento intenso de patriotismo. Sostiene López que los pueblos levantaban con justicia un espíritu de desconcentración que comenzando con *Artigas* en los campos uruguayos tuvo repercusión en las provincias adyacentes.

Ese espíritu de *desconcentración* que traía Artigas se concretó y sistematizó después por el caudillo, que fue sin duda el precursor del federalismo.

El historiador López concluye su juicio sereno con estas palabras. *No puede ponerse en duda que el espíritu insurrecto y divergente del patriotismo local tenía bases justas y racionales.*

Se luchaba con *rabias heroicas y primitivas;* las *iras implacables rugían en los horizontes* y de esa lucha enconada surgiría la libertad de media América por un lado, y por el otro, el principio que había de servir de molde definitivo a la sociabilidad argentina. Y al mismo tiempo que *las salvas de artillería saludaban las victorias de los ejércitos emancipadores,* en la Banda Oriental el caudillo Artigas daba la fórmula de organización

nacional, y en Salta peleaba como un león, Güemes, el caudillo de los inmortales gauchos de bronce.

López, deponiendo rencores —que era lógico anidara en su alma—, dice magníficamente: "Cuando parecía que habíamos caído para no levantarnos —el mismo día 23 de febrero de 1820 en que las *montoneras* y los gauchos de las campañas ataban sus potros alrededor de la Pirámide de Mayo—, brotaban del seno mismo de ese caos, aspiraciones y fuerzas para reanimar la vida nacional y para reemprender su organización, *vislumbrando la influencia de un nuevo principio que inorgánico todavía nos llevaría a la organización con que Washington y Hamilton habían dado vida a la República del Norte.*[24] Podríamos cambiar el nombre de Hamilton por el de Jefferson.

Los adversarios implacables de Artigas se rinden, y justifican su misión histórica bien definida por Artigas en 1813, con las *Instrucciones* famosas que cuatro décadas después se incorporarían a la Constitución Nacional. *Instrucciones* rechazadas en Buenos Aires y ocultadas hasta 1878, pero que circularon en Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, donde actuaban los lugartenientes de Artigas.

Es interesante hacer notar que Entre Ríos se dio una Constitución en 1822; y Corrientes, en 1824. Fue la *Banda Oriental,* el más fuerte reducto contra el tirano Rosas, y ella, con Entre Ríos y Corrientes, devolverían su libertad a la patria.

Un eminente constitucionalista argentino, descendiente de un prócer que fue prisionero de Artigas y a quien atacaron los caudillos del litoral: el Dr. Carlos Sánchez Viamonte, ha dicho que la *voluntad de las Provincias como entidades políticas tuvo como forma de expresión la voluntad* de sus caudillos quienes fueron la única forma de gobierno posible, adecuada al medio rural.

El pueblo-multitud era escaso en la aldea burocrática. Estaba en el campo, disperso en la libertad de su ámbito y el caudillo le daba personería al darle personificación. Las provincias que carecieron de un caudillo auténtico, carecieron, también, de jerarquía en el conjunto, ocupando lugares subalternos y hasta fueron tributarias.

---

[24] López, V. F., *La Revolución Argentina,* T. I, p. 6 y sig.

Sarmiento y Artigas

SARMIENTO no penetró en el alma del gaucho y de sus caudillos y no pudo, como Mitre y López, explicar su significación histórica, lo que es tanto más impresionante cuanto que Artigas, con sus *Instrucciones* —síntesis de la Constitución de Estados Unidos— resulta ser un precursor del prócer que admiraba y comentaba las instituciones de Norte América como político del derecho.[25]

XIV. Artigas y el federalismo. El problema del indio y de la tierra

EN el desierto, Artigas comprendió y amó al campesino. Oyó arrobado la voz del joven jurista de Charcas a quien nunca vio, pero cuyo espíritu revolucionario prolongó por la llanura inmensa. El Gobierno Patrio le encomienda la liberación de la Banda Oriental dinamizada ya por el *Grito de Asencio* y forma, entonces, las caballerías gauchas, que limpian el territorio de enemigos, y destroza en *Las Piedras* —proeza cantada por nuestro Himno sagrado— un poderoso ejército perfectamente organizado.

Todo lo remueve, el campo y la ciudad. Hostilizado, perseguido, calumniado, pelea contra la monarquía y la oligarquía el auténtico republicano de nuestra América.

Las *Instrucciones* de 1813 constituyen un documento de gran importancia histórica, pues ha contribuido a la formación jurídica de nuestras instituciones libres, aclarando los orígenes del federalismo argentino.

Fue el primero que habló de *federación* en el Río de La Plata. Por ser federal, no aceptaba la independencia absoluta de la Banda Oriental. La rechazó cuando en 1814 se la propusieron los delegados de Buenos Aires, a raíz de la victoria de *El Espinillo* y después de los triunfos de *Guayabos* y *Fontezuela.* Sostuvo —tres años antes del Congreso de Tucumán— la necesidad de declarar la *independencia* absoluta de las Colonias; el *sistema de la Confederación;* la *libertad civil y religiosa;*

[25] Sarmiento —dice Bielsa en un trabajo publicado en 1840— no tuvo cultura jurídica en el sentido de un conocimiento orgánico o sistemático de las instituciones del derecho. Pero en los *Comentarios de la Constitución,* es decir, en el tronco mismo del derecho público ha discurrido, comparado y analizado las instituciones con admirable acierto.

la *forma republicana de gobierno* y la *división de los poderes en lo provincial y en lo federal.*

Las *Instrucciones* encierran postulados de derecho público cuyo germen —el principio de la soberanía del pueblo estaba en la entraña de la gente que acaudillaba Artigas. Partiendo del inmortal principio de justicia, Artigas pudo decirlo al General José Maríz Paz: *..yo quería la autonomía de las Provincias, dándole a cada Estado un Gobierno propio, su Constitución, su bandera y el derecho de elegir sus representantes, sus jueces y sus gobernadores entre los ciudadanos naturales de cada Estado. Esto es lo que yo había pretendido para mi Provincia y para las que me habían proclamado su Protector. Hacerlo así, habría sido darle a cada uno lo suyo.*

El prócer rioplatense amaba al gaucho, pero también al indio, *hijo primogénito de América,* según la expresión de Moreno. *Es preciso que a los indios se les trate con consideración* le dice al Gobernador de Corrientes. *Deseo que en sus pueblos se gobiernen por sí, para que cuiden sus intereses como nosotros los nuestros.*

En momentos de lucha, los indios de las tribus se ofrecían como soldados al caudillo. Y cuando el caudillo estaba vencido y abandonado y se hundía en la selva paraguaya, los indios de Misiones salieron a su encuentro —dice Zorrilla de San Martín y le pedían la bendición como si vieran en él al gran sacerdote de un dios.

Y refiere el poeta, que Saint-Hilaire, recuerda en la narración de su viaje a Río Grande, que vio allí *un niño indio del Uruguay,* quien, caído prisionero en la guerra contra Artigas, servía de paje al gobernador portugués. El indiecito estaba bien vestido, bien tratado; tenía su bonita librea azul con botones dorados. El viajero francés le preguntó si estaba contento. El niño bajó la cabeza.

—¿Deseas algo? —le dijo.

—Sí.

—¿Y qué es lo que más desearías?

—¡Irme con Artigas! —contestó el niño—. ¡Irme con Artigas!

RECORDANDO las enseñanzas de Azara, Artigas redactó un documento sobre el fomento de la campaña con el propósito

de *subdividir la tierra,* aumentando la producción rural; de favorecer a los desposeídos, el proletariado campesino, es decir, los indios, los negros libres, los zambos, de igual clase, y los criollos pobres; de ayudar a la familia estimulando el matrimonio, dando siempre preferencia a los casados sobre los solteros. Se afirma en los postulados de la justicia social, defendiendo a los *económicamente débiles a expensas de los económicamente fuertes,* según palabras textuales del caudillo; de modo que los más infelices fueran los privilegiados, y evitando la acumulación de la tierra en pocas manos, y por lo tanto los latifundios y la especulación.

Artigas es un prócer argentino. Por eso cuando acepté la Embajada en el Uruguay impuse como condición que me fuera entregado el decreto de la erección de su monumento. Y llevé a Montevideo, y leí en la plaza pública, ese decreto, firmado por el jefe glorioso de la *Revolución Libertadora* General Lonardi.

Se inaugurarán simultáneamente las estatuas de San Martín en el Uruguay y de Artigas en la Argentina.

XV. Artigas y San Martín

Sus vidas son paralelas. Ambos trascienden las fronteras y piensan en América, hoy desgarrada por las dictaduras. En sus ejércitos luchan los gauchos, descendientes de razas viriles, que dieron todo lo que tenían, en una prodigalidad sin tasa, y no pidieron nada; que combatieron por la libertad, cantaron sus dolores, y se fueron, silenciosamente, cuando se desarrollaban las fuerzas económicas y el gran sanjuanino gritaba con voz de bronce a los dueños de la tierra *¡Alambren, no sean bárbaros!*

La dirección de los ejércitos de San Martín y Artigas era distinta. Uno fue organizador de escuela; el otro genial improvisador —pero el ideal era el mismo: la libertad de nuestra América. Uno atraviesa los Andes para liberar naciones. El otro, para evadir de la esclavitud portuguesa, emprende el éxodo enigmático y terrible de los pueblos que le siguen como a un patriarca bíblico. Le siguen al desierto y se dirigen a Yapeyú donde había nacido San Martín y donde era adorado por los indios.

Ambos reciben en pago de su renunciamiento y de su grandeza de alma, el odio encarnizado y las afrentas de sus coevos.

No importa. Tal como la altura de las torres puede medirse por su sombra, la elevación moral de los grandes varones, puede ser medida por la magnitud de la hostilidad que suscitan...

Los dos se destierran voluntariamente y permanecen, con una serenidad olímpica, lejos de la tierra desgarrada y de los hermanos injustos.

XVI. Evoquemos los manes de Sarmiento y Artigas

AFIRMO que Sarmiento y Artigas, varones de Plutarco, paladines de la libertad, fueron dos grandes americanos; se sintieron impulsados por un patriotismo ennoblecido y continental. Ambos tuvieron hace más de un siglo conciencia de la existencia de una *realidad americana.*

Hoy, muchos educadores se enredan en una maraña filosófica basada, tácitamente, en el principio de la duda cartesiana acerca de *si nuestra América existe o no,* en comunidad de tradición y de destino; y ponen toda su esperanza en que la reacción contra el hostigamiento que desde todos los frentes soportamos, pueda determinar el nacimiento de nuestra personalidad, y señalarnos un rumbo orientador. Esto delata una posición espectante en la que no se denotan ni convicciones, ni juicios, ni aspiraciones concretas —lo que concuerda con el viejo racionalismo filosófico.

Siguiendo a sabios discutidos y discutibles se habla de las fuerzas telúricas y de la *falta de espíritu:* El hombre americano es para ellos pura naturaleza. Se olvida la historia, las viejas culturas y las grandes figuras continentales entre las cuales están, el gran autodidacto y el magnífico caudillo de las masas campesinas.

Evoquemos ahora —realizada ya la síntesis de la ciudad y el campo, como lo quería Echeverría y acallados los odios y los rencores—, evoquemos las sombras augustas de los dos grandes americanos y hagamos votos por que los próceres hermanados en la inmortalidad, sean el símbolo de la unión indestructible de los pueblos de nuestra América y nos alienten en la lucha contra todos los tiranos.

Dimensión Imaginaria

UNA CARTA INÉDITA DE UNAMUNO

Por *Alfonso ARMAS A.*

MIGUEL de Unamuno, conoció, aunque fuese con tono semitrágico, la faceta del destierro. Miguel Primo de Rivera, ordenó al Rector de Salamanca que abandonase el Rectorado y que marchase a la africana isla de Fuerteventura... para que siguiese desahogando su furia ibérica frente al Atlántico sonoro...; y para que su poesía se enriqueciese con los sonetos más *esquinudos* y más palpitantes de su obra poética. Allí, en las "playas fuerteventurosas", Unamuno fue urdiendo, con paciencia y con fervor, los versos que parecía arrancar del secreto marino, cuando sesteaba, huraño y solitario, su soledad de desterrado.

Un diez de marzo de 1924 llegaba Unamuno a la isla de Fuerteventura: montañas rojizas y enanas, esqueléticos camellos "orgullosos como hijodalgos", morabitos blancos en forma de casas. Así era Puerto de Cabras, la capital de la isla de Fuerteventura en 1924. Lineal, esquelético, solemne, el camello inspiró a Unamuno más de un soneto y más de una feliz imagen poética. Parecía haber descubierto en él la descarnadura y la perennidad de aquella isla, "osamenta de miriadas de islas insondables". Encontró en su destierro Unamuno esqueletos de plantas —la aulaga mereció un hermoso artículo en "La Nación", de Buenos Aires— y "raíces de rocas", como él llamaba a los hombres de Fuerteventura, africanos sin continente. Enraizada la isla en el insondable Océano, había conseguido también hacer suyo el palpitante corazón del poeta, augur de los secretos más inexcrutables: los de la amistad.

Frecuentaba Unamuno de un modo especial la casa del Sr. Castañeira —sin duda su más íntimo amigo en el destierro—, y en ella, en la solana, se iba formando la tertulia vespertina: el boticario, el cura, el juez... Y sobre todo, Don Miguel: punzante, ingenioso, hiriente, temible. La palabra unamunesca cortaba, afilada y metálica, los oídos pudibundos de los insulares.

Había como un estremecimiento en cada charla de Unamuno, donador generoso de su palabra.

A esa isla de Fuerteventura, que tan hondamente se adueñó de su dolorido visitante, dedicó siempre Unamuno sus mejores recuerdos. Precisamente, en esta carta que hoy se publica, hasta ahora inédita, Don Miguel, desde París, dirige una vez más su corazón hacia la africana ínsula de sus sueños.

La carta es riquísima en notas unamunianas, las más conocidísimas, algunas nuevas, como sus relaciones con los republicanos españoles en el exilio parisino. Pero en especial, el Unamuno agónico, interrogante, abrasado por "la falta de sosiego"; aquel desosiego suyo compañero de su vida.

"La agonía de España es algo trágico", decía, y hay en sus palabras un sino fatalista y hasta augurador, los tonos más negros, más tétricos, el dolor más estremecedor parece entreverse en estas primeras líneas de la carta. España, España, España, he ahí la idea dominante en Unamuno. Una España sin luz, sin alegría, sin grandeza; con miserias, con alicortos vuelos, con grotescos muñecos acartonados. Una España que él, Don Miguel, "soñando el porvenir", creía verla algún día con menos agonía y con más virilidad. Una España, atenazadora para siempre de todos los sinsabores de la vida del Maestro. En París, conociendo de cerca la farsa de inciviles conspiradores, Unamuno se sentía más dolorido, más impotente y más desengañado. Por eso, sus ojos se volvían hacia la nobleza "majorera" —fuerteventurosa"—, hacia la descarnadura de sus campos volcánicos y rojizos, hacia la hidalguía señorial de sus camellos y hacia la limpidez de su cielo azul y luminoso, sí, desde París —decembrino, invernal, neblinoso—, Don Miguel añoraba la felicidad perdida de una isla atlántica.

"Playa Blanca", "Montaña Quemada", nombres que desde ahora, merced a la magia lírica de un poeta, alcanzan resonancia de universal fantasía. En ellos iba poniendo Unamuno, lo mejor de su corazón, de su enrojecido corazón ibérico.

Todos los menudos sucesos de la doméstica historia española de aquellos años pasan, en visión cinematográfica, por la pluma de Unamuno. Blasco Ibáñez, novelista, republicano y conspirador; la caricatura sangrienta de M. Anido —"bárbaro y troglodítico"—; la pusilanimidad Real; el manifiesto de Alba; "la serpiente" de Soriano —el compañero de destierro de Una-

muno; la suciedad y "los enjuagues" ministeriales: todo adquiere en la prosa unamunesca un tinte pasional, vívido.

En contraste con infierno tan singular, Fuenteventura, "tesoro de salud y de nobleza": don Pancho, el Juez, el Cura, D. Víctor —el posadero—, D. Aquilino. Luego la "hondísima nostalgia", "el corazón acongojado", "la mar apaciguadora": un riquísimo vocabulario unamuniano. Vocablos escritos con rabiosa sinceridad. Toda la carta —obsérvese bien esta nota fundamental— es un alegato, un apasionado alegato escrito en alta voz, con aquel estilo teresiano de "desnudarse hacia afuera", tan caracterizador de la prosa unamunina.

Si se fuese a encuadrar la pieza epistolar de Miguel de Unamuno en algún género literario, no resultaría difícil hacerlo en la literatura confesional, tan del gusto de Unamuno. Don Miguel no sólo está contando, narrando, diciendo; sino confesándose, confesando, "desnudándose" y desnudando a los demás. Sin pudibundez alguna, los adjetivos restallan con fuerza, los substantivos se apelotonan, los conceptos se entrelazan: el alborotado mar interior que fue el alma de Unamuno parece haberse escapado a través de estas líneas, aparentemente enriquecidas sólo de ternura y de amistad, pero en el fondo arrebatadamente estremecedoras: escritas con aquella "ansiedad" y aquel vivir suyo de sino tan trágico.

Pero su lectura, su detenida lectura, dirán más que cualquier comentario. Porque posee su palabra iluminadora.

Señor don Ramón Castañeira.

Ya es hora, mis queridos amigos —y digo así, porque ésta va dirigida a todos mis buenos amigos de ésa, ¡los mejores que tengo!, que usted representa—, ya es hora de que les escriba. ¿Por qué no lo he hecho antes? Es que no pueden figurarse el estado de mi ánimo, ni lo que es vivir en ansiedad y espectativa continuas. No es que me falte tiempo, no; es que me falta sosiego. Vivo devorando la historia que pasa. Me paso las horas muertas —¿muertas?— tendido sobre la cama, mirando al techo del cuarto —no al cielo— y soñando el porvenir. La agonía de España es algo trágico, porque voy creyendo que es España la que agoniza. A usted, mi querido Ramón, sigo debiéndole mis libros. Es que quiero enviárselos desde Madrid, bien dedicados y con todo honor. Y cuando publique mis sonetos irá

al frente de ellos una carta a usted. He seguido haciéndolos, y llevo ya 103. Ahí va el 92 escrito el día en que acompañé el entierro del hijo de uno de mis amigos de aquí, muerto el niño de meningitis tuberculosa:

A un hijo de españoles arropamos
hoy en tierra francesa, el inocente
se apagó. ¡Feliz él! cuando su mente
se abrió al mundo en que muriendo vamos.
A la pobre cajita sendos ramos
echamos de azucenas, el relente
llora sobre su huesa, y al presente
de nuestra Patria el pecho tornamos.
"Ante la vida cruel que le acechaba
mejor que se muera", nos decía
su pobre padre con la voz temblando;
era de Otoño y bruma el triste día
y creí que enterramos ¡Dios callaba!
tu porvenir sin luz, España mía.[1]

¡Y tan sin luz! Porque no se le ve salida a esto. Es imposible un cambio o estado de justicia, dignidad, libertad y normalidad sin procesar y castigar los sediciosos del 13 de Setiembre,[2] y sobre todo al M. Anido, el cerdo epiléptico, "cuyos crímenes y latrocinios exige reparación".[3] Y sin que el Rey, monstruo de doblez y de perversidad, tenga que irse. Y ¡claro! resisten. Y en adelante ningún militar podrá salir por la calle no estando de servicio, de uniforme; se comprende, pues, la agonía del régimen.

Cuando pasado todo esto vuelva yo a ésa —porque les repito que volveré— qué de cosas les podré contar a la vista de esa mar admirable a la que tanto debo. ¡Fuerteventura! ¡Mi Fuerteventura! ¡Cuánto he hablado de ella con mi querido Mr. Flitch,[4] que también volverá a ésa, se lo aseguro! ¡Fuerteven-

[1] Este soneto se publicó en el libro *De Fuerteventura a París*.

[2] El 13 de setiembre fue la fecha en que el G. Primo de Rivera instauró una dictadura militar en España.

[3] M. Anido, calificado tan dura y reiteradamente por Unamuno, fue el Ministro de la Gobernación de P. de Rivera; anteriormente había sido Capitán General de Cataluña, durante la época del pistolerismo catalán.

[4] Traductor de Unamuno al inglés; convivió en Fuerteventura con Unamuno, poco antes de su viaje de regreso a Francia.

tura! Si viera que mi fin se me acercaba y que no podía morir en mi tierra más propia, en mi Bilbao, donde nací y me crié, o en mi Salamanca, donde han nacido y se han criado mis hijos, iría a acabar mis días ahí, a esa tierra santa y bendita, y mandaría que me enterrasen en lo alto de la Montaña Quemada, o al lado de esa mar junto a aquel peñasco al que solía ir a soñar, o en Playa Blanca.

Sigo aquí en París, y no debo salir de aquí. Desde aquí vigilo España, desde aquí me comunico con mis amigos, desde aquí mando cartas y misivas —ahora hacemos un semanario, *España con honra*—, pero créame que estaba mejor ahí. Les supongo enterados del folleto de Blasco Ibáñez, del que acaso haya llegado a ésa algún ejemplar. Es increíble el efecto que ha producido en el Gobierno y en los sostenedores de la tiranía. Están furiosos, sobre todo contra Alba, que es quien ha suministrado más datos y quien tiene las pruebas de los más sucios enjuagues del Rey. Mas, en el fondo lo que duele es el ataque a todo lo que representa y simboliza el M. Anido, que es el ídolo de lo más podrido, de lo más degenerado, de lo más bárbaro y troglodítico de la oficialidad del ejército. Han pretendido impedir que el folleto circule en el extranjero y Mr. Herriot le ha dado el quiebro a Quiñones de León.[5] Cuando le vi a Mr. Herriot —que había escrito un artículo en mi defensa cuando se me desterró— se me ofreció y me ofreció ayuda —"hasta material". No la he necesitado aún, pero se lo agradecí. Mi familia muy bien. Y todo eso después de habérseme quitado la cátedra, después que me negué a firmar un recibo e hice que mi mujer devolviese el dinero. Es una comedia. Quieren a toda costa atraerme a Madrid a condición, claro está, que me calle. Un amigo mío, y amigo (!) del Rey vísitó a éste el 13 de setiembre último, aniversario de la primada.[6] Y me escribió luego, y es claro, le contesté claro y duro, para que se lo contase al canallita, el cual dice que me quiere, que es mi lector asiduo y "admirador consciente". A lo cual respondí que yo no puedo más que admirar su admiración por mí. Al presente está como loco, y se da contra las paredes. Ve que no le sirve la mano del cerdo epiléptico, esa mano manchada con sangre y oro. Lo

[5] Herriot, político francés sobradamente conocido en la historia contemporánea de Francia; Quiñones de León, Embajador de España en Francia durante mucho tiempo.

[6] Unamuno se refiere al golpe de Estado de Primo de Rivera.

de los de Vera ha colmado la medida.[7] Y claro está que ni Blasco ni yo, ni ninguno de nosotros tuvo que ver nada en aquella chiquillada de unos pobres locos que se dejaron prender en un lazo que les tendió la policía anidesca o cochinesca. No aseguro que no tuviese alguna parte en ello algún otro sujeto que usted conoce, y a quien no quiero ni nombrar. Hace cerca de cinco meses que ni le veo y es mejor.[8] Cuando nos veamos les contaré cosas que aunque no les sorprendan han de afligirles. Sin esa cruz mis cuatro meses en Fuerteventura habrían sido un paraíso. Pero no hay paraíso sin serpiente. Ahora, que la serpiente no era majorera. No, ahí no las hay. Y vuelvo sin querer a lo de esa isla bendita a la que llamé "tesoro de salud y de nobleza". No me canso de elogiarla. Y verán ustedes cuando publique mi libro.

Bien quisiera ir dedicando un recuerdo a cada uno de ustedes, a su padre, a sus hermanos, a D. Víctor —le escribiré en cuanto me sienta en ánimo de confesión—, a D. Paco Medina, a D. Pancho, al Juez, a todos los de la tertulia inolvidable, al patriarca de todos, a D. Matías López, a... a... a... un abrazo a todos, y Dios quiera que cuando vuelva a ésa les encuentre a todos en pie y sanos y animosos. Y volveremos a la Oliva, y a Pájara y a la finca de Barrera. Y besaré con lágrimas en los ojos —como salí de ahí— esa tierra sedienta. A pesar de los pozos. ¿Y el de D. Aquilino? Porque no hay que olvidar a D. Aquilino, a pesar de su directorismo conejero. Al repugnante Barón le han hecho Gobernador... ¡*Civil!* de la Coruña. Y ha ido allí a servir al cerdo epiléptico que tiene las patas sucias de sangre y oro.

Guarde V. por ahora mis papeles y guarde mi gran Cruz. Quiero ir yo mismo a recogerla o acaso a determinar qué he de hacer con ella.[9]

Me preocupa mucho esa isla, me preocupa mucho lo que yo tengo que hacer para pagarle mi deuda de gratitud, lo que he de escribir sobre ella en una obra que aspiro a que sea una de las más duraderas entre las mías. No es bastante. No,

---

[7] En Vera, pueblecito fronterizo con Francia, la policía española capturó a unos conspiradores contra la Monarquía.

[8] Se refiere a R. Soriano, político republicano español, con quien tuvo muy escasas relaciones Unamuno.

[9] Unamuno dejó en casa del Sr. Castañeira sus condecoraciones y sus papeles, a causa de la precipitación con que hizo el viaje de regreso desde Fuerteventura a Francia.

no es bastante. Aquí en París, siento nostalgia de mi tierra nativa, de mi hogar, pero siento también una hondísima nostalgia de ese rincón.

Cuando voy al jardín de plantas me detengo ante los camellos. Pero no son los de ahí. ¡Ahí! ¿Cuándo volveré a ver esas peladas montañas desde la mar, en una barquita de Hormiga? ¿Cuándo volveré a sentarme en aquella roca, junto a aquellas ruinas, a brisarme el corazón acongojado con el canto eterno de la mar apaciguadora? ¡Qué raíces echó ahí mi corazón! Y planta que echa ahí raíces da flor y fruto, pero apenas da hoja. Es como la aulaga. ¿Qué podré hacer yo por ustedes? Díganmelo, por favor, díganmelo, ¿qué podré hacer?

No quiero recordar los entes grotescos que les han mandado a ustedes de fuera para amenizar un poco la tranquila y algo monótona existencia de la isla. Sólo quiero que sepan que he de inmortalizar aquella cómica declaración que se me tomó en el juzgado militar cuando el pobre teniente coronel leía unas sandeces que llevaba escritas en taquigrafía. Así está España con idiotas de asilo al servicio del ganso real y del cerdo epiléptico.

De Marruecos mejor es no hablar, y eso que aquí estamos mejor enterados que en España.

Si ven o escriben a los de G. Canaria —Bonilla, Navarro, etc.— que yo les escribiré, pero ustedes son antes, ustedes son los primeros.

Un fuerte, fortísimo abrazo que reparte usted entre todos mis buenos, mis queridos majoreros, un abrazo en que va todo el corazón de

Miguel de UNAMUNO

París (2 Rue Laperouse 29, XII 1924).

EL "ESPERPENTO" EN LA OBRA DE VALLE-INCLÁN

Por *Carmen IGLESIAS*

II

V. *Clasificación del "Esperpento"*

EL "esperpento" es tan rico en motivos, imágenes, asociaciones de ideas, juegos de expresión, sensaciones y, al mismo tiempo, está tan lleno de intenciones satíricas, estéticas o, simplemente, definidoras de un caso especial, que sólo se podrá lograr su clasificación mediante un examen minucioso y toda una serie de subclasificaciones y divisiones.

A. *El "esperpento", según su función*

YA se ha visto cómo el "esperpento" tiene una función determinada, creada con *matemática perfecta.* Por consiguiente, varía mucho el significado del "esperpento", según éste se aplique a la estructura de la obra, a la caracterización de personajes o a la crítica histórica o social, lo que nos obliga a separar cada uno de estos aspectos para llegar a desentrañar cuál es la función del "esperpento" en ellos.

1) *En la estructura*

PUEDEN distinguirse tres formas bien delimitadas: la acotación escénica, la escena esperpéntica y el capítulo esperpéntico. Hay que observar que cada una de estas modalidades puede darse en una obra esperpéntica en su totalidad.

a) *Acotación escénica*

Se produce, como es de suponer, en los esperpentos teatrales *Luces de Bohemia, Las galas del difunto, Los cuernos de Don Friolera* y *La hija del Capitán.* Aunque, como señala Salinas, el "riguroso antecedente" del "esperpento" puede encontrarse ya en las acotaciones escénicas de las *Comedias Bárbaras.*[43]

En estos esperpentos teatrales, casi irrepresentables —si lo fueran, perderían lo mejor de su espíritu, concentrado en las acotaciones—, el diálogo es siempre realista, popular las más de las veces, asainetado hasta el punto de lo grotesco y guiñolesco. Pero frente a este diálogo desenfadado y crudo, propio de la picaresca que Valle-Inclán está retratando, la acotación esperpéntica funciona con la "matemática del espejo cóncavo". Así, unas pocas palabras bastan para darnos la sensación de un café madrileño: "Los espejos multiplicadores están llenos de un interés folletinesco, en su fondo, con una geometría absurda, extravaga el Café".[44] O lo melodramático, tan del gusto de Valle-Inclán, recarga aún más sus tintas, centrando todo el patetismo de una escena en un detalle nimio, como en la siguiente acotación, donde un clavo cobra caracteres dramáticos y grotescos a la vez: "Madame Collet y Claudinita, desgreñadas y macilentas, lloran al muerto, ya tendido en la angostura de la caja, amortajado con una sábana, entre cuatro velas. Astillando una tabla, el brillo de un clavo aguza su punta sobre la sien inerme".[45] Las viejas leyendas, las supersticiones, todo ese mundo misterioso que Valle-Inclán hereda de sus antepasados gallegos y que se funde con su propio temperamento, sufren también la deformación esperpéntica: "Se anguliza como un murciélago, clavado en los picos del manto: Desaparece en la noche de estrellas. Un gato fugitivo, los ojos en lumbre y el lomo en hopo sale en cohete por el centro de la cortinilla, rampa al mostrador, cruza de un salto por encima del fantoche aplastado: Huye con una sardina bajo los bigotes. Viene detrás la vieja con la escoba enarbolada".[46] En esta cita puede observarse una tendencia a lo guiñolesco, más evidente aún en los ejemplos que siguen: "Hace en torno de la Boticaria un bordo de gallo pin-

[43] *Literatura española,* siglo XX, p. 91.

[44] *Luces de Bohemia* (Madrid, 1924), p. 173.

[45] *Ibid.,* p. 239.

[46] *Esperpento de las Galas del Difunto.* En: *Martes de Carnaval* (Buenos Aires, 1940), p. 29.

turero con castañuelas y compases de baile. La Boticaria aspa los brazos en el ruedo de las faldas, grita perlática".[47] "La camarada de los tres pistolos mata la espera con el vino chispón de aquel pago, y decora el triple gesto palurdo con perfiles flamencos".[48]

Otra manifestación de la acotación escénica es la que encierra una descripción y una acción entrelazadas. En unas pocas líneas de gran concentración, Valle-Inclán fija un acto, un lugar o un ser:

> El eco angustiado de aquel grito paraliza el gesto de las tres figuras, suspende su acción. Quedan aprisionadas en una desgarradura lívida del tiempo, que alarga el instante y lo colma de dramática incertidumbre. La Sini rechina los dientes. Se rompe el encanto".[49]
>
> Una puerta abierta; Fondo de jardinillo lunero: El rodar de un coche; El rechinar de una cancela; El glogloteo de un odre que se vierte: Pasos que bajan la escalera. Chuletas de Sargento levanta un quinqué y aparece caído de costado Don Joselito. El Capitán inclina la luz sobre el charco de sangre, que extiende por el mosaico catalán una mancha negra. Se ilumina el vestíbulo con rotario aleteo de sombras: —La cigüeña disecada, la sombrilla japonesa, las mecedoras de bambú. Sobre un plano de pared, diluidos fugaces resplandores de un cuadro con todas las condecoraciones del Capitán. —Placas, medallas, cruces. Al movimiento de la luz todo se desbarata".[50]
>
> Farmacia del Licenciado Sócrates Galindo. La Bruja del tapadillo, con la carta de la Daifa, posa el vuelo en el relumbre de la pápila mágica, que proyecta sobre la acera el ojo del boticario. Por una punta del rebozo, las uñas negras, los dedos rayados del iris, oprimen la carta de la manflota. La mandadera mete la cabeza coruja por el vano de la puerta pegada a un canto. Maja en el mortero un virote de mandilón y alpargatas."[51]

---

[47] *Ibid.*, p. 59.
[48] *Ibid.*, p. 38.
[49] *Esperpento de la Hija del Capitán*, *Ibid.*, p. 219-220.
[50] *Ibid.*, p. 222.
[51] *Esperpento de las Galas del Difunto*. En *Martes de Carnaval*, p. 23.

b) *Escena esperpéntica*

REPRESENTA en la novela lo que la acotación escénica en las piezas teatrales. Se caracteriza también por la prosa rápida, eléctrica, mordiente. Es siempre descriptiva y se acusa en ella una mayor sátira histórica o social. Algunas, no obstante, sólo nos presentan un ambiente, o una escena costumbrista:

> El entierro iba sesgando el olivar; Llevaba una carrera agalgada, gacho y nocherniego; Pero cuando cruzaba por los atardecidos, el ocaso ponía brillos y romerías de luces sobre el negro betún del féretro".[52]
>
> El Coronelito de la Gándara, al pisar, infundía un temblor en la luminaria de Ánimas: La fanfarria irreverente de sus espuelas plateras, ponía al guiño del altarete un sinfónico fondo herético".[53]

La ironía se agudiza en esta rápida descripción del Congreso, por fuera: "Clausura de Cortes. Simones y carruajes oficiales; —Galones, escarapelas, aguardentosas bufandas, viseras aburridas. Esbirros de capa y garrote toman el sol por las esquinas, sostienen los faroles..."[54] Y en ésta de su interior: "El Pasillo Circular. Corros vaticinantes. Sesudas calvas, panzas doctrinales, sabihondas levitas, brillos de espadines y bordados..."[55] Por último, la atmósfera política se acentúa y se cierra con el pregón de un vendedor de periódicos: "—¡Gravedad del Duque de Valencia! ¡Extraordinario de la Correspondencia! Se guiñaban el ojo los consonantes como dos compadres".[56]

La noche de gala en un teatro madrileño recoge una visión completa de la Corte con todas sus ocultas consecuencias políticas y sociales, siendo a la vez interpretación histórica de una época: "Entreacto. La Corte deslumbra con sus lentejuelas de tambor y gaita en el Teatro de los Bufos, La Señora —diadema, pulseras altas, pendientes brasileros— luce el regio descote,

---

[52] *La Corte de los Milagros. El ruedo ibérico.* II. (Buenos Aires, 1940), p. 27-28.

[53] *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente.* (Buenos Aires, 1937), p. 89.

[54] *Viva mi Dueño. El ruedo ibérico.* I. (Buenos Aires, 1940), p. 119.

[55] *Ibíd.*, p. 123.

[56] *La Corte de los Milagros,* p. 70.

pomposa y mandona, soberaneando, desde la bañera de su palco, moños y calvas, atriles de la orquesta y cuerpo de baile..."[57]

Y he aquí otra escena en que el efecto dramático se logra en una síntesis rapidísima, casi cinematográfica: "...La locomotora maniobraba en agujas. De pronto un bulto —paletó, bastón, chistera— salta a la vía, y haciendo la rana, se aplasta en los rieles. Grito del andén. La locomotora negra, sudosa, abierta la válvula del vapor, le pasa por encima lanzando silbatadas. Corren los mozos del tren. Se apea el maquinista agarrándose la cabeza. Saliendo por fuera de la vía, un brazo trunco agarrotaba un papel entre los dedos. Muchas veces reclaman saber lo que escribió el suicida. Se apodera del papel el viajante de géneros catalanes: Un mozo del andén levanta su linterna: —Soy una víctima del despótico gobierno de Isabel. Pascual de Cárdenas".[58]

¿Podríamos decir que, en la escena que sigue, hay una deformación en la pintura de la violencia española? No, indudablemente. Nos hallamos ante la pura y triste realidad de un momento histórico. Pero esta realidad se nos presenta en ángulos inesperados, con total distorsión de la visión normal y con un lenguaje de "una luminosidad agresiva", en palabras del mismo Valle-Inclán:[59]

> Pitos, cencerros. insultos, brazos y varas en alto. La flaca chirimía del alguacil hacía su escala en gallos bélicos. El Compás de los Verdes tenía el sol en los guardillones, y en el ruedo la sombra morada de la tarde. El populacho baladrón enronquecía. Mozos y chavales, en racimos, se descolgaban de carromatos y rejas: Se doblaban y vencían talanqueres y canciles. Las mujeres sujetaban a los jaques de la villa. Amoratadas y despóticas, interponíanse dando alaridos. La Pareja de Civiles abría las zancas corriendo por encima del aborrascado tendido: Daba la ilusión de pisar sobre las cabezas. Gitanos y chalanes se revolvían con furia de voces, picas, tijerones y navajas".[60]
>
> El Vicario de los Verdes, confundido entre la gitana pelambre, repartía autoritarias bofetadas: —¡Faraones! ¡Mala ralea!
>
> Los gitanos se agachaban bajo la dura mano sacerdotal... Bramaba el clérigo... Las mujeres, con las uñas de fuera y la

[57] *Viva mi Dueño*, p. 30-32.
[58] *Ibid.*, p. 149.
[59] *Ibid.*, p. 156.
[60] *Ibid.*, p. 176.

greña en araños, cercaban al bonete: Brujas de cordobán y endrinas mozuelas le acosaban con rabioso plañir: —Padre cura, no hable su merced tan de ochavo! —¡Padre cura, quítese su merced la corona!".[61]

c) *Capítulo esperpéntico*

ACABAMOS de ver cómo el "esperpento", a través de creaciones teatrales o noveladas, puede condensarse en unas breves líneas o componer toda una escena o una acotación escénica. En cuanto al capítulo esperpéntico, encontramos un relato en que, o bien la intensidad o el desgarro suben de punto, o bien se agudiza la sátira y en ocasiones la burla.

Tirano Banderas no tiene capítulos de esta clase. Toda la obra es un "esperpento" con superposición de otros aquí y allá. *Viva mi Dueño* y *La Corte de los Milagros* son algo más realistas en su estructura y, por esta razón, el "esperpento" destaca más violentamente.

Limitaciones de extensión nos impiden reproducir aquí ejemplos de capítulos esperpénticos. Mencionaremos tan sólo la significación de algunos de ellos.

En *Viva mi Dueño,* cap. XV del Libro Segundo (p. 59-61), encontramos una descripción de la Pradera de San Isidro (Madrid) que es una insuperable pintura de la época. El cuadro es digno de Goya: desfile de pícaros y gitanos, desenfado, entre "vahos alcohólicos y humazos de aceite". La prosa, más que describir, pinta, tal es su plasticidad.

Podríamos llamar folklóricos los capítulos XVII y XVIII del Libro Quinto de *La Corte de los Milagros* (p. 27-31), en los cuales se describe un curioso entierro entre campesinos andaluces; la narración cobra tintes macabros por la naturaleza del entierro, ya que el cadáver ha de ser sumergido en el río desde una orilla a otra, pues la corriente se llevó el puente y carecen de lanchas. Los comentarios de las gentes, los gestos, el hecho en sí, son elementos de un guiñol grotesco y trágico.

Los gitanos juegan un importante papel en los dos volúmenes de *El ruedo ibérico;* hay capítulos enteros en que se habla la jerga calé. En *La Corte de los Milagros,* cap. II del Libro Sexto (p. 36-39), encontramos uno sumamente expresivo. La interpretación gitana de Valle-Inclán está muy lejos de lo pu-

[61] *Ibid.* p. 179.

ramente pintoresco. No hay exaltación de la gitanería; por el contrario, la pintura es implacable, aunque el autor no pueda sustraerse a la belleza plástica que se desprende de estas figuras.

En esta misma obra, encontramos que en su último capítulo hay como una apoteosis de todo lo esperpéntico anterior. Es como la visión de una España reflejada en el espejo deformador, dando por resultado una visión intensificada de esperpentos sucesivos y superpuestos. Se trata del entierro del General Narváez. Todos los elementos se conjuran para dar una impresión palpitante y desgarrada del Ruedo Ibérico; una España en descomposición, inconsciente y despreocupada, donde hasta el sol parece tomar parte en el desbarajuste general: "Para ver pasar el entierro por la carrera tendida de roses y fusiles, ha salido al ruedo celeste, vestido de luces, el mozo rubio, como retórica la tribu faraónica, allá por los pagos del difunto..."[62]

Como hemos indicado, el "esperpento" no se da en el diálogo, pues éste es siempre realista, con un realismo cínico, desenfadado y hasta procaz, cual corresponde al ambiente que se está retratando. De esta forma, el plano real y el plano esperpéntico, por obra y gracia del lenguaje, quedan perfectamente fundidos, sin que se establezca ninguna diferenciación entre uno y otro. Valle-Inclán hace hablar a sus personajes como seres humanos, para deshumanizarlos después, convirtiéndolos en fantoches, mediante sus acotaciones o escenas esperpénticas. Por otra parte, el autor se reserva el derecho a esgrimir la crítica histórica, a través del "esperpento", sin dejar que sus muñecos intervengan en ella.

2) *En la caracterización*

La caracterización puede ser aplicada a personas, animales o cosas. En los tres casos el enfoque es esperpéntico, aunque varíen los matices.

a) *De personas*

La caracterización es casi siempre externa, a lo largo de la escala social. Dentro de la proyección deformadora podrían con-

[62] *Viva mi Dueño*, p. 149.

siderarse dos tipos de "esperpentos": el realista de trazos duros, satíricos y aún de fina comicidad; el otro tipo sería el deshumanizador, que convierte a los seres en fantoches de un tablado de marionetas.

En el primer grupo todavía se puede hacer otra subdivisión entre los tipos históricos, los simbólicos y los episódicos.

Dentro del histórico debemos colocar, en primer lugar, a la reina Isabel II, pelele número uno del Ruedo Ibérico: "La Católica Majestad no dejaba el mete y saca de los reales anillos, mirándose las manos de herpéticas mantecas, tan bastas y grandotas, que podían manejar como un abanico el pesado cetro de Dos Mundos".[63] "La Católica Majestad sonreía conqueridora y frescachona, con la sonrisa de la comadre que vende buñuelos en la Virgen de la Paloma".[64] Su consorte tampoco recibe mejor trato: "El Augusto Monarca le habló con merengue, sacando la cadera".[65] "Extremó los tiples de marioneta el Rey Don Francisco".[66]

Un grado más abajo en la escala social está el General Narváez, agonizante, y he aquí cómo nos lo pinta Valle-Inclán: "El Espadón de Loja, con garrafas en los pies, cáusticos en los costados y en las orejas cuatro pendientes de sanguijuelas, íbase de este mundo amargo, a todo el compás de sus zancas gitanas".[67] Y un conocido escritor es descrito en estos términos: "Don Adelardo López de Ayala, tendido el alón de gallo barroco, cacareó, encendida la cresta de retóricos galanteos".[68]

Entre las caracterizaciones simbólicas ocupa el primer término la creación de Tirano Banderas, prototipo del dictador hispanoamericano, encarnado aquí en un ente reconcentrado, lejano y cruel: "Inmóvil, taciturno, agaritado de perfil en una remota ventana, atento al relevo de guardias en la campa barcina del convento, parece una calavera con antiparras negras y corbatín de clérigo".[69] "Tirano Banderas, con olisca de rata fisgona".[70] "...era un negro garabato de lechuzo".[71]

[63] *Viva mi Dueño,* p. 129.
[64] *Corte de los Milagros,* p. 147.
[65] *Viva mi Dueño,* p. 136.
[66] *Loc. cit.*
[67] *Corte de los Milagros,* p. 102.
[68] *Ibid.,* p. 78.
[69] *Tirano Banderas,* p. 17-18.
[70] *Ibid.,* p. 60.
[71] *Ibid.,* p. 39.

Un compadre de Tirano Banderas, símbolo del militarismo hispanoamericano, recibe de Valle-Inclán esta descripción: "El Coronelito Domiciano de la Gándara templa el guitarrón. Camisa y calzones, por aberturas coincidentes, muestran el vientre rotundo y risueño de dios tibetano. En los pies desnudos arrastra chancletas, y se toca con un jaranillo mambís, que al revirón descubre el rojo de un pañuelo y la oreja con arete: El ojo guiñate, la mano en los trastes, platica leperón con las manflotas...".[72]

Y, por último, unos cuantos ejemplos de tipos episódicos, como la inevitable celestina de pueblo: "Llegaba la bruja lagartijera y corretona, el rebozo de merinillo revolante sobre el moñete: Una castaña pilonga con alas de mosca";[73] el sereno: "El bulto encapuchado del farol y el chuzo aparece por la esquina";[74] la inseparable pareja de Guardias Civiles: "La Pareja, silenciosa, a la sombra del muro, desdoblaba la adusta geometría de sus siluetas";[75] y otra curiosa caracterización de un tipo cualquiera: "Se acerca un Babieca fúnebre, alto, macilento; La nuez afirmativa, desnuda, impúdicamente despepitada, incrusta un movimiento de émbolo entre los foques del cuello: El lazo de la chalina, vejado, deshilachado, se abulia con murria de filósofo estoico a lo largo de la pechera: La calva aparatosa, con orlas de mechones, las manos flacas, los dedos largos de organista, razonan su expresión anómala y como deformada de músico fugado de una orquesta. Toda la figura diluye una melancolía de vals chafada por el humo de los cafés, el roce de los divanes, las deudas con el mozo, las discusiones interminables".[76]

El segundo grupo, que llamaremos de los fantoches, representa un mayor rebajamiento de lo humano. La insistencia con que aparecen estos tipos da la impresión de que Valle-Inclán veía toda la vida de España como un grotesco tablado de feria. Hay infinidad de ejemplos, pero sólo damos dos muy característicos: "Don Friolera, en el reflejo amarillo del quinqué, es un fantoche trágico".[77] "Tu-Lag-Thi tenía la voz flaca de pianillos desvencijados, y una movilidad rígida de muñeco auto-

[72] *Ibid.*, p. 60.
[73] *Viva mi Dueño*, p. 164.
[74] *Esperpento de las Galas del Difunto*, p. 65.
[75] *Corte de los Milagros*, p. 47.
[76] *Esperpento de la Hija del Capitán*, p. 242.
[77] *Esperpento de los Cuernos de Don Friolera*, p. 119.

mático, un accionar esquinado, de resorte, una vida interior de alambre en espiral".[78]

Como la mayoría de las caracterizaciones son externas, se dan pocos casos en que apunte algún rasgo psicológico, tal vez porque —según acabamos de señalar— Valle-Inclán gusta de reducir sus personajes a la categoría de peleles. No obstante, en algunas ocasiones puede apreciarse un matiz psicológico en algunas descripciones externas. La que sigue se refiere a un personaje que aparece con frecuencia en los dos tomos de *El ruedo ibérico,* y nos permite apreciar algo más que lo puramente externo: "El Señor Marqués se distrajo mirando volar una mosca, y cambió la clavija del discurso, pasando a otro tema, con un desgarbo aéreo de marioneta".[79] El Coronel que aparece en *Tirano Banderas* queda así retratado moralmente: "Tenía el pathos chispón de cuatro candiles, la verba sentimental y heroica de los pagos tropicales".[80]

La caracterización interna es aún menos frecuente y sólo la hemos encontrado en *Tirano Banderas.* La explicación es fácil: no se da esta clase de "esperpento" interno en lo teatral. En cuanto a *Viva mi dueño* y *La Corte de los Milagros,* más que novelas son historia novelada con multitud de tipos episódicos y unos cuantos personajes más constantes, como el Marqués de Torre-Mellada, el Niño de Benamejí, la Reina Isabel II, etc. El retrato que de todos ellos nos presenta Valle-Inclán es tan severo e implacable, de tal forma los convierte en fantoches, que los despoja hasta de su alma. Por otra parte, como su pretensión es dar una visión de la época, se preocupa del conjunto mucho más que de lo particular. En *Tirano Banderas,* en cambio, sí hay pintura de caracteres, y aunque éstos tampoco salen muy bien parados —precisamente como una prueba de su degradación—, en algún momento vemos sus almas. He aquí la de Tirano Banderas: "La mueca verde remegía los venenos de una befa aún soturna en los repliegues del ánimo".[81] El Ministro de España, después de inyectarse morfina, divaga:

> "Y, de repente, otras imágenes saltaron en su memoria, con abigarrada palpitación de sueltos toretes en un redondel. Entre

[78] *Tirano Banderas,* p. 224.
[79] *La Corte de los Milagros,* p. 19.
[80] *Tirano Banderas,* p. 133.
[81] *Tirano Banderas,* p. 213.

ángulos y roturas gramaticales, algunas palabras se encadenaban con vigor epigráfico: —Desecho de tienta. Cría de Guisando. Graníticos. Sobre este trampolín, un salto mortal y el pensamiento quedaba en una suspensión ingrávida, gaseado.

Luego, por rápidos toboganes de sombra descendía a un remanso de la conciencia donde gustaba la sensación refinada y tediosa de su aislamiento. En aquella cima, números de gramática rota y llena de ángulos, volvían a inscribir los poliedros del pensamiento, volvían las cláusulas acrobáticas, encadenadas por ocultos nexos. Y el carcamal... triangulaba difusos, confusos, plurales pensamientos".[82]

Dentro de la variedad de formas a que Valle-Inclán somete la caracterización de sus muñecos, aún queda una que podría llamarse sintética: es decir, reducción de un ser a sus rasgos más destacados o, por el contrario, disminución o rebajamiento de un personaje para no dejar de relieve más que lo ridículo. Destacamos aquí unos cuantos ejemplos de los muchos que hay: "Los cuatro pelos de su calva bailan un baile fatuo".[83] "...y se le arruga la voz con las mismas arrugas que la cara".[84] "Resplandecía como búdico vientre el cebollón de su calva".[85]

b) *De animales*

Los animales son tratados con realismo cuando cumplen una misión secundaria en el relato. Pero, de pronto, un animal surge para dar carácter a una escena o para completar una figura humana; en este caso, el "esperpento" se encarga de reducirlo también a la categoría de fantoche: "Cruza la Costanilla un perro golfo que corre en zigzag. En el centro encoje la pata y se orina: el ojo legañoso como un poeta, levantado al azul de la última estrella".[86] "Tenía en el hocico el faldero arrumacos, melindres y mimos de maricuela".[87]

---

[82] *Ibid.*, p. 203-204.
[83] *Esperpento de los Cuernos de Don Friolera*, p. 92.
[84] *Ibid.*, p. 90.
[85] *Tirano Banderas*, p. 23.
[86] *Luces de Bohemia*, p. 232.
[87] *Tirano Banderas*, p. 191.

c) *De cosas*

Las cosas sufren también el proceso deformador cuando se trata de conseguir un determinado ambiente. En ese momento, adquieren vida propia, se desdoblan o se transforman y reciben sobre sí el foco esperpéntico: "Bajo los miradores reales, el río sacaba fuera mucho más pecho, y sólo por escrúpulo de la luna no descubría las vergüenzas".[88] "A la mesa camilla le han puesto bragas verdes".[89] "...un piano lechuzo que se pasaba los días enfundado de bayeta negra".[90]

En resumen, vemos que la caracterización humana se presenta siempre en forma externa a través de la descripción esperpéntica y que los atisbos psicológicos o internos son raros. Es como si Valle-Inclán quisiera recalcar que el momento histórico que describe en sus obras carece de espíritu y que los seres que lo pueblan son simples fantoches sin alma. Por otra parte, los pocos casos de descripción psicológica o interna no hacen más que intensificar la idea de descomposición moral. Los animales y las cosas, por el contrario, se humanizan, pero, al cobrar humanidad, se convierten, a su vez, en marionetas.

3) *En la crítica histórica y social*

La función del "esperpento" no se detiene; sufre, por el contrario, un proceso de constante transformación e intervalencia que lo hace apto para cualquier situación que el autor desee satirizar. Nos da primero una escena de conjunto en acotaciones o escenas esperpénticas; pasa después a caracterizar a los actores de la gran mascarada y, por último, nos presenta una ampliación o primer plano que encierra su más violenta crítica hacia todos los sectores de la sociedad, las instituciones, los falsos valores, etc.

Como introducción a esta crítica, veamos el comentario del propio autor en las primeras páginas de *Viva mi Dueño:*

> "—¡Me gustan todas! ¡Me gustan todas!
>
> En los cafés, los jugadores de dominó, en las redacciones, el gacetillero, en las tertulias de camilla y botijo, el gracioso que canta los números de la lotería, en el gran mundo, las tarascas

[88] *Viva mi Dueño,* p. 18.
[89] *Esperpento de la Hija del Capitán,* p. 210.
[90] *Tirano Banderas,* p. 78.

> más a la moda, los pollos en cambio de voz, los viejos verdes, todos los madrileños en aquella hora de licencias y milagros canturreaban algún aire aprendido en el Teatro de los Bufos. Un cancán de alegres compases cierra los amenes de la fiesta isabelina, cuando los santurrones candiles dislocaban el último guiño ante las pantorrillas de un cuerpo de baile, y solfas de opereta sustituían al Himno de Riego.
>
> —¡Pero la rubia! ¡Pero la rubia!"[91]

Una vez más, la Monarquía es objeto de agrias censuras, a través del ridículo o de la befa, como en ésta dirigida al Rey: "En la Cámara Real, vasta, cuadrada, solemne, su voz recibía una mengua jocosa, de fantoche que sale al tablado vestido con manto y corona de rey de baraja".[92]

El inveterado odio de Valle-Inclán hacia las instituciones militares le lleva a darnos esta definición del General Prim: "La mía invicta espada, siempre díscola, ahora esgrime su jaque floreo, entre las tinieblas del Támesis".[93] O esta imagen disimulada de Primo de Rivera: "El vencedor de Periquito Pérez se colgó el espadín, se puso el ros de medio lado, se ajustó la pelliza y recorrió la sala marcándose un tango: Bufo y marchoso, saca la lengua, guiña el ojo y mata la bicha a estilo de negro cubano".[94]

La farsa política, su falta de seriedad y de moralidad, todo se saca a relucir en medio de burlas: "El Presidente del Consejo puso una nueva pajarita sobre la cartera del Señor Coronado. Se le saltaba al docto vejete la dentadura postiza, pareciéndole que el obsequio no venía sin ánimo de picarle".[95] "Se ha puesto la cogulla el soldado y las botas de montar el fraile. Toda la historia de nuestro país en el siglo XIX.[96] La aristocracia es, asimismo, fustigada con frecuencia. El Marqués de Torre-Mellada es pintado así: "En la adusta soledad penibética era un adefesio anacrónico aquel vejete de chistera gris, guantes anaranjados, tobina con recortes de astracán, y en los flácidos cachetes, rosicleres de alquimia".[97]

---

[91] *Viva mi Dueño*, p. 29.
[92] *La Corte de los Milagros*, p. 149.
[93] *Viva mi Dueño*, p. 14.
[94] *Esperpento de la Hija del Capitán*, p. 212.
[95] *Viva mi Dueño*, p. 26.
[96] *La Corte de los Milagros*, p. 64.
[97] *Ibíd.*, p. 53.

Comprobamos, pues, cómo el autor insiste en su crítica histórica y social, subrayando por medio del espejo desquiciador todo lo que es susceptible de censura. Y llegamos a la conclusión de que la función del "esperpento", tanto en la estructura como en la caracterización o en la crítica histórica y social, es primordialmente satirizar la España de los siglos XIX y XX. Valle-Inclán se nos presenta como un moralista a lo Quevedo, amargo, despiadado e implacable, pero sin llegar a lo cropológico como aquél. Ambos tienen un extraordinario dominio de la lengua y de los recursos expresivos, pero Valle-Inclán es más artista que Quevedo. Por serlo ha de crearse un estilo nuevo, una forma que se preste a la función moralizadora y de crítica social; y así nace la invención del "esperpento".

B. *El "esperpento" según su técnica*

ACABAMOS de estudiar el "esperpento" en conjunto, tratando de desentrañar su función y su significado. Veamos ahora cómo actúan separadamente los elementos de este arte, qué técnica rige en ellos, cuál es el efecto del espejo cóncavo sobre los elementos reales aislados del conjunto.

Es evidente que en el "esperpento" hay matices metafóricos semejantes a los que pueden hallarse en un poema, aunque los de éste tiendan a expresar la belleza y los de aquél a deformarla. Un examen pormenorizado nos lleva a encontrar los siguientes fenómenos:

1) *Vivificación*

EN el constante intercambio de funciones e imágenes a que Valle-Inclán somete el artilugio de sus esperpentos, lo estático se vivifica y empieza a danzar como un fantoche más en ese mundo de fantoches. Esta vivificación puede aplicarse a un objeto independiente, es decir, sin contacto directo con la narración, y cuya finalidad es crear un determinado ambiente: "un piano lechuzo"[98] o las lámparas que se convierten en "luces mochuelas".[99] Sin embargo, más frecuentemente se vivifican fragmentos o partes de un ser por naturaleza inerte: "Los cua-

[98] *Tirano Banderas*, p. 78.
[99] *Viva mi Dueño*, p. 41.

tro pelos de su calva bailan un fuego fatuo".[100] Se trata de destacar el detalle ridículo o que nos dé una idea deformada del ser. Así, en vez de indicar que viene el cura en una procesión, dirá: "Tras de la cruz aguzaba sus cuernos el bonete".[101] En otras ocasiones, un sonido se vivifica: "Cantan dos grillos en el fondo de sus botas nuevas",[102] o un campanario "abría los ojos de sus campanas".[103] La bufanda que se enrosca al cuello de un personaje es "la bufanda de verde serpiente".[104]

En ciertos momentos, el fenómeno no es exactamente de vivificación, sino, más bien, de dinamización: "Pasa la calle el campaneo de los tranvías",[105] "Rotura de la pista en ángulos",[106] etc. El proceso se manifiesta desde lo más pequeño y concreto —"un clavo aguza su punta sobre la sien"[107]— hasta lo más abstracto, al decir que en la oscuridad de los túneles "el tiempo se alarga, se desdobla...".[108]

2) *Humanización*

La humanización es riquísima en formas, pues las cosas más inesperadas pueden cobrar figura, sensaciones o movimientos humanos. El sol es "el mozo rubio" vestido de luces,[109] el Tajo es el "río que el pecho saca fuera para hablar a los reyes".[110] Así, los elementos de la Naturaleza se humanizan para dar mayor plasticidad a la deformación esperpéntica; del mismo modo, las partes del cuerpo: "el viento rotundo y risueño",[111] "se le arruga la voz con las mismas arrugas que la cara",[112] "sesudas calvas, panzas doctrinales".[113] Las prendas de vestir, asimismo, se humanizan: "El lazo de la chalina... se abolía con murria

[100] *Esperpento de los Cuernos de Don Friolera,* p. 92.
[101] *La Corte de los Milagros,* p. 28.
[102] *Esperpento de las Galas del Difunto,* p. 28.
[103] *La Corte de los Milagros,* p. 28.
[104] *Luces de Bohemia,* p. 29.
[105] *Esperpento de la Hija del Capitán,* p. 239.
[106] *Tirano Banderas,* p. 59.
[107] *Luces de Bohemia,* p. 239.
[108] *La Corte de los Milagros,* p. 58.
[109] *Ibid.,* p. 149.
[110] *Viva mi Dueño,* p. 16.
[111] *Tirano Banderas,* p. 77.
[112] *Esperpento de los Cuernos de Don Friolera,* p. 90.
[113] *Viva mi Dueño,* p. 123.

de filósofo estoico",[114] los ternos de luces son "sudados oropeles famélicos",[115] los guantes tienen "giros disertantes y parabólicos",[116] y aun encontramos "viseras aburridas", "sabihondas levitas".[117] Los animales también pueden ostentar cualidades humanas: "Un ratón saca el hocico intrigante",[118] un faldero tiene "arrumacos, melindres y mimos de maricuela"[119] o los perros "aullaban nigrománticos".[120] En la definición de muebles encontramos un "piano hipocondríaco",[121] o que a la mesa camilla "le han puesto bragas verdes".[122] Hay gran variedad de humanizaciones en las cosas; por ejemplo, la péndula *(sic)* del reloj "proyectaba... una risa",[123] las cartas de la baraja quedan sobre la mesa "con un tuerto visaje",[124] los quevedos son "como dos ojos absurdos",[125] "las mariposas de aceite cuchicheaban",[126] un corredor tiene "luces afligidas",[127] "se guiñaban el ojo los consonantes del aleluya como dos compadres",[128] etc.

3) *Deshumanización*

Es aun más frecuente que la humanización, ya que supone el resultado natural de lo real colocado ante el espejo cóncavo. Predomina el tipo de deshumanización que convierte a los humanos en animales. Tirano Banderas anda con "olisca de rata fisgona",[129] tiene una inmovilidad "de corneja sagrada"[130] o es "el garabato de lechuzo";[131] las viejas tienen "cabeza de lechu-

114 *Esperpento de la Hija del Capitán*, p. 242.
115 *Viva mi Dueño*, p. 156.
116 *Tirano Banderas*, p. 194.
117 *Viva mi Dueño*, p. 119 y 123.
118 *Luces de Bohemia*, p. 30.
119 *Tirano Banderas*, p. 191.
120 *La Corte de los Milagros*, p. 27.
121 *Tirano Banderas*, p. 78.
122 *Esperpento de la Hija del Capitán*, p. 210.
123 *La Corte de los Milagros*, p. 83.
124 *Esperpento de la Hija del Capitán*, p. 215.
125 *Luces de Bohemia*, p. 154.
126 *Tirano Banderas*, p. 82.
127 *Viva mi Dueño*, p. 70.
128 *La Corte de los Milagros*, p. 70.
129 *Tirano Banderas*, p. 60.
130 *Ibid.*, p. 18.
131 *Loc. cit.*,

za",[132] "cabeza coruja" o "pesado vuelo";[133] un Coronel tiene gesto de "faldero con lentes",[134] el Vate Larrañaga anda "con revuelo de zopilote, negro y lacio".[135] El gallo se presta a varias comparaciones: un personaje ríe malicioso —"un cacareo con hoja, como la moneda falsa"—,[136] Tirano Banderas habló "desbaratada la voz en una cucaña de gallos",[137] López de Ayala "tendido el alón de gallo barroco, cacareó, encendida la cresta de retóricos galanteos".[138] Las personas se convierten en cosas: así, Tito el Daldado "retorcía el pábilo del busto en la palmatoria de tuertas canillejas",[139] los Reyes se despiden de un cantante "dejándolo en una orfandad de levitón y rodilleras".[140] La deshumanización también puede convertir en figuras geométricas a los humanos; de este modo, una vieja "se anguliza como un murciélago"[141] o la Pareja de la Guardia Civil "desdoblaba la adusta geometría de sus siluetas".[142] Muy típico y frecuente, también, es reducir las figuras humanas a fantoches, como ya hemos indicado al hablar de las caracterizaciones. Al de los ejemplos dados entonces podemos sumar el de Don Friolera que, "en el reflejo amarillo del quinqué, es un fantoche trágico",[143] y este otro de la Reina, convertida en una muñeca ordinaria: "tenía esa expresión un poco manflota de las peponas de ocho cuartos".[144] En la escala descendente de la degradación aun podemos hallar "el garabato del pícaro"[145] o "la momia indiana"[146] o una doble deshumanización: "baló la momia sentimental y chabacana".[147] Finalmente, una muchachita canta, "inmóvil la cara de niña muerta"[148] y Tirano Banderas "parece

[132] *Esperpento de los Cuernos de Don Friolera,* p. 100.
[133] *Esperpento de las Galas del Difunto,* p. 23.
[134] *Esperpento de la Hija del Capitán,* p. 255.
[135] *Tirano Banderas,* p. 54.
[136] *La Corte de los Milagros,* p. 20.
[137] *Tirano Banderas,* p. 26.
[138] *La Corte de los Milagros,* p. 78.
[139] *Ibid.,* p. 46.
[140] *Viva mi Dueño,* p. 133.
[141] *Esperpento de las Galas del Difunto,* p. 29.
[142] *La Corte de los Milagros,* p. 47.
[143] *Esperpento de los Cuernos de Don Friolera,* p. 110.
[144] *La Corte de los Milagros,* p. 134.
[145] *Ibid.,* p. 49.
[146] *Tirano Banderas,* p. 184.
[147] *La Corte de los Milagros,* p. 71.
[148] *Tirano Banderas,* p. 78.

una calavera con antiparras".[149] Hemos visto anteriormente que Valle-Inclán se complace en proyectar el foco esperpéntico en un detalle de la persona que quiere describir. En este caso podríamos decir que, dentro de la deshumanización, es como un rebajamiento de las partes del ser: el librero Zaratustra se nos presenta con "la cara de tocino rancio"[150] y otro personaje que se encuentra en una apurada situación tiene "llorona la alcuza de la nariz",[151] y siempre que nos hable de él Valle-Inclán hará alusión a la nariz de alcuza; en otro momento, para hablar de un vientre dirá que un individuo está "con el jipi y los guantes sobre la repisa de la botarga";[152] a este mismo personaje le "resplandecía como búdico vientre el cebollón de su calva";[153] un grupo de campesinos resentidos mirarán con "tijeretas de los ojos";[154] para hablar de la mala lengua de algunas damas cortesanas asegurará que las "lechuzas batieron la castañeta del pico";[155] la cabeza de una vieja peinada con moñete y cubierta con rebozo pasará del estado vegetal al de insecto: "una castaña pilonga con alas de mosca".[156] Los animales comparten este rebajamiento de los humanos: un perro se transforma en ridículo "bibelot": "También era triste la vitola del perrillo. ¡Una pinturera trasquila convertía en león de consola al petulangue Merengue!"[157] Pero aún es más desdichado el trato de este otro: "Tenía en el hocico el faldero arrumacos, melindres y mimos de maricuela".[158] El animal, aquí, sufre un doble proceso: primero, se convierte en hombre para, inmediatamente, ser rebajado a la categoría ínfima de "maricuela". En cuanto a las cosas, también puede encontrarse algún ejemplo de rebajamiento como en "achorizado pasillo".[159]

---

149 *Ibid.*, p. 17.
150 *Luces de Bohemia*, p. 29.
151 *Tirano Banderas*, p. 88.
152 *Ibid.*, p. 195.
153 *Ibid.*, p. 23.
154 *Viva mi Dueño*, p. 155.
155 *Ibid.*, p. 32.
156 *Ibid.*, p. 164.
157 *La Corte de los Milagros*, p. 111.
158 *Tirano Banderas*, p. 191.
159 *Viva mi Dueño*, p. 82.

4) *Intervalencia y plurivalencia*

Es este un fenómeno que se da en la mayoría de los esperpentos. Todo lo que Valle-Inclán proyecta en el espejo cóncavo nos devuelve una imagen deformada, desquiciada, de la que pueden extraerse múltiples sensaciones e ideas eslabonadas que se comunican entre sí y se transfieren las cualidades o condiciones que son inherentes a cada una. Resulta obvio repetir aquí los ejemplos que hemos dado sobre vivificación, humanización y deshumanización, en los cuales se puede comprobar sobradamente cuanto acabamos de exponer. Todo se intervale y plurivale en las más inesperadas combinaciones y acrobacias de la imaginación. Los seres humanos se trasmutan en animales, en fantoches, en cosas; a su vez, los animales y las cosas tienen las mismas propiedades que los hombres. De la fusión de elementos tan dispares surge el "esperpento" deformador, convertido en obra de arte gracias a la magia del lenguaje.

5) *Sinestesias*

El oído y la vista son los dos sentidos predominantes en el desdoblamiento sinestésico de los esperpentos. Casi podríamos asegurar que no hay más ejemplos que los auditivo-visuales, ya que la excepción la señalan dos sinestesias transpuestas. No hay el menor indicio de algo que se refiera a tacto, olfato o gusto. Es indudable que Valle-Inclán utiliza tan sólo las sensaciones visuales y auditivas por ser las únicas que corresponden al mundo de la farsa. Y al decir farsa, incluimos sus novelas que, a la postre, son también un tablado de marionetas con multitud de personajes.

Observemos algunos ejemplos de sinestesias auditivo-visuales, más numerosas que las opuestas. Dos personajes llevan "fosco rosmar claveteado entre las cuatro pisadas",[160] un Coronel "abismó la voz en un caos de gestos",[161] el Augusto Monarca "habló con merengue",[162] "el doble de difuntos dilataba su mohosos círculos",[163] un individuo "vaga en un misterio de

[160] *Tirano Banderas*, p. 86.
[161] *La Corte de los Milagros*, p. 66.
[162] *Viva mi Dueño*, p. 136.
[163] *La Corte de los Milagros*, p. 28.

grillos y luceros".[164] El siguiente ejemplo es muy curioso porque nos da una serie de sinestesias superpuestas de vista-oído y oído-vista: "un reloj desconcertado precipitó en el silencio su lluvia de lentejas sonoras".[165] Como muestras de visuales-auditivas encontramos que el Ministro del Japón tiene "la voz flaca, de pianillos desvencijados";[166] en otro momento, "tiniebla de voces"[167] y, refiriéndose a la voz del Padre Claret, dice que "dilataron sus odres las anchas vocales catalanas";[168] la Corte deslumbra con sus "lentejuelas de tambor y gaita",[169] el atardecer abre "círculos de sombra sonora"[170] y "de tarde en tarde el asfalto sonoro".[171]

Las sinestesias traspuestas presentan un plano real y otro abstracto, o viceversa; así, los poliedros del pensamiento son "números de una gramática rota y llena de ángulos";[172] "la mueca verde remegía los venenos de una befa aún soturna y larvada en los repliegues del ánimo".[173]

6) *Cromatismo*

El ejemplo que acabamos de transcribir es uno de los muchos en que el color verde aparece en *Tirano Banderas,* al extremo de que casi llega a constituir un "leit motif", ya que es el que caracteriza al Tirano: su saliva de mascador de coca es verde, en la mancebía tenemos la Recámara Verde, etc. Este color contribuye a crear el tono esperpéntico de la novela. En un grado menor aparece el negro: "un piano lechuzo... enfundado en bayeta negra",[174] o el individuo "con revuelo de zopilote negro y lacio";[175] hemos visto ya infinidad de alusiones a brujas corujas, cornejas, lechuzos, que inmediatamente nos sugieren la idea del color negro. En general, no son muy frecuentes las

[164] *Esperpento de las Galas del Difunto,* p. 30.
[165] *La Corte de los Milagros,* p. 102.
[166] *Tirano Banderas,* p. 224.
[167] *La Corte de los Milagros,* p. 9.
[168] *Viva mi Dueño,* p. 139.
[169] *Ibid.,* p. 30.
[170] *La Corte de los Milagros,* p. 29.
[171] *Luces de Bohemia,* p. 71.
[172] *Tirano Banderas,* p. 203.
[173] *Ibid.,* p. 213.
[174] *Ibid.,* p. 78.
[175] *Ibid.,* p. 54.

alusiones esperpénticas a colores concretos, como cuando habla de "las rojas y doradas peceras de los palcos" o de "el rojo terciopelo... enciende su girigay de luces...".[176] Valle-Inclán prefiere dar la sensación del color por medio de las asociaciones de ideas; de este modo, las caras de los gañanes son "luces centenas",[177] la Corte "abre su pavón de luces",[178] el rancho gitano tiene "un resalte de ochavo moruno: Luces cobrizas...",[179] el sol pone en los adobes "una luz... que calcaba con tintas chinas el perfil de los tejados";[180] por último, un Guardia Civil mira con el ojo penetrante, "duro, como el pavón de las balas".[181]

7) *Materialización de lo abstracto*

VALLE-INCLÁN no desaprovecha ningún trueque de valores intrínsecos y lo abstracto o interno no le merece más consideración que lo externo. Unas veces, es el tiempo que "se alargaba diluido, amortajado",[182] o son tres personajes aprisionados "en una desgarradura lívida del tiempo";[183] otras, habla de un individuo que tiene "una vida interior de alambre en espiral",[184] o de un carcamal que "triangulaba difusos, confusos, plurales pensamientos";[185] un tercer personaje tiene una "respetabilidad adiposa"[186] y el Señor Castro Belona "amuebló la sombra con los roncones de su enfisema".[187]

VI. *Recapitulación*

DESPUÉS de este examen, tenemos una visión más íntima del "esperpento". Vemos, ante todo, que predomina una intervalencia y plurivalencia de cuantos elementos lo integran. Obser-

[176] Ambas citas en *Viva mi Dueño*, p. 31.
[177] *La Corte de los Milagros*, p. 47.
[178] *Viva mi Dueño*, p. 32.
[179] *La Corte de los Milagros*, p. 36.
[180] *Ibid.*, p. 39.
[181] *Ibid.*, p. 12.
[182] *Ibid.*, p. 64.
[183] *Esperpento de la Hija del Capitán*, p. 219.
[184] *Tirano Banderas*, p. 224.
[185] *Ibid.*, p. 204.
[186] *Ibid.*, p. 196.
[187] *Viva mi Dueño*, p. 94.

vamos también que en un solo esperpento pueden hallarse varios fenómenos diferentes —recuérdese el ejemplo del campanario que "abría los ojos de sus campanas", que encierra una sinestesia y una vivificación—, y aún podríamos citar otros ejemplos en los que el fenómeno se triplica y que no hemos insertado en el texto para evitar repeticiones y dar cabida a mayor variedad de matices. La vivificación y dinamización se ejercen sobre lo más inesperado, y lo mismo ocurre con el proceso de humanización, ya que Valle-Inclán hace que todo concurra para crear una atmósfera de desquiciamiento de la realidad: la Naturaleza, los animales, las cosas, las partes del cuerpo, etc. La deshumanización tiene la misma finalidad: los hombres son animales, cosas, fantoches, etc. Las sinestesias nos dan las dos sensaciones que son propias de la técnica escénica: oído y vista. El cromatismo presenta el verde y el negro como colores de ambiente esperpéntico, pero, en general, conseguimos la impresión del color a través de asociaciones de ideas. Con la materialización de lo abstracto, la revolución de valores es total. Todo se mezcla y se interfiere; todo trueca su esencia por la de un elemento contrario. El resultado es una movilidad extraordinaria y creemos hallarnos ante un tablado de marionetas donde personas, animales, cosas, elementos de la Naturaleza y hasta lo más abstracto juegan un papel igualmente risible. No obstante, ni por un momento tenemos la sensación de hallarnos ante un mundo caótico o informe. Contrariamente, gracias a la técnica empleada por Valle-Inclán, un orden lógico y matemático rige el "esperpento" por dentro y por fuera.

LOS PROBLEMAS DE LA INDEPENDENCIA EN LA LITERATURA POLACA

Por *Andrzef KIJOWSKI*

I

En 1795, Austria, Rusia y Prusia llevaron a cabo el definitivo reparto de Polonia. Una potencia que se extendía desde el río Odra hasta más allá del Dnieper, desde los litorales del Mar Negro hasta la Bahía de Riga en el Mar Báltico, quedó borrada del mapa político del mundo. Esta última división, llamada el tercer reparto de Polonia, era la etapa final de un proceso que ya había durado más de cien años. Desde fines del siglo XVII, el país, extenuado por las guerras y por sus conflictos internos, ya se inclinaba hacia el derrumbe definitivo.

Incesantemente aumentaban los privilegios de la nobleza y de los magnates, limitando la autoridad real. Cada vez era mayor la preponderancia social y económica de la aristocracia, sobre la burguesía y los campesinos. Los magnates dirigían su propia política, contraria a los intereses del país. En Varsovia, regían los embajadores extranjeros. Ellos decidían acerca de los acuerdos de la Dieta, sobre la política interior y exterior y respecto a la elección de los reyes. (En Polonia, desde el siglo XVI, el rey era electo en asamblea por la nobleza).

Esa situación del país despierta una inquietud cada vez mayor y provoca una reacción que se manifiesta en dos formas: una de ellas, es la tendencia cultural y progresista, semejante a las ideas de los enciclopedistas franceses; la otra es conservadora, que se expresa en el vehemente patriotismo de la nobleza oscurantista, pero amante de su patria.

La cultura polaca presenta un carácter peculiar. No sólo constituye, como en Francia, la corriente filosófico-social que conduce a la revolución del estado llano. La existencia política de Polonia está amenazada y su movimiento cultural es en defensa de su independencia; la cual, según juzgaban los adeptos

de ese movimiento, requería reformas fundamentales en todos los campos de la vida social. En ese movimiento, jugó un papel muy importante la literatura, sobre todo la polémica. En 1747, aparece la obra de uno de los últimos reyes polacos, Stanislaw Leszczyñski (este rey de vasta cultura, obligado a abdicar del trono, se refugia en la corte de su yerno, el rey de Francia, Luis XV). Esa obra conocida con el título de *Libre expresión, garantía de libertad,* traza el camino a los futuros escritores, demostrando, con mucha perspicacia, que las causas de la caída de Polonia, residen en la miseria de los campesinos, en el abandono de las ciudades, así como en el abuso de la nobleza y de los magnates y en la limitación de la autoridad real.

Grandes méritos logró Stanislaw Konarski, quien en su obra intitulada *De la eficacia de los consejos,* en la que pide una reforma radical de la estructura del estado. Aunque era sacerdote católico, combatió las influencias del clero. Sobre todo en materia de educación, trazó un valiente programa para la reforma escolar y educativa nacional, que pronto realizó la célebre Comisión de Educación Nacional, que fue el primer Ministerio de Educación en la historia y el primer ejemplo de poner la enseñanza escolar bajo la dependencia directa del Estado.

En 1768, la nobleza, protestando en contra de las leyes, forma una "Confederación" en defensa de la fe y de la libertad. Este organismo, conocido bajo la denominación de "Confederación de Bar", no brotó de las mismas fuentes que las reformas de Stanislaw Konarski. Enfocada en contra de las leyes de igualdad de derechos de los cristianos católicos y de los llamados "disidentes" y que fueron aprobadas en la dieta a solicitud del embajador de Rusia y del prusiano, la Confederación indujo a la lucha, a la muchedumbre de una nobleza oscurantista y exaltada, que combatía contra los ejércitos reales de su país y de los rusos, en defensa de su "dorada libertad". Antaño defendía sus privilegios en contra de las disposiciones absolutistas pero saludables de sus propios monarcas. Hogaño la defendía ante la intromisión extranjera. Pero, independientemente de su carácter retrógrado, esta confederación ejerció una indudable influencia en el despertar del espíritu patriótico, del espíritu de resistencia, porque era, ante todo, una réplica de la dignidad nacional ultrajada. Esta reacción encuentra su expresión dentro de la poesía de los confederados de Bar, que evoca las viejas virtudes caballerescas y convoca a la lucha. Grandes

poetas del romanticismo y en particular Adam Mickiewicz, apreciarán esta manifestación literaria.

La consecuencia directa de la Confederación de Bar, fue el llamado "Primer Reparto de Polonia" (1772), que despojó al país de algunos territorios fronterizos. Al mismo tiempo, este acto aceleró el proceso reformista, al que propicia el último rey polaco, Stanislaw August Poniatowski. Éste era un hombre débil de carácter, que en todo obedecía a la zarina rusa Catalina II de quien era favorito. Sin embargo, poseía una profunda educación humanística, gustaba de la literatura francesa contemporánea, se interesaba por las corrientes de la filosofía racionalista y estaba muy próximo a los ideales de la cultura. Bajo el patrocinio de este rey, maduró la obra de la reforma política. En 1789, el año memorable en que estalló la Gran Revolución Francesa, principiaron los debates en el Parlamento denominado la Gran Dieta, o Dieta de Cuatro Años, cuya importancia para Polonia es análoga a la convocatoria de los Estados Generales en Francia. En esa Dieta, se fundó el Partido Patriótico, al que se adhirió el propio rey. Este Partido, aprovechando la favorable situación política (la guerra ruso-turca) y después de una enconada lucha con el Partido Conservador de los magnates, logró reformas tan trascendentales como la igualdad de derechos de la burguesía y de la nobleza y la protección de los campesinos por la Dieta. Estas reformas encontraron su expresión en la Constitución promulgada dentro de un general entusiasmo, el 3 de mayo de 1791.

Esos años decisivos en la historia de Polonia, contribuyen a la cultura nacional con la llamada "literatura de la Gran Dieta". Fueron, sobre todo, obras de tipo periodístico, cuyos autores eran activos elementos del Partido Patriótico. Stanislaw Staszyc, en sus obras *Notas sobre la Vida de Jan Zamoyski* y *Advertencias para Polonia* pondera el trabajo, sobre todos los deberes humanos. Desea reemplazar la estructura del estado por una estructura democrática. Combate también la influencia religiosa en la cultura y en la vida social y pretende substituir la teología por un concepto científico del universo. El notable jurista e historiador polaco, Hugo Kollontai combatía por la reforma de la estructura política y demandaba la igualdad de todos los ciudadanos ante el derecho y el establecimiento de una monarquía constitucional.

Al periodismo se unían las bellas letras. En los años que precedieron a la Dieta de Cuatro Años, el rey había congregado

a su alrededor, a un grupo de poetas que, al ejemplo de la literatura francesa del tiempo de Luis XIV, cultivaban la sátira, la fábula, el epigrama y la comedia costumbrista. En forma ligera y elegante, estos escritores (Ignacy Krasicki, Stanislaw Trembecki y Franciszek Zablocki) estigmatizaban los defectos de la nobleza: la ociosidad, el egoísmo y el despotismo. En la época de la Gran Dieta, la sátira adquiere un carácter político. Es aguda, violenta y sin miramientos. La Dieta de los Cuatro Años sesiona al mismo tiempo que se desarrolla en París, el trascendental drama de la gran revolución. Sus ecos contribuyeron a hacer más radical la atmósfera de Varsovia; tanto más que el rey, vacilante y bajo la presión de Rusia, se coloca al lado de los conservadores. Entonces se escuchan las voces de los elementos más extremistas, los "jacobinos polacos", quienes, inconformes con las leyes de la Constitución de mayo, exigían la abolición de la monarquía y la emancipación de los campesinos. Circulaban en Varsovia impresos volantes, lo más frecuentemente en verso, sátiras y epigramas mordaces y verdaderamente revolucionarios, clamando por la libertad y llenos de odio hacia el débil rey, hacia el todo poderoso embajador ruso y hacia los magnates venales.

Esta poesía callejera de los jacobinos polacos es el último acorde de la literatura de la Polonia independiente.

En 1795, después de la última y desesperadamente fallida insurrección, tres potencias efectúan el postrer reparto de Polonia.

En los baluartes de Praga, suburbio oriental de Varsovia, aparece el joven poeta jacobino, Jacobo Jasinski y así se cierra, simbólicamente, el primer capítulo de la historia de la literatura polaca. Se abre el siguiente, la historia de la literatura bajo el yugo de la opresión.

II

En la literatura polaca, nacida bajo el influjo de este infortunio histórico, se pueden diferenciar dos corrientes, dos tendencias, ya no tan antagónicas como en el siglo precedente de lucha por la reforma; sino que, al contrario, se completan mutuamente. Por una parte, surge la propensión a idealizar el pasado y, por la otra, el afán de luchar por la libertad. Se presentaba al caído pueblo polaco como el pueblo elegido por Dios

y destinado a sufrir el sacrificio por los pecados de la humanidad; se glorificaba el pasado histórico buscando los orígenes de todas sus desventuras en la perfidia del invasor. Esas tendencias se unían con las primeras manifestaciones del romanticismo, provenientes de Inglaterra y Alemania y cuyo elemento muy importante era su inclinación a lo histórico, el amor al pasado medieval e inclusive a la prehistoria. De ahí que en esta, un tanto "fúnebre" poesía, posterior al desmembramiento, es menester ver, además de su afectación y artificio, el advenimiento del romanticismo, en una época de trascendental importancia para la historia de la literatura y de la mentalidad polacas.

Perduran, sin embargo, las tradiciones de la literatura combativa, democrática y racionalista. Después del tercer reparto, muchos polacos emigran de la patria. Algunos llegan hasta América para tomar parte en la lucha por la independencia de los Estados Unidos (entre otros, el poeta Julián Ursyn Niemcewicz). Pero la mayoría de los emigrados, sobre todo soldados de las últimas luchas por la independencia, llegan hasta Italia y Francia. Al lado del ejército revolucionario francés se forman las legiones polacas, que bajo el mando del general Dombrowski, emprenden un victorioso regreso a Polonia. Estas tropas agrupaban a la flor de la juventud polaca, entre ella a muchos poetas, y las tradiciones jacobinas y democráticas renacieron en sus filas. La rica poesía legionaria, que anuncia la resurrección de Polonia, previene, al mismo tiempo, contra la repetición de los pasados errores. La famosa Mazurca de Dombrowski, escrita por el soldado-poeta, Józef Wybicki y que hasta hoy sigue siendo el Himno Nacional Polaco, es un canto al retorno a Polonia y su resurgimiento como país libre.

Pronto se desvanecen las esperanzas en los polacos de recuperar su independencia al lado de Napoleón. El Congreso de Viena (1815) crea en una pequeña porción del territorio de Polonia, el diminuto Reino Polaco, con el zar ruso como monarca hereditario. Dentro del marco de la autonomía que obtuvo, la comunidad polaca acomete la tarea de restañar las heridas de la guerra y de combatir el atraso secular. Se desarrolla la industria, la minería, la agricultura; florecen las ciencias naturales, la filosofía y la historia. Uno de los iniciadores de este movimiento es el anciano Stanislaw Staszyc, que en nuevas publicaciones periodísticas, afirma las conquistas de la Gran Die-

ta. Las obras del notable filósofo y científico Jan Sniadecki contribuyen a consolidar la concepción científica y racionalista del universo. El historiador y geógrafo Joachim Lelewel escribe una historia crítica de Polonia, en la cual examina las causas de la caída de la nación, sentando, al mismo tiempo, los cimientos de la moderna historiografía empírica.

Pero simultáneamente, se empiezan a propagar nuevas ideas, las del romanticismo. En la literatura, estas ideas se caracterizan por el interés en la canción del pueblo por las costumbres campesinas y por el fantástico mundo de la imaginación popular. En la filosofía, el romanticismo se caracteriza por la tendencia al individualismo y a la libertad. El conocimiento científico no es el único, afirman los románticos y recurren al instinto y a la intuición. En el terreno político, el romanticismo apoya los movimientos de liberación, ya sea de carácter social, como en Francia y Rusia, o nacional, como en Alemania y, naturalmente, en Polonia.

La fecha de la cual parte la historia del romanticismo polaco, es el año 1818. Es entonces cuando el joven poeta y crítico, Kazimierz Brodziñski, publica su tratado *Clasicismo y romanticismo,* en el cual sostiene que la poesía romántica es la que mejor responde al espíritu y a la condición histórica del pueblo polaco. En este mismo año, en Vilna, se da a conocer Adam Mickiewicz. Los primeros poemas pseudoclásicos y aún las ulteriores "baladas" escritas bajo la influencia del poeta alemán Schiller, no auguran todavía el genio poético. Mickiewicz, juzgado por participar en una sociedad secreta de la juventud universitaria (en todo el país se multiplicaban las sociedades secretas), es deportado a Rusia. El juicio, el encarcelamiento, el conocer de cerca el país del despotismo y, por último el encontrarse con el movimiento revolucionario ruso, cristalizan en el escritor su actitud política. En el poema *Conrad Wallenrod,* Mickiewicz narra cómo un hombre, habiendo caído en el cautiverio del enemigo, disfraza su odio, sólo para poder ejecutar su venganza con mayor eficacia, por los ultrajes hechos a su patria. Este poema, cuya acción sitúa el autor en la Edad Media, escapa a los ojos de la censura; pero para la juventud polaca se convierte en un plan de trabajo secreto y enmascarado, lleno de odio, irreconciliable y firme en su propósito de alcanzar la libertad.

Al terminar su destierro, Mickiewicz se dirige a Italia y Alemania. Ya nunca le será dado volver a la patria, donde,

entretanto madura la rebelión. Se multiplican las sociedades secretas y circulan impresos anónimos que conspiran e incitan a organizarse para la lucha. En Varsovia actuaban febrilmente el joven crítico y periodista Maurycy Mochnacki y el teórico y adepto a la poesía romántica poeta Seweryn Goszczynski. En torno del ya mencionado Joachim Lelewel, se agrupa la juventud radical, que exigía que la futura insurrección tuviese el carácter de revolución popular y no sólo fuese un pronunciamiento militar. La sublevación estalla el 29 de noviembre de 1830. La aclama con cantos patrióticos el juvenil poeta, futuro rival de Mickiewicz, Juliusz Slowacki.

Cuando Mickiewicz se entera del levantamiento, se dirige apresuradamente a la patria, pero no logra pasar la frontera. En Dresde, le llegan noticias de Varsovia, cada vez más trágicas y poco después contemplará el desfile de los restos de la insurrección, heroicos batallones que Alemania dejó pasar. La rebelión ha fracasado de nuevo; millares de polacos se encontraron nuevamente en el exilio. Se ha repetido la tragedia de 1795, pero esta vez no hubo Gran Revolución, ni Napoleón. Europa estaba dividida en zonas de influencias. La Europa de la Santa Alianza, que se enriquecía con la rápida expansión de la economía capitalista. La causa de Polonia sucumbió, víctima del orden hacia el cual marchaba el mundo.

La insurrección de noviembre, su transcurso trágico y su catastrófico derrumbe, se convirtieron, para el espíritu polaco en una capital experiencia. De ella extrae Mickiewicz su gran drama nacional *Los Ancianos*. Este título proviene de un antiguo y pagano rito popular, que aún se observaba en Lituania en los tiempos de Mickiewicz: el primero de noviembre se reunía el pueblo en los cementerios abandonados, para evocar a las almas en pena. En el drama de Mickiewicz, aparece el espíritu de Gustavo, un infortunado amante, que cuenta la historia de su amor desdichado por una doncella de alta alcurnia. La doncella lo rechazó y Gustavo enloquece. En la segunda parte del drama, encontramos a Gustavo en el calabozo de una prisión. Lo encarcelaron por haber tomado parte en una sociedad secreta. En un extenso monólogo, lleno de rebeldía, cambia su amor juvenil por la mujer, en el amor a la patria, a la cual anhela ofrendar hasta la salvación de su alma, al blasfemar contra Dios, a quien acusa de haber descargado tantas desventuras sobre la patria. Gustavo, el infeliz amante román-

tico, se transforma en Conrad, el vengador. El romanticismo sentimental se convierte en romanticismo rebelde y combativo.

El poeta se vuelve hombre de acción y político. Algunos años después, encontramos a Mickiewicz como redactor del diario socialista *Tribuna de los Pueblos,* donde, en una serie de artículos, propagaba ideas que lindan con los más radicales conceptos de un socialismo científico y utópico. Según Mickiewicz, la liberación de Polonia sólo puede ser el resultado de una guerra universal que derrumbe a los tiranos y que traiga la liberación a los pueblos y a las clases oprimidas.

Al mismo tiempo que Mickiewicz escribe *Los Ancianos* emerge, en la trama de las experiencias insurrectas, otro drama nacional: *Kordian.* Su autor es Juliusz Slowacki, antagonista de Mickiewicz en la lucha por el "dominio de las almas". Este poema, en contraste a Mickiewicz, no idealiza el pasado de Polonia, considerando que su caída se debe, sobre todo, a los defectos nacionales; condena la arbitrariedad, el oscurantismo y el egoísmo de los nobles en la política. Se burla de las poses de sufrimiento y de los tonos proféticos adoptados por Mickiewicz. En *Kordian,* Slowacki presenta la suerte de un joven, que decide exterminar al zar. Los políticos cobardes, así como su propia debilidad "hamletiana", le impiden realizar su idea. Encarcelado, vive con la amarga aversión hacia aquellos por quienes quería inmolarse; sospecha su indiferencia ante su sacrificio y comprende que, tarde o temprano, se acostumbrarán a la opresión, ya que su insensato propósito amenaza su relativa tranquilidad.

En el período posterior, se rompe esa aguda trayectoria de la poesía de Slowacki. El poeta se rinde a las corrientes del misticismo que se difunden entre los polacos en el exilio. A semejanza de Mickiewicz, trata la historia del pueblo polaco en un elevado estilo bíblico y lo conceptúa como el pueblo elegido y destinado a redimir a la humanidad. El levantamiento de noviembre es objeto de una severa crítica histórico-política. En el exilio, aparecen nuevas publicaciones de Joachim Lelewel, que se pone al frente del Partido Democrático, así como la gran obra de Maurycy Mochnacki, intitulada: *La insurrección de noviembre.*

Nace, entonces, una nueva conciencia social. En su desarrollo influyen no solamente la situación nacional de Polonia y su romanticismo político, que anhela la liberación por medio

de una lucha armada. En ese nuevo sentimiento, influye también el acrecentamiento de los contrastes del capitalismo y el desarrollo del socialismo utópico, así como los principios del socialismo científico. Los soldados de la insurrección polaca, emigrados a Inglaterra, se unen en agrupaciones, denominadas "comunidades". La ideología de esas comunidades se formula en publicaciones periodísticas y manifiestos que reclaman no solamente reformas sociales en su patria, sino que también trazan el cuadro de una sociedad, basada en la propiedad común de la tierra y de los centros de producción.

Los emisarios, con las publicaciones de las "comunidades" y del organismo central de la llamada "Sociedad Democrática", llegan al país, en cuyos tres territorios de ocupación se intensifica el agudo terror. En 1846 estalla la insurrección en la zona anexada por Austria. El gobierno provisional, en Cracovia, proclama la liberación de los campesinos. La rebelión es ahogada por el ejército austríaco, que logró soliviantar a las ignorantes masas campesinas para la matanza de los insurgentes. Muere, en esta masacre, el eminente crítico y teorético de la literatura, Edward Dembowski. Este levantamiento, conocido como "cracoviano" es, para el sentimiento nacional polaco, una nueva y gran conmoción. Puso en claro cuán grave es la culpa de la nobleza polaca, en el hecho de que el campesino no se considera partícipe en la lucha nacional por su libertad. En la región ocupada por Austria, nacen nuevas tendencias. La literatura empieza a pregonar la necesidad de abandonar la lucha por la independencia. Es menester acabar, primero, con el retraso secular del pueblo, elevar su cultura y corregir su estancamiento económico.

El poderío ruso se tambalea con motivo de la guerra de Crimea, lo que origina reformas liberales en todo el imperio. Estas reformas, aunque muy pronto abandonadas, contribuyeron a revivir el movimiento de liberación en el territorio ocupado por Rusia. Las fuertes represalias de los ocupantes provocaron la rebelión denominada de "enero", que estalla en ese mes del año de 1863. Se repiten las experiencias de 1830 y 1846. El levantamiento, no obstante el programa de reconstrucción radical de la estructura agrícola, no logró conmover a las masas campesinas, que vuelven a pronunciarse en contra de la "insurrección de la nobleza". En el lapso de un año, finaliza la lucha; decenas de millares de personas son deportadas a Sibe-

ria. Las autoridades rusas realizan despojos en masa a los terratenientes polacos y entregan sus bienes a empleados y oficiales rusos. La nobleza llega ahora en multitudes a las ciudades y la juventud noble aprende toda clase de oficios; los terratenientes se dedican al comercio y a la industria. Lo favorecen las condiciones económicas: la supresión de las aduanas entre los territorios polacos y el imperio ruso, crea amplias posibilidades para la exportación de productos manufacturados. El país es presa de la fiebre del comercio y de la industria. Las experiencias de las insurrecciones habidas poco antes, hacen comprender al pueblo los perjuicios de las rebeliones impensadas, que sólo acarrean destrucciones y agudizan el terror. Se eleva entonces la divisa de "trabajo organizado" o, de otro modo, "positivismo". Esta insignia toma forma nuevamente en la literatura que, para una nación desprovista de todo gobierno, huérfana de un centro político dirigente (ya que inclusive en el exilio había muerto la vida polaca) era la única autoridad, el único tribunal de orden social.

El romanticismo fue la época del magnífico desarrollo de la poesía, ahora le toca el turno a la novela. Surgen los eminentes escritores polacos Boleslaw Prus, Eliza Orzeszkowa y Henryk Sienkiewicz. Sus obras son el fruto de una observación profunda y realista de los procesos sociales de la época. En su novela *A las orillas del Niemen,* Eliza Orzeszkowa señala la necesidad de renunciar a las antiguas leyendas y recuerdos, en favor de la dura realidad actual, que en palabras llanas, es el diario trabajo en el campo, de la lucha por la conservación de la tierra en contra de los ardides colonizadores del opresor. En su famosa novela *La muñeca,* Prus presenta a un hombre que, después de la derrota de los insurrectos, cae en lo más abyecto de la sociedad. Empieza a dedicarse al comercio y amasa una gran fortuna. Sin embargo, no logra desarrollar mayor actividad, ni conseguir la posición social que le corresponde. Los prejuicios aún sostienen la vida de la anticuada jerarquía social, en cuya cúspide se halla la ociosa y snobista aristocracia que no se preocupa de los intereses del país y que se arruina dilapidando sus fortunas. El nuevo héroe literario ya no es el combatiente por la independencia o el poeta errabundo, sino el médico que trabaja entre los obreros, la maestra rural, el ingeniero, el industrial o el campesino que defiende su pedazo de tierra ante la voracidad de los colonizadores extranjeros.

El movimiento positivista no sólo es de carácter económico. Del Occidente llegan novedades científicas y filosóficas. Es la época del exuberante desarrollo de las ciencias naturales y de la filosofía empírica. Pasada la época romántica, llega el reajuste. Comienza en Polonia el período de revisión de los juicios históricos. Se funda la escuela cracoviana de historiadores, la que, siguiendo los pasos de Lelewel, elabora una historia crítica de Polonia, en la que se investigan las causas del histórico derrumbe del país, desde el punto de vista de la organización interior. A la historia, sigue el periodismo de la época y escritores como Aleksander Swietochowski y Stanislaw Szczepanowski dirigen las actividades sociales por el sendero del cotidiano esfuerzo cultural, científico y civilizador.

En la zona ocupada por Austria, en donde el terror era menos intenso, principia a formarse un programa de lealtad hacia el ocupante. Esteplan es contrario a los intereses del pueblo polaco, el que, en las partes ocupadas por Rusia y Prusia, es sistemáticamente oprimido y exterminado. La juventud escolar es la que sufre particularmente, ya que es sometida al rigor más extremoso y alejada casi por completo de la cultura polaca. En 1897, en una de las publicaciones editadas en la zona anexada por Austria, aparece ese movimiento en la novela *La peña de Sísifo.* Es un relato conmovedor de las torturas que sufre la juventud polaca en las escuelas rusas. Su autor, que se ocultaba bajo un seudónimo, era Stefan Zeromski.

Con la aparición de este escritor, se inicia un nuevo período de la literatura polaca bajo la opresión. Se acerca el momento crucial de dos siglos. Dentro de los tres imperios que ocupan a Polonia, se intensifican las diferencias capitalistas. Particularmente en Rusia, se desenvuelve el movimiento socialista. Las huelgas se multiplican. Simultáneamente se entreven los conflictos internacionales presagian la próxima explosión de la guerra mundial, tan esperada en Polonia. Aumentan, pues, las esperanzas de los polacos, de recuperar su independencia. Pero al problema de la lucha por conquistarla, se une el de saber cómo se enfrentará la nueva Polonia al nuevo problema social de la cuestión obrera y al movimiento socialista. En la agitación por la independencia, se perfilan dos actitudes opuestas: ¿Qué es más importante, la lucha de clases del proletariado, o la lucha nacional libertadora? Estas dos posturas se destacan de modo particularmente agudo, en los días de la

revolución de 1905. Una clara manifestación de estas dos divergentes ideas, son las nuevas obras de Stefan Zeromski: *Rosa* y la trilogía *La lucha con Satanás*. El escritor ve claramente las perturbaciones sociales que no desaparecerán al momento de obtener la independencia. Sin embargo, tiene fe en que el sentimiento nacional, por encima de las clases, ponga fin a esas dificultades en nombre del bien común. Semejantes ideas expone también el notable poeta y dramaturgo, reformador del teatro polaco, Stanislaw Wyspiañski. Sus dramas, que en su forma siguen las tradiciones románticas, acometen contra los restos de ese movimiento en la mentalidad polaca. En el drama alegórico *La Boda*, denuncia el marasmo y la cobardía de la sociedad polaca. Wyspiañski encuentra la fuente del poder nacional en la gente del campo, que no obstante los agravios seculares que han sufrido, conserva el amor a la tierra nativa y es capaz de luchar por su liberación.

En el umbral de la guerra mundial, retorna algo de las antiguas exaltaciones románticas. Los grandes poetas de ese movimiento, olvidados en la época del positivismo, alcanzan ahora un gran renacimiento. Se crea una nueva poesía que se ajusta en forma y contenido, a los moldes románticos. Vuelve la tendencia a idealizar el pasado. Las novelas históricas de Henryk Sienkiewicz muestran ahora, en brillantes colores, las páginas más negras de la historia nacional, cuyo propósito es "reconfortar corazones" y probar la fuerza vital del pueblo polaco.

En 1914 estalla la guerra mundial. En 1918, a consecuencia de la caída de las monarquías en las tres potencias usurpadoras, Polonia recupera su independencia.

Transcurren veinte años y en Varsovia, capital de Polonia, pisa de nuevo el soldado invasor. Las alambradas de los campos de concentración cubren la tierra polaca. Centenares de miles de polacos han sido llevados a las cárceles, al destierro y al exilio. Otra vez, como cien años antes, acompaña en todos los frentes al soldado polaco la canción del regreso a su tierra, a una patria nueva y mejor, en la cual no habrá división entre ricos y pobres, entre poseedores y desheredados. En el país, durante la ocupación hitleriana, nacen una poesía y una novela, que hablan de las terribles experiencias nacionales; que juzgan y critican el pasado inmediato y lanzan audaces planes de reconstrucción de la patria, en el futuro, al lograr su libertad.

Una de las primeras publicaciones literarias después de la liberación, que agrupó a los escritores de izquierda agremiados en el Partido Obrero Polaco, adoptó el nombre *Kuznica* ("La Fragua"). Así se llamó el periódico de Kollontai, uno de los creadores de la primera Constitución Democrática y uno de los primeros escritores que afirmó "que la libertad de Polonia está inseparablemente vinculada con la libertad y el bienestar de su pueblo".

EL NUEVO ARTE PICTÓRICO YUGOSLAVO

Por *O. BIHALJI-MERIN*

CONSIDERADA desde un punto de vista universal, la historia del arte no puede delimitarse severamente en tendencias y en territorios geográficos. El arte, en efecto, no es sólo una emanación de las altas culturas; aparece igualmente al margen del cuadro de avance de la civilización. El grabador anónimo Bénin, los autores desconocidos de las pinturas sobre las piedras de Tasilia, Piero della Francesca, Hokusai o Picasso han colaborado todos a la creación de ecos diversos de este arte moderno, con miles de años de edad.

Ciertamente, en medio de la revolución que se desarrolla en el seno del arte de nuestra época, se eleva la gran aventura de la Escuela de París. Llegaron allí, como peregrinos, hombres dotados que venían de todos los países del mundo y allí se nutrieron del espíritu y las consideraciones nuevos sobre el arte, pero también participaron en el desarrollo de esta escuela aportándoles sus fuerzas y sus visiones todavía nuevas, enriqueciéndola. Algunos de ellos se quedaron en esa metrópoli, fundiéndose para convertirse en parte integrante de la Escuela de París, como, por ejemplo, Picasso, Chagall, Modigliani, Soutine o Miró. Los demás, por el contrario, volvieron a su país y trasplantaron lo que aportaban para lograr nuevas síntesis del aporte extranjero y el local.

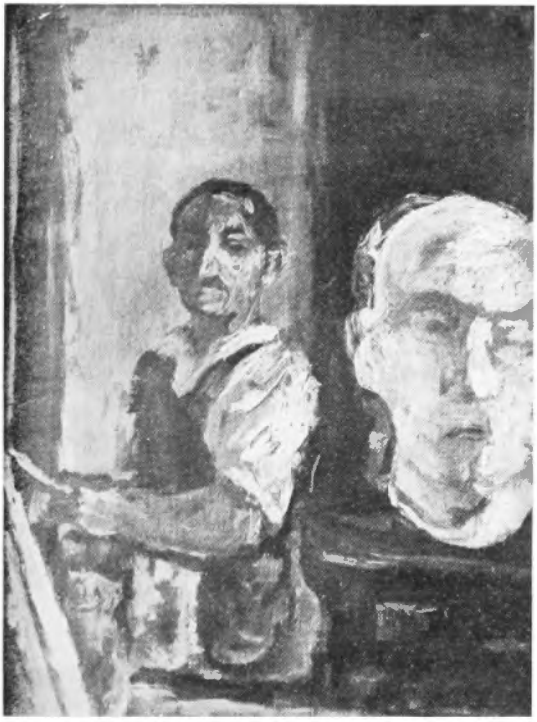
Los yugoslavos como Milo Milunović, Petar Lubarda y Marko Celebonović pasaron también por la Escuela de París. La cultura y el instinto de la pintura de Celebonović, que respira el aliento de los frescos eslavos medievales, definen países fértiles hechos de colores y de luz como formas de vida consideradas de una manera nueva, y esto con una simplificación extrema que linda con las fronteras de la abstracción. La pintura cartesiana de Milunović, del equilibrio entre el alma y el espíritu ha hecho entrar en sus visiones, al lado de Cézanne y

de Braque, no sólo las pinturas murales recubiertas de lavas de Pompeya, sino también los colores y el espíritu del monasterio de Sopocani, esa Capilla Sixtina servia. En Milunović, esta transformación clásico-disonante de lo real se proyecta a través del prisma de una poesía intelectual. Y Petar Lubarda también vino de los grises peñascos de Montenegro y llegó hasta París. Pero, al contrario de la armonía clásica de Milunović, son las fuerzas del instinto y una vitalidad de expresión inmensa las que lo mueven. La experiencia visual de la naturaleza se ve reducida en él a su sustancia: formas y rocas, cielo, hombres y animales, todo se funde, se expone y se transforma en una interpretación fantástica de una realidad abstracta y orfeica.

Milan Konjović que, en una de sus primeras fases cantó a los habitantes y los paisajes de la fecundidad de la llanura de Voïvodine, con los colores sensibles y brillantes de los *fauves,* traspuso poco a poco los límites de lo visible, formulando nuevas definiciones de las cosas con una escritura pictórica expresivamente abstracta. Las obras de Pedja Milosavljević, por otra parte, hacen pensar en la busca incansable del tiempo perdido. Detrás de los techos de la ciudad adriática de Dubrovnik y las ruinas de la Stobi de la Baja Antigüedad, descansa un pasado furioso. El virtuosismo de su pincel expresa en acordes gris-verde la pátina de una duración pictórica.

La fábula egocéntrica de Gabrijel Stupica sobre la leyenda profética de la vida del hombre se desarrolla del otro lado de la razón y el intelecto. Profundamente escéptico acerca del carácter real del mundo, pierde la conciencia de las fronteras entre la realidad y lo aparente. La luz plateada líquida de sus colores se endurece y se transforma en la sombría concha de una humanidad atormentada por sus fantasmas. Entre Stupica y Milenko Stanchić, más joven que él, existe quizá cierto parentesco —en que, por ejemplo, las figuras salidas del fondo oscuro de los sueños se funden con dificultad, en uno y otro, en la fuerte luz del día. Mientras que el comportamiento espiritual de Stanchić lo lleva al cubismo, su imaginación va a buscar sus visiones menos en el repertorio literario del surrealismo que en la esfera de las primeras, inmediatas, experiencias.

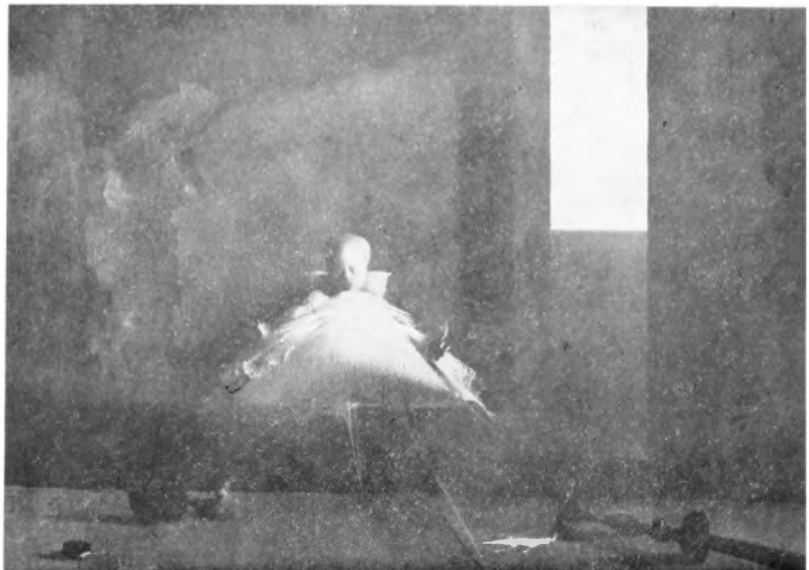
Por su parte, Marij Pregelj utiliza las reservas pictóricas del inconsciente. Su visión humano-grotesca muestra a la civilización su propia opresión, sus prisiones de los convencionalismos donde las cosas y los hombres, asociados en esquemas y



Marko Celebonovic: Autorretrato, óleo.

Milan Konjovic: Techos, óleo.

Gabrijel Stupica: El autorretrato con la hija, óleo.



Miljenko Stancić: El niño muerto, óleo.

Marij Pregelj: Lavanderas, óleo.

Krsto Hegedusić: Patio, óleo.

Ivan Generalić: El entierro de Stef Halacek, óleo.

Lazar Vuljaklija: Composición, óleo.

formulario diversos, duran los unos al lado de las otras, frustrados de su individualidad. E inclusive su "Naturaleza muerta con cartas de juego" lleva en sí el recuerdo de asociaciones que transforman los rectángulos de montones de cartas en un ritmo de camas cerradas. Pintor y dibujante, France Mihelich traspone las danzas y mascaradas fantásticas y terribles de los campesinos eslovenos en un mundo de alegorías. La varita mágica que es su pincel transforma la realidad de todos los días en un acervo indeterminado de lo inhabitual.

Los terribles fantasmas que aparecen en los trabajos de algunos jóvenes artistas yugoslavos no han sido tomados del catálogo de sueños de Salvador Dalí. Su origen habría que buscarlo en las ruinas y los asesinatos de los que estos jóvenes fueron prematuramente testigos en el curso de la guerra y durante la ocupación. Este arte está totalmente marcado por el recuerdo, como si se encontrara encima del abismo y de signos y símbolos sonambulescos y muestra paisajes de malos augurios de una tierra original.

Lazar Vozarević lleva sus figuras, con una severidad lineal y poética, al dibujo arcaico a través del caracol de la duración. Ljubo Ivanchić, Mire Cetin y algunos otros, todavía más jóvenes, formulan en figuras de construcción existencial, la incomodidad, el aislamiento y el rechazo del hombre. Miodrag Protić, por otra parte, capta las cosas con el juego claro del equilibrio entre los colores y las formas que expone y con las cuales construye los objetos que acaba de inventar. El juego tierno de Mladen Srbinović, por sus creaciones inventadas, cotidianas y, al mismo tiempo, preciosas, se emparenta con el espíritu de su maestro, Marko Celebonić.

Una parte de los artistas abstractos yugoslavos son de origen cubista y no abandonan la sensación de las formas vivientes y la materialidad evocadora del color. Se encuentra la disposición de formas ricas con ritmos danzantes de Kandinsky en el arte de Stane Kregar y de Edo Murtić, combinada con intelecto y pasión. En Kregar, que pertenece a una generación más vieja, resuena el clavicordio de la abstracción, ya en el período de entre-guerras, con una poesía hermética. Más joven, Murtić, con sus sentidos agudos y su sensibilidad, ha reunido el paisaje del mundo exterior en una creación expresiva de colores, primero en torno a un ligero esqueleto dibujado y, después, con una improvisación infantil, lo ha traspuesto en el espacio de

la abstracción. Así ha transformado los animales y las plantas antidiluvianas de los grandes abismos mediterráneos en arabescos florecientes y móviles donde es difícil encontrar el punto de partida.

Stojan Celić teje lo viviente y lo inorgánico en un conjunto y la imagen espontánea de la experiencia visual la traspone en escalones graduales hasta el momento en que, de los colores y las formas, surge una creación nueva, esencial y abstracta. En cuanto a Shime Perić, se abandona a la línea interior y al valor del color puro cuyas vibraciones y estructura activa se expresan mediante manchas.

El grupo EXAT 51 se inspira en la receta racional, puritana, de la Piéta de Mondrian. Jóvenes arquitectos y pintores, Ivan Picelj, Bozhidar Rashica, Aleksandar Srnec reducen, con una objetividad apasionada, la materia pictórica a un concreto inmaterial de una forma que nace de las relaciones arquitectónicas del espacio. Encontramos en ellos analogías con las abstracciones fugales y estilizadas traspuestas por Gunther Gerzso de la ornamentación de la vieja arquitectura mexicana.

El radicalismo con que el arte moderno plantea los problemas lleva del panorama de las formas que rodean al hombre a los espacios inhumanos del cristal y de los cuerpos astrales. Reflexiona sobre fenómenos ópticos físicos o en torno a sueños y pesadillas. Pero, al mismo tiempo que el braceo de esta poderosa ola de la abstracción y su desbordamiento en un plano universal, se siente cierta fatiga de esas visiones tecnificadas y deshumanizadas. También, en nuestra época de enajenación del objeto, de descomposición y de abstracción, se ve aparecer una tendencia hacia un nuevo contacto con el mundo material, hacia una interpretación de lo real que sea accesible a las grandes masas. Esto es lo que ha llevado a algunos artistas en diversos países a buscar el camino de un realismo nuevo, sintético. ne del pintor mexicano Diego Rivera y de su grupo, que han sabido ligar los elementos altamente civilizados de los procedi-

Uno de los impulsos más fuertes en esta dirección nos viemientos del arte moderno a las fuentes arcaicas e ingenuas de un pasado de ascetismo y de totems.

Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y Rufino Tamayo han enlazado así, en frescos monumentales, el paisaje cubista del siglo XX y la interpretación surrealista y analítica del alma de la grafía emblemáticamente

simplificada del pueblo, lo que ha hecho que su influencia se haya extendido mucho más allá de las fronteras de México.

Por su posición espiritual, y a veces también por sus medios artísticos, este arte es, al parecer, antecedente de las intenciones y programas de cierta tendencia artística yugoslava que apareció en 1929 con el nombre de *Zemlja* ("La Tierra"). Krsto Hegedushić y los demás pintores de este grupo han tendido hacia la vuelta a la tierra, no en el sentido de un disfraz idealizado, bucólico y romántico, sino por un emparentamiento con lo real y lo terrestre.

Ya el trazo del joven Hegedushić había mostrado cierta afinidad con los dibujos analíticos y críticos de la sociedad de Georges Grozs. Pero, al mismo tiempo, estaba cerca de aquéllos, naturalmente vivientes, de los Corrido, Ejemplo, Calavera grabados medio siglo antes por José Guadalupe Posada. La amenaza de la muerte y la realidad agresiva, la melancolía y la sensibilidad popular, esos elementos espirituales del arte mexicano eran también los del alma del campesinado croata donde se nutrió Krsto Hegedushić. Con una óptica agudizada, en un dibujo trazado de una manera monumental y una interpretación profundizada de la realidad, sus pinturas al óleo se muestran todavía más cercanas que sus dibujos a los pintores mexicanos. En 1929, Hegedushić conoció, en el pueblo de Hlebine, al campesino Ivan Generalić, que tenía entonces quince años, y lo impulsó, así como a otros campesinos, a pintar. De este encuentro nació esa extraña comunidad de pintores conocidos con el nombre de "maestros populares de Hlebine", en ese mismo pueblo de pintores-campesinos, que sienten la necesidad interior de trasponer en colores y en formas sus sueños y sus sentimientos a la hora en que abandonan sus arados y sus instrumentos de labor.

Por sus orígenes, Lazar Vujaklija pertenecería también a la pintura ingenua de este siglo. Este antiguo tipógrafo no ha tenido que someterse primero a los esquemas académicos para poder volver a las fuentes de lo inmediato. El mundo de sus formas está lejos del torbellino cotidiano del tiempo y el espacio: sus motivos los arranca de los angulosos relieves de las tumbas de los herejes bogomilas y de los abigarrados bordados populares y hace de ellos un paraíso expresivo de niños y animales que parecen tapices.

No hemos podido hacer más que pasar revista, rápidamen-

te, a la multitud de tendencias contrarias del arte yugoslavo nuevo. Quizá habremos logrado mostrar, cuando menos, que la conciencia y las experiencias de los pintores de este país están abiertas a los problemas del arte de nuestra época. Todos tratan de tomar conciencia del mundo visible y escondido al mismo tiempo y lo presentan en la unidad de sus contradicciones. Aunque marcado por el universalismo del idioma pictórico de nuestro tiempo, el arte yugoslavo ha encontrado al menos, en la definición de la realidad, sus acentos propios. Sus resultados, como los de las artes de otros países, lleven en sí los signos y los reflejos de esa crisis dramática que no significa sólo descomposición, sino también proclamación y síntesis creadora.

ISLAS MARÍAS[1]

Por *Martín Luis GUZMAN*

A bordo, bajo el puente, hay ahora, poco antes del portalón de la escala, una mesa a la que están sentados el Administrador y dos empleados del penal. Frente a ellos, uno a uno van pasando los presos, todos con cuanto traen. Cada uno dice quién es; el Administrador lo identifica por medio de la filiación; los empleados lo inscriben en los libros y le entregan una boleta con el número que llevará en las Islas; y en seguida el preso va hacia popa para que le registren todo lo que lleva en su equipaje y sobre sí. Luego, en grupos de veinte en veinte, los nuevos reclusos bajan a los botes que han de conducirlos a tierra. Eugenio y dos presidiarios antiguos —uno de modos muy marineros, los dos con el uniforme del penal— hacen la maniobra del desembarco, remolcando los botes con una lancha de gasolina.

CONFORME toman tierra, los presos van alineándose, según el orden de sus números, en dos filas paralelas a la Administración y a las casas inmediatas. Como el traslado es lento, algunos se apartan para sentarse a la sombra del Camichín. Allí se han agrupado los de la música, que distraen la espera tocando y cantando; allí están Rosa Plata y las demás mujeres, primeras en desembarcar. Una guardia de inválidos impide a los presos de la cuerda alejarse o atravesar la calle, o que hasta ellos lleguen los reclusos antiguos, que, curiosos, ven desde enfrente a los recién venidos. Alrededor pululan los perros vagabundos.

Desembarcada la cuerda, a cuantos la componen se les informa que inmediatamente pasarán al baño. A señas, los reclusos nuevos piden entonces a los de enfrente que les compren

[1] Escenas del libro en prensa del mismo título. - Guión para una película.

jabón y otros artículos en la tiendecita que hay en la esquina, para lo cual les arrojan el dinero de uno a otro lado de la calle, y medio igual les permite recibir en seguida el producto de la compra. Las voces y regocijo que esto produce dan momentánea alegría a la escena, que es miserable y lastimosa.

Poco después, al desfilar la cuerda hacia el baño, los equipajes quedan tendidos en la calle, ocasión que las autoridades de la Isla aprovechan para registrarlos otra vez. Se busca si vienen armas, mariguana, morfina, cocaína.

CUANDO los nuevos reclusos regresan de asearse, su aspecto, aunque igualmente triste, es otro. Allá los han rasurado y rapado; los han vestido de nuevo: camisa y calzón corto, de manta; uniforme de mezclilla morena, huaraches, sombrero de palma. Vuelven a formarse en los sitios que antes ocuparon, y otra vez se les hace desfilar, ahora para que se examine el estado de su salud.

EN la Sección Médica están el Doctor, el Practicante y la Enfermera, los tres con sus batines blancos. Hay los aparatos e instrumentos de costumbre. Se ven un escritorio, un fichero, una mesilla con máquina de escribir, a la cual está sentado, con uniforme de recluso, un mecanógrafo. Para el examen, los presos entran uno solo a su vez, según el orden de los números que traen a la mano en la boleta. Toma ésta la Enfermera y la pasa al Mecanógrafo, que la ve, la confronta con la filiación, dispuesta ya cerca de él —igual que están todas las otras, conforme al orden numérico— y escribe en una ficha, ya inserta en la máquina, los datos correspondientes, que en parte se toman de la filiación y en parte se resumen de las palabras del Doctor.

Dice al preso la Enfermera:

—Descúbrase el tórax.

El preso se desnuda de la cintura arriba, y, mientras el Doctor lo interroga, la Enfermera le mide la presión arterial y la energía de los músculos. En seguida el Doctor le ausculta el pecho y los pulmones, le examina los dientes, la garganta, los ojos y le provoca el reflejo rotuliano; hecho lo cual, se ordena al recluso pase a desvestirse en el gabinetito que hay en

un rincón, y allí el Practicante termina el examen, o el Doctor, si el caso lo requiere.

Todo concluido, el recluso, con su número otra vez, sale por puerta distinta de la que ha usado para entrar.

Le llega su turno al Chora. El Doctor le dice:

—Tu número.

Y el Chora, descubierto ya de la cintura arriba, oprimido su bíceps por el brazal del esfigmomanómetro, y en reposo la otra mano sobre la mesa donde el dinamómetro está dispuesto, contesta:

—2133.

—Tu nombre.

—León Grande del Hierro.

Suspicaz, el Doctor lo mira.

—¿Ése es tu nombre?

—Ése.

—Tu apodo.

—El Chora.

—Tu edad.

—36 años.

—¿Por homicidio?

—Por tres homicidios.

—¿Tu padre de qué murió?

—Murió en riña.

—¿Y tu madre?

—Para mí que de miseria.

Lee el Doctor la nota prendida a la filiación —el mecanógrafo se la ha pasado—; ausculta el corazón y los pulmones del Chora; lo sienta para examinarle los dientes, las fauces, los ojos; le prueba el reflejo, y por fin le ordena:

—Entra a desnudarte allí.

Segundos después, mientras pasa otro recluso, se oye al Practicante decir desde el interior del gabinete:

—Un metro y ochenta y tres centímetros. Ochenta y siete kilos. Cicatriz de herida por arma blanca en la región lumbar.

Y al salir del gabinete el Chora, y luego de la oficina, ha empezado ya el examen de otro recluso.

En espera de su vez, el Profesor se ha puesto impaciente, nervioso, sombrío. El Doctor lo ve al soslayo, haciendo porque se le note la dureza de su aire, profesionalmente flemático, y sigue así hasta mostrarse glacial. Alarga al extremo la espera, y luego dice, con despego más hiriente que si, ante él, su hermano sólo fuera uno de tantos criminales.

—Su número.

—2157.

—Su nombre.

—Jaime del Moral.

—Su apodo.

—El Profesor.

—Su edad.

—32 años.

—¿Por homicidio?

—No.

—Entonces, ¿por qué?

—Los jueces lo sabrán.

—¿De qué murió su padre?

—Nuestro padre no ha muerto.

—¿Vive su madre?

—También nuestra madre vive.

La emoción del Profesor frente al interrogatorio de su hermano, y todo el sentido de la escena, cruel y dramática, se apoderan del Mecanógrafo, que, inclinada la cabeza sobre el teclado, deja de escribir; de la Enfermera, que se pasa los dedos por los párparos, y del Practicante, que se apresura a acercar la silla para que el Profesor se siente cuando se lo ordena el Doctor.

Dice éste al Practicante, sin dejar de ver la nota que la filiación trae anexa:

—Auscúltelo y explórelo usted.

El Practicante obedece y dictamina:

—Normal.

El Doctor:

—Pase a desvestirse.

Se adelanta el Practicante; levanta la cortina del gabinete; entra allí el Profesor.

De la Sección Médica los nuevos reclusos pasan a la Administración. El Director está sentado detrás de su escritorio.

Tiene de un lado al Administrador; del otro, a la Inspectora, y, diagonalmente, a la izquierda, inclinado sobre una mesa más chica, a un empleado que escribe en los libros de registro. Enfrente, al otro extremo, están el Jefe de Campo y el de Transportes.

Van compareciendo los presos con su boleta y la hoja del examen médico. El Director lee la hoja, interroga al nuevo recluso, le hace alguna observación autoritaria y dice el destino que ha de dársele en la Isla.

Ligeramente, interviene el Administrador en el examen que el Director hace de los presos, y los dos escuchan, y a veces piden, la opinión del Jefe de Campo y la del Jefe de Transportes. La Inspectora asiste a todo, atenta y en silencio.

PREGUNTA el Director a Li-Fong, que se halla cohibido y medroso:

—¿Conque dos asesinatos?

—Sí, señol.

—¿Por robarles el dinero?

—No, señol. Pol quelellas de la colonia.

—¿Y sólo eso sabe usted hacer?

—No, señol. Sé de aglicultura y jaldinelía. Allí está esclito en los papeles.

El Director lo observa unos segundos, y dirigiéndose al Jefe de Campo, dispone:

—A los jardines de la Dirección.

PASA un presidiario viejo, flaco, de piel blanca, con aspecto de mansedumbre y bondad.

Tras de recibir el número y leer en el libro que tiene sobre la mesa, el Director le pregunta:

—¿Por qué fue su crimen?

—Señor, no me quedaba más remedio que privarla de la existencia. Mis propios hijos me despreciaban, casi se burlaban de mí. "¿Y para eso nos diste madrastra?", me decían. "¡Pobre de nuestra madre si viera la deshonra de esta casa!..." La tuve que matar.

El Director:

—A la zapatería.

HA pasado Rosa Plata. Se explica ante el Director:

—Pero no lo mutilé por causarle a él daño, masque lo afirmen; fue para que la otra no me siguiera haciendo desgraciada. Si por querer mucho una cosa y no consentir que nos la roben, hacemos el sacrificio de romperla, ¿no damos en eso la más grande prueba de nuestro amor?

Rodean a Rosa Plata las nueve mujeres que han desembarcado con ella. Se ve que a todas se las ha interrogado ya.

El Director resuelve en grupos:

—La mitad a las cocinas de Balleto y la otra mitad a las de Nayarit.

OTRO preso, joven, mestizo, cabizbajo, reticente:

—¡La verdad de Dios, señor! No tuve yo ese fracaso que me achacan. Había ido esa noche a dormir en el cine, por falta de hogar propio. El velador, que era mi amigo, me abría siempre la puerta. Mas aconteció esa vez que, al recordarme otro día, me agarraron criminándome con que yo y los otros lo habíamos matado para llevarnos el dinero.

El Director:

—Al hacha.

LLEGA el Chora, sin merma de su modo seguro, casi jovial:

El Director, tras de leer en el libro:

—¿Tres homicidios?

—Tres muertes, sí, señor. ¡Y todo por una mujer!

—A las Salinas.

—Por oficio yo soy herrero, señor Director.

—Usted va aquí a donde se le mande. ¡A las Salinas! Pasados los tres primeros meses ya se verá.

OTRO preso, también joven:

—Seguí viviendo muy contento con ella y sin maliciarme de nada. Esa tarde, que yo dilataba en irme, por estarle haciendo cariños a mi muchachito, mi padre me dijo: "Anda, vete al trabajo, que te van a multar". Y yo me fui obediente, conforme siempre hacía. Pero sucedió que por haberme pasado mucho de la hora, los capataces ya no me admitieron, y al

volver luego a mi casa, encontré que mi padre estaba acostado con ella. Sin saber de mí mismo, pues son sorpresas que quitan la conciencia, me eché sobre los dos y los maté... Luego he comprendido que la ley de la sangre me consentía matarla a ella, pero no a mi padre.

El Director:

—A los telares.

Se presenta el Profesor, todavía bajo los efectos de la entrevista con su hermano.

El Director, que ha tomado el número para buscar en el libro, levanta inmediatamente la cabeza y dice con sonrisa y tono amenazadores:

—¡Ah, usted es Jaime del Moral!... No sé por qué los jueces no los fusilaron a todos. Sepa, amigo, que cuanto yo soy se lo debo a tan grande hombre como fue aquél, aquel mismo que ustedes asesinaron. Pero aquí, usted se morirá, se morirá insolado en las Salinas o deslomado en el hacha... Porque, sépalo desde ahora, los que intentan fugarse de esta isla mueren comidos de los tiburones o cazados como animales en el monte...

Reconcentrado, sombrío, inmóvil, el Profesor calla.

Concluye el Director:

—A las Salinas.

Pero entonces la Inspectora interviene por primera vez, observando:

—Un hombre de esta complexión ¿puede ser destinado a las Salinas?

—Mire, señorita —repone el Director, mostrándole la hoja del examen médico—. El punto no ofrece duda: "Apto para cualquier trabajo".

—Sí —replica ella—; ¿pero no convendría que a un hombre así se le señalasen tareas más adecuadas?

El Profesor casi la interrumpe, aludiendo al juicio que la Inspectora había hecho de él a bordo del *G-13:*

—Se equivoca la señorita. Yo soy "igual que todos los criminales". En las Salinas estaré bien.

Y sale con el mismo gesto con que poco antes se le vio entrar.

CUMPLIDAS las formalidades y hechas las adscripciones, los nuevos reclusos han ido al Almacén, donde a cada uno le han entregado, a cambio de su boleta, una frazada de algodón, dos sábanas, y una funda de almohada.

Ahora vuelven a formar, pero ya no juntos, sino en secciones, todos con su equipaje y la ropa que acaban de recibir. Sendos empleados leen a los grupos las normas principales del reglamento e, inmediatamente después, los despachan a su destino.

La sección adscrita a Salinas, en la cual van el Chora y el Profesor, toma por la carretera que pasa al pie del Faro. Son las siete de la tarde. Los presos, que no han comido nada después de las tortillas y el café que a primera hora les dieron en el buque, van transidos de hambre y calor, y abrumados por el peso de sus bultos. Un piquete de inválidos los escolta. A caballo, Gregorio, el Jefe de Campo, los sigue.

A las seis de la mañana del día siguiente, pasan juntos lista en Salinas los 150 reclusos que ya estaban allí y los 150 que acaban de llegar. La doble fila saca a luz el contraste entre unos y otros: los nuevos, completo y flamante su uniforme, dan la impresión de estar íntegros y sanos; los viejos, desnudos de la cintura arriba, desolladas las espaldas, llagados los miembros, hinchados los ojos, y sólo con jirones de calzón los más, y sin sombrero, y sin huaraches, o apenas con pedazos de huaraches o de sombrero, encarnan la miseria física e informan la destrucción de lo moral en el aniquilamiento de lo físico.

Cuando la lista concluye, los reclusos viejos van al sitio de su tarea y los nuevos quedan con los cabos, para que se les señale la suya.

ENTRE la playa y la colina hay una superficie de agua estancada que temprano en el día empieza a calentarse y evaporarse al recibir el sol. Junto a ella, por el lado donde el oleaje se arrastra, cubren gran trecho, rodeándola con una especie de cuadriculado blanco infinito, las eras de donde la sal se extrae. Parte de los presos forman cadena desde las dos extremidades de la laguna (en la cual, muchos de ellos, se pasan el día con el agua hasta las ingles) y van dando las latas, llenas y vacías

alternativamente, a otros presos, que echan el agua en las eras hasta colmarlas, para que allí la sal se deposite. Doce son las unidades asignadas a cada recluso, número bastante a impedir el menor reposo en las doce horas de trabajo diario, el cual incluye, por añadidura, el desprender la sal condensada, el ponerla en los sacos, el llevarla a cuestas al almacén —hasta el otro lado de las eras, a orillas del mar— y el apilarla allí. En tales condiciones, la humedad vaporosa, el ardor del sol, la blancura de la luz y el escozor de la sal misma —comezón más y más dilatada y persistente—, todo hace que la tarea sea abrumadora y debilitadora y acabe enfermando y destruyendo a cuantos la realizan.

En lo alto de la colina está la caseta donde montan guardia algunos inválidos; junto al almacén tiene minúsculo despacho el Capataz; los cabos de las cuadrillas no descuidan nada, pistola al cinto, látigo en la mano. Hombre todo brutalidad, y armado también de pistola, el Capataz va seguido de un cabo que lleva, además de la pistola y el látigo, un machete. Por entre las eras, cerca de los reclusos, vigilan otros inválidos, compensada con el apercibimiento del rifle la merma de sus facultades.

La cuadrilla de que forman parte el Chora y el Profesor desfila hasta su sitio. El cabo señala a cada recluso las doce eras que le corresponden y los adiestra, ejecutando el trabajo personalmente, en lo que deben hacer.

Queda el Chora situado hacia un extremo de la cuadrilla, y lindantes sus eras con las de un antiguo recluso que es cojo de toda una pierna; que mal se apoya en una muleta primitiva, casi inservible, y que hace su trabajo con una sola mano.

El cabo ordena empezar, yendo él mismo a verter agua. Pero el Chora, lejos de obedecer, pone su lata en el suelo y se sienta. Al verlo así, el Cojo, que hace su propia tarea y está desprendiendo panes de sal, le advierte:

—¿Crees que vas a librarte de trabajar?

Firme y tranquilo, y con el solo movimiento de la cabeza, el Chora asegura que sí.

A poco, toda la cuadrilla va y viene con las latas, y se pliega, dócil, a las instrucciones del cabo. El Profesor, cuyas

eras se hallan contiguas, por el lado opuesto, a las del Chora, se inclina para aconsejar a éste, a la vez que echa el agua.

—Chora, mejor es que trabajes. Ya viene el cabo.

El Chora contesta:

—No llego yo a las Islas a trabajar.

Y es cierto que al ver sentado al Chora, el cabo se le acerca después de gritar al resto de la cuadrilla:

—Ora sigan haciendo eso mismo.

Le pregunta al Chora:

—¿Qué pasa con usted?

—Que yo no vine a las Islas a trabajar.

—¿Está enfermo?

Moviendo el Chora la cabeza, contesta que no.

El cabo insiste:

—Pues yo le predico que trabaje.

—No trabajo.

—¿No sabe que aquí pagan caro los que no trabajan?

—No trabajo.

—Venga, pues.

Y lo lleva hacia la oficina del Capataz.

VE el Chora, conforme él y el cabo se aproximan a la caseta, cómo están azotando, veinte o treinta metros más lejos, a un recluso atado de manos a un poste.

Delante del Capataz, informa el cabo:

—Aquí éste, de los que llegaron ayer. Dice que no vino a las Islas a trabajar.

El Capataz al Chora:

—¿Usted no viene a trabajar?

—No, no vengo a trabajar.

El Capataz, señalando hacia el poste:

—¿Ve aquello? Pronto le mudará la opinión.

—Si los azotes me convencen del trabajo, trabajaré; pero quisiera apurar el convencimiento.

El Capataz al cabo:

—Que le den hasta cincuenta azotes.

Junto al poste, sangrando por la espalda, encorvado de dolor, está jadeante aún, pero suelto ya de las manos y en actitud sumisa, el presidiario nuevo a quien azotaban. Otro, desmayado por los golpes, yace en tierra. De más allá, con aire

de poder apenas tenerse en pie, y trastrabillando a los empellones del cabo que lo conduce, viene un recluso viejo.

El Chora obedece cuando el cabo del látigo le manda desnudarse el tronco y alzar las manos para que se las amarren al poste.

Y empieza el castigo.

Los primeros golpes los recibe el Chora sin estremecerse siquiera; pero, poco a poco, el cuerpo va arqueándosele, como si solo, y contra la voluntad de su dueño, buscara hurtarse por sí mismo. El látigo, pesado, descomunal, coge en todo lo ancho y todo lo largo las enormes espaldas del Chora, morenas y hercúleas. Cada azote le deja una huella blanquecina de bordes rojizos.

A los diez latigazos, el cabo de la cuadrilla le pregunta:

—¿Ya quiere trabajar?

—No —contesta el Chora—; no quiero.

Le dan otros diez azotes y vuelven a preguntarle; repite él que no. Le dan diez más. Por entre su piel, ya no morena, sino encendida, la sangre aflora.

—¿Ya quiere trabajar?

Desde el fondo de un quejido, el Chora responde:

—No trabajo.

Se le ha puesto la espalda tinta en sangre; empieza a ennegrecérsele la parte superior del pantalón.

—Dale más —dice al cabo del flagelo el de la cuadrilla.

Mas el Chora ya no resiste: al segundo golpe le flaquean las corvas y queda pendiente de las manos, lo que no evita que le descarguen tres latigazos adicionales. En esguida lo desatan y, arrastrándolo unos metros, lo dejan tendido allí.

En acabándose de flagelar al Chora, dos automóviles llegan al campamento de Salinas. Del primero bajan el Director y la Inspectora; del otro, el Administrador y el Doctor.

La Inspectora se ha vestido de conformidad con sus ocupaciones oficiales: traje crudo, como de hilo, compuesto de falda recta y chaqueta de corte varonil; sombrero de paja oro, con el toque castaño, injerto en graciosa coquetería, de la toquilla que le recoge el ala; zapatos bayos, de líneas simples que hacen más visible la brevedad del pie. Pese a sus medios tacones y a las gafas de color verde olivo con que se protege los

ojos, está verdaderamente bonita; más aún que bonita: turbadora. Los reclusos antiguos, al lado de los cuales pasa, se desdoblan de sobre las eras y por un momento se embeben contemplándola con miradas de ansiedades indefinibles. Trae en la mano un cuaderno taquigráfico, cuyas hojas, en parte y como si ya se hubiesen usado, van dobladas y sujetas hacia afuera por una liga ámbar que también fija allí una pluma fluente y un lápiz.

Ella y sus tres compañeros se encaminan hacia la caseta del Capataz, quien, al verlos descender de los coches, sale a recibirlos.

Se habla de los trabajos. Informa el Capataz:

—Los nuevos reclusos están en sus tareas; con esto se doblará la producción... La costalera la tenemos toda en orden... Hoy se acabará de despachar el primer embarque.

Al lado del grupo, mientras hablan el Capataz y el Director, pasan reclusos con sacos a cuestas. Su aspecto, miserable, cansado, triste, acapara la vista de la Inspectora, que a uno tras otro, según se aproximan y se alejan, los mira atentamente de arriba abajo. El Director, el Administrador y el Doctor, acostumbrados al espectáculo, no parecen advertirlo.

Dice el Capataz al Director, señalando hacia lo alto del almacén:

—Aquella es la parte del techo que necesita renovarse.

El Director al Administrador:

—Recuérdeme que revisemos el presupuesto.

La Inspectora está tomando notas.

Se fija entonces el Director en los dos cuerpos que yacen a distancia, cerca del poste, y pregunta:

—¿Y aquéllos?

—Dos nuevos reclusos renuentes al trabajo.

El Director va entonces hacia allá, con el Capataz a la izquierda y seguido a poco por la Inspectora y el Doctor.

Junto al Chora, exclama:

—¡Ah! Es el herrero.

El Chora está volviendo en sí. Se incorpora súbitamente, se sienta, se pasa el envés de la mano por la boca, como si acabara de beber, y se queda mirando al Capataz y luego al Director.

Éste le dice:

—¿Qué hubo, amigo?... Conque no queremos trabajar...

El Chora no contesta. Ha dejado de ver al Director y tiene fijos los ojos en la Inspectora, que está mirándole la espalda y se esfuerza por mostrarse impasible.

Se acerca entonces el Doctor; observa las heridas, lo cual hace con rudeza y despego evidentes, y concluye inexpresivo, aludiendo a los azotes:

—Todavía aguanta cincuenta más.

El Capataz llama a señas al cabo del látigo, quien está entonces, junto al poste, con el recluso antiguo y los otros dos cabos. Y, viéndolo venir, el Chora, con energía increíble, se pone en pie, camina hasta el poste y coloca en alto las manos, para que se las amarren.

La Inspectora simula anotar algo, resuelta, seguramente, a no ver, mientras el Director, el Administrador y el Doctor siguen la escena fríos, aunque callados. Por lo que hace al Capataz, atiende ya a otra cosa. Acaba de decir al recluso antiguo:

—A ver, tú. Ven acá.

El nuevo flagelamiento del Chora está a punto de producirse, cuando la Inspectora prorrumpe, interrogando al Director:

—¿No podría evitarse el castigo?

—¡Un momento! —grita el Director al cabo del látigo, y, volviéndose hacia la Inspectora, le plantea la disyuntiva, entre irónico y autoritario:

—¿Cómo quiere usted que se evite? Si no hacemos esto ahora mismo y aquí mismo, dentro de cinco minutos todas las cuadrillas se negarán a trabajar...

—Hay la pena de relegación en las otras islas...

—Y si ninguno quiere trabajar, ¿cómo se les relega a todos?

—Se puede convencer a éste de que trabaje.

Ya con impaciencia, el Director mira de hito en hito a la Inspectora para acabar replicándole, cual si la reconviniese:

—Señorita, usted no sabe de estas cosas. A gente así sólo la gobierna el dolor corporal. Si no, inténtelo usted.

—¡Claro que lo intento! —exclama ella.

Y, decidida, se dirige al poste, mientras el Director, de modo que lo oigan todos, comenta con el Administrador:

—¡A quién diablos se le antoja mandar acá a una mujer!

Aparentando no oírlo, se acerca ella al Chora, se le acerca

cuanto le es posible, para que sólo él la escuche, y le habla con inflexiones persuasivas:

—¿Por qué se niega a trabajar? Al principio acaso le parezca duro, pero luego, usted, hombre tan fuerte, lo hará con menos fatiga que los otros.

El Chora no ha perdido un segundo de éstos que el acaso le trae: ¡poder contemplarla así, tan cerca como se le brinda! Alarga, pues, su silencio, para prolongar el goce, hasta que ése lo impulsa a decir —auténtico estallido apasionado—, en voz igualmente baja y que sólo ella oiga:

—Señorita, estoy en las Islas por homicidio; pero si alguna vez, sueltas mis manos, la vuelvo a tener tan cerca de mí como en este momento, le juro que estaré también por violación.

Y quien calla entonces es la Inspectora, que se inmuta y se queda mirándolo, sin precisar ella misma lo que siente: si sorpresa, si despecho, si cólera, si azoro. Sin embargo, al punto se repone, y se aparta.

De regreso al lado del Director, éste, con sorna, le pregunta:

—¿Lo convenció usted, señorita?

—No —contesta ella—, pero sé quién lo hará.

Y, decidida otra vez, se dirige al sitio donde trabaja el Profesor.

DESDE la orilla de las eras lo llama:

—Profesor...

Él, aunque la oye, no contesta.

—Profesor... Profesor...

Él sigue sin contestar.

Entonces la Inspectora va hasta él por el borde de la era, humedeciéndose y manchándose el calzado, y ya no sólo lo llama, sino que lo amonesta:

—¿Por qué, dígame, por qué no me responde?

Interrumpe el Profesor su trabajo; se vuelve, y dice:

—Mis compañeros pueden llamarme *el Profesor,* que es mi apodo; usted, no. Mi nombre es Jaime del Moral; mi número, el 2157.

La Inspectora recapacita y enmienda:

—Está bien, Del Moral.

Y después de varios segundos continúa:

—Vengo a pedirle un favor: que convenza al Chora de que trabaje y evite así que sigan azotándolo. Si usted quiere, puede hacerlo. Yo se lo suplico.

El Profesor:

—¿Se me permite ir a hablar con él?

—Sí, Del Moral; y yo le pido que lo haga.

Deja el Profesor su tarea, y al lado de la Inspectora avanza hasta pasar por el sitio donde se encuentran el Director, el Doctor y el Capataz. De allí, mientras la Inspectora se reune con el grupo, él camina hasta el poste.

No se oye lo que hablan el Chora y el Profesor. Se advierte tan sólo, desde donde los observa la Inspectora, que el Profesor hace leves movimientos de cabeza —está vuelto de espaldas, caídos los brazos a lo largo del cuerpo, en actitud reveladora de cansancio—. Se adivina apenas que el Chora —tiene el rostro pegado al poste y semivuelto hacia el Profesor—, pronuncia dos o tres frases. Y poco después se ve que los cabos se acercan a desatar los nudos del poste.

Suelto el Chora, recoge del suelo su camisa y su chaqueta; se las pone bajo el brazo izquierdo, y sin decir nada ni mirar a nadie, se dirige, al lado del Profesor, hacia el lugar del trabajo. Mientras camina, el sol de las diez de la mañana le saca de la espalda brillos violáceos, brillos como de superficie cárdena charolada, los cuales siguen reverberándole hasta que tuerce para llegar a sus eras.

Allí deja en el suelo la camisa y la chaqueta; coge su lata, y se dispone a trabajar. Deteniéndose ante él unos instantes, el Cojo lo mira con aire entre burlón y amistoso, y le dice, bajando la voz:

—Ya te vaticinaba yo que era mejor trabajar. Aquí esa es la ley: quebrantar a golpes a cuantos servimos para algo. No te gastes, pues: reconcéntrate en tus fuerzas antes que te las apuren, y lucha callado en previsión de lo que venga. Padecerás menos, te lo aseguro, que si les aprontas ocasión para certificar que tú solo te moriste.

Lo oye el Chora, casi inmóvil, en espera de que el cabo le ordene cuándo ha de cambiar su lata vacía por otra llena; y, llegado ese momento, trabaja como los demás, sombrío y silencioso.

VERNET, 1940

Por *Max AUB*

—¿Y tú, por qué estás aquí?

—De la cárcel: por una tarjeta de pan.

Andaluz, pequeño y rubio. Los ojos claros, entreverados. La sonrisa nimia; delgadín, siempre contento. Niño con veinticinco años, una gran punta de pelo en la frente y entradas hondas en ambos lados. Sin más vida que la guerra.

—¿De dónde eres?

—De un pueblo, entre Utrera y Morón.

El color blanco, cierta serenidad sencilla.

—Cuando volvamos, mande quien mande: no afusilar a nadie. Para eso están los tribunales. Y yo sé quién afusiló a mi hermano. Hay que hacer las cosas como se deben hacer. Yo no soy de esos que piensan que cuando se vuelva hay que armar la marimorena.

—¿Por qué dices eso?

Me mira con los ojos entornados.

—Aun el mismo moro no lo sabe. Alguna vez se tiene que acabar.

—¿Acabar, el qué?

—Pareces tonto.

Se va, arrastrando los pies, calándose el gorro; se abrocha la chamarra. Me lo encuentro luego cerca de la alambrada y me emparejo con él. Tenemos todavía un cuarto de hora antes de ir a limpiar las letrinas. Del otro lado, media docena de guardias pasan, colorados, a relevarse.

Tras los alambres de púas, el campo, la carretera, y, allá carcomiendo el cielo, los Pirineos. Hace un frío del demonio. Andamos dándole fuerte a la tierra, intentando sentir nuestras plantas.

—¿Cuántos meses de cárcel?

—Tres. Yo estaba sentado en una taberna, en Montpellier, o como se llame, y se me acerca uno, parecía catalán:

—¿Tú eres refugiado?

—Sí.

—¿Quieres comprar una tarjeta de pan?

—Figúrate, con el hambre...

—Treinta y cinco francos.

—Te doy veintiocho.

Era todo lo que tenía. El gachó se va, pero vuelve a los diez minutos.

—Venga.

Toma y daca; me la meto en el bolsillo interior de la chaqueta como si fuese oro en paño. Una tarjeta suplementaria de pan: ¡Afigúrate! Casi se me pasaba la gazuza con sólo pensarlo. En menos que te lo cuento entraron cinco o seis policías. A hacer una Rafles. A mí no me cabe duda que los avisó el guarro ese, cada quien gana su vida como quiere. Yo tenía mis papeles en regla. No me los pidieron.

—Sal con nosotros.

Y nada más llegar a la calle, me meten mano y me sacan la tarjeta. Me llevaron a la Prefectura.

—¿Con que traficante en tarjetas de racionamiento?

Una paliza, otra paliza, y otra, para no variar. Querían saber cómo la había conseguido. Yo les dije la verdad. Entonces se les ocurrió que yo buscara al tipo. Por la mañana me hacían subir al tercer piso. Me daban de bofetadas y de pisotones hasta que les daba la gana, y luego me sacaban a paseo, con un inspector, a ver si tropezábamos con aquel tío. ¡Afigúrate! ¡Denunciar, yo! De cuando en cuando íbamos a la taberna aquella. Y lo peor es que me convidaba. Siempre había algún que otro conocido.

—¿Qué tomas?

—Nada.

—Sí, hombre, un vaso de vino.

Me lo tenía que beber, muerto de vergüenza: ¡como si yo tuviese la culpa! A los pocos días metieron en el calabozo a un viejo. Le habían dado una tarjeta de trabajador y estaban empeñados en que no era suya, que la había comprado. Me llevaron arriba. Seguro que me confundían con otro.

—Mira: tú a mí no me engañas—me decía un inspector; tenemos informes. *Tú étais gentil, avant.* Que te diga el viejo ese de dónde ha sacado su tarjeta. Mañana por la mañana me lo dices tú a mí.

No contesté. Pero yo... ¡qué había de preguntar! Allá ellos. Además que era verdad: se la dieron por las buenas. A la mañana siguiente me subieron otra vez arriba:

—¿Qué te ha dicho?

—¿A mí? Nada.

Me dijeron todo lo que quisieron y me dieron lo que les dio la gana, que no fue poco. Me condenaron a tres meses, y al salir de la cárcel me trajeron aquí.

—¿Trabajabas?

—De mecánico. El patrón no se molestó en ir a la vista. Algún día acabará esto, y si no acaba que no acabe. Después de lo de la sierra de Pandols, ¿qué más da? ¡Qué día aquel en que pasamos el Ebro!

Se despatarraba, feliz. Se rascó la cabeza.

—¿De qué brigada eras?

—De la 46. Estábamos en Ametlla. El día antes nos llamó el mando y nos hizo bañarnos a todos, para ver quién sabía nadar y quién no. Yo era de trasmisiones. Fuimos los primeros en pasar, con los carretes a cuestas. El Ebro tendrá unos ciento cincuenta metros de ancho, allí, por Benifallet. Era la una de la noche. Enseguida se tendieron las líneas. Y trajeron las barcazas para pasar. Había unas veinticinco. Pero de estar cerca de un mes panza arriba en los cañaverales, se rajaron, y casi todas se fueron al fondo. Total, quedaron cuatro o cinco. Entonces el mando hizo pasar una cuerda gruesa, un cabo así de gordo, de orilla a orilla, y que fuéramos pasando, cogidos de él. La cuerda se rompió del peso. La gente: unos se salvaron y otros se ahogaron. En eso se dio cuenta el escucha de ellos. Y empezaron a hacer fuego. La cara que pondrían: ¡Que vienen los rojos! ¡Vengan morterazos! Pero va estábamos sobre las lomas y en las barcas que habían quedado fueron pasando los batallones. Ya eran las siete. ¡Qué día! Hubo un combate grande por Benifallet. Fuimos adelantando hasta donde tenían el puesto de mando. Fue un enlace de ellos el que nos dijo dónde estaba. Lo mandaba un teniente coronel. Estaba durmiendo. Llamamos a la puerta:

—¿Quién va?

—¡República!

—¿Qué broma es ésta?

Su mujer se puso a chillar. Entramos y se entregó. Las fuerzas siguieron adelantando. Teníamos orden de llegar hasta

el kilómetro 14. Allí estuvimos media hora. Pero no se pudo contener a la gente y nos fuimos hasta el kilómetro 17. Cogimos Vértice Rey. Pero el mando nos hizo retroceder hasta el kilómetro 14. Estábamos furiosos. Por enlaces supimos que a nuestra izquierda había fuerzas de ellos. Allí cogimos un batallón y cuatro piezas de artillería, y luego ¡a por la estación! Había un tren de salir con quince o veinte vagones...

Al chaval le brillaban los ojos como si todavía estuviese allí. Ya no había alambradas, ya no había campo. Allí, tras la carretera, podía estar la estación.

—...Había un tren a punto de salir con quince o veinte vagones. El que lo mandaba hizo desenganchar la máquina y se fue con ella. En el tren había de todo: dos piezas del diez y medio, una del quince y medio, munición para los seis y medio —que no teníamos—, pero, lo que es la de los otros, nos vino estupendamente. ¡Hay que ver cómo nos reíamos! Y comida, y uniformes. Nos los pusimos enseguida. El mando protestó:

—¿Qué es esto? ¡Venga, venga!

Y nos los mandaron quitar, porque nos podían confundir. Lo que hicimos fue cortar los pantalones por encima de las rodillas; que para equivocarse no hace falta uniformes: la prueba que estuvimos tiroteándonos bastante tiempo con la 15 de los Internacionales. A los tres días decidieron que fuéramos a atacar Vértice Rey; pero ya no hubo modo. Cuatro días estuvimos dándole de día y de noche. Luego empezaron ellos y tampoco pudieron pasar. Nos trasladaron a la sierra de Pándols. En aquella cota 666 —que unas veces era de ellos y otras nuestra— ¡qué manera de atizar! Lo más gracioso fue un carro: de pronto, por un camino que iba de los fachas a nosotros, vemos llegar un carro tirado por una caballería, guiado por un campesino. Venía hacia nosotros, tan tranquilo. Llega y le damos el alto:

—¡República!

—¿Cómo que República?

Yo no he visto nunca a nadie con esa cara de pasmao. Se lo llevaron al puesto de mando.

—¿Cómo has pasado las líneas?

—¿Que yo he pasado las líneas?

(Al chaval aquello le hacía mucha gracia, porque le recordaba a uno de su pueblo, entre Utrera y Morón: Maíz, trigo,

algodón, olivos, albejones. Un poblachón grande. Ocho o diez mil habitantes. Dehesas y caballos. Campesinos).

Se oye el silbato del cabo de varas.

—A ello.

Un kilómetro, hasta el río, con ochenta kilos de excrementos a cuestas. Nos turnamos: izquierda, derecha; hasta sentir los brazos como ramas de fuego. Al cambiar, nos llegan hasta el suelo, deshechos los hombros.

Los guardias, fusil en ristre, se aburren y hieden.

—*¿Alors toi? Allez, ouste...*

El campo está hermoso. Tras los Pirineos, España.

—A seis kilómetros hay una sierra que dicen Sierra Morón. Por allí tienen una finca los Bienvenida. Secano. Lo que más hay, trigo. Mis padres tienen unas tierras. Somos, éramos, cuatro hermanas y dos hermanos. Todos de izquierda. Al mayor lo fusilaron: secretario de las Juventudes. Los fachas no entraron hasta los doce días de la rebelión. Al principio se formó un comité, con el alcalde —que era socialista—, dos de la CNT, uno de la UGT y un comunista. Detuvieron hasta doscientos fascistas. Pero no les pasó nada. Alguno había que creía que era una barbaridad, pero se impusieron los más; y no pasó nada. Lo que se dice nada. Se montaron unas guardias. Los fascistas del pueblo dijeron: "Vamos a hacer un atestado en que conste que aquí no se ha afusilado a nadie. Si llegan los nuestros, nosotros iremos delante y diremos que en el pueblo no ha pasado nada y que no queremos que pase". A los doce días llegaron y los de derecha hicieron como habían dicho, y no pasó nada. Nosotros nos habíamos ido al monte. A los pocos días reunieron a la gente en la plaza y dijeron:

—Coged los caballos e iros por ahí. Decid a los jóvenes que vuelvan, que no les ha de pasar nada. Era la cosecha. Muchos volvimos al pueblo. Los más significados se marcharon andando, hacia donde habían oído que estaban los republicanos. Después vino un comandante de Sevilla, con unos cuantos falangistas que se reunieron con unos cuantos del pueblo. Les dio por afusilar, y afusilaron. Los más del pueblo no querían, pero el comandante decía que él era el que mandaba allí. Cogieron a mi hermano, y lo pasearon esposado por el pueblo, y lo mataron a la mañana siguiente. Mi padre fue a ver al alcalde, que le dijo que no podía hacer nada. Así hasta más de cuatrocientos. Afusilaban a diez o doce cada mañana,

en las afueras del pueblo. Luego hacían un montón en una calle y venía una camioneta a por ellos. Al día siguiente mataban a los que habían ido a recoger a los muertos. Así, seguido. Como una cadena. La gente levantaba el brazo. Yo, y tres primos míos, nos fuimos andando, por el campo. Tres días. Sin comer. No sabíamos bien en dónde estaban las líneas. Al tercer día vimos unos pastores y decidimos hablarles. Fue uno, mientras tres nos quedábamos atrás. Nos llamó. Les pedimos pan.

—Pan no tenemos, no hay, pero si queréis queso...

¡Que si queríamos!

—El frente está ahí mismo.

—¿Dónde?

—Detrás de aquella loma.

—Bueno, ya no diréis por dónde nos podemos pasar.

—Pues mira, subís allí, veréis un árbol y encima una bandera colorada. Allí están los rojos. Del otro lado, en la carretera, veréis otra bandera, allí están los...

Decidimos esperar a la noche. Nos subimos por aquella ladera y miramos entre la maleza. A poco llegaron unos camiones con gente, cerca de la caseta de los peones camineros. Se armó una ensalada de tiros. Nosotros aprovechamos para pasarnos.

—¿Quién va? ¡Manos arriba!

Les explicamos quiénes éramos. Nos llevaron a una masía donde estaba el comité: (Dijo "masía" porque estuvo, luego, más de un año en Cataluña).

—¿Tenéis ganas de comer?

¡Que si teníamos!

(Vertemos nuestra carga en anchos fosos pestilentes. Los pies se deslizan en el barro pegajoso. Bajamos hacia el río).

—Habían formado unos grupos de diez, entramos en uno de ellos, con el teniente Trujillo. Habíamos unos cuantos jóvenes que no teníamos fusil. El teniente nos dijo que lo mejor que podíamos hacer era ir a Málaga. Fuimos allá. En Málaga habíamos por lo menos veinte mil sin fusiles. Fuimos a ver al Gobernador. Nos preguntó si queríamos embarcar. Le dijimos que sí. Fuimos al puerto. Al "España número 3" —yo no había visto nunca el mar—. Eran las siete y salía a las ocho. Dimos una vuelta y embarcamos. Llegamos a Cartagena. Yo me mareé. A los tres voluntarios que íbamos no nos querían

dejar desembarcar. Pero fuimos a tierra, en un falucho. Nos preguntaron si queríamos ingresar en la Infantería de Marina. Dijimos que sí. Nos llevaron a Valencia. Luego a Teruel. Luego a Villarrobledo, luego a Brunete, con el Campesino. La 46 división. Luego estuvimos seis meses en Alcalá de Henares, haciendo maniobras. Luego Cerro Gordo: cuatro días estuvimos atacando sin poder hacernos con él. Relevamos a la 5a. Internacional, en Teruel. Ellos tomaron Alfambra y El Povo. Luego, la retirada: Chilches, y Alcalá de Henares otra vez, y luego enseguida a Lérida. No pasaron. Tortosa, Balaguer, Perelló, Ametlla de Mar y el Ebro. Luego, ya al final: Vineixer, Borjes Blanques y la frontera: Argelés, las compañías de trabajo, Narbona, Montpellier, la cárcel, ésto.

—¿Tenías novia?

—¿Quién? ¿Yo? No.

El río corre mansamente entre la arboleda y las riberas empinadas. Bajamos a lavar las pesadas tinas. Los guardias acuden a ver si quedan limpias de zurullos:

—Límpialo mejor, si no quieres que te obligue a hacerlo con la lengua.

Cojo un manojo de hierba y obedezco. Enrique Serrano Piña me ayuda, los pies en la mansa corriente.

—Cuando volvamos allí no hay que afusilar a ninguno; aunque sé quién denunció a mi hermano: es de Sevilla.

—¿Y si te lo encuentras?

Me mira fijo, se encoge de hombros:

—No caerá esa breva.

Insisto. Sonríe con su cara de niño:

—Lo mandaré a Montpellier... o como se diga —pronuncia: Monpeyé—, para que vea lo que es bueno.

—*Allez, ouste*...

Resbalamos, subiendo. Se forma de nuevo la conducción. Tras los Pirineos, España.

Libros y Revistas

LIBROS

Por *Mauricio DE LA SELVA*

EDELBERTO TORRES, *La dramática vida de Rubén Darío,* Edit. Grijalbo, S. A., 353 págs., México, 1958, Colec. Biografías Gandesa.

Esta es la tercera edición del estudio biográfico-literario que el profesor nicaragüense escribió sobre Rubén Darío; antes de este libro del profesor y escritor Edelberto Torres el poeta nicaragüense era invocado y recordado sólo por la magnificencia de su poesía; sobre su persona, sobre su vida azarosa, únicamente hablaban los más aventurados a la hora del café de sobremesa o de los aperitivos mal llevados. Darío estaba reducido a las fechas de su venir y partir, de su nacimiento y de su muerte; la erudición de los más sobresalientes llevaba a contar la anécdota del poeta en sus días inundados de vino. En todo caso, se le dispensaban sus jolgorios por ser el gran poeta, el que encontró nuevos metros para la construcción musical de los versos modernistas; tenía derecho a ser así, ¡quién le podía reclamar! si los genios siempre son excesivamente extravagantes, máxime cuando la gloria los carga de metal y se las arregla para que se sostengan entre nubes, sin pisar la tierra en ningnú momento.

Pero arribó Edelberto Torres al campo de los comentarios, de los juicios, empezó a desenvolver el producto de varios años de investigación y observación intelectual, puso, frente a los interesados así como ante los indiferentes, su número de cuartillas, y así nació una imagen nueva de Rubén Darío; un Darío que, cuando mucho, se presentía, se intuía pero que estaba muy distante al Darío de cisnes y duquesas, de flamas y azules, de argentinas voces y armaduras áureas.

Es éste un Rubén Darío distinto, más que dramático, trágico. Desgarra comprobar al gran poeta como un constante derrotado. De carácter introvertido, viviendo en toda su aguda sensibilidad los destrozos inmisericordes de sus tormentas interiores. Vive mucho más que cualquier otro hombre, porque se le exige más, porque no se le permite el error mínimo y se le va encerrando en un círculo vicioso; no tiene derecho al asidero de la lágrima, ni al grito ni a la violencia; se aprovechan de su silencio característico, de su timidez, de su mudez; no conoce el refugio del odio y sólo en los días postreros, cuando recuerda que su vida afectiva fue despedazada por Andrés Murillo, el cuñado que pistola en mano lo obligó a casarse con la deshonrada Rosario, el odio le brota incontenible y grita: 'Se que voy a morir; pero no me moriré sin hacer una cosa tremenda. Antes de eso, despacharé un hombre a la eternidad. Cuando me convenza que ha llegado el minuto, monto un carruaje, me acompaño de un amigo y le hago una visita. Saldrá él a recibirme; entonces saco el revólver y le disparo. Nada me importa lo demás, porque sé que voy a morir". Son los últimos días, podría decirse que el alcohol de toda la vida, la sensibilidad deformada y el sufrir indescriptible que viene desde su niñez, se recogen y se crecen

ante el fatal presentimiento. Son los días tristísimos del Rubén Darío intolerable, caústico, hiriente.

Los misterios de ultratumba estuvieron siempre repercutiendo en su conciencia, nunca pudo liberarse de las narraciones que impresionaron tanto su infancia; Edelberto Torres apunta: "Los cuentos de 'aparecidos', almas de difuntos que en horas nocturnas dejan su habitáculo en lo desconocido para comunicar sus cuitas a los vivos, son los temas más frecuentes. A Félix Rubén le mortifican esas historias, pero quiere oírlas. El misterio le inspira miedo y atracción a la vez". Por eso le agrada y le estremece a la vez la idea de la muerte, declara que se siente contento de saber que va a morir, pero se le ve constantemente irritado e inconforme, no asume la tranquilidad casi beatífica del místico o del religioso, ni siquiera la introversión que le caracterizó en los años más terribles de inconciencia alcohólica y pasiones candentes; la idea obsesiva del próximo paso le hace considerar como una burla la solícita atención médica: se vuelve contra los doctores que desean aminorarle el sufrimiento; algunos, la mayoría, lo soportan porque es el genio y porque sus días están contados, y cuando uno de aquellos médicos, amenazado por el poeta que pretende desde su cama arrojarle una botella, se pone enérgico y la esposa de Darío le invita a marcharse, éste la reprende perdiendo las proporciones de la situación: "¿Por qué no le diste una bofetada? Te contentaste con decirle: '¡Salga, doctor; salga, doctor!' ¿Sabes lo que hubiera hecho una argentina? Pues le hubiera dado un bofetada. ¿Una francesa? Lo hubiera sacado de las orejas. ¿Una española? Con su navaja le hubiera rajado la barriga y no le hubiera dejado una tripa adentro. Sólo tú te contentaste con decir: '¡Salga, doctor; salga, doctor!' La bofetada que tú le hubieras dado habría sido grata a mi corazón y hubiera bajado conmigo a la tumba, dulcemente". Este Darío agresivo ya no cuenta para el análisis temperamental del Darío que, si bien es cierto que siempre estuvo psicológicamente enfermo, pecó más bien de un hermetismo que le cubría de aparente tranquilidad.

Edelberto Torres ha elaborado un ensayo magnífico, ni escueta biografía ni recargada novela: predomina lo esencial de la vida de Rubén Darío. Se dan las dimensiones del hombre a ratos gigantesco y a ratos pigmeo, un día masón y otro día conmovido ante la figura del Papa; se le expone con simpatía, pero no se le esconden los errores y los vicios, aun cuando a ratos se procure no manifestarlos expresamente, el relatista frecuenta tal imparcialidad que el lector va captando, mediante su propio criterio, las debilidades del poeta: Darío sin conciencia política, sin carácter digno, prisionero del ocultismo y del juego profético, místico a veces, cobarde siempre, en fin plagado de facetas negativas y explicadas todas en la incomprensión de los demás. Pocos fueron en verdad los amigos sinceros de Rubén Darío, los más se le acercaron atraídos por la aureola, por el renombre, se encontraban con un hombre que no conocía la fastuosidad que cantaba en sus poemas, con un hombre humilde, y se retiraban insatisfechos, dañándole antes de marcharse; a Darío le sucedía lo que a Jesús, los falsos apóstoles se retiraban al no encontrar en él opulencia de mercader, sólo que Darío en el concepto estricto de la amistad quizá no llegó a contar con doce apóstoles y sí tuvo más de un Judas.

El profesor Torres logra con su trabajo literario sobre Darío que, cada vez que se mencionen biografías de grandes escritores americanos o se charle con amplitud del tema Darío, se le recuerde con admiración por la responsa-

bilidad de sus investigaciones y con gratitud por haber enseñado y aclarado tanto respecto a la vida del poeta.

Cualquier otro biógrafo de ascendencias tropicales habría optado por darnos un poema en cada paso de la vida del poeta, en cambio Torres, con todo y ser compatriota del infortunado, transcribe únicamente aquellos que son imprescindibles. La incomprensión del genio persistió aún después de muerto; Edelberto Torres relata cómo los "sabios" de Nicaragua se repartieron corazón, riñones y cerebro para estudiar la genialidad del bardo; del Dr. Juan José Martínez, escribe: "publica los resultados en un folleto de 60 páginas, sólo cinco de las cuales aluden al cerebro. Las demás son disquisiciones inoportunas y hasta impertinentes sobre asuntos literarios y de otra índole. El único dato concreto, y aun éste poco fidedigno, es que ha arrojado el peso de 1,850 gramos y que la circunvolución de Broca aparece extraordinariamente desarrollada".

R. DE LA FUENTE MUÑIZ, *Psicología médica,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 444 págs., México, 1959, Colec. Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis.

El adelanto general de las ciencias y la técnica así como las exigencias académicas, han presionado para que día a día se introduzcan mejoras en la aplicación de la enseñanza médica. El progreso de los últimos años ha sido tan sorprendente que se ha tenido que proceder a la implantación casi radical de métodos nuevos; la reforma en la enseñanza de la Medicina era tan urgente que de inmediato hubo que revisarse conceptos válidos hasta hace poco.

Puesta al día científicamente la enseñanza de la Medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México, se comprobó que en algunos aspectos los futuros médicos no salían suficientemente preparados; uno de estos aspectos fue la falta de conocimientos curativos en lo que atañe a las satisfacciones y frustraciones del paciente.

Así, se ha llegado a tener conciencia de que los estudiantes de Medicina, para cumplir mañana de manera más integral con su deber, habrán de avocarse desde ahora al estudio de la psicología médica, a fin de procurar al paciente una mayor atención en su salud.

La Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis que dirige Erich Fromm y que ha publicado títulos valiosos como *Las grandes realizaciones en la psicología experimental,* de Garret; *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea,* del mismo Fromm; *El juego como expresión de libertad,* de Bally; y *El nuevo psicoanálisis,* de Horney; acoge esta *Psicología médica* del Dr. De la Fuente.

Esta obra ha sido escrita por un maestro de la Facultad de Medicina, en sus páginas se condensa la experiencia de muchos años de docencia y de servicio clínico; es una obra esencialmente didáctica, ofrecida a los alumnos de aquella Facultad y a los médicos que, convencidos de la utilidad que presta la psicología en el enfoque de los problemas de la Medicina, urjan de un libro-guía acorde con la especialidad. *Psicología médica* es un libro sistemático en el que su autor demuestra que la salud del hombre depende en gran parte de su vida de relación, de su contacto con los demás hombres, de su posición actuante en el medio social y cultural.

El Dr. De la Fuente Muñiz expone, en contra de los médicos que no aceptan a la psicología como parte inseparable de la medicina, lo siguiente: "En el modo actual de la práctica profesional, en los centros urbanos, cuando

el paciente se queja de fobias y obsesiones o exhibe ideas delirantes inequívocas, el médico general resuelve el problema dirigiendo al enfermo hacia el psiquiatra, pero cuando el paciente no exhibe alteraciones mentales francas, sino por ejemplo, algunas de las múltiples manifestaciones somáticas de la depresión o de la angustia, el médico que no sabe conocer más patología que la orgánica se encuentra en una situación desventajosa. Simplemente se confunde y se desorienta y nada tiene de extraño que se vea comprometido a racionalizar su ignorancia dando explicaciones somato-psíquicas oscuras en la que el hígado 'insuficiente', los intestinos 'caídos' o las amígdalas infectadas u otros 'focos de infección' resultan frecuentemente invocados sin apoyo objetivo". Con estas palabras, el autor prueba cierta tenacidad de algunos médicos en ignorar la utilidad de la *psicología médica,* la cual tiene en esta obra un excelente medio de difusión.

ANTONIO DE UNDURRAGA, *Atlas de la poesía de Chile,* Edit. Nascimento, 503 págs., Santiago de Chile, 1958.

Es uno de los poetas latinoamericanos que no se ha contentado con *crear* poemas magistrales, sino que ha ido por el camino de la búsqueda para encontrar el origen del poema; exigente, Antonio de Undurraga ha necesitado saber, investigar la literatura desde todos los puntos de vista y dentro de todos los ámbitos; ha cruzado distintos caminos y a apagado la sed en diversas fuentes; incansable, ha ido del poema a la poesía y de la poesía a la literatura; inconforme, estudia comparativamente las creaciones poéticas europeas, eleva a su justo sitio las aportaciones estéticas hispanoamericanas, y clama por la cultura detenida de nuestro Continente.

Relativamente joven, De Undurraga ocupa un puesto destacado entre los buenos poetas chilenos, y esto ya es una alta clasificación, pues nadie ignora que Chile —como lo ha hecho constar Fernando Alegría— es, de medio siglo a esta fecha, el país que cuenta con una de las expresiones poéticas más ricas de nuestro idioma y cuyo remoto antecedente se encuentra en Alonso de Ercilla, así como en núcleos poéticos posteriores.

Pero De Undurraga no se conforma con la escritura del poema y vive dedicado al estudio y a la investigación; apenas hace unos meses que *Aguilar* de Madrid le ha editado "Teoría del Creacionismo" (ensayo serio de 160 páginas que precede al título *Poesía y prosa* de Vicente Huidobro), y ya tenemos con nosotros este voluminoso *Atlas de la poesía de Chile.* Ocho años le ha llevado esta antología que recoge las selectas creaciones de noventa y dos poetas durante los años que van de 1900 a 1957, aparte del prefacio, las notas y los estudios críticos que Antonio de Undurraga incluye.

Ocho años de labor agotadora y concienzuda, cuya seriedad se entiende al saber que el erudito Guillermo de Torre dio su juicio sobre la investigación y aprovechó datos para su antología hispanoamericana. El poeta exhausto, que podría haberse limitado a gozar los triunfos que le proporcionan sus títulos de poesía, reconoce: "Casi nadie repara en el tiempo que consumen los ficheros, las cronologías. Se trata de una faena invisible —como la circulación de la sangre— y que sin ella no sería posible el más pequeño de los bellos ángulos de un cuerpo vivo". Para más adelante afirmar convencido y modesto: "así han transcurrido los años. Se han pesado las palabras, los autores, las almas,

Se han puesto muchas fechas, todas indispensables para que los investigadores nacionales y extranjeros puedan fijar procedencias, proseguir investigaciones sólo esbozadas, etc." Sin embargo, *Atlas de la poesía de Chile* va más allá del simple esbozo, es un volumen que supera a la antología normal por exigente que ésta sea, sus notas y estudios críticos lo convierten en una historia del último medio siglo de la poesía chilena.

Personalmente, no estamos de acuerdo con algunos excesos de Antonio de Undurraga, como ese de incluir a Rubén Darío entre los poetas chilenos; ninguna de las razones que da De Undurraga nos convencen, y aunque de nuestra parte tampoco damos importancia máxima al Acta de Nacimiento, sí creemos en la lógica de la geografía, a menos que estemos ante un caso de excepción propio de discusiones jurídicas.

De los textos que apreciamos al final del volumen es ese valiente titulado "Huidobro y sus acusadores", donde se prueba que el *Creacionismo* (1916) fue el origen del *Ultraismo* español y que quienes sostuvieron lo contrario, De Torre, Reverdy, Gómez Carrillo, Borges y Bernárdez, no hicieron más que despojar al chileno Vicente Huidobro.

V. G. Panse y P. V. Sukhatme, *Métodos estadísticos para investigadores agrícolas,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 349 págs., México, 1959, Sección de Obras de Economía.

Ana María Flores y María Guadalupe Lomelí tradujeron al español esta obra que fue editada en inglés el año de 1954; los autores, ciudadanos de la India, escribieron estos Métodos Estadísticos con miras a la aplicación práctica en su país. México, que guarda cierta semejanza con la India en cuanto a desarrollo económico, podrá favorecerse en la aplicación de aquellos métodos a la agricultura mexicana.

El libro de Panse y Sukhatme está dividido en dos partes: una esencialmente teórica, y la otra refiriéndose a experimentos realizados; ambas partes se encuentran ilustradas abundantemente con diagramas, ejemplos y apéndices que resultan útiles en la práctica.

Métodos estadísticos para investigadores agrícolas es una obra que se proyecta hacia personas que posean conocimientos previos y amplios en Estadística Económica, no es un libro para estudiantes, y sí para postgraduados o para quienes hayan seguido especialización en Teoría Agrícola —referida a economistas— e ingenieros agrónomos.

Los autores hacen hincapié en el método de muestreo (implantado en México en 1951) que concede ventajas enormes a países pobres como los de Latinoamérica, aun cuando en verdad, dicho método, es utilizado por cualquier nación que desee ahorrar obteniendo mejores y mayores rendimientos de los campos cultivables y disfrutando la posibilidad de salvar el error, lo cual no ocurre con otros métodos. Panse y Sukhatme aconsejan que las investigaciones agrícolas no se realicen sin modelo, sino usando uno denominado "diseño de experimentos", aplicable también a otras ramas de la Economía.

Un país necesita, para acelerar su desarrollo, planificar sus fuerzas productivas, por ello, esta obra será de gran ayuda, y los especialistas, a quienes está dirigida, podrán planificar la producción agrícola en mejor forma.

El ingeniero Rodolfo Flores Talaveta, Director General de Estadística, es-

cribe en el prólogo de este tomo: "el presente libro constituye una aportación valiosa, en el plano técnico, al progreso de los países americanos hacia un nivel de vida más alto, un desarrollo más armonioso de su economía, y un perfeccionamiento más vasto de sus equipos de expertos. Felicitarnos por ello sería poco. Lo que hemos de hacer es aprovechar esta aportación para aplicarla con entusiasmo y constancia".

JAN TINBERGEN, *La planeación del desarrollo,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 107 págs., México, 1958, Sección de Obras de Economía.

Apenas el año pasado se publicó en inglés la primera edición de este título, y ya hoy, la traducción de Javier Márquez hace posible la primera edición en español. Jan Tinbergen, que ha publicado anteriormente otras obras de carácter económico, trata en su *planeación del desarrollo* uno de los temas que en Economía resulta de más actualidad y que preocupa, no sin razón, a los encargados de encauzar debidamente las fuentes de riqueza de un país a fin de obtener satisfactorios resultados.

Tinbergen explica, en uno de sus capítulos, acerca de los elementos que hacen posible el desarrollo económico de un país; el autor se declara a favor del intervencionismo de Estado en la vida económica, denominando a esta tendencia "política de desarrollo"; la declaración de Jan Tinbergen no desdeña la iniciativa privada que puede ser útil en el panorama nacional, aun cuando siga sosteniendo que las inversiones deben fundamentalmente ser oficiales para que rindan amplios resultados. Sobre el particular será mejor que veamos lo que Tinbergen escribe: "Para que un país tenga estabilidad y proporcione una base para la actividad y el desarrollo económico es preciso hacer una serie de inversiones fundamentales. Debe haber un mínimo de alojamiento y de transportes. El abastecimiento de energía y agua debe de existir en forma adecuada; es posible que sea preciso abrir nuevas tierras o regarlas, etc. Por lo general, estas inversiones no pueden ser hechas por individuos particulares, pues su rendimiento se difunde a través de la comunidad y no es fácil que adopte la forma de ingreso para el inversionista".

El autor hace notar que deben tomarse en cuenta múltiples factores al elaborar una programación adecuada, factores tales como los de naturaleza estadística, los medios que integrarán el ingreso nacional, los tipos de mercancía a producirse, el mercado que esta misma obtendría, etc. El libro de Tinbergen está escrito en forma clara, llena el cometido de señalar las rutas a seguir en la realización de los fines propuestos; contiene valiosos anexos en lo referente a explicar conceptos relativamente nuevos en la terminología económica moderna, conceptos como el coeficiente de capital; incluye cuadros y cifras que ayudan al mayor entendimiento de la *planeación del desarrollo.*

ALEJANDRO LIPSCHUTZ, *Tres médicos contemporáneos,* Edit. Losada, S. A., 325 págs., Buenos Aires, Argentina, 1958.

Con el material que durante muchos años había servido conferencias en la Universidad de Chile, se integró este volumen de gran valor informativo y cultural, puesto que recoge anécdotas, hechos científicos, correspondencia per-

sonal y los resultados de su contacto directo con las obras respectivas de Pavlov, Freund y Schweitzer.

En la primera parte del libro, Alejandro Lipschutz, en "exposición sistemática", da las tres biografías proyectadas sobre un marco de contenido humano. En la segunda parte, mediante ensayos explicativos que dejan entrever la capacidad interpretativa y el caudal de conocimientos del autor, nos enteramos de cómo figuras con la magnitud de los tres médicos, propugnan por un mejor entendimiento de las realizaciones científicas en función del progreso de la humanidad.

Para Lipschutz, Pavlov es "el hombre sencillo, ligado por mil fibras con la gente que lo rodeaba"; Freund, "uno de los forjadores del mundo intelectual"; y Schweitzer, "filósofo-apóstol práctico... personifica la conciencia de la profesión médica".

Pavlov abrió nuevos cauces a la fisiología humana moderna, consideró al organismo como un todo donde el análisis de cada función que interviene en las relaciones del individuo, no es aislada ni puramente somática; expuso también que el organismo funcionaba en cuanto al "marco de la colectividad, a través y por fuerza de ella", logrando en esta forma deslindar problemas de conducta individual. El autor nos habla del genial ruso y la narración de sus métodos, las acciones de sus colaboradores, el avance de sus investigaciones y su amable personalidad.

Freund "redescubrió" el alma, fue ésta una de sus tareas más importantes; amplió su campo al descubrir la fuerza del subconsciente, encontrando en él la razón por la que fallaba la armonía del organismo anímico; Freund atendió el principio filosófico de causalidad-finalidad; su redescubrimiento ayudó a desterrar los prejuicios del siglo XIX que abusaban del mito y burlaban las fuerzas morales del hombre.

Schweitzer, un alto ejemplo de valor humano, de amorosa tenacidad y envidiable capacidad médica, luchó y triunfó en un medio que muchas personas consideran justificable para nulificar la más recia iniciativa; Schweitzer luchó y triunfó en el África sin más coraza que su voluntad. Su labor humanitaria y sus conocimientos filosóficos fueron reconocidos al otorgársele el Premio Nobel de la Paz. La palabra y la obra de este sabio, han sido empleadas en todo su prestigio para evitar que siga explotándose inhumanamente el intelecto y la mano de obra negros sin más argumento que el de la discriminación racial.

Alejandro Lipschutz ha ido más allá de lo que culturalmente promete su libro al juzgarlo por el título que lo anuncia; agradable sorpresa tendrá el lector al ser obsequiado con unas páginas que desde el principio atraen. Tres grandes hombres estudiados aquí por un gran conocedor, hacen de este libro un gran tema para el público.

JOHN H. STORER, *La trama de la vida,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 135 págs., México, 1959, Colec. Breviarios Núm. 143.

Rafael Martín del Campo tradujo este título cuya primera edición en inglés fue hecha en 1953. *La trama de la vida* es un libro que trata conocimientos ecológicos, útiles para mejorar las condiciones económicas de los pueblos. La ecología es la ciencia que conoce los secretos —posibilidades y ne-

cesidades— de extirpar o albergar seres que a simple vista parecen sin importancia para nuestra vida.

Este libro en ningún momento deja de considerar al hombre rodeado de sus semejantes, jamás le considera aislado e incluso lo relaciona no sólo con los seres que llamamos irracionales sino que también con el reino vegetal, pues supone que las fuerzas de la naturaleza, en combinación oon la actitud del hombre ante la vida, pueden ayudarle a construir un mundo con mejores perspectivas.

El hombre, por ambición o por ignorancia, destruye el poder de productividad de tierras que en otros tiempos fueron considerados verdaderos paraísos por su vegetación. Entre las causas de esta lamentable destrucción se cuenta el cultivo inadecuado o el exceso del mismo, o bien la introducción de ganado que paulatinamente aniquila las hierbas más resistentes, pudiendo llegar a convertir un vergel en un desierto.

La trama de la vida es un tomo útil que ilustra su exposición con 44 fotografías, presentando objetivamente aspectos variados de la naturaleza. En sus diecinueve capítulos concreta observaciones válidas para ambiente estadounidense, mas como en todo el mundo los hombres viven del suelo, es obvio que los diecinueve capítulos benefician a todos por igual.

R. E. PEIERLS, *Las leyes de la naturaleza,* Edit. Universidad Nacional Autónoma de México, 383 págs., México, 1959, Colec. Problemas Científicos y Filosóficos, Núm. 13.

Antes de publicarse esta edición en español que tradujo Daisy Learn, la obra había tenido dos ediciones en inglés durante los años de 1955 y 1956, respectivamente. *Las leyes de la naturaleza* constituye uno de los libros en que el autor se interesa para que sus elevados conocimientos científicos sean asimilados por la mayoría de personas. El profesor y doctor R. E. Peierls, nacido en Berlín, apreció en sus conferencias sobre Energía Atómica que, para disipar las dudas de sus oyentes, no necesitaba plantear problemas de altas matemáticas ni usar terminologías abrumadoras. Este libro está escrito aprovechando aquella experiencia; introduce en el entendimiento general temas de vital importancia, procurando que la persona común y corriente adquiera tal familiaridad con la materia, que le sea posible hablar sin dificultades de las leyes físicas fundamentales.

En comparación al tiempo, cincuenta años no es mucho transcurrir, pero en relación al avance actual de la Ciencia, significa pasar de una época a otra totalmente distinta, así se comprueba en las reformas que han experimentado los ejércitos, los cuales durante muchos años trataron de evolucionar en cuanto a su fuerza de destrucción; hoy, un pequeño grupo de hombres suple a gigantescos ejércitos y es capaz de causar no sólo una destrucción momentánea sino de hacer desaparecer la Historia.

Peierls muestra cómo han tenido que entenderse las nuevas concepciones de las leyes de la naturaleza, en donde la relatividad y la cuántica fueron elementos decisivos para las reinterpretaciones de la realidad que presenta la estructura de la materia. Sin embargo, el proceso de los descubrimientos de nuevas leyes no termina aún, aparecerán otras que expliquen el porqué de gran

cantidad de leyes y continuarán surgiendo como producto de los más complejos fenómenos.

También transcurrirá mucho tiempo para que la materia inanimada sea objeto de estudios especiales y a fondo, pues por ahora los fenómenos que produce son tan mínimos que los científicos no demuestran demasiado interés como para explicar sus cambios y leyes en convenientes desarrollos de fórmulas. Leyes como las de la *conservación de la masa* y de las *proporciones constantes* se aplican a otros campos de actividades humanas, las segundas, por ejemplo, fueron básicas en las investigaciones atómicas.

NICOLA ABBAGNANO, *Filosofía de lo posible*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 229 págs., México, 1959, Sección Obras de Filosofía.

Abbagnano recoge en este libro una serie de ensayos que proyectan su punto de vista filosófico hacia distintos momentos del vivir humano, tales como la libertad, el arte, la sociología, el lenguaje, etc. La traducción del italiano al español fue realizada por el escritor J. Hernández Campos y los jóvenes filósofos Pedro Duno y Alejandro Rossi. Algunas de las páginas que ahora se publican son completamente inéditas, otras ya habían sido dadas a conocer en congresos y publicaciones.

En nuestros días, aparte de las concepciones clásicas del mundo (idealista y materialista) se conoce una tercera posición, la cual ha contado desde su principio con tantos detractores como adeptos, siendo aquéllos mal orientados, en gran parte, por especulaciones literarias cuya sola preocupación es buscar la *náusea* o comprobar la *nada*. Nicola Abbagnano dice que esta tercera corriente es algo más que una simple teoría exótica, que en nuestro tiempo encaja como una "posibilidad" para que determinados conocimientos encuentren siquiera su razón de ser.

La posición del filósofo italiano aparenta ser más humanamente lógica que la de Sartre, a quien considera siempre en las lindes del fracaso; Nicola Abbagnano combate también a Kierkegaard, aludiendo de paso a otros filósofos como Jasper, Marcel, Lovelle y Wittgenstein.

NIKITO NIPONGO, *El diccionario*, Edit. Grijalbo, 299 págs., México, 1958, Colec. Mosaico, Núm. 7.

Para los informados acerca de la literatura mexicana no es un secreto identificar al satírico, irónico y apasionado Nikito Nipongo con el relatista serio Raúl Prieto, quien hace dos años nos dio una serie de estampas y cuentos que el Fondo de Cultura Económica publicó bajo el título de *Hueso y Carne*. Recordando tal antecedente, no sería remoto que a alguien se le ocurriera creer que *El diccionario* es un nuevo libro de cuentos de este autor.

Pero no, no es posible que alguien pueda pensar de esa manera, el hecho de que en vez de Raúl Prieto firme Nikito Nipongo ya es una aclaración respecto al tema y tratamiento del libro que vamos a leer. *El diccionario* es una crítica justa y terrible al Diccionario de la Real Academia Española. Después de leer este libro de Nikito Nipongo surge en el lector la decepción acerca de

aquel grueso volumen que por años, desde la infancia, ha venido sacándole de apuros.

Y no se crea que los efectos de la crítica hecha son pasajeros, o que después de un rato de lectura divertida todo va directo al cesto del olvido, no, de ninguna manera, porque el lector que sabe quién es Raúl Prieto y Nikito Nipongo comprende que los efectos causados no tienen origen en los gritos de un charlatán, sino por el contrario, nacen del constante investigar de un conocedor de la gramática, de un preocupado por las complicaciones filológicas, de un joven escritor que vive demostrando de unos años a la fecha su vocación por todo lo que jugza recto y justo. Nikito acepta que el diccionario es un instrumento indispensable, pero no está de acuerdo con que se le mantenga en un atraso de siglos, es decir, que no se le renueve como corresponde al diccionario de una lengua que a diario se enriquece con nuevas voces. El autor hace ver que en la actualidad, el clásico volumen de consultas, es cuando más se ha alejado de las renovaciones necesarias, porque es en los últimos veinticinco años cuando la Ciencia ha aportado infinidad de términos que los académicos españoles no han aplicado en sus estrictas acepciones, y es que en los últimos veinticinco años los académicos han estado para servir al señor Francisco Franco, quien ha intervenido en nombre de la voluntad divina para que los conceptos, sobre todo si se refieren a hechos históricos, sean adecuados a la mentalidad retrógrada que él desea para el pueblo español que lo repudia. Para terminar, incluyamos un párrafo de estos que Nikito expone en su metódica y útil crítica al *Diccionario:* "Pero la santa Academia, que supone pertenencias del español a cosas de la antigua germanía, tranquilamente enhebra en el hilo de su lexicón a una enorme cantidad de latinajos. Empleados varios de ellos en las charlas de familias pedantes y anticuadas de Madrid, manejados otros por curas y abogados madrileños, imagina la institución que muy justas son tales razones para darles entrada en el cuerpo del diccionario, a pesar de que, en resumidas cuentas, sean vocablos y locuciones no españolas... Frente a tales latinajos —comenta Nikito— ¿qué importancia pueden tener el niño y la niña? Para la Academia, ninguna". Y en seguida, transcribe del diccionario: *"niño, ña* Que se halla en la niñez". Otro de los miles de ejemplos: *"hacendar* Dar o conferir el dominio de hacienda o bienes raíces, como lo hacían los reyes con los conquistadores de alguna provincia".

Nikito pregunta: "¿Qué reyes? ¿Indostanos? ¿Qué conquistadores? ¿Mongoles? ¿Qué provincia? ¿Marciana?..." Y luego corrige: "Reyes españoles, conquistadores españoles, provincia que pasaba a formar parte de España".

MARIANO PICÓN SALAS, *Regreso de tres mundos,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 145 págs., México, 1959, Colec. Tezontle.

El escritor venezolano manifiesta en este libro de carácter autobiográfico, que para sostener su pensamiento liberal no ha necesitado ostentar inscripción alguna en las filas de un partido. Mariano Picón Salas es un intelectual conocido en el mundo de habla española; sus preocupaciones políticas le han valido asimismo el reconocimiento de los grandes sectores liberales de latinoamérica.

En su libro, *Regreso de tres mundos,* cuenta Picón Salas cómo empiezan a nacer los versos de su época adolescente y cómo le impresionan los secretos descubrimientos del sexo, las experiencias nuevas y constantes, el transcurrir

psíquico mientras como todo individuo de su edad tropieza con la etapa del joven entrando a la madurez. Por entonces, en la hacienda de la familia, descubre también a los clásicos castellanos, se nutre de noticias de inventos, de novelas apasionantes, de biografías, etc., "entro —dice— por un paisaje casi tan vario y tan alucinante como el de las torrenteras y los picachos". Mariano Picón Salas va formando su criterio, se enfrenta con la religión y con las concepciones que juzgan los excesos como supuestos de pecado; "nunca —comenta— nos enseñó la fuerza de nuestro albedrío moral", pero por ello, insiste en la literatura "para conquistar con mayor belleza, pasión y libertad", todo aquello que le "niega el mundo cotidiano". Es la edad de los veinte años.

En el capítulo que ha titulado: *La palabra revolución,* su prosa adquiere el tono que nace de la expresión apasionada; considera aquí el autor que las rebeliones son necesarias para conquistar el bienestar del hombre, pero se opone a las limitaciones que van en contra de la "maravillosa diversidad humana", por tal punto de vista tuvo que protestar alejándose de viejos amigos.

AGUSTÍN YÁÑEZ, *Flor de juegos antiguos,* Edit. Biblioteca de Autores Jalisciense Modernos, 149 págs., Guadalajara, Jalisco, 1959.

Con bellos dibujos de Alejandro Rangel Hidalgo aparecen estos recuerdos infantiles de Agustín Yáñez, el siempre recordado autor mexicano de la novela *Al filo del agua.* Las páginas plenas de reminiscencias de juegos, de ingenuidad, de fantasía infantil, cobran vida a través de la narración del severo jalisciense.

El paisaje es un gran aliado de Yáñez, los colores expresan la candidez provinciana, las calles, las casas, aportan el marco justo para imaginar la transparencia del diálogo infantil. Agustín Yáñez sigue las emociones, las palabras, los gestos, las amenazas que se producen de la niñez al umbral de la pubertad.

Los juegos sirven al escritor para volcar todo un conjunto de vivencias, de ternuras que de otra manera quizá hubiese sido imposible exteriorizar. Los momentos en casa, en el hogar de la familia, son dignos de figurar en el diario de recuerdos de cualquier niño de nuestras tierras; todo está captado con precisión; algunas veces el acto del niño es original, pero las más, se identifica con los actos o modos de pensar del niño universal; las reacciones y las satisfacciones corresponden a los momentos y estímulos del ambiente y etapas que se describen. Hay instantes que Yáñez relata sin más estilo y cuidado que el de su sinceridad, porque sabe que la actitud poética se logra con el hecho o tema que va a expresar; así se aplaude, por ejemplo, la estampa del niño que por su enfermedad se ha vuelto el centro de atención de la familia, o el cambio de barrio y los nuevos amigos, o las peleas y rivalidades callejeras, o las travesuras observadas por los mayores.

Flor de juegos antiguos es un libro que muchos autores intentan escribir pero raras veces se les realiza como al jalisciense Agustín Yáñez; posiblemente, con adecuada publicidad veríamos repetir muchas ediciones. Los juegos y coros de niños que aquí se recogen, algunos de origen perdido en el tiempo, sabrían arrancar una sonrisa al rostro de Gabriela Mistral. Pero, hagamos nuestra esta justa afirmación de Adalberto Navarro Sánchez, quien escribe en la solapa

del libro: "Con ser tan diferentes estos juegos de su novela *Al filo del agua,* un mismo hálito los anima: el pueblo que proyectado en la experiencia del escritor alcanza la cumbre de lo ecuménico".

RALPH LINTON, *Cultura y personalidad,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 157 págs., México, 1959, Colec. Breviarios, Núm. 145.

En 1945 aparecieron dos ediciones de este título, en inglés y en español respectivamente, ahora, para esta segunda edición en español se utiliza la versión de Javier Romero. Ralph Linton tiende en esta obra al acercamiento de tres disciplinas cuyos campos de acción se tocan muy de cerca: Psicología, Antropología y Sociología, fundamentalmente las dos primeras. Linton señala las ventajas de aprovechar a las tres como una sola "consagrada a la dinámica de la conducta humana", teniendo como misión describir, en todos sus elementos, la personalidad del individuo a fin de estudiar los factores ambientales que intervienen directamente en su conformación final.

Cultura y personalidad presenta los problemas inmediatos que deberán enfrentar quienes se interesen en resolverlos de la manera más práctica; el autor señala dos problemas como los principales: ausencia de términos comunes para las tres disciplinas y el erróneo creer, de personas que se autojuzgan preparadas, que sólo la materia que conocen a fondo es la importante, considerando como auxiliares a las otras dos.

El libro es metódico en su exposición, los conceptos más interesantes van convirtiéndose en capítulos que conducen a una síntesis, donde actuando como un todo indica cuál es el "papel de la cultura en la formación de la personalidad"; se afirma que la cultura actúa como factor determinante entre factores específicos del individuo relacionado con seres y cosas, aparte del acerbo fisiológico que ya se conoce a través de la Genética.

Para Ralph Linton la personalidad es, fundamentalmente, "una configuración de respuestas que el individuo ha creado como resultado de su experiencia". Este Breviario, a pesar de que podría dar pie a polémicas, contiene elementos suficientes para entender la complejidad armoniosa de una cultura nacional, favoreciendo la personalidad de sus habitantes no con el ideal de hacerlos a todos iguales sino superando barreras que automáticamente los encaminen hacia un futuro mejor.

JOSÉ FERRATER MORA, *Ortega y Gasset,* Edit. Seix Barral, S. A., 145 págs., Barcelona, 1958, Colec. Biblioteca Breve, Núm. 133.

Ortega y Gasset, etapas de una filosofía apareció en 1957 publicado en inglés; la traducción al español que hoy se publica fue hecha por su autor, quien para la elaboración del ensayo divide la obra total de Ortega en tres estadios: Objetivismo, Perspectivismo y Raciovitalismo; al último lo considera "la más lograda contribución de Ortega al pensamiento filosófico". Ferrater Mora recuerda a Ortega en la forma en que se ocupa de escribir estas páginas, pues está de acuerdo con él al pensar que el mejor método para abordar esta clase de trabajos, es exponer haciendo hincapié en las analogías y diferencias que un pensamiento fecundo deja en sus numerosos escritos.

Ferrater apunta que el Objetivismo llevó como finalidad contribuir al levantamiento de la cultura española, la cual, si bien es cierto que no estaba en plena decadencia, nadie puede negar que su estado no era nada prometedor; Ortega desde sus publicaciones en los diarios impulsaba a la reflexión, obligando a valorar y a considerar la cosa objetiva en toda su verdad; en esta etapa, Ferrater Mora encuentra a Ortega una "ontología abstracta de tipo relacionista".

En el segundo estadio hay mayor actividad en el desenvolvimiento filosófico, se combate el academismo tradicional, a base de reformulación de problemas, gracias a dos elementos: Concepto y Perspectiva. Ya para el tercer estadio, vemos que Ortega libera al pensamiento que permanece acorde a la razón pura, ofreciendo en cambio la *razón vital;* Ferrater Mora aclara que no debe pensarse que la razón vital vinculada al biologismo, sino como en el advenimiento de la naturaleza en su realidad y en la nuestra, que son la misma puesto que las dos son la vida conocida por las ideas —desde la simple ocurrencia hasta la complicada proposición científica— y objeto de nuestra especulación.

ALFONSO REYES, *Parentalia, primer libro de recuerdos,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 184 págs., México, 1958, Colec. Tezontle.

Aparte de las Obras Completas que esta editorial viene publicando al máximo escritor mexicano contemporáneo, se publican estas páginas que ya han sido dadas a conocer en diarios y revistas de México y Costa Rica, así como fragmentariamente en una pequeña edición de la colección Los Presentes.

Alfonso Reyes explica el origen del presente tomo mediante la transcripción de estas líneas de Ausonio: "Llámase este libro *Parentalia,* antigua denominación del día consagrado por Numa a los manes de las familias. El deber más santo de los que sobreviven es honrar la memoria de los desaparecidos". Y Reyes cumple ese deber no sólo con el simple recordar, sino en forma más directa, más amplia. Quienes recuerden la muerte del General Bernardo Reyes, padre del escritor, podrán entender la amplitud a que nos referimos después de llegar a las últimas páginas de *Parentalia.* Los cronistas de la Revolución Mexicana señalan a Bernardo Reyes como traidor al movimiento popular de 1910. Alfonso Reyes con este libro muestra los servicios que su abuelo el Coronel Domingo Reyes y su padre prestaron a la patria mexicana, sin desconocer que éste sufrió "el desvío del último instante". Alfonso Reyes ante la constancia enemiga de reparar en el error que costó la vida a su padre, honra su memoria recordando sus aciertos; leamos estas líneas: "Como ha dicho un biógrafo, cuando mi padre contemplaba, en conjunto, su obra en el occidente de la República —sin contar ya con las hazañas de su primera juventud en contra de la invasión extranjera y, luego, del desenfreno anárquico—, podía enorgullecerse de haber contribuido al bienestar de Sonora, haber dejado un buen consejo que pudo evitar la Guerra del Yaqui, haber ejercido una saludable tutoría ocntra los arrebatos de la demencia, y haber limpiado de apaches toda la región que tenía bajo su guarda".

JUAN LARREA, *César Vallejo o Hispanoamérica en la cruz de la razón*, Edit. Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, 279 págs., Córdoba, Argentina, 1958.

El título de este volumen corresponde al de la conferencia que sirvió Juan Larrea en el aula Aristóteles de la Facultad de Filosofía y Letras de aquella Universidad argentina, tal conferencia fue pronunciada para conmemorar el aniversario de la muerte del poeta peruano y cubre ochenta y tres páginas del libro; en las restantes se incluye un Ensayo Cronológico sobre el poeta —ampliando y corrigiendo datos proporcionados por biografías anteriores—, una Selección de Juicios y Testimonios acerca de la personalidad de Vallejo, un artículo inédito del mismo *(Los enunciados populares de la Guerra Española)*, y una transcripción de los poemas que Larrea citó en la conferencia.

Con el escritor español comparten honores tres estudiantes universitarios de prometedor talento literario, son ellos: Alfredo J. Paiva, Armando E. Zárate y Gustavo A. Roldán, quienes han cubierto las casi doscientas páginas que siguen al ensayo de Larrea. Los mencionados introducen algunas novedades en este libro; incluyen una carta autógrafa e inédita de Vallejo, un dibujo en stencil de Vallejo hecho por Picasso (que no se había publicado) y dos fotografías inéditas.

Juan Larrea conoció al poeta en París el año de 1924; en el ensayo sobre Vallejo recuerda a cada momento la amistad que les unió, con este antecedente, escribe: "Quienes conocen deveras a Vallejo no se interesan por los valores estrictamente literarios de sus escritos, sino por éstos en cuanto a expresión de su persona". Ante esta aseveración empezamos a discrepar con Larrea, sin embargo, todavía nos aventuramos a leer esta otra interpretación: "Su actitud humana ante las cosas; sus convicciones sociales deben haber contribuido a granjearle adhesiones. Pero ello no basta para justificar su celebridad creciente". Y aquí, nuestra discrepancia llega a la ruptura; cómo olvidar el poeta original que fue Vallejo y por ende las calidades estéticas de su construcción poética?; en su poesía está su razón rotunda, no hay que entrar a rompecabezas metafísicos o a exégesis fenomenológicas para explicarnos algunas de las angustias y de las lágrimas que asediaban al genial cholo. Larrea lucha desaforadamente para cambiarnos el Vallejo que hemos aprendido a amar y a sentir, se comprueba cuando dice: "Hasta el año 1936 podía emitirse un juicio fácil acerca de Vallejo. Quienes lo conocían podían clasificarlo sin temor a equivocarse mediante un criterio todavía hoy en boga basado en el valor totalitario de las perspectivas políticosociales". Entonces, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que aquí ya no se mantiene? Pensamos que o bien Vallejo ha cambiado en relativamente tan poco tiempo o bien Larrea quiere cambiárnoslo de acuerdo con su propio cambio. Según el entrañable amigo de Vallejo no es que éste profesase un sistema metafísico (¡cómo negar su auténtica militancia!) sino que su "estructura mental es notoriamente metafísica", estructura que nadie nota y cuyas manifestaciones únicas serían, en todo caso, el contenido cada vez más evolucionado de la ideología que nos conduce al Vallejo de los *Poemas humanos:*

> "Voluntario italiano, entre cuyos animales de batalla
> un león abisinio va cojeando!
> Voluntario soviético, marchando a la cabeza de tu pecho
> universal!
> Voluntarios del sur, del norte, del oriente
> y tú, el occidental, cerrando el canto fúnebre del alba!"

Después de examinar a través de su obra al poeta, Larrea declara su "autenticidad metafísica", y quien no esté de acuerdo con tal autenticidad tropezará con estas palabras: "Se hace así flagrante la incorrección en que incurre la mente que pretende entender el fenómeno de César Vallejo dentro del dominio de la sociología. Es preciso otro criterio más amplio", y para ello Larrea nos lleva a explorar en el psicoanálisis trascendental a fin de conocer "categorías más afines al Sujeto poético", descubriendo en textos de Jung "principios que pueden convertirse en claves psicológicas para entender la existencia dolorosa y subjetivamente trágica de Vallejo". El ensayo de Juan Larrea es interesante porque invita a elaborar juegos mentales de cierta preparación cultural; por ejemplo, asegurar que, en las contradicciones expresivas de los términos vallejianos con las que el poeta construía la exteriorización del concepto urgente a su pieza poética, existía una profundidad explicable "mediante el juego dinámico de los opuestos, cuyo enunciado filosófico ha de buscarse en Heráclito". No obstante, a pesar de tantas exploraciones, de tantos intentos de alejarnos a Vallejo de la tierra, el mismo Juan Larrea ha de encontrarse con cartas que le dirigió el poeta como aquella en la que le escribe:" Nunca medí tanto mi pequeñez humana como ahora. Nunca me di más cuenta de lo poco que puede un hombre individualmente. Esto me aplasta... ¡Ya ves cómo se alarga la agonía de los nuestros! Pero la causa del pueblo es sagrada y triunfará, hoy, mañana, o pasado mañana. ¡Viva España! ¡Viva el Frente Popular!"

La edición de este libro es una gran aportación al tema vallejiano. Larrea cumple con su ensayo de fondo, discrepamos con él, pero el ensayo es serio en lo que a formalismo se refiere. El material inédito que se publica es valioso. También, es respetable la insistencia de que cuando Vallejo murió en París no fue "con aguacero" y la mañana esplendía como en pocas ocasiones, lo cual viene a destruir el carácter profético que se le atribuía al soneto *Piedra negra sobre una piedra blanca.*

NICOLAI HARTMANN, *Ontología, La fábrica del mundo real,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 685 págs., México, 1959, Sección de Obras de Filosofía.

Veinte años después de su aparición en alemán el maestro español José Gaos traduce el tercer volumen de la *Ontología* de Hartmann. Los dos volúmenes anteriores son: *Fundamentos* y *Posibilidad y efectividad;* el cuarto y último será: *Teoría especial de las categorías.*

El tercero, *La fábrica del mundo real,* está dividido en sesenta y cinco capítulos y catorce secciones, que a su vez conforman tres partes: en la primera se nos dan las generalidades del concepto de categorías; en la segunda parte, se nos da a conocer la Teoría de las Categorías Fundamentales; y en la tercera parte, se comprueba que ha sido descifrado lo que antes sólo fue una suposición, presentando las leyes que rigen a las categorías y que servirán como punto de apoyo para futuras búsquedas y afirmaciones.

Aprendemos en esta *Fábrica del mundo real* que todo llega al espíritu, sólo que por etapas, según el hombre vaya educándose, por ello lo primero de las categorías que penetra en nuestra conciencia es lo concerniente a lo material que determina la forma de pensar junto a las categorías del espíritu, orientadas por medio de la práctica y unidas en un proceso único, así van a la Historia, lo-

grando con ello agrupar a otras categorías heterogéneas que poco a poco tomarán su lugar en armonía; dichas categorías son, en última instancia, los "fundamentos del ser" y enfrentan entre sus problemas principales la lucha para que desaparezcan los prejuicios, combatiendo a base de una continua crítica valorativa.

Hartmann afirma que el mundo real descansa sobre una arquitectura estratificada donde "todo depende de todo", destruyendo de esa manera los sistemas puramente especulativos que tratan de explicarnos cuál es lo fundamentalmente tangible de la "armazón del mundo". En su amplia Introducción, este tomo tercero muestra el lugar de importancia que la Teoría de las categorías ocupa en la Ontología, asimismo, cuál es su problema gnoseológico y cómo se resuelve. La no inmobilidad histórica del espíritu y las categorías, y las formas de pensamiento que van hacia las categorías como una urgencia de la evolución del pensar, llegan hasta el *Deslinde categorial de la conciencia del mundo.*

RAFAEL ANTONIO TERCERO, *Masferrer, un ala contra el huracán,* Edit. Ministerio de Cultura, 85 págs., San Salvador, El Salvador, 1958, Colec. Certamen Nacional de Cultura, Núm. 11.

Este ensayo compartió el primer premio del Certamen Nacional de Cultura de 1957 con el libro *Desarrollo literario de El Salvador,* firmado por el autor nicaragüense Juan Felipe Toruño de quien nos ocupamos en otra ocasión. Rafael Antonio Tercero escribe sobre uno de los tres clásicos de la inteligencia salvadoreña: Alberto Masferrer, a quien como a los otros dos: Francisco Gavidia y Salarrué, se les está debiendo por separado el volumen que los interprete integralmente ante la mentalidad latinoamericana.

Alberto Masferrer nació en 1868 y murió en 1932. Desde entonces ha sido objeto de artículos y ensayos, de notas y versos, siendo predominante en ellos el lirismo y por ende la poca o nula documentación, aparte de aquellos otros que desvirtuando la obra del maestro han querido "hacerlo" a su imagen y semejanza. El trabajo más exetnso, investigado con la disciplina que impone el método y la habilidad que le permite el conocimiento de la materia, es el de la poetisa y escritora Matilde Elena López. Le siguen *Alberto Masferrer o la conciencia social de un pueblo,* del profesor salvadoreño Francisco Morán: *La educación vitalista de Alberto Masferrer,* del escritor mexicano Pedro de Alba; y *Mi Alberto Masferrer,* del escritor y poeta salvadoreño Pedro Geoffroy Rivas.

Tercero ensaya sobre una sola faceta del maestro centroamericano: su voluntad, al menos es la impresión que deja la lectura del libro; el autor se vale de varios instrumentos: el parcial sondeo psicológico, interpretaciones de las disciplinas filosóficas abordadas por el maestro, fragmentos biográficos del mismo, labor literaria, periodística, política y sociológica desarrollada por don Alberto; todos sirven a Tercero para hablar de la lucha de Masferrer contra el destino o el huracán. En este empeño, presiona sobre otros valores innegables del pensador para mostrarlo como un titán, como un gigante de la voluntad. Fuera de este aspecto, no encontramos algo que supere lo escrito por otros autores preocupados por la obra y la personalidad de Alberto Masferrer. El mérito de este libro premiado es ése, el ensayo sobre la voluntad del querido Maestro; por ello pasamos desapercibidas afirmaciones tales como: "El no es un poeta... sin embargo se le considera poeta". Si algo acompañó siempre

al Maestro fue su visión poética de la vida. El ya citado Pedro Geoffroy sostiene su no corto ensayo sobre el contrapunto del poeta aéreo y el hombre terrestre; Geoffroy escribe: "Poeta intenso, de profundas raíces emocionales que a toda hora agitaba hasta lo más recóndito de su ser..." Rafael Antonio Tercero, defendiendo su hallazgo, juzga como "muy superior" a don Alberto sobre Nietzsche en "las especulaciones filosóficas" y en el dominio de la voluntad, demostrando esto último al decir que éste no pudo evitar la locura que lo condujo al manicomio, en cambio aquél después de ser desahuciado por los médicos venció la parálisis y echó a caminar.

El trabajo de Tercero cumple sus intenciones, no importa que en la construcción apresurada llame anti-idealista al irracionalista Nietzsche, o que confunda el veneno de Acuña con un pistoletazo; en verdad, la lucha de Masferrer contra él mismo, contra su timidez, contra su origen de cuna, es el mayor triunfo que obtiene su voluntad; Tercero pudo haber citado al relatista salvadoreño Arturo Ambrogi cuando 40 años después de conocer a Masferrer, ya desaparecido éste, recuerda: "como si lo estuviera viendo, con su aire huraño de provinciano traído a la fuerza. Asustado, todo tembloroso dentro de la estrechez de su traje de mezclilla... Era tímido hasta lo extremo. Sus coterráneos, a quienes ya la ciudad había destrozado un tanto, le molestaban por ello. Cuando estaba entre gente que no fuera la de su intimidad, se ponía insoportable de torpe". Para más tarde convertirse en un Maestro, en un hombre público, discutido, autor con una bibliografía que encierra 22 títulos.

La prosa de Rafael Antonio Tercero es limpia y fácil. Las páginas del libro se leen sin pensar en el tiempo. Lo medular, su propósito, está logrado. Ojalá que en próxima edición incluya a los autores de cuyos libros entrecomilla renglones sin que por ningún lado aparezcan sus nombres.

BARUCH DE SPINOZA, *Ética demostrada según el orden geométrico,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 273 págs., México, 1958, Sección de Obras de Filosofía.

En la Colección de Textos Clásicos aparece esta obra de Baruch Spinoza traducida directamente del latín por Oscar Cohan. Lo novedoso de la publicación presente es que la primera edición data del año de 1677. Oscar Cohan señala que el texto latino de la *Ética* usado en la traducción, es el que se recoge en la tercera edición de las *Obras completas de Spinoza,* por Van Vloten y Land, publicada en La Haya el año de 1914.

Baruch Spinoza concibe a la filosofía como un medio en el que se dan cita Dios y el hombre; el hombre necesita conocerse profundamente para alcanzar la felicidad, pero esa profundidad no será completa si en el conocimiento no se busca a Dios y, a la vez, se le identifica con el orden de cosas que compone el universo. "Dios, el hombre y la felicidad de éste constituyen el contenido de la filosofía". En su *Ética* Spinoza intenta "elevar al hombre hasta el conocimiento de sí mismo —conocimiento que para ser total ha de incluir al de Dios, como unidad del conjunto del universo— y llevarlo, por este camino, al bien supremo". Para demostrar su concepción filosófica Spinoza divide la *Ética* en cinco partes: De Dios, De la Naturaleza y del Origen del Alma, Del Origen y de la Naturaleza de los Afectos, De la Servidumbre Humana o de las Fuerzas de los Afectos, y De la Potencia del Entendimiento o de la Libertad Humana.

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

HUMANISMO, Revista de Insobornable Orientación Democrática. Director: Ildegar Pérez-Segnini. Año VII, Núms. 53-54, enero-abril 1959, La Habana, Cuba.

Podríamos decir que con este número *Humanismo* entra en un tercera época, la *época cubana;* en sus dos etapas anteriores se mantuvo con las amistades de México contra viento y marea. En la primera época, cuando la dirigió el fundador aprista Mario Puga, *Humanismo* fue la revista de gran presentación tipográfica pero de absoluta anarquía en el material que presentaba a sus lectores, ¿era literaria?, ¿era política?, con la denominación de "cultural" se intentaba esconder su desorden. Vino la segunda época, apareció el cubano Raúl Roa como nuevo director y el venezolano Ildegar Pérez Segnini como jefe de redacción; se aclaró entonces el material de *Humanismo,* se cambió su formato por uno más modesto y se le definió como *revista de insobornable orientación democrática.*

Los números 53-54, publicados hoy en un solo volumen, nos dan la tercera modalidad que sabremos distinguir de las anteriores por las siguientes características: *Humanismo* se va de México para Cuba; *Humanismo* cambia su tercer director (Pérez-Segnini por Roa); *Humanismo* toma posesión del lugar que le corresponde en uno de aquellos países donde la dictadura le hizo combatir en favor de la libertad; ayer apenas condenaba el orden caduco que vivía sus últimos días a base de la sangre joven cubana, y ahora se sitúa a la sombra de la Revolución Nueva de América.

Sólo nos resta preguntar *¿Humanismo* informará sobre las luchas diarias de la etapa pacífica de la Revolución Cubana? O *¿Humanismo* ha dado el paso hacia la Gran Antilla para continuar su lucha contra los dictadores que sobran? Por el momento, este volumen muestra en el sumario el siguiente enunciado: *Cuba en síntesis,* que es un resumen de la lucha de los cubanos a través de su historia; "La Colonia", "La República" y "La Actualidad", cerrando con un "Resumen de la Legislación Revolucionaria".

En este número, en el que escriben Fidel Castro, Ernesto Guevara y el general Bayo, *Humanismo* empieza su editorial, titulado *Por Cuba que triunfa,* de esta manera: "...ofrecemos algo de lo que ha sido y es Cuba: las líneas generales de su historia política y rasgos de la actualidad. No ha sido posible obtener artículos de muchas de sus figuras gobernantes, a pesar de nuestra insistencia. Han reclamado, con razón, que el trabajo oficial no les deja tiempo para escribir. Son, en su mayoría, hombres nuevos, como se llama a los que asumen por primera vez cargos gubernamentales. Extraordinarios los llamaríamos, al recordar que, a diferencia de los NUEVOS, tienen más interés en mirar hacia adentro, concentrados en la responsabilidad pública, que en lucir sus altas investiduras. Parecerá contradictorio, pero es lo cierto que, a pesar de la dedicación de estos gobernantes, los hombres de la Revolución Cubana no tienen vocación burocrática. Su fervor patriótico explica la aparente contradicción".

En este número hay trabajos de: E. Roig de Leuchsenring, H. Portell Vilá, M. Jorrín y Fabián, Mario Guiral Moreno, Manuel Bisbé, Enrique Gay Calbó, Antonio Riccardi, Oscar D. Domech, Luis F. Le Roy y Gálvez, Ángel I. Augier, Luis de Soto y Sagarra, J. M. Valdés Rodríguez, Orlando Martínez, Ramiro

Valdés, Armando Hart, M. Hernández Vidaurreta, Arnaldo Rivero y Tirso Clemente.

THE TEXAS QUARTERLY. Editor: Harry H. Ransom, Vol. II, Núm. 1, primavera 1959, Austin, Texas, Estados Unidos de Norteamérica.

Todo el volumen viene íntegramente dedicado a la cultura en México; en sus páginas encontramos nombres de poetas, cuentistas, ensayistas, filósofos y pintores mexicanos. Entre el material de primer orden publicado apreciamos un fragmento del libro "El Laberinto de la Soledad", título que dio altura definitiva a Octavio Paz; luego, un trabajo considerable, del crítico Antonio Castro Leal, que se titula: "Posición de México en Latino América"; más adelante, una "Entrevista con José Vasconcelos" realizada por Samuel Kaplan y en la que se consideran problemas morales, económicos y políticos de México; en seguida, una "Memoria de Alfonso Reyes", escrita por Walter Starkie, quien condensa en pocas páginas la biografía del máximo literato mexicano, así como parte de su actividad literaria.

"Gente Mexicana, Lugares Mexicanos" constituye una sección compuesta por treinta y dos fotografías y viene intercalada entre los textos literarios; las fotografías fueron tomadas por Hans Beacham, quien en el mayor número de ellas deja ver el sentido artístico para captar luces y sombras, aun cuando en las menos no deje de aparecer por allí la inclinación hacia el México pintoresco.

El volumen incluye un suplemento que, bajo la denominación "La Musa en México", reproduce pinturas y dibujos de conocidos artistas de la plástica mexicana (Orozco, Rivera, Siqueiros, Tamayo, Soriano, etc); publica una sección iconográfica y traducciones de poesía y prosa, donde leemos algunos nombres de autores conocidos: José Juan Tablada, Carlos Pellicer, Rubén Bonifaz Nuño, Jaime Sabines, Alí Chumacero, Guadalupe Dueñas, Juan de la Cabada, Juan José Arreola y Juan Rulfo.

En este número hay trabajos de: Ramón Xirau, José Portilla, Emilio Uranga, John Paddock, Philip B. Taylor Jr., Edmundo Flores, Francisco Larroyo, Joe B. Frantz, Evelyn Mosler-Foster, Allan Lewis, Humberto Arellano Garza, José Miguel García Ascot, Henry W. Wells, Lota M. Spell, J. R. Spell, Nettie Lee Benson, Thomas M. Cranfill, Guadalupe Amor, Emilio Carballido, Julio Torri, Rosario Castellanos, Enrique Rivas, Francisco González Guerrero, Manuel Durán, Neftalí Beltrán, Tomás Segovia, Federico Cantú, Luis Nishizawa, Benjamín Molina, Fernando Castro Pacheco, Dr. Atl, Roberto Montenegro, Isidoro Ocampo, Guillermo Meza, Jesús Guerrero Galván, Leonora Carrington, Alfredo Zalce, Cordelia Urueta, Enrique Climent, Carlos Mérida, Amador Lugo, Gunther Gerzso, José Reyes Meza, Fanny Rabel, Celia Calderón, Raúl Anguiano, Héctor Xavier, Francisco Dosamantes, Gilberto Aceves Navarro, Rafael Coronel y José Luis Cuevas.

NEXO, Revista Hispanoamericana, Consejo de Dirección: Roberto Ares Pons, Horacio Asiaín Márquez y Carlos Real de Azúa. Núm. 4, noviembre-diciembre 1958, Montevideo, Uruguay.

Nexo es una revista-libro preocupada por la solución de problemas sociológicos, económicos, culturales y políticos que afligen a Hispanoamérica; en

sus páginas se manifiestan puntos de vista democráticos que, sumados a un ideal unionista para los países latinoamericanos, dejan entrever la estructura de cierta ideología sostenida más sobre planos sólidos y realistas que sobre horizontes vaporosos y románticos.

Como las buenas revistas, *Nexo* pasa apuros financieros, aparece y desaparece, pero siempre se mantiene en la línea honesta que hace nacer artículos y ensayos de calidad e interés para las mayorías hispanoamericanas, para esas mayorías que desconocen o añoran las ventajas de una prensa libre.

A revistas desinteresadas como *Nexo,* en cuyas páginas se mantiene el fervor nacionalista, debemos acercarnos a colaborar los latinoamericanos que en otros puntos del Continente cumplimos igual o parecida tarea acorde con tiempo y lugar. Por nuestra parte, desde México, colaboramos transcribiendo de *Nexo* lo que sigue a continuación: "Exhortamos a todas las personas e instituciones que reciban nuestra revista a cooperar con ella enviando información y colaboraciones, reservándose el Consejo Directivo la facultad de selección del material a los efectos de su publicación... Es obvio insistir en las dificultades que halla una publicación como *Nexo,* que no adecúa su carácter a las perspectivas de lucro. *Nexo* sólo puede sostenerse si aquellos que concuerdan con sus finalidades le prestan el más decidido apoyo... La ayuda financiera puede expresarse mediante el pago de la suscripción o por donaciones extraordinarias que pueden enviarse en forma de giros, cheques o dinero en efectivo, con los debidos resguardos, a nombre de Roberto Ares Pons, María Stagnero de Munar 2342, Montevideo".

En este número hay trabajos de: Enrique Rivera, Ariel B. Collazo, Roberto Ares Pons y Luis H. Vignolo.

CURSOS Y CONFERENCIAS, Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores, Año XXVII, Vol. LIII, Núm. 283, diciembre 1958, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Luis Reissig, Guillermo Ara, Delfín Leocadio Garasa, Enrique Pezzoni y Gunther Ballin.

SUR, Revista Bimestral, Directora: Victoria Ocampo, Núm. 257, marzo-abril 1959, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Aldous Huxley, Henri Michaux, Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Francisco Ayala, Victoria Ocampo, Guillermo de Torre, Gustav Herling, José Bianco, Eduardo González Lanuza, Jorge A. Paita, María Elena Walsh, Ana O'Neill, Alicia Jurado, Jaime Rest, Juan Adolfo Vázquez, Virgil Thomson, Jorge Larco, Hugo Parpagnoli y Virginia María Erhart.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, Director: Marcos Victoria, Quinta Época, Año III, Núm. 3, julio-septiembre 1958, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Mariano Picón Salas, Félix Lizaso, Fernán Silva Valdés, Arturo Capdevila, Antonio Pagés Larraya, Bernardo Canal

Feijóo, Alfredo de la Guardia, Fermín Estrella Gutiérrez, Manuel García Blanco, Ricardo Rojas, Roberto Giusti, Oscar Masotta y Nélida Salvador.

ANHEMBI, Director: Paulo Duarte, Año IX, Vol. XXXIII, Núm. 98, enero 1959, Sao Paulo, Brasil.

En este número hay trabajos de: Irene Lisboa, A.G. Bragaglia, O. Giannotti, A. Almeida Júnior, Roque Teofilo Oliveira, Ribeiro Neto, María Isaura Pereira de Queiroz, J. Filipson, Eunice B. Duarte, Verónica Nasturel, Joao Alves das Neves, F. Goldman, J. Reis, Artur Azevedo, J.C. Caldeira Filho, Paolo Giolli, J. Veiga Oliveira, Lisetta Levy, B.J. Duarte y Trigueirinho Neto.

ISLAS, Revista de la Universidad Central de Las Villas, Director: Samuel Feijóo, Vol. 1, Núm. 2, enero-abril 1959, Santa Clara, Las Villas, Cuba.

En este número hay trabajos de: Mariano Rodríguez S., Fina García Marruz, Gastón Baquero, Humberto Piñera, Roberto Fernández Retamar, Isabel Pérez Farfante, Alcides Iznaga, Cleva Solís, Samuel Feijóo y Ernesto González Puig.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, Memorias Científicas y Literarias, Director: Guillermo Feliú Cruz, Año CXVI, Núm. 112, Cuarto trimestre, 1958, Santiago, Chile.

En este número hay trabajos de: Carlos Keller R., Ricardo A. Latcham, Hugo K. Sievers Wiche, Juvenal Barrientos, Humberto Giannini, Manuel Vallejo, Elian Dobry, Luis Custodio Muñoz, Guillermo Feliú Cruz, Vicente Salas Viu, Juan Uribe Echevarría, Juan Villegas Morales, Claudio Solís, Hernán Valdés, Sergio Montesino, Mario Rivas y Adolfo Allende.

LETRAS DEL ECUADOR, Director: Alfredo Pareja Diez-Canseco, Año XIV, Núm. 113, octubre-diciembre 1958, Quito, Ecuador.

En este número hay trabajos de: Benjamín Carrión, Augusto Arias, Alejandro Carrión, Alfredo Betancourt, Alfonso Barrera, César Dávila Andrade, Andés Sabella, Beatriz Quirino de Concha, O'Higgins Guzmán, José María Vargas, Cyrano Tama, Gloria de Almeida y Portugal, Miguel Donoso Pareja y Raquel Banda Farfán.

AMÉRICAS, Publicación de la Unión Panamericana, Secretaría General de la OEA, Directora: Kathleen Walker, Vol. 11, Núm. 6, junio 1959, Washington, D.C., Estados Unidos de Norteamérica.

En este número hay trabajos de: Carlos Stoetzer, Mario Yuri, Lillian Robinson Pérez, Natalie Force, Carlos Martínez Cabana, Evarts Erickson y Mauricio de la Selva.

HISPANIA, Director: Robert G. Mead Jr., Vol. XLII, Núm. 2, mayo 1959, Connecticut, Estados Unidos de Norteamérica.

En este número hay trabajos de: Oscar A. Fasel, Isabel Magaña Schevill, Manuel Pedro González, William H. Whitby, Roland Grass, Antonio H. Obaid, Daniel S. Keller, Albert Brent, William J. Smither, Kessel Schwartz, Alva V. Ebersole Jr., Protasio Maymi, Robert G. Mead, Robert Edwin Loucks, Marian Templeton, J. Chalmers Herman, Irving P. Rothberg y Marjorie C. Johnston.

LA NUEVA DEMOCRACIA, Revista trimestre publicada por el Comité de Cooperación en la América Latina, Vol. XXXIX, Núm. 2, abril 1959, Nueva York, Estados Unidos de Norteamérica.

En este número hay trabajos de: Francisco Romero, José Sanz y Díaz, Rodrigo Beyle, Jorge Carrera Andrade, Edgar Ubaldo Genta, Agustín Basave, Alfonso Francisco Ramírez, Hernán Benítez, Amanda Labarca H., A. Raimundo Sierra, Arturo Capdevila, Ramón Sender, Juan Jacobo Bajarlía, Ebel Botero Escobar, Fernando Diez de Medina, Juan Marín, Gastón Figueira, Hugo Acevedo y Remy Holx.

REVISTA INTERAMERICANA DE BIBLIOGRAFÍA, Editor: Javier Malagón, Vol. VIII, Núm. 4, 2ª Época, octubre-diciembre 1958, Unión Panamericana, Washington, D.C., Estados Unidos de Norteamérica.

En este número hay trabajos de: Humberto Vázquez Machicado, Fermín Peraza, M.C. Carlé, Emeterio S. Santovenia, Roscoe R. Hill, J. Rovira Armengol, Stephan F. de Borhegyi, Jorge A. Lines, James B. Griffin, Eugenia Marenco, Rutherford D. Rogers, Harry Bernstein, David Heft, Juan Mújica, Alberto J. Plá, Arthur Zimmerman, Clodomiro Almeyda Medina, Hensley C. Woodbridge, Nathan A. Haverstock, R. A. Humphreys, José Luis Romero, John Francis Bannon, Enrique M. Barba, C.G. Fenwick, Augusto Guzmán, Enrique Noble, Gustavo Correa, Ermilo Abreu Gómez, Víctor Alba, Fernando Alegría, Tomás Navarro y Philip B. Taylor.

REVISTA HISPÁNICA MODERNA, Director: Ángel del Río, Año XXV, Núms. 1-2, enero-abril 1959, Nueva York, Estados Unidos de Norteamérica.

En este número hay trabajos de: Antonio Jiménez-Landi, Olga Blondet Tudisco, Emma Susana Speratti Piñero, Raúl Silva Castro, Manuel Durán, Ángel del Río, Eugenio Florit y Gustavo Correa.

ÍNDICE, Director: Juan Fernández Figueroa, Año XIII, Núm. 123, abril 1959, Madrid, España.

En este número hay trabajos de: F. Pérez Navarro, L.G. Berlanga, J.A. Bardem, Miguel Buñuel, Vicente Aleixandre, Eugene Frutos, José Ángel Va-

lente, Jorge Guillén, Marcel Jouhandeau, María Zambrano, Susana Soca, Antonio Machado, Ricardo Paseyro, Romano García, José Aumente, Vicente Aguilera, Javier Fábregas, Ramón Barce, Carlos Gurmendez, José María Sánchez-Silva, Juan Mayor, Claudio Esteva Fabregat, Jacinto Luis Guereña, Manuel Pastor, Marino Yerro Belmonte, Luis Quesada y Margarita Bernis.

PAPELES DE SON ARMADANS, Revista mensual, Director: Camilo José Cela, Año IV, Tomo XII, Núm. XXXVI, marzo 1959, Madrid, España.

En este número hay trabajos de: Miguel Enguídanos, José Aumente, Jesús Bal y Gay, Ramón J. Sender, Renata Pallottini, Antoni Sala Cornadó y Manuel Arce.

BULLETIN HISPANIQUE, Director: Manuel Bataillon, Tomo LX, Núm. 4, octubre-diciembre 1958, Bordeaux, Francia.

En este número hay trabajos de: Maxime Chevalier, Yves Bottineau, Robert Ricard, Charles B. Aubun, Marie Laffranque, René Lafon, B. Pottier, Y. Renouard, André Saint-Lu, R. Pageard, Ch. Higounet, Jean-Louis Flecniakoska, J. Pérez, Paul Verdevoye, E. Lambert y François-Georges Pariset.

CÉNIT, Revista Mensual de Sociología, Ciencia y Literatura, Redacción: Federica Montserry, José Bonaz, Miguel Celma, Año IX, Núm. 99, marzo 1959, Tolouse, Francia.

En este número hay trabajos de: F. Falaschi, E.Z. de Arana, Isaac Puente, M. Celma, E. Relgis, César Uriera, P.V. Carol, Ives Florenne y Costa Iscar.

CUADERNOS, Revista bimestral, Dirección-Redacción: Julián Gorkin e Ignacio Iglesias, Núm. 36, mayo-junio 1959, París, Francia.

En este número hay trabajos de: Jawaharlal Nehru, Camilo José Cela, Arturo Torres-Rioseco, Jean Cassou, J.M. Caballero Bonald, Guillermo de Torre, José Luis Cano, F. Cossío del Pomar, Richard Konetzke, Salvador de Madariaga, André Chanson, Gyorgy Faludy, J. Carrera Andrade, Gilbert Chase, Claude Couffon, François Bondy, Fritz René Allemann, Carlos P. Carranza, Rodrigo García Treviño, Julio César Jobet, Ramón Xuriguera, Antonio Salgado, Luis López Álvarez, Luis Alberto Sánchez, Manuel Lamana, Antonio Porras y Rodolfo Llopis.

PREUVES, Director: François Bondy, Núm. 99, mayo 1959, París, Francia.

En este número hay trabajos de: Raymond Aron, François Fontaine, E.-M. Cioran, Stanislaw Vincenz, Norman Thomas, Tristan Dolnitz, Jacques Carat, Thomas Schreiber, Walter Laqueur, Jean Grenier, Patrick Waldberg, Annette

Vaillant, Georges Pillement, André Casanova, Alain Bosquet, Gilbert Sigaux, Ignazio Silone, Wilhelm Kaisen y Georges Raevsky.

ARMAS Y LETRAS, Revista de la Universidad de Nuevo León, Director: Juan Antonio Ayala, Año 2, Núm. 1, Segunda Época, enero-marzo 1959, Monterrey, N.L., México.

En este número hay trabajos de: Alfonso Reyes, Serge P. Darmon, Luis Horacio Durán, Sergio Fernández, Myron I. Lichtblau, Juanita Soriano, Jean Sirol, Christian Brunet, Martín Flinker y Juan Antonio Ayala.

ÁBSIDE, Revista de cultura mejicana, Director: Alfonso Junco, XXIII, Núm. 1, 1959, México.

En este número hay trabajos de: Ezequiel A. Chávez, Rafael Arrieta, José Corts Grau, José García Rodríguez, Alfonso Junco, Rodolfo Jaime González, Alfonso Reyes, Hugo Wast, Pablo Antonio Cuadra, Francisco Alday, Jesús García Gutiérrez, Alberto Valenzuela y Luis Sánchez Bravo.

AMÉRICA INDÍGENA, Órgano trimestral del Instituto Indigenista Interamericano, Director: Manuel Gamio, Vol. XIX, Núm. 2, abril 1959, México.

En este número hay trabajos de: Darcy Ribeiro, Juan de Dios Rosales, Cornelia Mak, Héctor García Manzanedo, Catalina G. de García, Juan Comas y Samuel Jaramillo Giralde.

BOLETÍN INDIGENISTA, Publicación suplementaria a la revista trimestral *América Indígena,* Director: Manuel Gamio, Vol. XIX, Núm. 1, marzo 1959, México.

En este número hay trabajos de: Paulo de Carvalho Neto, Lázaro Flury, Harold Key, Walter Silva, Juan Yepes del Pozo y Alfonso Caso.

CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, Revista de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, Director: Pablo González Casanova, Año IV, Núm. 14, octubre-diciembre 1958, México.

En este número hay trabajos de: Rodolfo Stavenhagen, Gustavo M. de Luna Méndez, Jorge Martínez Ríos, Javier Rondero, María del Carmen Ruiz Castañeda, José Figueres, Luis Padilla Nervo, Enrique González Pedrero, Alfonso Corona, Leonel Durán y Antonio Pérez Elías.

REVISTA DE ECONOMÍA, Publicación mensual, Vol. XXII, Núm. 1, enero 1959, México.

En este número hay trabajos de: Fernando Zamora M., Gastón Sosa H., Edmundo Moyo P., Renato Escamilla, Julio Zamora B., Elena Ferreiro y Sabás Alarcón Robledo.

LA PALABRA Y EL HOMBRE, Revista de la Universidad de Veracruz, Publicación trimestral, Director: Sergio Galindo, Núm. 9, enero-marzo 1959, Xalapa, Ver., México.

En este número hay trabajos de: Gonzalo Aguirre Beltrán, Miguel León Portilla, Armando Cosano S., Agusti Bartra, César Rodríguez Chicharro, Julio Antonio Coss, Lini M. de Vries, Rosario Castellanos, Ernesto Ramos, Francisco Salmerón, María Elvira Bermúdez, Elías Nandino, Tomás Segovia, Dolores Castro, Alberto Bonifaz Nuño y Xavier Tavera Alfaro.

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGÍA, Director: Lucio Mendieta y Núñez, Año XX, Vol. XX, Núm. 2, mayo-agosto 1958, México.

En este número hay trabajos de: Lucio Mendieta y Núñez, Humberto Vázquez Machicado, T. Lynn Smith, Roberto Mac-Lean y Estenós, Oscar Álvarez Andrews, Carle C. Zimmerman, Morroe Berger, Feliks Gross, Calixto Maso Vázquez y Oscar Uribe Villegas.

NICARAGUA INDÍGENA, Órgano del Instituto Indigenista Nacional, Director: Eudoro Solís, Núm. 22, Segunda Época, septiembre-octubre, 1958, Managua, Nicaragua.

En este número hay trabajos de: Miguel León Portilla, Hildeberto M. y Leonardo Montalbán.

PERÚ INDÍGENA, Órgano del Instituto Indigenista Peruano, Director: Manuel D. Velasco Núñez, Vol. VII, Núms. 16 y 17, julio-diciembre 1958, Lima, Perú.

En este número hay trabajos de: Antonio Pinilla Sánchez Concha, William Mangin, Gabriel del Castillo, Robert Russell, José Antonio Encinas, José María Guallart, Sergio Quijada Jara, J. Papadakis, Lucio de Castro Pineda y J. Alberto Catacora del Pino.

REVISTA UNIVERSITARIA, Comisión de Redacción: Luis Velasco Aragón y Alfredo Yepes Miranda, Año XLVIII, Núm. 114, Primer semestre, 1958, Cuzco, Perú.

En este número hay trabajos de: Oscar Núñez del Prado, Horacio Villanueva Urteaga, Carlos Núñez Anavitarte, Alfredo Yepes Miranda, Thomas N. Goodspeed, Eduardo Marmanillo y Jorge Kuon Cabello.

ASOMANTE, Directora: Nilita Vientos Gastón, Año XV, Vol. XV, Núm. 1, enero-marzo 1959, San Juan, Puerto Rico.

En este número hay trabajos de: René Márquez, Harriet de Onís, Plá y Beltrán, Laura Gallego, Carmen Puigdollers, Lilliane Pérez Marchand, Ar-

mando Rojo León, Antonio Sivelo, Osvaldo Rossler, José Luis Castillo Puche, Frank Dauster, Ricardo Gullón, Esteban Salazar Chapela, Damián Carlos Bayón, María Teresa Babín, Jorge Enjuto, Concha Meléndez, Pedro Juan Soto y José Emilio González.

REVUE ROUMAINE, Publicación trimestral, Redactor en jefe: Savin Bratü, Año XIII, Núm. 1, 1959, Bucarest, Rumania.

En este número hay trabajos de: Demostene Botez, Ion Creanga, Eugen Jebeleanu, Zaharia Stancou, V. Em. Galan, Dan Hanlica, Mihu Dragomir, Lucía Demetrius, Teodor Virgolici, Traian Stoica, I.D. Balan, Gheorge Achiter, Víctor Birladeanu, Mihnea Gheorghiu, Paul Constantin y Mihai Radulesco.

CULTURA Y VIDA, Revista mensual de la Unión de Sociedades Soviéticas de Amistad y Relaciones Culturales con los Países Extranjeros, Año III, Núm. 3, 1959, Moscú, Rusia.

En este número hay trabajos de: V. Istomin, N. Gálochkin, Pierre Hentges, A. Arzumanián, Fernand Jacquemoth, M. Rilski, V. Síforov, E. Mustel, Yuri Janiutin, Víctor Komissarzhevski, Y. Yuzoroki, L. Bat, Alexandr Deich, A. Pávlov, Z. Ozherélieva, M. Alpátov, V. Virguinsky, I. Vladimirov y V. Mijailov.

CRUZ DEL SUR, Revista ilustrada, Edita: Cruz del Sur Ediciones C.A. Vol. IV, Núm. 44, marzo 1959, Caracas, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Francisco Mieres, Heriberto Aponte, R. Bancal, Fruto Vivas, Salvatore Vitale y H. Wallon.

REVISTA NACIONAL DE CULTURA, Director: Arturo Croce, Año XX, Núm. 130, septiembre-octubre 1958, Caracas, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Juan Liscano, Oscar Sambrano, Ramón Gómez de la Serna, Braulio Arenas, María Zambrano, Alfonso Rumazo González, J.A. de Armas Chitty, Carlos Gotberg, Juan Ángel Mogollón, Rubenángel Hurtado, Antonio de Undurraga, Isabel Pérez Aretz, Iván Petrovszky, José Manuel Maduro, Ana Mercedes Pérez, Plá y Beltrán, Jean Aristeguieta, Félix Guzmán, José Rial Vázquez y René L.F. Durand.

LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.

UNION NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZUCAR, S. A. de C. V.

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso. México, D. F.

Documentos para
LA HISTORIA DEL MEXICO COLONIAL

publicados por

FRANCE V. SCHOLES

y

ELEANOR B. ADAMS

•

Vol. V

SOBRE EL MODO DE TRIBUTAR LOS INDIOS DE NUEVA ESPAÑA A SU MAJESTAD, 1561-1564

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican; 141 pp., rústica, $130.00

Vol. IV

INFORMACION SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS INDIOS PAGABAN A MOCTEZUMA

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican; 239 pp., rústica, $200.00

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO
ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8855
TELEFONO: 22-20-85
MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	*Ejemplares disponibles*	*Precios por ejemplar* *Pesos*	*Dólares*
1943	Números 3, 5 y 6	30.00	3.00
1944	„ 2 al 6	30.00	3.00
1945	„ 1, 4, 5 y 6	25.00	2.50
1946	Los seis números	25.00	2.50
1947	Números 1, 3, 5 y 6	25.00	2.50
1948	„ 3, 4 y 6	25.00	2.50
1949	Número 2	20.00	2.00
1950	„ 2	20.00	2.00
1951	Números 2 y 5	20.00	2.00
1952	.. 1. 2. 3. 4 y 6	20.00	2.00
1953	.. 2. 5 y 6	20.00	2.00
1954	„ 4 y 6	17.00	1.50
1955	.. 1. 2. 3 y 6	17.00	1.50
1956	.. 1. 2. 4 y 5	17.00	1.50
1957	„ 1 al 5	17.00	1.50
1958	Números 2, 3 y 6	17.00	1.50

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México ..... $ 75.00
Otros países de América y España Dls. 7.30
Europa y otros Continentes ..... „ 8.80

Precio del ejemplar del año corriente:

México ..... $ 15.00
Otros países de América y España Dls. 1.40
Europa y otros Continentes .... „ 1.65

●

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

ACADEMIA HISPANO MEXICANA

SECUNDARIA y PREPARATORIA
Externos
Abraham González 67
Tel.: 35-51-95

KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos
Reforma 950, Lomas
Tel.: 20-45-72

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE: Lic. Aarón Sáenz. VOCALES: D. Ernesto J. Amescua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiné, D. Juan Casanelles, Lic. Daniel Cosío Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marte R. Gómez, Arq. Carlos Obregón Santacilia, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. SECRETARIO: Dr. Ricardo Viñes.

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

•

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA DE LOS E. U.
PATROCINADA POR LA UNIVERSIDAD DE IOWA.

•

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO.
Department of Romance Languages,
State University of Iowa, Iowa City, Iowa, U. S. A.
Director Literario: ARTURO TORRES RIOSECO,
Universidad de California (Berkeley).
Comisión Editorial: Fernando Alegría, Enrique Anderson Imbert, José A. Balseiro, Arnold G. Chapman, John E. Englekirk, Luis Monguió y Francisco Monterde.
Secretario Ejecutivo-Tesorero: MARSHALL NASON, Box 60,
University of New Mexico, Albuquerque, New Mexico.
U. S. A.

•

Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 4.00 Dls. para E. U.
Para canje, colaboración y todo otro intercambio cultural, diríjase al Director-Editor. Para suscripciones o compra, diríjase al Secretario-Tesorero.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

•

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

•

6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street. New York.

GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

Por

JORGE L. TAMAYO

●

Cuadernos Americanos se ha hecho cargo, en forma exclusiva, de la distribución de esta interesante obra que consta de dos volúmenes de 628 y 582 páginas, con fotografías y mapas, y de un *Atlas Geográfico General de México* con 24 cartas a colores, formando un volumen en folio de 41 x 53½ cms., encuadernado en holandesa.

PRECIO DE LA OBRA:

	Pesos	Dlls.
Con los dos tomos, de texto a la rústica	100.00	9.00
Con los dos tomos, pasta percalina	125.00	10.50
Con los dos tomos, pasta española	145.00	12.00

●

DIRIJA SUS PEDIDOS A

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035 — Apartado Postal No. 965

México 12, D. F. — Tel. 23-34-68

NOVEDADES

CORONA DE SOMBRA

POR

RODOLFO USIGLI

(2ª Edición)

●

PRECIOS:

MÉXICO	ESPAÑA Y AMÉRICA	EUROPA
$15.00	1.50 Dls.	1.75 Dls.

●

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

EDITORIAL CVLTVRA
TALLERES GRAFICOS, S. A.

GUATEMALA No. 96. TELS: 22-46-41 y 22-08-32
MEXICO, D. F.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS Pesos	Dls.
1.—GANARAS LA LUZ, por *León Felipe*	(agotado)	
2.—JUAN RUIZ DE ALARCON, SU VIDA Y SU OBRA, por *Antonio Castro Leal*	(agotado)	
3.—REDENCION DE ESPIRITU (I), por *Juan Larrea*	10.00	1.00
4.—REDENCION DE ESPIRITU (II), por *Juan Larrea*	10.00	1.00
5.—ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por *Paul Rivet*	(agotado)	
6.—VIAJE POR SURAMERICA, por *Waldo Frank*	(agotado)	
7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por *Enrique González Martínez*	18.00	1.60
8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por *Eduardo Villaseñor*	(agotado)	
9.—MARTI ESCRITOR, por *Andrés Iduarte*	(agotado)	
10.—JARDIN CERRADO, por *Emilio Prados*	8.00	0.80
11.—JUVENTUD DE AMERICA, por *Gregorio Bermann*	10.00	1.00
12.—CORONA DE SOMBRA, por *Rodolfo Usigli* (segunda edición)	15.00	1.50
13.—EUROPA-AMERICA, por *Mariano Picón Salas*	(agotado)	
14.—MEDITACIONES SOBRE MEXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por *Jesús Silva Herzog*	10.00	1.00
15.—DE BOLIVAR A ROOSEVELT, por *Pedro de Alba*	10.00	1.00
16.—EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por *Octavio Paz*	(agotado)	
17.—LA APACIBLE LOCURA, por *Enrique González Martínez*	10.00	1.00
18.—LA PRISION, NOVELA, por *Gustavo Valcárcel*	(agotado)	
19.—ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS. GLOSAS Y SEMBLANZAS, por *Manuel Pedro González* (empastado)		
20.—SIGNO, por *Honorato Ignacio Magaloni*	10.00	1.00
21.—LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por *Tomás Bisdoe*	12.00	1.20
22.—LUCERO SIN ORILLAS, por *Germán Pardo García*	10.00	1.00
23.—LOS JARDINES AMANTES, por *Alfredo Cardona Peña*	10.00	1.00
24.—ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por *Germán Arciniegas*	(agotado)	
25.—NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por *Miguel Alvarez Acosta*	12.00	1.20
26.—MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por *Miguel Alvarez Acosta*	15.00	1.50
27.—EL OTRO OLVIDO, por *Dora Isella Russell*	5.00	0.50
28.—DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por *Luis Quintanilla*	5.00	0.50
29.—DIMENSION IMAGINARIA, por *Enrique González Rojo*	10.00	1.00
30.—AMERICA COMO CONCIENCIA, por *Leopoldo Zea*	10.00	1.00
31.—DIMENSION DEL SILENCIO, por *Margarita Paz Paredes*	10.00	1.00
32.—ACTO POETICO DE *Germán Pardo García*	10.00	1.00
33.—NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento mitesio. Versión castellana de *León Felipe*	10.00	1.00
34.—SANGRE DE LEJANIA, por *José Tiquet*	10.00	1.00
35.—CHINA A LA VISTA, por *Fernando Benítez*	12.00	1.20
36.—U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por *Germán Pardo García*	10.00	1.00
37.—ARETINO, AZOTE DE PRINCIPES, por *Felipe Cossío del Pomar*	18.00	1.60
38.—OTRO MUNDO, por *Luis Alvares*	18.00	1.60
39.—LA BATALLA DE GUATEMALA, por *Guillermo Toriello*	20.00	1.80
40.—EL HECHICERO, por *Carlos Solórzano*	5.00	0.50
41.—POESIA RESISTE, por *Lucila Velásquez*	12.00	1.20
42.—AZULEJOS Y CAMPANAS, por *Luis Sánchez Pontón*	18.00	1.60
43.—LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por *Luis Cardoza y Aragón*	15.00	1.50
44.—RAZON DE SER, por *Juan Larrea*	18.00	1.60
45.—CEMENTERIO DE PAJAROS, por *Griselda Alvarez*	9.00	0.90
46.—EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por *Fernando Alegría*	7.00	0.70
47.—LA ESPADA DE LA PALOMA, por *Juan Larrea*	35.00	3.50
48.—ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por *Germán Pardo García*	15.00	1.50
49.—ASCENSION A LA TIERRA, por *Vicente Magdaleno*	9.00	0.90
50.—INCITACIONES Y VALORACIONES, por *Manuel Maples Arce*	15.00	1.50

OTRAS PUBLICACIONES

PASTORAL, por *Sara de Ibáñez*	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por *José Gaos*	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por *José G. Zuno*	6.00	0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" 1942-1952, por Angel Flores	10.00	1.00

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL PARA 1959 (6 núms.)

MEXICO	**75.00**	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		**7.50**
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		**8.80**

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO	**15.00**	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		**1.40**
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		**1.65**

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

Jesús Silva Herzog — La Reforma Agraria en México.
Vicente Sáenz — Latinoamérica en el proceso actual del mundo.

Franco, el dictador implacable: Dos cartas elocuentes

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ezequiel Martínez Estrada — Helen Keller.
Emilio Sosa López — Mito y Literatura.
Jerónimo Mallo — La invasión del anglicismo en la lengua española de América.

PRESENCIA DEL PASADO

Miguel León-Portilla — Quetzalcóatl. Espiritualismo del México antiguo.
José Uriel García — Sumas para la historia del Cusco. II.
Alfredo L. Palacios — Civilización y barbarie.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Alfonso Armas A. — Una carta de Unamuno.
Carmen Iglesias — El "Esperpento" en la obra de Valle-Inclán. II.
Andrzef Kijouski — Los problemas de la independencia en la literatura polaca.
O. Bihalji-Merín — El nuevo arte pictórico yugoslavo.
Martín Luis Guzmán — Islas Marías.
Max Aub — Vernet, 1940.

L I B R O S Y R E V I S T A S

MAURICIO DE LA SELVA

Printed in Mexico